

Martín de Ugalde

LAS
BRUJAS
DE
SORJIN

Novela

LAS BRUJAS DE SORJIN

Martín Ugalde

Imprenta - Editorial Axular
Saint Jean de Luz - 1975

Imprenta – Editorial AXULAR
64 –SAINT-JEAN-DE-LUZ

1ª. edición
Depósito legal: 3er trimestre 1975 –5
Printed in France –Impreso en Francia

A mi mujer

Bat

1

Sorjín es un pueblo pequeño que nació con una maldición extraña: todo lo que pronuncia su gente suena diferente a lo que entienden sus vecinos, que son gentes de dos ciudades grandes. Nadie, ni las mismas gentes de Sorjín, le sabe el por qué a este misterio.

Es parte del laberinto que puso a andar este mundo desde el principio de ahora y siempre.

Las ciudades han querido desde muy viejo incorporar a Sorjín, cada una por su lado, y las dos por su propio bien. Se han esforzado en enseñarle la lengua nueva para que salga la vieja, y no hay modo; y los de Sorjín, en lugar de estar agradecidos, siguen empeñados, emperrados, en seguir usando el jeroglífico, y porque, dicen, les ha llegado con la sangre, con la leche, lo que sea, pero por eso tan simple de que les ha venido del natural.

Sorjín está en este cruce de salitre y rocío donde se encuentran algunos pueblos antiguos; hay quienes se empeñan en hacer creer que están definitivamente perdidos en la niebla; acaso por lo minúsculos que son.

Aunque ya se sabe que el hombre más pequeño también tiene corazón, y tripas.

Al pueblo le baja un río que lo divide en dos, y los dos pedazos pertenecen a dos ciudades diferentes. Ha tenido que haber algún hechizo en este río para que las brujas le hayan construido en las cercanías unas cuevas grandes para sus akelarres y le hayan levantado en las orillas muchas casas hermosas de piedra labrada con escudo. Aquí está *Itzea*, piedra y libros de don Pío. A este río corto y delgado le basta un día de lluvia para engordar, y se agosta con sólo un día de sol; entonces enseña su lecho de piedras redondas, hermosas, morenas como panes, hasta con orgullo; este río que es como una arteria de Sorjín y a la vez es límite entre las ciudades, cuando termina de bajar cubre la ría todos los días dos veces, y se deja llenar otras dos por el mar; como es el gusto de la naturaleza.

Lo natural en Sorjín ha sido siempre muy importante.

Hay puentes que cruzan este río, claro, pero hay cosas que están prohibidas pasar por esos puentes. Y no se crea que es por el peligro de que no puedan esos viaductos con la carga de las cosas que están prohibidas; porque los contrabandos de comer y beber y fornicar pesan mucho y pasan tranquilamente. Sólo tienen prohibido pasar los puentes las brujas. Es la magia que inunda y rodea a este pueblo que se siente eso, pueblo, orgullosamente. ¿Tiene este orgullo de ser pueblo alguna justificación? No se sabe. Es difícil saberle el secreto de algunos misterios del amor que guarda el hombre por el verbo, la sangre y la tierra.

Este pueblo tiene muchas iglesias; están estos templos medio llenos los sábados, más que llenos rellenos los domingos, y vacíos de tres a cuatro viejas los días de trabajar el

pan y el pescado y la carne, que de todo esto hace falta vivir para comer en Sorjín. Y las fábricas y los campos y el mar están llenos de brazos, por la obligación; y las tabernas llenas, repletas, de gargantas de beber y de cantar con su propia voz cada vez que no los oyen las brujas; que es milagro.

Hay que decir aquí (porque ya resulta indispensable) que hay brujas y brujas; el que siga leyendo esta historia las irá conociendo.

A Sorjín le entra la niebla desde el mar cuando quiere, porque la vaguedad, la sombra, el olvido, es libre desde los tiempos en este pueblo (y ahora más) hasta para llegarle deslealmente por los montes y colmarle las casas en cualquier momento y teparle el muelle y los barcos de pescar y devolverse luego mar adentro a casarse con las aguas de sal y el mundo, que por ahí es más ancho.

Es por donde ha respirado siempre Sorjín.

El pueblo es ese río, y este mar, y también es la montaña de corderos de subirle a la cumbre una ermita con esquila y pastor hace años, cientos, para que el hombre de este pueblo no se quedase, ¡no se podía quedar!, solo y en la orilla de páramo que es este mundo.

Y Dios le habló en su lengua; esto lo recuerdan mucho las gentes del pueblo.

Ya se ha dicho, y hay que repetir, que la gente de este pueblo pesca, a veces; también siembra, y algunos recogen y otros no; eso va por tiempos y según sea la semilla y esté el tiempo maduro para sembrar y a como llueva el agua de engordar y de pudrir el grano, aunque cuando llueve aquí llueve mucho; y es también según las horas de sol de presupuesto que le enchufen las ciudades vecinas; y que no son (las horas de calor) muchas, porque las urbes necesitan de ese sol para demostrar la diferencia, que consiste en llegar hasta aquí todos los días y tener su gente acampada en el mar y anclada en el monte, que uno no sabe quién es quién entre la niebla, ni quién cuida el río contra el contrabando, ni quién es el que está cargando con el alijo (que muchas veces es el sursum corda) ni quién está para vigilar las casas y los ladrones, porque todos parecen mentados por la madrastra y se visten con gorras y sombreros de todas las esquinas y otros con corbata y hasta con boinas llegan algunos forasteros que andan como si fuesen de esta ley de respetar la palabra enredada de Sorjín, y otros que son de aquí (no hacen falta, pero nunca falta) hablan la lengua y están vendidos a las ciudades desde sus abuelos por la plata o por un caballo o hasta por una librea, que es menos que un pelaje de res.

O por menos todavía, porque también en Sorjín hay gentes de precios muy bajos.

Algunos son nuevecitos.

Uno, y no tan nuevo, es Sixto; dicen.

Esta es la gente que vive con la patente; y hay otros: algunos paridos aquí, en Sorjín, y que no se han vendido, y otros brazos llegados de las ciudades con la buena intención de seguir respirando este aire, que es de ellos desde siempre si lo quieren bien, como si fuese de ellos. y que todos, hombres de bien, se dedican, como se vuelve a decir, porque esta es una faena de tres veces por lo menos: a trabajar, a trabajar y a trabajar. No se dicen tres veces por decir sino por hacer, por tener que hacer. Salen estos hombres con el primer lucero de la mañana en la frente y regresan con la última estrella de la noche a cuestras para pescar, y a veces hasta pescan; y los campesinos suben monte y bajan monte

roturando con arados tirados por vacas y bueyes, pero como si fuese (por el esfuerzo) con su propio cipote; estas boinas siembran grano que parece muerto y recogen muchos y vivos; y los otros vivos viven de comerlo y del trabajo de otros que penan guindados de unas máquinas que a veces, muchas veces, los enganchan por el brazo izquierdo y los halan las poleas como si fuesen trapo, o se vuelven estos hombres, como lo hacen los camaleones y para lo mismo, para sobrevivir, un pedazo de máquina; y es lástima, ¡oh bendición del cielo!, sin el hierro de durar.

Si serán duros: a pesar de eso aguantan años; algunos hasta los tienen que jubilar.

Pasan antes de este descanso, eso sí, todas las humanidades del Cristo de hasta diez y doce horas al día, porque lo necesitan para lo que les está haciendo falta (que es bastante) y lo que les dicen todos (por la radio y la televisión y los periódicos y los escaparates) que les hace falta.

Pura brujería.

Porque aquí, en este pueblo que habla (además de mal) poco, y trabaja mucho (porque le es mucho más fácil trabajar que hablar) hay muchos hombres que bajan, o suben, según y adonde vivan, y se reúnen, si pueden, y hablan, si pueden, y beben cuando pueden, y tienen, además, que andar buscando sin parar, ¡sin dormirse!, quién es quién entre la niebla, las sombras, en esta oscuridad de hasta cuando pega de lleno el sol en la cara; que eso, a lo más (y no más) llega la oscuridad de los ciegos.

Y de todas maneras no hay muchas cosas importantes de qué hablar en Sorjín ahora, sinceramente.

2

Don Joxe Mari "Naparra" resucitó en el cementerio.

Fue una de esas madrugadas sin amanecer en que solían bajar unos jóvenes del pueblo (pocos, pero jóvenes y del pueblo) riéndose del miedo de los que habían muerto. A don Joxe Mari lo mataron así, de 51 años, y resucitó cuando fue el enterrador Axenxio a casa de don Inocencio y le tocó la puerta despacio y la puerta se abrió, porque el sacerdote acababa de llegar y estaba aún quitándose el pantalón para acostarse; Axenxio le estaba diciendo en el misterio de cerrar y con brusquedad la puerta que don Joxe Mari "Naparra", el carpintero, el juez, estaba vivo.

Esto desconcertó tanto a don Inocencio, que miraba al enterrador y no hacía más que estarle viendo la boina con aquellos ojos llorosos todavía y grandes del espanto; Axenxio, que estaba sucio de la tierra y de la sangre, lo agarró por un brazo, el brazo delgado y largo que tenía, que tienen aún (todavía más en esos días) don Inocencio, y lo empujó respetuosamente, pero con fuerza, para que lo acompañase; era agosto, y don Inocencio salió sin sotana con el sepulturero y subieron por un camino de tierra y piedras redondas, viejas de andar sobre las cestas de los burros para el contrapeso de las marmitas de leche, de pisarlas los cascos de los bueyes y las vacas en sus caminos de carreta que iban redondeando lentamente las piedras a la manera en que la vida va matando las esquinas de cortar a cada hombre; a casi todos. Estaba el camino seco; olía el trayecto a flores y a hierba, se le sentía ya al verano este calor sofocante que estaba

llegando con un retraso de horas, pero ya tarde, para aliviar el frío de los cuerpos tendidos como reses, dieciséis, al pie del muro de piedra y barro; se acercaron los dos hombres a los muertos, y, efectivamente, estaba Joxe Mari (un carpintero con *don*, pero así era) a un lado, con la cabeza sobre una chaqueta marrón, la de Axenxio, sangrando del pecho, de un brazo, mucho; don Inocencio le apresó la cara con sus dos manos de hueso, le sintió el calor, y le dijo, al muerto: "*emendik atera behar aut*" (te tengo que sacar de aquí); don Inocencio le estaba haciendo señas a Axenxio en la media luz del alba para decirle que lo agarrase de las piernas, que se lo iban a llevar; ¿adónde?, dijo Axenxio con un gesto de la cabeza, y el cura le señaló que adelante, adelante, que ya iban por ese camino, habían cruzado sin darse cuenta el portón monumental del cementerio de Sorjín, que ni se sabe para qué tanta importancia a esta puerta de entrar a una tierra de donde no sale nadie cuando hay tierras de vivo sin puerta por donde le entra y sale todo el muerto que quiere; pero bajaron: Axenxio delante y don Inocencio detrás, por las mismas piedras, los mismos huecos, y el mismo olor a hierba recién cortada y a las flores de hacía un rato, pero ahora como por un túnel oscuro por donde no acertaban los pies a pesar de que ya podían ver mucho (¡más de lo necesario!) los ojos furtivos de los rescatadores, fortalecidos ahora al mismo tiempo con el miedo desconcertante siempre de haber sacado a alguien vivo del cementerio. No hablaron los dos hombres; ni el tercero dijo "ay" siquiera, como si el muerto se supiese en peligro, porque no sabía que estaba vivo todavía. Lo acostaron en la cama de don Inocencio, y lo dejaron desangrar un rato allá, a ver qué más se podría hacer que eso: resucitar a un muerto.

Hicieron lo que pudieron: Axenxio regresó a enterrar los muertos, todos; ya era de día, y podía venir cualquiera de aquellos jovencitos que hicieron las descargas; o no vendrían, porque ya estarían dormidos. Don Inocencio llamó a Auxtiña (que se asustó, ¡se murió!, cuando le dijo el cura que se quedase junto al muerto a quién ella había oído dar los tiros hacía un rato) porque don Inocencio iba a buscar a don Agustín Amilibia, el médico; don Agustín vino, le sacaron dos balas, le hicieron las curas, subieron al herido grave, aún sin sentido, a la buhardilla, y se hizo el pacto: no hablar de esto a nadie.

Así llegó al mundo de nuevo, de una mujer y tres hombres, don Joxe Mari Orradre "Naparra". Le abrió Axenxio el hueco como a los demás y lo llenó sin él, solo de tierra; esperó al juez para que tomase el nombre a cada hueco, y luego otros pusieron (cuando pudieron) a Joxe Mari su cruz de madera con el nombre y las fechas; más tarde, cuando se pudo también, los hijos le cambiaron la madera podrida; aún está, la cruz de piedra, clavada en la tierra, y él, Joxe Mari, la lleva en su carne, escondida en el alma y en el secreto de Auxtiña (que es como si fuese hija suya) y el secreto principal de don Inocencio (quien es el único que sabe, aparte de Axenxio, claro, quién lo llevó a su resurrección y cómo) y de don Agustín, médico y hombre entero.

Le costó despertar a don Joxe Mari meses (siglos) a la conciencia de aquel calor del desván, al olor a flores que le entraba por la pequeña ventana cuadrada de piedra y al canto de los pájaros, que había, entonces, hasta que los mandó soltar Joxe Mari años después, canarios y tordos enjaulados y otros muchos libres que venían sobre el tejado; había cuatro nidos de aterrizar y despegar en el canalón las golondrinas silenciosas y los gorriones que tenían el nido en el alero.

Despertó a la vida con dolor y todo; a la manera en que había nacido.

Era un tormento verse don Inocencio todos los días con Axenxio, muchas veces en el mismo cementerio, y con don Agustín cuando venía, casi siempre de noche y a horas diferentes; tropezaban a veces en la calle, en la iglesia, y hablaban en el terror de aquel verano de todos menos del murado; tenía don Inocencio que oírle los temores a Auxtiña, asustada de todos los ruidos de la calle, de todas las visitas, de todos los pequeños rumores que comenzaron a despertarse en las maderas del piso, del desván, por mucho que Joxe Mari estuviese quieto. Cuando se curó, lo tapiaron con ladrillo, y le pasaban la comida y la muda de la ropa y la palangana de agua y le sacaban el orinal (todo lo indispensable) por un hueco que dejaron detrás del armario de nogal viejo que arrimaron a la pared recién hecha con el cuidado de que pareciera de siempre, cosa difícil. Joxe Mari se cuidaba muy mucho de asomar la cabeza por la ventana, ni siquiera de noche, y se quedaba ratos muy largos viendo desde dentro las estrellas del otro mundo, oliendo las flores: claveles, geranios, siemprevivas, calas, de que tenía Auxtiña lleno el balcón de madera, debajo de sus narices, y oyendo aquel silencio de grillos; fueron unas noches frescas y hermosas de sentirse vivo otra vez. Los días de verano y de otoño fueron calurosos, muy pesados. Aunque tenía la ventaja de que podía leer, y le gustaba, le había gustado siempre. Se echaba sobre el colchón de manera que le daba la luz sobre el hombro izquierdo, una manía, y leía, leía. Mucho. De todo. Cosas de don Inocencio, claro. ¡Qué remedio! Y él, que había sido, y era, anticlerical, se encontró con su Cristo de siempre, y lo leyó y lo vivió en la injusticia, en la burla, en la cruz. Eran hermanos. Se dejó Joxe Mari la barba por comodidad, no por otra cosa, y se le fue pareciendo más y más en la mansedumbre, en algunas indignaciones. Tanto que cuando a los siete años y doce días de este encierro fue D. Inocencio a decirle que se había muerto Axenxio el enterrador, que fue una mañana y en verano, setiembre, le pareció al sacerdote ver (agachado y a través del hueco) a Moisés, al Cristo mismo resucitado, como en las estampas, casi desnudo en el terrible calor del desván. Los dos hombres se condolieron, mucho; pero era un riesgo menos, y con cierta vergüenza y todo había que confesarse este alivio.

Fue, éste, un día memorable.

El clima de guerra había bajado bastante; no mucho, porque nunca ha bajado tanto, pero sí un trecho suficiente para que Auxtiña, y con la costumbre, bajase y subiese ya la escalera del desván como quien va a servir a un pensionista. Don Agustín, el médico se atrevía ya a preguntar a don Inocencio de palabra cómo estaba "el liberal"; que bien; que qué hacía; leer, leía mucho, seguía leyendo siempre; don Agustín se sorprendió al saber que ya se había tragado todos los clásicos de la Iglesia, y dijo a don Inocencio que le iba pasar algunos libros de más a la izquierda que el sacerdote; así comenzaron a entrar y salir libros, algunos muy prohibidos, en los bolsillos de don Inocencio; y le seguía pasando el periódico todos los días, aunque a Joxe Mari le hacía más mal que bien, porque le molestaba lo que decía; le dolía la derrota todavía.

Este largo cautiverio comenzó a ser menos cárcel cuando tumbaron un pedazo de pared detrás del armario.

Fue un domingo en la tarde, y a manos del mismo don Inocencio, aprovechando que la banda de música tocaba sus bailables en la plaza. Y con una condición: que no

saldría Joxe Mari de "su cuarto" mientras no subiera él mismo, don Inocencio, a buscarlo, y lo devolviese él mismo a la pieza otra vez y empujase el armario; no habría más salidas ni más entradas que éstas. Así se proyectó y así se hizo. Auxtiña se puso a temblar de nuevo. De noche, cuando todo estaba cerrado: el portal con la tranca, las ventanas con las cortinas corridas, subía don Inocencio en mangas de camisa a buscarlo; cualquiera que los viese bajar no sabría decir quién era más Cristo de los dos: por la mirada, por la paz de sus facciones, por la serenidad del andar sin prisas. Don Joxe Mari no podía ser cura, porque, y a pesar del Cristo, no hay cura con barbas; y, sin embargo, hay curas como don Inocencio, a los que iría bien una barba, y frailes a los que les vienen sobrando los pelos. Se sentaban frente a la televisión y veían algún programa. Para "don Joxe Mari", como le seguía llamando Auxtiña, era su única ventana al mundo; para don Inocencio, que veía por la de su confesionario, esta luz del mundo lo escandalizaba mucho.

En esto, en la mentira de esta ventana, estaban los dos de acuerdo, aunque no siempre por las mismas razones. Auxtiña no entendía nada de lo que veía, y se dormía.

No siempre veían televisión; a veces hablaban; se sentaban, en invierno cerca del fuego, en verano frente al balcón abierto en la oscuridad del comedor, y hablaban muy bajito; se habían hecho al secreto de decirse las cosas sin hablar mucho o diciéndoselas al oído.

Un día le dijo don Joxe Mari a don Inocencio que le había descubierto un viejo aparato de radio en el desván, y que lo iba a poner a andar. Lo arregló, porque tenía tiempo. Era la radio, es aún, de tres ondas; le sacó el murado una antena de alambre muy discreta a ras del alero en la noche, y ¡oía Moscú!... Don Inocencio no lo podía creer. Sí, y oía, además de las mentiras que le nacían a Sorjín en la ciudad, las verdades de Estados Unidos, de Inglaterra, de China, de Checoslovaquia y... ¡hasta una onda tapada de Sorjín mismo!... Lo de Sorjín fue una noche, y le hizo Joxe Mari al sacerdote el toque, muy discreto, claro, el reservado para cuando se sintiera mal o hubiese alguna novedad importante (que no había nunca); subió don Inocencio, corriendo, y ya la onda, que era muy delgada, se había diluido en unas arenas que sonaban misteriosamente a aire, a estrellas, y don Inocencio no lo creyó sino loco; naturalmente. Hasta que subieron los dos una noche a cierta hora y oyeron juntos noticias de Sorjín que no venían en los periódicos. Don Inocencio tuvo que reconocer algunas verdades.

Aquí comenzó una etapa nueva de las relaciones entre Inocencio y Joxe Mari.

Ahora, de vez en cuando, subía el cura y oía la radio; pocas, y por complacer a su amigo, porque no le gustaba ponerse a escuchar nada escondido, y menos estas cosas; pero de vez en cuando subía; eran cómplices.

De Auxtiña, nada; seguía igual; su rutina de trabajo eficiente y callado; no tenía por qué cambiar ni tiempo para pensar en otra cosa que sus obligaciones.

– ¿Tú, por qué viniste a vivir a este barrio de Sorjín? –le dijo don Inocencio una noche que estaba sentado frente al balcón.

– *Zergatik?*... (¿Por qué?) Yo no vine –le dijo Joxe Mari desde sus barbas, blancas y largas hasta la cintura de casi treinta años de estar sin ver más gente que aquella de su familia de tres personas, y ya de 81 años y sin una enfermedad después de los tiros

(catarritos, anginas, nada), a don Inocencio, que era siete años más joven que él y le quedaba un solo pulmón– a mí me echaron de casa...

– ¿Quién? –preguntó don Inocencio (*Nork?*).

– Mis hermanos.

– ¿Por qué?...

– Por liberal –dijo Joxe Mari.

– Eran carlistas...

– Claro, como tú.

El cura no dijo nada.

Estuvieron un rato largo callados frente a las flores del balcón, oliéndole a la noche de verano este aroma de geranios y de madera, porque en Sorjín hay mucha madera antigua que sigue oliendo, y uno no se cansa nunca de oírle su vida; hasta palpita a veces, se ríe, gruñe, cuando se le pisa.

– No volvistes más a tu casa en Navarra...

– No; la dejé para siempre.

– Y aquí seguiste con los mismo; eres un *setatsu* (tozudo), queriendo hacer liberales, celebrando el 2 de junio con las comidas en casa de Joxe Mari Karapote; luego te mataron, y aún estás en lo mismo; no has tenido juicio...

Joxe Mari le estaba oyendo a la voz de don Inocencio, no sólo la palabra, sino el sentimiento, y un respirar dificultoso, porque tenía, tiene aun don Inocencio, una dificultad como de asma en el pulmón que le queda.

– Juicios tuve muchos –contestó Joxe Mari reflexivamente después de este silencio, y riéndose luego dulcemente– y tú sabes que defendí siempre la verdad.

– Honesto fuistes.

– ¿Me salvastes por esto? –y Joxe Mari estaba viendo de lado a su amigo en la oscuridad.

– No sé, de cualquier manera te hubiese echado una mano; pero, además, te he respetado (anticlerical y todo), porque has sido honesto y buen padre de familia...

– La familia...

Don Inocencio se mordió la lengua, ¡había hecho mal!

– ...No te sientas culpable de este recuerdo (¡se entendían los silencios!). Mis hijos saben que estoy muerto; me han rezado, me han visitado en el cementerio; algunos (tres) han muerto; me queda mi hija Anttoni en América, que vino, la pobre, desde tan lejos, hace tres años sólo por ver la tumba de su padre vivo, ¡y tan cerca!, y ya con sus nietos que yo no conozco, y éste, Pedro, aquí, que prefiero que ya no sepa nada; se moriría del susto... Prefiero morir antes que él, mil veces. ¿Cómo está?...

– Bien; los chicos trabajan con él, ya lo sabes, en la linternería; hay uno, el menor, Joxe Mari como tú, que está enfermo estos días; siempre te hablo de Pedro, de las noticias que recibe de Anttoni... y, dime tú, ¿qué hacemos si mueres?...

Sólo un cura podía hablar con este sosiego de la muerte. Ya Joxe Mari sabía por dónde le venía el sacerdote; había hablado muchas veces de esta posibilidad. Y dijo:

– Ya sabes que soy cristiano; no creo en el aparato de la Iglesia; a mí me entierras en la huerta, ¡no te sacrifiques por mí!, y me rezas tú solo y estoy en el cielo aunque no lo quiera el Papa...

– ¡No me digas este disparate, ni para hacerme rabiar!

– Te lo digo; como sigo diciendo lo que cuando era juez, que aquello estaba tratando de hacer Arismendi, por rico y por "*jauntxo*" que fuese en Sorjín y haber hecho mucho por la Iglesia, era un abuso de poder, una usurpación y una burla al pueblo, al que pertenece en bien comunal la cantera, ¿te acuerdas?...

– Claro –replicó rápidamente el sacerdote– ¿y qué conseguiste, qué te hicieron?...

– Lo mismo que en mi casa en Gurpegui...

– Sí, te echaron; saliste con la tuya, es verdad, y tenías razón; pero acaso hubiese sido mejor, más cuerdo, más prudente, pasar por las diferencias y seguir en tu juventud en casa, con los tuyos, y luego de juez, con tu pueblo...

– ¡Entonces! –le temblaron las barbas, y sin levantar la voz más que en la intensidad de decir la palabra al oído de don Inocencio– ¡entonces se hace el milagro al revés: se deja que pase el camello por el ojo de la aguja, se bendice a los comerciantes del templo, se levantan altares a los becerros de oro, no se crucifica al Cristo!... ¡En qué libro que yo no he visto en tu casa tienes escrito tú eso así, enséñamelo!...

Don Inocencio comprendía todo: tenía razón; pero ya ve, casi lo matan... Y se lo dijo:

– Así, te mataron.

– Consiguieron sacarme de este mundo, ya lo sé; pero aún estoy aquí, y más vivo que muchos muertos que andan por su pie por los caminos de Sorjín; y le oigo al pueblo las noticias de lo que le pasa de verdad mejor que los que están bailando sobre una pata con la música los domingos y las fiestas en la plaza, que a mí me desazona oír música de baile en estos momentos de estar muriéndose Sorjín, y sé del pueblo más que aquellos que leen todos los días las mentiras de los periódicos y ven los espejismos en la televisión, y creo en Cristo más y mejor que los que vienen a oír tus sermones todas las semanas sólo por la obligación.

Don Inocencio, callado.

– ¿Qué me dices? –quiere oírle la voz Joxe Mari.

– *Bai, arrazoi duk...* (sí, tienes razón) –dice lentamente el sacerdote; y luego añade– No toda, pero la tienes...

Esta noche no hablaron mas.

3

Las brujas en ese tiempo viejo de la memoria sin butano de Sorjín también hacían mucho daño. Sin embargo, hacían menos que lo que decían, y también (decían) menos de lo que debían. Eran formas de mirar diferentes.

Así, por lo que sea, se buscó y buscó para terminar con las brujas de una vez muchas veces.

Aquel pueblo de tantas brujas que era Sorjín entonces se alumbraba como podía: con la tradición de las velas de sebo, las lámparas de Quinquet, el petróleo y, por fin, la electricidad. Hoy cuenta Sorjín con abundantes bombillas que enciende la gente de la ciudad sabiendo cuándo, cómo y qué va a alumbrarle. Se sabe que esto tiene

inconvenientes grandes y pocas ventajas para el pueblo, porque antes uno sabía el sebo de cuándo, cómo y para qué lo prendía: si era para remendarle el agujero a un calcetín de lana de oveja o para deletrearle el catecismo a *Kapoiá* mientras este maestro de catecismo cenaba a cucharadas rebosantes de habas negras pegado al calor de la cocina; pero ahora (como pasó en la iglesia el otro día) está leyendo uno y le apagan la luz, y luego está uno dormido tranquilamente en su casa y se la prenden; no a necesidad, sino al revés. Como dice Joxe Mari "Naparra", estas luces modernas que se encienden desde lejos y alumbran como la televisión sólo los dientes de comer y las tripas y las gargantas de beber, y no los sesos de pensar, son peores que las luces de la fogata y del humo acre de cuando Sorjín vivía cerca del fogón y montado sobre una escoba.

También entonces había en este pueblo dos iglesias: una abierta al aire y a la luz, y otra adorando al becerro, vendiendo santos, bautizando con agua de colonia a los ricos, triunfando en todas partes y fabricando altares y templos de piedra dura y mármol de carrera de rico hecha por los indianos para ganarse las placas de mármol y la diestra del Señor; después de todas las vidas y virtudes que pisaron como estiércol necesario para la cosecha de añil, de algodón, de café, de cacao, en la América donde había indio para eso, se confesaban santamente, se hacían donaciones adecuadas en los testamentos, y ¡al cielo!; creyeron, y creen aún, ellos.

Habría habido Arriba muchas sorpresas.

Siempre cada derecha tuvo, ha tenido, y sigue teniendo, su izquierda, su revés; será de Dios que las caras de los ricos tengan pendientes estas cruces.

Así pasó entonces que todas las cárceles estaban llenas de acusados y que las brujas que no estaban presas o los que consiguieron escapar por la chimenea vestidos de mujer y escoba por entre las rejas envenenaron al jefe de los que venían persiguiéndolos.

No sabemos si esto fue la justicia, pero lo pareció.

De todas maneras lo celebró la gente; hasta los sospechosos.

Por si acaso.

Este pueblo llega a veces con ese mal hasta mar adentro; que es tan limpio y ancho que parece inaccesible al mal, pero sin embargo, ha provocado las tormentas y ha hundido los barcos con gente como el de Martikot Migeltxorena del lugar Ziburu, ¡y hasta siendo brujo él mismo!; a tanto llegó aquel poder que se reunió tierra adentro contra el mar, que (como ahora entonces) mezclaron las lenguas y las confundieron y no importó si la palabra del hombre era buena o no, sino que la juzgaron aplicando la ley del que manda, una justicia muy injusta, pero que hace más de un siglo que funciona en Sorjín.

Muy mal por cierto.

4

Don Romancio Lozano, el maestro, vive en una casa bien armada de piedra y de madera, y amplia, con su ámbito (mundo de espacio y de dignidad) a la manera en que ha buscado por intuición el alma simple del pueblo de Sorjín.

Tiene, esta casa cuadrada (sentada en cuatro esquinas firmes) dos pisos y desván; está pegada a la escuela; es una construcción de sillería y mampuestos buenos y con dinteles de piedra labrada. Ha hecho más de cien años y está nueva. La mandó construir un indiano que llegó después de cincuenta y dos años en Argentina para vivir él y su hermana; esta hermana, Arantzazu, era lo último que le quedaba en el pueblo. Dos años después murió ella; y don Alejandro, uno de los dos médicos del pueblo y que se ha equivocado de apéndice muchas veces, dijo que de un "cólico miserere". Entonces, cualquier latín, con ser latín, valía.

Se quedó Juan Aramburu, y por el mal que fuese, y ya de sesenta y cinco años, sin hermana.

Sin nadie.

Le cayó muy grande esta casa.

Le iba a hacer la limpieza por la mañana una joven vecina de dieciséis años nieta de un amigo de la infancia, Roke Alústiza, y Juan Aramburu le hizo, a la chica, un hijo.

Fue un escándalo.

Lo recuerdan en Sorjín muchos que ni conocieron a la muchacha, Joxepa, que murió de 76 años ahora hace 21, y aquí, en esta casa donde vive Romancio.

Al indiano y a Joxepa les vive todavía aquel hijo: es Pío Aranburu. Pío se casó y tuvo una hija y un hijo, y enviudó; no en dos días, pero sí en pocos años, y terminó yéndose a vivir, ya de 70 años de edad, con su hija al caserío "Baltzun"; de eso hace once años.

Estaba (decía también Pío, el hijo tardío y solitario del indiano) cansado de estar solo en esta casa.

La casa "Aranburu" ha tenido siempre estos misterios de sentirse sola. Como hecha en sueños, desde lejos, desde la América extraña en que se vive, se inventa, el pueblo donde se ha nacido y le queda a uno en la cabeza lleno de amigos que lo esperan: la mesa llena de invitados preguntándole por sus aventuras, contándolas; y luego, después del sueño, cuando regresa, se encuentra un Juan Aranburu cualquiera como el tamborilero que puso Campión para siempre en Erraondo: extraño, perdido en su tierra, que es como estar muerto dos veces, y no porque no conoce algunas caras, sino que por más que conoce algunas no les sabe lo que ha pasado por dentro a esas cabezas de amigos de la infancia por cincuenta años, lo que han visto esos ojos, las cosas que han tocado sus manos, las que han olido sus narices (aunque sean igual de grandes), las penas que han escondido en el corazón, las alegrías que recuerda cada uno, porque en todos esos años han nacido y han muerto generaciones, en Sorjín, en América y en todas partes; se hablaba entonces en la lengua y con el corazón, y ya ahora se la tiene que traducir con dificultades en la cabeza. Estas casas así, como "Aranburu", con tejados como boinas y con gente, son de las que llevan el sello de algunas personas que nacen de madre muerta.

Es duro decir, pero más duro es pensarlo y saber que es verdad.

Se estaba diciendo que Pío Aranburu, heredero del indiano, se había ido a vivir con su hija al caserío "Baltzun"; el otro hijo de Pío, Sixto, se casó con la hija única del caserío "Sasi-Errota" (porque también es molino). Sixto, el nieto del indiano, es, parece, un vago incapaz de hacer daño a nadie ni de hacer el esfuerzo bípedo de recoger a su padre (como lo ha tenido que hacer y con menos sitio para la cama, su hermana), y, sin

embargo, le ha salido la energía bestial de ponerle siete barrigas a su mujer legítima, y de vivir de ella, de su trabajo.

Por eso, la casa "Aranburu" está dada en arriendo (muy barata) al ayuntamiento.

Ocupan Romancio y su gente la cocina enorme y con su hogar y campana de chimenea al uso del pueblo; un poco antigua ya, es verdad, pero con su gracia de siempre y olorosa todavía a *talo* (torta) de maíz tostado y a leña quemada hace diez años; doña Salomé Llorente, la mujer de don Romancio, se trajo su cocina de butano y no le ha encendido a este hogar más fuego que el gas que se trajo en una bombona de llenar y rellenar (el mismo gas tonto siempre) en lo que va de tres años y casi medio que viven en la casa. Además de la cocina, que tiene una ventana que da a la iglesia, hacia uno de sus atrios, tienen en el primer piso dos cuartos muy amplios con ventanas grandes. Arriba, en el segundo piso, había, hay, tres habitaciones más, que están rellenas con los muebles de cuando Pío Aranburu, el hijo del indiano, se mudó para la casa de su hija a "Baltzun"; en "Baltzun" no hay sitio para tanto trasto. Después, arriba del todo, subiendo por la escalera ancha de madera hasta que muere en el tejado, hay un desván con entarimado de tablas desparejas y con grandes rendijas de no importarles nada de a como le salieron las líneas en los troncos cuando los aserraron en tablas, con sus curvas, claro, con sus ojos de tablón marrones, otros negros, y algunos de estos ojos de madera están vacíos; y como es costumbre, estas tablas de tercera, de cuarta, están cargando encima unas mazorcas de maíz secas y arrugadas de muchos años, unos tablones, algunos usados y con unos clavos grandes y herrumbrosos, y dos arcas grandes, y aún muy enteras, de cerezo, con tallas de signos astronómicos, mágicos, y con unos sellos muy anterior a las brujas católicas del tiempo; acaso restos de creencias, que son la religión y las ciencias de antes. Había, hay todavía, en esas tablas de simple madera antigua, representaciones astrales, rosetas con las cruces o las aspas (que son los mismos brazos) y filetes con frisos llenos de unos geroglíficos que acaso no significan nada, y que don Romancio ve con cierta curiosidad inteligente cuando sube en la primavera o en el otoño, cuando en esta buhardilla no hace frío ni calor y se puede tomar el sol debajo de la claraboya, que está, y por milagro, entera de cristales y con sólo una gotera mínima de vaciarle la palangana verde con motas blancas (y con dos desconchados grandes de dos golpes) de vez en cuando, después de las lluvias.

Aquí se desnuda don Romancio.

Se echa en cueros sobre una manta que sube con los reclamos de su mujer, que no quiere que se ensucie, la manta; pero el maestro sabe que ese sol que toma es bueno para sus huesos y para la tos vieja que tiene; y se los recomienda (los baños de sol) también a su mujer, para su bronquitis.

Las arcas han sido siempre una gran tentación para los Lozano.

Contienen ropas y cortinas viejas, y unas fotografías de Juan Aranburu en la pampa, vestido, grande, con bombachos y dos pañuelos cruzados al cuello y bigotes, unos bigotes gigantescos.

Don Romancio no sabía de quién eran las fotos.

Fue Salomé la que, sin poderlas ver ella misma, se las mostró a Romancio una mañana de sábado que subieron a revisar otra vez el jergón; ella decía que las

descripciones de Romancio no se parecían al viejo Pío Aranburu que ella conoce por la voz.

No se atrevió durante tiempo y tiempo a preguntar al hijo de Pío, a Sixto, cuando venía a cobrar la renta en nombre del Ayuntamiento, porque Sixto es, además de hijo del actual propietario de la casa, el concejal de la corporación municipal con minúscula porque ha sido nombrado a dedo.

En Sorjín no hay otra manera de hacer estos nombramientos que a dedo.

Con señales de dedo se han nombrado alcaldes, embajadores y ministros a gentes de este pueblo que sin eso, sin el dedo, no hubieran llegado a alguaciles de Sorjín.

De algunos de estos dedos han salido tiros.

Hay en Sorjín gente que ha muerto de eso, y alguno (a decir verdad sólo don Joxe Mari Orradre "Naparra", ex juez), ha resucitado de esa muerte.

Sixto no ha tenido necesidad de pasar por esos trances, ni tampoco le han nombrado ministro o embajador o cónsul o alcalde, ni siquiera teniente de alcalde, sino simplemente concejal.

Y no es novedad del otro mundo, porque *xinple* ya era desde antes del dedo que quedó de la guerra.

Había también en el cofre unos paraguas antiguos, de colores con cenefas; y rosarios de cuentas grandes de hueso y estampas del Purgatorio y la Ascensión del Señor, toda la herencia de santos recuerdos que guardó Pío cuando murió su *amatxo*, su madre Joxepa, la que empezó barriendo las escaleras y los cuartos y haciendo la comida y lavando la ropa y haciendo los recados a casa de Maindi y a la carnicería de Mujika y también haciendo la cama del indiano en la casa "Aranburu" y llegó a ser su madre; todas estas evocaciones tenían, como es natural, el aura de misterio que suelen dejar los muertos, y más si son queridos; sobre todo una madre; pero luego, y a pesar de todo esto, van perdiendo fuerza en el arca, y con el tiempo, a veces en sólo diez, once años, este olor a santidad se vuelve, como en este caso, cartulina, papel, hilos, humedades con manchas, olor a moho, a naftalina; a lo que debe oler un santo abandonado en el cielo por falta de uso en el caso de que nadie se acuerde aquí en la tierra de que él está oficialmente sentado a la diestra del Señor y dispuesto, deseoso, anhelante (es de suponer) de conceder los favores. Es como morir en el cielo. Y luego, decimos, Pío Aranburu, el hijo del indiano y padre de Sixto, dejó ahí esas cajas de muerto cuando se fue a vivir a casa de su hija.

Los Lozano, claro, no sabían la historia de esta familia, ni tenía más interés que el de la curiosidad de doña Salomé, quien, como ocurre siempre con los que no pueden ver y lo necesitan: intuía mucho.

Muchísimo.

Hay también en el desván un depósito casi vacío de pienso con restos que siguen oliendo a eso, a comida ya muy vieja, descompuesta de caballos, de vacas, de cerdos; tan vieja, que está olvidada de las moscas; un olor, un hedor, muy distante que sigue oliendo (sobre todo para doña Salomé, quien ve aún mucho a través de los olores) a esa comida que ya no serían capaces de comer los animales de "Aranburu" si los hubiera; es un picante acre de muy mal-oler todavía. Hay también unos restos de manzanas que se han ido arrugando, arrugando, de ver pasar las fiestas de Navidad con sus fríos y después los

calores de verano, diez, once, veces, y también de ver desnudo a don Romancio otras muchas en estos años mirándose curiosamente en un espejo de cuadro, no pequeño, que sube él mismo entre la manta doblada, como a escondidas de su mujer.

Aunque el, ¡y maestro!, debería saber que no tiene necesidad de esconder a doña Salomé más que los ruidos.

Y hay en este trastero, todavía, un jergón con unas resortes cansados de estar sin hacer nada; y Romancio decía, y sigue diciendo, a su mujer: "Salomé, este jergón, tócalo, está muy sano en los hierros todavía. y le vendrá de perlas a Jesús, mujer". Era que el chico (si puede llamarse chico a un Jesús de 31 años, casi de cuando el Otro tenía hechas ya las del Cristo, que no se parece a su madre en nada y apenas se le oye en "Aranburu") duerme sobre un colchón de borra tirado en el suelo desde que llegaron. Ella insiste en que su hijo está durmiendo bien así, que a él le gusta, y que no va a ponerle un jergón que fue de la difunta, que acaso hasta murió de tifus.

Que con don Alejandro, y aunque doña Salomé no lo sepa, no sería milagro; le pasaba a este médico de Sorjín tranquilamente un tifus por unas anginas. "Que no, mujer", le decía, y le dice aún don Romancio. "que Sixto dice que esa señora, su mamá, se murió de vieja y un cólico nefrítico"...

Pero ella (mujer de muchas intuiciones, y algunas muy sabias) no quería; que no; y don Romancio sabía que era por lo supersticiosa, porque la cama era de las de morir.

Así, de estos alientos, de estas suertes, de estos signos, es esta casa de nombre "Aranburu" escrita en relieve de piedra (y para que dure) sobre el dintel de la puerta de entrar, que es un portón grande de medio punto con dos medias puertas de madera gruesa y con cabezas de clavos forjados del tamaño de unos puños grandes, como los que hubo de tener Juan Aranburu cuando llegó a la pampa argentina de aprendiz de indiano. Tiene el portal un piso de losa roja muy buena, parejita todavía; el portal es muy frío en invierno, pero también y por lo mismo, es muy fresco en verano. Le gusta estar sentada aquí a doña Salomé cuando no está de turno en la central telefónica; haciendo calceta o cosiendo alguna ropa.

Tiene este portal una puerta interna que da la cuadra; ahora está cerrada; ellos, los Lozano, no tienen, claro, ganado (ni perdido) que meter en este sitio; ni siquiera una moto.

El maestro en esta tierra no gana para andar con motor.

Tiene, eso sí, una bicicleta que usa Jesús para ir a trabajar hasta la fábrica tres kilómetros, y algunas veces lo usa el mismo don Romancio, con sus largas piernas desgarradas de pericón, para hacer, dice, ejercicio; porque, aunque no lo parezca por fuera, es muy cuidadoso de su cuerpo; también monta el aparato a veces para llegarse hasta la casa de su primo Eulogio García Lozano que es hijo de la hermana de su papá, que estaba en la ciudad como un número y ha llegado hace dos años como Comisario de Policía del pueblo, Sorjín. Eulogio lo es, policía, desde que se licenció hace diecisiete años y no tenía oficio, y vive ahora con un hijo de cinco años y dos nenas más pequeñas, y claro, su mujer Luisa.

Y entra don Romancio esta tarde por la puerta, y no está su mujer en el portal aunque es tarde y hace fresco, agradable.

No hace frío en el otoño en esta tierra (¡el miércoles en la tarde va a tomar el sol en el desván!) porque el sol sigue calentando en la caída de la hoja aquí tan bien, mejor, que en el verano; pero no está Salomé en el portal haciendo punto, porque está arriba, donde la encuentra Romancio remendando un calcetín pegada a la ventana, tomando el sol (que pronto se lo va a quitar el campanario de la iglesia) cerca de la cocinilla de gas butano.

Y no le dice él nada, sino:

"Hola"

Y ella menos, porque se levanta, en cambio de decir nada, la mujer, y busca con las manos y a tientas, encima del anaquel de la campana de la chimenea, explora con los dedos; ni mira siquiera; y él, don Romancio, la está observando ancha, muy ancha, y abierta de piernas, bastante. Doña Salomé alcanza, por fin, un plato hondo y lo baja sobre la mesa; abre el armario de dos cuerpos y de una madera con su color de pino blanco oloroso a friegas de lejía muchas veces y saca otro plato, un platillo; luego pone (mientras se esparce un penetrante olor a salmuera, a pescado seco) dentro del platillo una, dos, sardinas viejas; sube en su dos manos el plato hondo de vuelta, dificultosamente, en puntillas muy altas, esforzadas, a la balda de la campana de la chimenea que Salomé tiene vestido como un balcón de un papel amarillo con unas flores rojas; luego, regresan las manos gordas otra vez al platillo que le ha quedado sobre la mesa para abrirle las sardinas a él, que está (sigue aún) sentado con sus dos piernas paralelas y dobladas, esquinadas como las articulaciones de algunas grúas, si alguna vez se pudiese ver una grúa con pantalones, y viéndola sin decir nada desde unos ojos negros, grandes, abiertos, pero como vigilándola con disimulo, sin necesidad, desde debajo de una ceja enmarañada de pelos largos y negros, viéndola desde más arriba que su mujer, a pesar de estar ella de pie y él sentado sobre la banqueta de madera. Salomé mueve sus manos arrugadas de sesenta y pico de años haciendo las mismas cosas, y le va soltando blandamente los filetes a cada espina de sardina, que se dejan abrir fácilmente, de viejas que están; luego le pone hábilmente dos regaditas muy finas de aceite desde una lata que ella regresa de sus manos encima de la campana de esta chimenea que ya no está en uso y por eso no calienta hace tiempo, pero sirve para todo, y le da a él el pan con cierta torpeza (de no acertarle las manos), un pan de libra redondo, de pueblo, sin empezar, y un cuchillo de cacha negra de los de comer los Lozano con tenedor.

Vuelve doña Salomé, y como si tuviese algún cuidado en los pies, a su quehacer cerca de la ventana, que ya ha perdido el calor del sol de hace un rato, comido por la iglesia.

El le corta su buena rebanada al pan. Ese cuerpo flaco y largo de sólo 56 años, nueve menos que su mujer, necesita, parece, de como se inclina sobre el plato, comer bastante, y empieza a machucar los filetes de sardina entre el aceite y con pedazos de pan que se pierden entre los dedos huesudos, afilados, y llenos de unos pelos negros que le han crecido naturalmente, como su cuerpo, a don Romancio.

Y ella, doña Salomé, lo está oyendo en los ruidos mojados, insoportables, de masticar pan empapado en aceite.

5

"Intsusain", cuando es de día, se ve desde la carretera como un enorme túmulo de zarzas con tejado.

Si se deja la carretera que lleva a la ermita y al hostel, subiendo, hay una curva muy cerrada, entre cien, a la que se le desprende un camino carretero, un *gurdi bide*, por donde pueden caminar, y caminan, dos bueyes juntos, uncidos, tirando de un carro livianamente colmado de hierba seca, olorosa a savia tostada al sol. Y uno, que es curioso, baja este trecho detrás del heno y de ese chirriar hechicero del eje quieto contra las ruedas y descubre entre la maleza alta, espesa, protegida por la sombra de dos robles enormes, y por eso casi negra de sombra, un muro que se derrumba; está aún de pie gracias a un puntal macizo, absurdo, de piedra cuadrada de muralla (más puntal que casa) que brota de entre el matorral. Es un caserío pequeño que a pesar de este arrimo de piedra se está cayendo.

Esta ruina es inaccesible.

Hay una sorprendente verja de hierro nueva (inusitada en un *baserri* (caserío de Sorjín) que cierra el único paso; se puede observar que de vez en cuando pasan dos ruedas, y también alguna gente, por el reguero de pies invisibles que han conservado un hilo en la mitad del camino. Se oye aún el lamento de las ruedas como un pitido intermitente y voces de pájaros y grillos; no se ve una gallina ni un perro, inexplicable en un caserío. Y uno, si desiste del misterio, regresa a la carretera nueva que conduce al pueblo y a la ermita, según, según para dónde coja, y se olvida de "Intsusain"; si puede; pero si uno busca, como nosotros, con el señuelo de dar un rodeo al misterio de un caserío muerto y sigue el camino de carreta todavía unos metros puede que descubra, a su izquierda, como nosotros, un paso estrecho y bajo como de perros, entre el zarzal, y si le da por meterse como nosotros ahora por este camino de cubil, sale a un campo de luz verde de hierba recién cortada, limpio, reluciente de algún rocío, una llovizna reciente; al fondo hay una manzanal; de un manzano próximo al tejado (todavía la casa es invisible) cuelgan, no manzanas, que ya están recogidas, sino una camisa y una ropa interior de hombre que alguien que debe ser mujer ha puesto a secar; uno anda despacio, y sobre el zarzal que sigue rodeando al tejado se comienza a ver la mitad alta de un caserío, con dos ventanas de cristales enteros con cortinas, y cerradas, y sobre las zarzas hay ropas secándose al sol que ha comenzado a bajar sobre la montaña; uno, que es curioso (si no lo fuese no estaría aquí), sigue avanzando, rodea el matorral protegido, resguardado, por las anchas copas de roble y las ropas y da de frente con la cara vieja, pero viva, del caserío: un balcón largo, todo madera, lleno de geranios rojos y blancos y rosados, una parra de uva llena y blanca, con una puerta y una ventana cerradas, y más arriba un ventanuco sin puerta pegado al ángulo del tejado de vigas de madera gruesa que salen en un alero muy ancho, con nidos: dos, tres, con bigotes de hierba seca en las juntas de piedra y de madera; este ojo vacío del desván puede estarle mirando a uno la inquietud del misterio que despierta este silencio. Debajo del balcón están la puerta de entrada (con portillo), una ventana (la de la cocina, seguramente) y una ancha puerta de establo de dos hojas con clavos grandes; todo cerrado; pero hay un hacha quieta, hincada en un tronco de roble duro y acuchillado de cortar leña, dos grandes *metak*,

montones (montañas) de hierba seca, un banco largo pegado al muro debajo de la ventana.

El caserío está, pues, herido, y por detrás, pero vivo por delante. Vivo y mirando al mar; porque si uno se atreve y da la espalda a este misterioso silencio del caserío, descubre un azul lejano, iluminado de amarillo-naranja, y más próximos los tejados del pueblo que esconden el muelle, y más aquí de este horizonte, los verdes de sol más deslumbrantes, sembrados, frutales. Después de ese viaje de irse los ojos por ese mar que es el horizonte, regresa uno a la preocupación de la tierra que pisa, la casa que tiene cerca, y entonces espera que le suene detrás una voz, porque éste es un mundo habitado; hay mil señales. Y, sin embargo, nada. Inevitablemente, el que ya está enredado en este misterio regresa con la vista al caserío, y el caserío sigue silencioso. Puede que no haya nadie ahora. Es posible, claro. Pero uno no puede dejar de sentirle a esta casa el latido extraño de estar en compañía, de no estar solo. Acaso una bruja en acecho. Y sale, de pronto, de entre las zarzas, desde detrás de la casa, un perro de caza blanco y marrón moviendo su cola tímidamente, sin ladrar; ya uno sabe que hay una puerta trasera al otro lado de la barrera de zarzas, y le llega con la mano al perro, y el perro se le pega a uno a las piernas, contento de estar con alguien. Tiene un collar de cuero con una chapa de latón partida por la mitad y se lee: "sain" (seguramente "Intsusain"), y también debajo: "gun" (puede ser de "Lagun", nombre que se da a los perros frecuentemente y quiere decir: amigo). Uno espera un rato largo, dos; aguardando a alguien que ha soltado al perro, supone uno, y le diga: *arratsalde on* (buenas tardes), o *zer egiten duzu hemen?* (¿qué hace usted aquí?); las dos cosas, la amistosa y la otra, pueden ocurrir; o también, piensa uno mientras acaricia al perro con esta cierta turbación de estar donde no debe, que puede que el perro tenga su sitio de estar echado en el zarzal, y haya venido por su cuenta; todo es posible en todas partes, y en "Intsusain" también; y sigue uno jugando con el perro, y se atreve a cercársele más al misterio de la casa y llama: *ez ahal dago iñor?* (¿no hay nadie?) con la excusa (¡una ocurrencia!) de un vaso de agua, para preguntar si tiene un vaso de sidra; y vuelve a llamar; nada, ni un ruido que rompa la transparencia de los rumores de pájaro y los cantos entrecruzados de grillos, ni asoma nadie tampoco; el perro, que ya responde a "Lagun" y está con uno, mira al balcón y mueve la cola; pero no sale nadie todavía.

Ya uno sabe, por lo que sea, que no es bienvenido a "Intsuain"; y regresa por donde acaba de llegar; el perro de caza lo acompaña hasta el hueco, el túnel, del matorral, y lo despide con efusivos movimientos de su cola; pero de ahí no pasa; es una frontera invisible.

Esto es "Intsuain" de día; de noche, y por mucha luna que haya, no debe verse desde la carretera más que el negro de un pequeño macizo de bosque y zarzas.

Es la tumba abortiva del Caserío.

Bi

6

A Joxe Mari Orradre "Naparra" le quedaba mucho tiempo para pensar. Tenía un reloj de plata en el bolsillo de su chaleco; pero le sabía la hora al día por la luz y por donde daba la sombra (si había sol) en la huerta; les sabía al alero, a las tejas, las golondrinas y los gorriones que cargaban, cómo salían y entraban en un rumor, cómo daban de comer a sus crías, cómo se paseaban a saltos cortos las paticas de cuatro dedos sobre el canalón, porque oía como nunca; le sabía al pueblo los muertos por las campanadas lentas y gordas de agonía que le llegaban de la torre de la iglesia, que está cerca. Algunas veces, las campanas grandes de Sorjín, dos, han doblado a muerto por alguno de los que lo mataron aquella madrugada, y se lo ha dicho don Inocencio (ya ha pasado esto tres veces): "murió fulano", que ni siquiera quiere acordarse de los nombres, aunque tiene bien presente cada ojo que se le escondió detrás del cañón, siete, que le estaban apuntando y les sonó a esos muchos ojos como un solo trueno... Le dice eso don Inocencio, que ha muerto un ojo, y él no contesta; no vuelven a hablar más de él; de otros que estaban en el pelotón y que viven todavía, Inocencio no le dice nada, ni él le pregunta nunca. Joxe Mari le oía a Sorjín los cohetes de las fiestas, y los coches y camiones que pasaban allá abajo, lejos, en la carretera; supo cuando murió el tranvía; y, claro, escuchaba sin querer las cosas más íntimas de cuando le abre el grifo Auxtiña a la fregadera, cuándo está Inocencio en el retrete, cuándo hierve un puchero, cuándo le quita ella el polvo a los muebles del comedor, cuándo les da la cera (por lo que huele). Huele también Joxe Mari a manzanas, a peras, a grosella, a níspero, a ciruelas, a siega de hierba, a lo que es del tiempo, y a tierra cuando llueve después del calor. Ya no hay pájaros en las jaulas del balcón; él, Joxe Mari, mandó soltarlos, y comenzó a ponerles él mismo de noche la comida; comenzaron, por fin, a venir los gorriones; con precauciones, pero en invierno tenían que comer y se arriesgaban dentro de las jaulas, de donde salían a su gusto. Un día le trajo don Inocencio algo sorprendente: una jaula grande para pájaros libres hecho por un joven talentoso y (le dijo Joxe Mari) barbudo como él, Remi, hijo del cantero, sin saber que era para alguien que estaba preso para siempre; por ser hombre, claro; estaba ahora esta jaula sentada en medio de la huerta donde la podía ver Joxe Mari; veía entrar y salir a los pájaros de entre los espaciados barrotes de madera abierta a la libertad, de no saber el pájaro cuándo estaba fuera y cuándo dentro; depende de lo que piense el pájaro mismo, que es como estar tranquilamente fiado a su conciencia. El hombre podrá vivir un día esta libertad.

Todo esto y más pensaba y hacía Joxe Mari más que hablaba.

Pero también hablaban los dos amigos entre ellos, mucho; cada vez más. No tocaban muchas cosas, porque cada uno estaba donde estaba. Había que reconocer, y reconocían, que venían, habían venido, por caminos diferentes. Y no podían contar, claro, las mismas cosas. Y, sin embargo, estaban juntos. Más, imposible.

Don Inocencio le estaba diciendo, y desde hace más de veinte años, que ya no le iban a hacer nada; que podía salir y vivir en Sorjín; él, don Inocencio, daría las explicaciones; o, si tenía ese escrúpulo de no incriminarlo, podría salir por el monte, a través del río y la ciudad (le ayudarían) e irse de Sorjín a vivir con su hija en América. Allí, en la libertad, ya no tenía qué temer.

¡Nunca!, decía don Joxe Mari; el exilio era también una cárcel; él había muerto para su gente, para todos menos Dios y tres de sus sirvientes que le quedaban en Sorjín, y no quería, ni abandonar su pueblo ni ser parte de la cárcel regimental (una paz con bozal) mientras Sorjín siguiese siendo la mentira que es.

– Y te diré una cosa –le confiesa hoy Joxe Mari como un desahogo–: que ya no tengo valor para eso...

– Ya te comprendo; olvídalo; no te he dicho nada.

¿Cómo se va a olvidar él de eso ni de nada en esta maraña de cárcel donde uno tropieza a cada instante con su propia sombra? Le ha dicho varias veces al cura que cómo va a pagarle él, además de la vida, todos estos cuidados, la habitación, las comidas de tantos años... Don Inocencio lo manda callar siempre. Y reflexionará socarronamente, seguro; que son los clericales que van a oír sus sermones los que le están manteniendo con sus limosnas. Ni Joxe Mari se atreve a pensar en esta verdad, y consigue no enterarse. ¡Este mundo es absurdo!, se dice para acallar las punzadas de pensar cosas difíciles que tiene. Y sigue pensando en cosas que no es él mismo en este instante, sino en este pueblo triste donde ha llegado de un soplo dos veces y que se está muriendo de hablar, y mal, tres lenguas porque no le han dejado pensar y decir las cosas bien en la suya. Esto de la lengua de hablar en Sorjín le ha preocupado siempre. "Así resulta –se dice– que sin ninguna culpa de haber nacido, nuestro pueblo es tonto tres veces"...

Algunas noches se le hacían largas, sobre todo en invierno.

Hacía ya algún tiempo que Joxe Mari (en el verano por el calor y durante el invierno crudo por el frío) lo hacían bajar a dormir en un cuarto "de huéspedes" grande donde no recordaba don Inocencio haber puesto a dormir a nadie. Y algunas noches de invierno se quedaban callados cerca de la estufa de butano que prendían frente a la ventana de la televisión.

"Vive así Sorjín –se decía Joxe Mari hablándose mientras miraba sin ver– en esta miseria de la paz de callarse; por esta ventana no se oye al pueblo; y de nada sirve decir cosas (ni aunque no esté uno escondido, como yo, aunque no le hayan firmado el acta de defunción), si nadie que está oyendo escucha de verdad; y sabiendo que por eso, por hablar, cualquier nadie que viva de eso lo manda a uno preso a la ciudad, a algunos muy lejos; se lo dice, no don Inocencio, pero sí don Agustín, el médico; los hay en Sorjín quienes sobreviven discutiendo de fútbol, de boxeo, comentan (repiten) lo que dice el periódico y la radio y la televisión; yo les oigo a ratos las conversaciones debajo de este balcón de la sala donde estoy con don Inocencio en las noches de verano, y no dicen nada que yo no sepa, y se diría que no saben (a veces porque se callan, es posible) lo que está pasando de veras en Sorjín. Y esto, lo que se oye en alta voz, lo que puedo oír yo mismo sin moverme, inválido de ochenta años y encerrado, ¡murado!, es lo que (naturalmente) escuchan decir los turistas cuando se quedan a tomar una foto o una

Coca-Cola *hecha aquí* y pasan, o se quedan para gustar barato las comidas y las mujeres, ¡y los hombres! (me dicen algunas revistas de la otra ciudad que me llegan por don Agustín), y se compran como recuerdo de este pueblo (¡testimonio vivo del médico!) bailarinas con peinetas, toreros, panderetas con chinchín de borla, banderillas, sombreros mejicanos de ala muy ancha, porque toda esta mentira pasa por ser de aquí; ¡un turista de hoy no sabe ni geografía!; pasan como fardos, y dicen luego esas bocas como micrófonos que aquí, en Sorjín, ya se habla mucho.

– Y esto ya está claro que no es verdad, ¿no?... –le dije una vez a don Inocencio.

– ¿Tú qué sabes? –me contestó secamente; porque Inocencio es muy bueno, pero él no olvida que yo soy *beltza* (negro, liberal)–, hablas como si vieras más que yo, y no has salido de esta casa, ¡de la *ganbara!* (desván), por casi treinta años.

Pero don Inocencio se olvida que yo leo los periódicos hasta en francés (a los que él no sabe leerles más que palabras sueltas) y oigo las emisoras de radio que no oyen hablar los que mandan y le veo a la televisión tanto o más que él. Y si esto que oyen hablar los turistas fuese hablar, ya serían personas, no sólo los monos, que hace tiempo que son nuestros hermanos, al menos nuestros primos (¡qué discusión aquella noche con don Inocencio, que no me lo quería creer, y siendo eso, como le dije, ciencia aceptada por la Iglesia!), sino que serían hombres hasta los loritos y las cintas de grabar.

A eso, a tan poco, están queriendo bajar al hombre; pero no pueden.

"Porque este pueblo no se va a dejar, y este aparato se derrumba en cualquier momento. La radio ayer..."...Ya está, me he dejado de cuidar y tengo a don Inocencio oyéndome hablar solo. No me dice el cura nada, sigue viendo por la ventana luminosa el anuncio de jabón para lavar; él me cree ya chocho; a pesar de todo pone atención a lo que le digo; ¡pero a la radio, nada!; a veces él, que es un santo, que es incapaz de burlarse de nadie, hasta se me ríe en las narices: "Qué es eso, de que están pasando los años, de a uno, de a cinco, y no ocurre nada de lo que dice la radio clandestina: de lo que dicen los exiliados como tú y de más lejos, y aquí sigue todo igual, en buena salud, ¿no te das cuenta?"... Y es verdad que terminó la guerra Grande, y vino la esperanza, y se fue; los enemigos de esa Guerra se reconciliaron, se construyeron sus casas, se hicieron socios, están juntos en la empresa de vivir y avanzar, y aún aquí, en Sorjín, están sonando los mismos trompetazos de triunfo de la ciudad en cada aniversario y con cualquier otro pretexto... "¿no te das cuenta de eso, de lo que pasa?"... Y tengo que reconocer que es verdad, que eso de pasarse uno treinta años esperando nada es de volverse loco. ¡Pero algún día tiene que ser!... Y miro, ahora, a ver si don Inocencio se está riendo de mí, pero no, sigue viendo la misma operación del jabón que cae misteriosamente (no tan misteriosamente, hay una mano escondida encima o detrás o donde sea de esa ventana luminosa, y viendo algunos con esa credulidad santa de don Inocencio, cómo puede quedar esa ropa más limpia que blanco; ¡eso es más que creer en la Virgen!); está en eso este cura entrañable que ha arriesgado su vida por la mía, que ya estaba muerta. Así son, pienso yo a veces, los frutos maravillosos del creer, de la fe, del amor, que da el ciento por uno y hasta lo imposible; ¡parece mentira la profundidad interna de este misterio!; y toda esta bondad escondida en esta cabeza alargada y blanca de don Inocencio, que soy yo, el cura, sé muy bien por dónde anda la cabeza abierta, excesivamente expuesta, que tiene la dirección de estar viendo la televisión, pero ¡qué va!... porque está Joxe Mari, y

ya un poco tocado, ¡y no es milagro!, en algún libro que ha leído, o riéndose de estos anuncios, o pensando en lo que oyó ayer noche en la radio, lo que le dicen algunos papeles que le trae don Agustín y no se sabe ni quién ni cómo ni para qué escriben esas mentiras, y yo me hago el tonto, no me entero de estos mensajes escondidos del médico, y ¡de los que, a veces, me habla Joxe Mari sin darse cuenta!... Todo eso (ese reflejo escondido de lo que se quiere alcanzar y no llega nunca) es como un espejismo; pasó ya a la gente de Sorjín en dos guerras; yo tengo tíos y abuelos enterrados al otro lado del río pensando en la vuelta de Don Carlos; para el que lo ve con la ilusión, está ahí mismo, a la vuelta de la esquina; pero uno que está fuera del cuadro, que no está embaucado, sabe que esa esperanza de la libertad como quiere Joxe Mari es imposible, y, por eso, es mentira. El exilio largo, las desesperanzas que duran y duran, terminan en esta expectación sin fondo de la credulidad. Y no le quito para que él a veces tenga razón. Hay cosas que no le digo, sino que me duelen por Joxe Mari; cargo con eso yo solo, porque él ya tiene bastante. Como el caso que el otro día fue un pescador de Sorjín a pedir un permiso para representar en lengua Sorjín una obra de teatro traducida de Sófocles y le dijeron que eso habría que ver; ver si estaba este autor en el índice, seguramente. ¡Y luego resultó ser verdad, que estaba! Y me contaba don Pello a mí, que sabe que no estoy con él en sus rebeldías (y acaso por eso), que el otro día fueron a pedir a la ciudad el permiso para publicar un libro de lectura para los niños del pueblo en su lengua, y les contestaron que no, que no estaba ajustado a las normas pedagógicas de escuchar la palabra en el imperio, el colonialismo, que impone la ciudad; y es verdad que hay, como decía don Pello (aunque este cura es demasiado vivo de genio y se va a veces más de lo que le permite la cuerda de la Iglesia, ¡se lo estoy diciendo!), medio millón, no de naranjas, sino de niños con sesos y brazos y corazón, sin escuela, y entre ellos muchos que son de este pueblo; y uno, yo mismo, que con mil trampas de Catequesis quiero colaborar con estos niños de Sorjín porque, simplemente, además de ser hermanos en Cristo nos tocó la proximidad geográfica y cultural y espiritual de nacer uno cerca del otro, juntos, y les ayudo a poner una *ikastola*, que no es una fábrica de pistolas sino una escuelita de párvulos, claro, en la lengua que reciben de sus padres (puro Juan XXIII) y de cualquier manera lengua puesta por Dios en la boca de Joxe Mari y mía y sin la que no podríamos ni hablar lo poco que nos decimos, y El sabrá por qué. Me duele que gente pobre de mi pueblo tenga que hacer todo este esfuerzo de gastar, además de pagarse sus contribuciones para que se estudie la lengua oficial aquí y en América y a donde haga falta en el mundo (porque el espíritu de la lengua oficial, la de la ciudad, es fundamental) y también para enseñar aquí, en Sorjín mismo, todas las lenguas del mundo, vivas o muertas; ¡¡hasta ruso!, que es la que hablan los comunistas!! Y yo, como ya dije el otro día a uno de los míos, ¡no paso por ahí! Si esta lengua es de Dios también y la hizo sin pedírselo nadie, sin nadie exigirle a El esta diferencia (de esto teológicamente estoy seguro), ni lo fue por intervención del diablo (¡no lo puedo creer, porque el diablo no ha construido nunca nada!), si esta lengua de Dios, me digo yo, Inocencio, cura carlista, casi anti-liberal, resulta ser la que me llegó con la primera leche pertenece ahora por derecho, ¡y por obligación!, a la ciudad, y aunque no sea de su amor, debiera ser al menos discretamente de su tolerancia civilizada, ¡pura educación por lo menos!; y si es así, debiera ser también de sus dineros, de los reales de Sorjín que

ahora cobra la ciudad y de su cultura general, y no siervo pisado por él, pateado, roto en los epitafios del mismo Joxe Mari que alguien le escribió de noche en Sorjín sobre los brazos de su cruz en el cementerio, y la autoridad vino a romper la piedra, más que la piedra la lengua en que venía su nombre, eso tan simple: que era nacido en el lugar Gurpegui, por Aoiz, en tal año, y que murió (sin decir cómo) aquel verano. Luego, Pedro, su hijo, le puso otra piedra diciendo lo mismo en la lengua de la ciudad, y ahí está todavía. ¡Si supiese este Joxe Mari "Naparra" entero y al mismo tiempo flexible como una vara de mimbre, y a la vez duro y de fustigar con la palabra estas cosas; ¡si supiese (además de lo que sabe) esto que no ha podido decirle nadie!... Yo le digo a Joxe Mari, sin convicción, pero para aliviarle el espíritu, que no es para tanto, que la lengua de Sorjín vive aún en las casas, en los caseríos, y que a pesar de su prohibición ha comenzado a haber, gracias a Dios y a su Iglesia, resquicios en la prensa, en la radio, en las escuelitas de párvulos; y él me dijo un día que hablamos de esto que todo eso estaba calculado, que le saben a la lengua sorjín muerte suficiente dentro de su cuerpo para dejarle dar ahora discretamente unos pasos; así, lo ven caminar los turistas. Yo insistí que no, que todavía hay tiempo, que por qué no puede resultar que ese muerto esté vivo como él, ¡como Joxe Mari Orradre "Naparra" mismo!; Joxe Mari lo estuvo pensando un poco, callado a la manera del indio viejo y sin palabras que es este pueblo, y sonrió, lo vi sonreír, y me dijo sin hablar, y recorriendo su mirada desde sus pies largos y delgados hasta su pecho y su barba blanca, un camino largo; que a dónde iba él, este enterrado vivo, a lucirse en ninguna parte y qué vida le quedaba ya que vivir, por larga que se la diese Dios...; y murado, como estaba; sin libertad de caminar por los bosques, por los montes, por las calles, por las gentes, por las chimeneas, los muelles, de Sorjín... Me dio a mí, que creo en la eternidad, mucha pena ver a Joxe Mari, un hombre entero, que había sido un roble de cuerpo y alma, en este aliento pobre de saberse para muy poco; a esto le ha traído la desesperanza de este camino sin destino.

Me sentí responsable; lo tengo que confesar.

Y hasta me dieron ganas, me dan aún esas ganas, de confesarle estos sentimientos míos a este amigo que está sentado a mi lado; pero no me atrevo; no se reiría de mí, seguramente, pero se me quedaría viendo, porque es derecho como una vara de medir y a veces no lo puede ocultar. ¡Qué podría hacer yo con esta mirada!... Me considera responsable. Está Joxe Mari ahora mirando por esta ventana; la Auxtiña, dormida (¡ahí está en su silla de paja como sentada a la diestra de Alguien en el cielo!) y Joxe Mari estará sin poder sacar la cabeza de estos problemas de Sorjín, por mucho que le ponga a esa ventana la mirada de estarle viendo lo que le quieran enseñar al pueblo; y así está, en verdad (¡se conoce ya tanto!) porque Joxe Mari, yo, estoy pensando en la merma en que vive la lengua de mi pueblo, que apenas sale de unas líneas de engañar bobos, cantos a la Virgen (¡que no nos oye!), los Salmos, lo que pega Urtain, lo que cosechan los campesinos (y con su traducción a la lengua de la ciudad, y a veces con lo de las cosas de Sorjín en la lengua del imperio –para que lo tengan que leer– y lo de Vietnam y Camboya –que ya están cansados de oír en Sorjín– en la lengua de aquí); se habla en sorjín de las apuestas rurales, lenguas de niños, de la borona y de las vacas, y no hay que salir de ese vocabulario, de esas ideas, porque dicen los retrógrados que es salirse del pueblo; nada de escuela, ¡nada de Universidad!; para eso está la ciudad, dispuesta a

enseñar de todo en su palabra y a su modo; que debiera bastar, ¡y sobra!, a un campesino de Sorjín. Esto, este mendrugo vergonzoso, lo debe sentir Sorjín (me lo dice don Agustín) de mil maneras que no son de ver, precisamente, sino de sentir las coces en las partes viriles de este pueblo que sigue, a pesar de todo, vivo todavía; como yo, y sufriendo lo que pocos saben, ¡ni en el mismo Sorjín siquiera!

Así sigue el pueblo mudo, sin palabra; ni cuando se esfuerza en hablar traduciendo está diciendo lo que piensa.

Estoy oyendo roncar detrás y sé que no es ningún guardia que me vigila (aunque lo he soñado miles de veces) sino Auxtiña, la pobre, que no para desde la mañana temprano hasta que termina de fregar los cacharros de la cena. Y no miro, ni a don Inocencio, para que no me huelga lo que estoy pensando, que es a lo que me dijo el sábado pasado don Agustín, el médico: una historia de ese don Romancio que mientan tanto don Inocencio y Auxtiña (aunque Auxtiña habla sobre todo de la bruja que es su mujer y que tiene un gato con pendientes). Parece ser, y esto no es desdoro para nadie, que este hombre venido de la ciudad a este pueblo de corderos hace tres años tiene el oído muy duro para el habla de acá; que no es deshonor, digo, pero que siendo para enseñar a los niños de Sorjín convertido en las afueras de la ciudad las letras, las ciencias, la gramática y la aritmética, cosa natural, no lo entienden; y el hombre, el maestro, don Romancio Lozano, enseña, se ve (está a la vista) su buena voluntad; pero ya sabemos que la voluntad, aunque sea buena, no basta siempre. Comenzó a enseñar lo que sabía, y como lo sabía, a los niños de aquí, que también tienen duro el oído para el acento de la ciudad, porque estos chicos no han mamado desgraciadamente la leche de don Romancio, el maestro, sino la de su *amatxo*, su madre, y así, no aprenden; lo que no es un milagro; milagro sería lo contrario. Y que por eso no quieren, los muchachos de Sorjín, ir a la escuela; lo que tampoco es una maravilla; maravilla sería el milagro que quisiesen ir a pesar de todo.

El Maestro, y con razón (decía don Pello, el cura, a don Agustín) se queja de la poca colaboración de los niños, porque son ellos, los indios, los que deben llegarle a sus oídos, y no él a las orejas de los infantes.

Así estaban, y están, me dijo don Agustín, las cosas. Feas. De esto no digo a don Inocencio (¡y por temor a que se enfade!) nada.

Entonces, en el pueblo, parece, han hecho mediante el cura don Pello Untzeta (a quien no conozco, porque llegó más tarde de morirme yo, pero al que sí me gustaría conocer, ¡mucho!) dicen que él ha hecho, parece, la petición como es de estilo en estos casos del derecho de ahora, y con las viejas sales de pimienta, la canela de emplastos, el ajo, el azúcar y la miel, ¡sin falta! que exige el mando en estas pucheradas de puchadas de engordar tontos sentados en sillas, y todo esto envuelto en ese papel oficial, de orden de regla, precepto, de canon. Y así, con ese aparato de hablar despacio y claro y sin verle a uno la jeta que pone al escribir –me decía don Agustín con gracia– han pedido los campesinos de Sorjín que les dejen tener de maestra a una hija de este pueblo, una Jone Mentxaka, nieta de un amigo mío, Antton, que murió hace años que es, casualmente, dicen, la primera en el barrio que llegó a la ciudad y comenzó a estudiar con los mismos de allá y le van a dar dentro de un tiempo un título completo, y, además, esa muchacha,

claro, sabe la lengua del pueblo, que sigue siendo todavía su lengua de decir las cosas desde que comenzó a hablar en los brazos de su *amatxo* y de su abuela Kaxilda.

Cosa muy sencilla, como puede ver y comprender cualquiera que ha mamado de buena madre, aunque ese cualquiera sea anti-liberal.

Y le ha contestado al cura don Pello –me decía el médico (que es como decir que han contestado al pueblo de campesinos y pescadores y obreros que es Sorjín)– que no se puede disponer de los maestros que van a salir de esta fábrica así como así en este desorden de "yo quiero esto" y "yo quiero aquello", porque ésta sería una anarquía, y va contra la ley del mundo y la de Dios.

El Dios de la ciudad donde han embutido Sorjín, claro.

Eso han contestado en un oficio de hacer las cosas tapadas por carta que tienen los amos de este pueblo. Y el pueblo de campesinos, digo, el cura, que sabe escribir de las dos maneras y en un estilo de la lengua oficial de la ciudad en el que puede confiar el pueblo, ha dicho con todas las fórmulas otra vez que no quieren sacar a don Romancio, el maestro, si el problema es ése, que no, pero que ya los 98 niños que tiene, y que él no entiende, son demasiados niños que no pueden aprender, y que pondrá el pueblo (reunión de padres) por su cuenta, y que sólo piden que dejen venir, por favor, y cuando le den el título a la nieta de Mentxaka, como maestra al pueblo para que coja los que sobren a don Romancio.

Tampoco.

Y esto no se lo ha dicho a don Pello el que ha venido de la ciudad a guardarnos, agazapado aquí y a su aire en el teléfono, en correos, en la policía municipal, en la secretaría del barrio, sino que se lo ha dicho el mismo alcalde, nacido aquí, en Sorjín, nombrado a dedo, y le ha dicho este hijo al cura, a don Pello, que se calle, que se deje quieta la mano de escribir y que se la meta donde le estorba cuando se sienta.

Ni más ni menos; así me lo contó, indignado, ¡y yo loco!, don Agustín.

No digo nada de esto a Inocencio; bastante tiene con los reproches que le hago sin hablar; además, comenzaría a ver mal las visitas del médico que me sacó las balas del cuerpo.

Parece que es verdad (y verdad es verdad dondequiera) que ese maestro Romancio no ha dicho nada; no ha dicho que no, porque no le dan las tripas para esa marranada, seguramente; ni que sí tampoco, y no por hacer daño al diablo, sino porque no le conviene.

Y que la chica Mentxaka, la maestra nueva, la primera en el pueblo y con su lengua, cuando le llegue el nombramiento de la ciudad, le han dicho que se tiene que ir a Logroño.

"¡Coño!"...

Palabra textual de don Pello cuando se lo contó al médico, quien también le puso su acento cuando me lo dijo. Y como me decía don Agustín: allí le sobrará a Jone la lengua que aquí, en este su pueblo, está haciendo tanta falta a su gente. Así han hecho con monjas y curas y frailes, que los han mandado por cientos donde no se habla sorjín, y han traído aquí, cientos, que no lo saben, y con las armas listas, santamente preparadas, para dispararle a la pobre lengua de este pueblo.

Y más cristiano, más católico que este pueblo, no hay; pero el que manda (aunque mal) manda, y todo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, aunque es fácil deducir que no hay espíritu de padre con un hijo que sea capaz de esta maldad.

Mientras tanto, la radio y el periódico y la televisión están hablando, y desde hace mucho, de unos compromisos con la Educación de la Comunidad de las ciudades, sobre Derechos Humanos, de Asociación, sobre Lenguas Maternas, Vernáculos, todo en mayúsculas para fuera, y "peculiaridades", "berzas" para dentro; y se ensalzan, porque convienen, las Encíclicas del Buen Juan XXIII nuestro Padre Santo, Bueno, Abuelo de Sorjín, y se habla también, entre tanto (el que habla solo siempre tiene la razón), en la radio y el periódico (preciosos editoriales con nombres-seudónimo que suenan a sorjín hablado por chino manchú) y la televisión y desde hace siglos, parece, diez, veinte, de un libro blanco que debe estar poniéndose amarillo y que aún, a pesar de los pases de bruja, de las enmierdas, de los discursos, aún, digo yo (un pobre murado de ochenta años) no se sabe cómo será cuando la pongan a funcionar, si funciona, pero que en lo leído, y como pasa con la Biblia, pareciera que está de verdad en blanco y cada uno lee lo que quiere, que es lo que le conviene. Y así, con esta paja, creen que todo el mundo está contento. Lo están diciendo ellos todos los días, por si los otros, el pueblo, no lo sabe.

Porque también los que gobiernan dan, a veces, estas satisfacciones.

Como esta blancura de los dientes que están anunciando por la televisión en este momento... ¡Qué obsesión de blancura y de pureza, entre tanta mierda!... Ya están otra vez con el Vietnam, que los norteamericanos han tenido siete bajas y en cambio han matado 113 (ni que fuesen cochinos, ¡ni sé cómo los cuentan!) Y parece que por haber matado más hombres se ha ganado una batalla, ¡es de locos!... Y ahora la paz de aquí, de Sorjín: que las fiestas de San Antonomasio han sido muy lucidas, ha habido fuegos artificiales, procesión, y a la gente se la ve riendo, comiendo hasta en las aceras, todo lleno de gente... La misma gente que está viendo en este instante don Pello en su casa (maravillas de la comunicación) porque a veces yo mismo, don Pello, oigo y veo estas noticias de la ciudad para ver lo que esconden, lo que no enseñan, porque esto es truco viejo de andarle al toro con una capa roja para que embista por ahí cuando le están preparando la espada por todo lo alto; y yo, que soy todo un cura y soy joven, tengo la sangre caliente y me funciona la lengua, pero guardándome las formas, mordiéndome lo de hablar.

Ayer mismo llegó a Sorjín una bruja que era hombre (pero ahora eso no importa) y vino montado en una escoba de hélice y el portafolio de papeles de ensalmo. Aquí pasan muchas de estas escobas. Se paró en una planta de fabricar aparatos sin hacerlos; nada más los montan y les ponen la señal de "hecho aquí"; ¡mira qué industria!; brujerías; y se le juntaron en el camino unas estrellas y otras brujas y un ensalmador de hisopo y agua, don Rosendo, ¡un cura de batalla! Este cura vino de la ciudad, anda protegido, no por los santos, sino por el gobierno; visita al Comisario, manda en un Colegio, me quitó el teléfono...

Tiene esta procesión de coches todo el aire de ser un negocio a medias; si lo dice un cura como don Pello, yo, ¿qué dirá el pueblo?...

Yo venía, casualidad, caminando hacia la casa; don Rosendo me tuvo que ver, seguro; diría: "ahí va Pello, el tonto del pueblo, haciéndose el cura"; por lo menos diría

eso... Ya no se ven ángeles como antes, esta es la verdad, ni se huelen santos en las ceras, sino azufres; ya no hay milagro bueno, sino estos prodigios de mentir fábricas; hieden ahora los "santos" como diablos y no se ven sino brujas por todos lados; así vi el cortejo, como un hilo breve y ruidoso que visto desde la altura de un avión no se debe oír, y mirado desde el cielo, ni con los catalejos de la fe se puede sospechar una pequeñez así.

Esta es la batalla de la oscuridad que yo, simple cura de pueblo, peleo todos los días pegado al suelo, y de vez en cuando tengo necesidad de subir y a lo más alto que puedo para tomar un buche de aire y respirar, y, entonces, en esa cumbre de la oración, perdono a todos, hasta a mí mismo, Pello, simple cura, las muchas tonterías de pensar que hago.

Pero tengo que volver a bajar, aunque sea a comer y a dormir, después de los rezos; a veces hasta el simple dormir cuesta mucho trabajo.

Ayer, que era viernes, vino Jone Mentxaka cuando era un poco tarde y ya mis dos hermanas estaban recogiendo la cocina y yo estaba terminando de escribir la carta a Txomin Orbegozo y los otros chicos que han tenido que huir por activistas de Sorjín y necesitarán de alguna comprensión y algún auxilio en su destierro, y ella entró al despacho sin yo saber que había nadie que no fuesen mis dos hermanas, y me dio un susto; ella, Jone, lo vio en mi cara (no sé lo que pensaría) y me sonrió con todos sus dientes, que son grandes y limpios, y no me dijo nada de aquel gesto que hice yo, y sin querer, por instinto, de guardarme la carta debajo de una carpeta (¡hay brujas por todo!), sino que me dijo que la perdonase, que sabía ella que eran casi las diez de la noche, muy tarde, pero que salía temprano en la mañana en el autobús para la Escuela Normal y no llegaba sino a esta hora de la ciudad, porque eso es lejos de Sorjín.

Y que me venía a traer los impresos.

¡Cómo no va a poder hablar esta muchacha, hija de Antton, el químico de la algodонера, y de Baxili!, y de cualquier otra manera aunque no hubiese nacido de nadie que conoce uno, ni me llegase a traer unos impresos que me hacían falta, porque era, y es, la primera muchacha que va a graduarse en el pueblo y me ayuda en la junta de Acción Católica.

Se me sentó Jone delante, en una de las tres sillas que están pegadas a la pared, debajo del cuadro del abuelo, que era un carnicero y que me mira siempre que lo veo con unos ojos pequeños, abiertos y asustados; acaso de verme hecho todo un cura.

Pienso yo.

Porque un cura en su tiempo de carnicero era más que lo que hoy es obispo; o se asusta el abuelo por ver a su nieto que es cura vestido de hombre y con la camisa gris y mi traje negro, pero sin la sotana ni el clergyman que ya el pueblo está diciendo (y sin creer en lo que dice) que es una patente de castidad.

Eso no me importa; antes se reían de nuestras faldas, ahora se ríen de nuestros pantalones porque llevamos ese cuello blanco, y seguirán diciendo cosas de nosotros porque este mundo (y también Sorjín) es así.

No lo hice yo, claro.

Y pienso que no es para menos esta tentación de hablar en este tiempo de esta manera y de nosotros en este mundo hecho hace tanto tiempo y por Dios mismo, y oscurecido todo, entre nieblas, ¡trabajo de diablo!, porque estaba sentada Jone frente a

mí, y un poco lejos, en la silla del centro que está contra la pared, y ella me estaba hablando de los impresos que me traía de una imprenta de la ciudad, y yo la estaba oyendo, perfectamente, pero la estaba viendo el muslo que tenía subido sobre la otra pierna y hasta muy adentro, que eso no es nada estos días, no parece, porque hasta esta muchacha, Jone, me llega a esta hora de dormir con esa falda de a medio muslo que seguramente no tiene otra más larga y tampoco tiene, yo lo sé, otra hora más temprana de venir; y gracias a Dios que vivo con mis hermanas.

Yo me levanté, inmediatamente, y me le acerqué y me senté a su lado.

Cualquiera que nos ve con la malicia de ver por encima hubiese podido creer que me estaba acercando más a la mujer, no siendo así, sino al revés, porque de más cerca la estaba viendo (y mientras ella hablaba) y Dios sí lo sabe (por eso tiene que haber Dios, para el juicio exacto) mucho menos que eso y sólo su nariz, que es grande y carnosa, y la boca demasiado grande y dentona, y un mentón prognático que se lleva un labio delante y gordo, bembón y tiene Jone unos ojos hermosos, inteligentes y tranquilos, como de alguien recién nacido a la vida.

Así es esta muchacha; así la veo yo.

Y yo escuchándola con el mayor cuidado, porque habla rápido, muy de prisa, y después de entregarme los impresos que yo necesitaba al día siguiente para extender unos recibos de Acción Católica, empezamos a hablar de cosas, y ella, como si fuese una casualidad (y yo lo creí así en un principio), me estaba diciendo que ya hacía días que Euxebio Garaigordóbil (quien trabaja en una fábrica de máquinas-herramientas muy cerca de donde estaba la Escuela Normal) estaba coincidiendo con ella, con Jone, en el autobús, y que eso no ocurría antes más que muy de vez en cuando. Pero que ese mismo día, que fue ayer, lo vio llegar muy nervioso a su asiento y ella no sabía cómo tomarlo, pero que de todas formas él le dijo que la necesitaba, que necesitaba de ella, que era una joven muy seria y muy bonita...

Y al decir Jone esto se sonrió, francamente; porque es sincera, la muchacha; yo que la estaba viendo cuando me estaba sonriendo, sabía que no es Jone bonita, propiamente. Lo sabe ella también. Aunque es una joven bien hecha, de buenas piernas y de buen pecho, que lo estaba viendo yo mismo moviéndose macizo y poderoso cuando ella me estaba contando eso con esa viveza y esa prisa de hablar que tiene Jone siempre.

Y se calló, y esperó que yo le dijese algo; seguramente lo que ella quería que le dijese yo; pero, ¿qué le podía decir?!...; había que improvisar, y le dije que yo no sabía, que no conocía, las intenciones de verdad de Euxebio, que era, parecía, buen muchacho, que tenía sus defectos, como todos...

Ella me cortó para decirme que tenía más defectos que los demás, porque le gustaba la taberna y le gustaban las mujeres y le gustaba, ¡le gusta! también aparentar más de lo que tenía dentro, ¿no era así?...

Tuve que decirle que tenía alguna razón de pensar así las cosas de Euxebio, y que, entonces, ¿por que quería ella mi opinión, si ya tenía una idea tan fija de lo que era el muchacho y sabía que no le convenía?

Ella, Jone, me dijo que quería que yo lo supiese.

Pregunté, por fin, que en qué... quedó la conversación. Y Jone me dijo (dijo Jone como sin darle importancia) que eso era imposible; que ella no lo quería.

¿Entonces?; y yo, que estaba sentado frente a Jone, le oí decir que yo, que me veo con él todos o casi todos los sábados en las reuniones que tenemos en la biblioteca de la parroquia y luego en la cena, en fin, que yo supiera que ella había tenido esta conversación con Euxebio Garaigordóbil; nada más.

Yo le dije que sí, que estaba bien.

Y así, como vino, se fue; con las prisas.

Y se fue acaso más tranquila que cuando vino a verme con ese apuro de decirme lo que guardaba dentro de su pecho y que no podría decir a su madre; la madre de este pueblo es buena, pero no deja abiertas las puertas para que le lleguen sus hijos fácilmente; será por la estrechez de estar encerrada siempre en lo suyo; la madre Sorjín tiene estas vías de salir cerradas desde las fuentes de la raza, no sabe hablar para fuera; ¡es tan difícil comunicarse!

Y me estoy riendo todavía, claro, porque Jone hizo lo que le hizo un judío a otro.

Un judío tenía con otro tan judío como él una deuda gorda; desvelado se le ocurrió levantarse a media noche y presentarse en casa del judío acreedor; se levantó, efectivamente, dijo a su mujer que ya volvía, salió, despertó al acreedor a esa hora y le dijo a ver si recordaba aquella deuda que tenía con él y vencía al día siguiente...; el acreedor le dijo que sí; pues esa deuda no se la iba a pagar porque no podía. Cuando regresó a la cama de su mujer le dijo: "anda, vamos a dormir, que el que no va a poder dormir ahora es él"...

Y así me quedé desvelado anoche por sólo esta visita de Jone Mentxaka.

Tanto que oí sonar las campanadas del reloj de pared hasta las cuatro, y después he tenido que levantarme para celebrar la Misa de seis; total, hora y media de dormir a medias...

Hoy he querido desquitarme con una siesta después de comer, pero se está muriendo Juan Kutx Dorronsoro y he estado con él toda la tarde; acaso tampoco muere esta vez; estos viejos son de un modelo que dura mucho.

Y que sigan viendo mis hermanas este novelón de la televisión solas; yo me voy a dormir.

7

Queda de aquellas antiguas guerras de bruja en Sorjín una muralla.

De esto estaban hablando un día don Pello y Koldo Olazarán, un ingeniero joven de Sorjín.

Esta muralla es una pared de piedra ya muy oscura del tiempo y de los lutos de clavarle gente con posta o bala disparada con culebrina y con arcabuz y con bolaños de piedra y balas de hierro macizo y granadas y proyectiles huecos, todos dirigidos con la intención de matar a este pueblo. De cuando los chicos de doce y trece años recogían en el pueblo las escopetas de los muertos de hacía trescientos años y disparaban desde los parapetos de bastión de leiva con la alucinación de estar apuntando a los enemigos de su tiempo.

Que muchos eran sólo hermanos que vivían (que tenían que vivir) del otro lado del río.

Era la oscuridad y la mudez de cuando se quedaron con sólo las manos y algunas piedras amontonadas por mujeres en el parapeto, y algunos de estos infantes las disparaban desde sus ojos de crío viejo sobre el blanco de las cabezas de hombre del adversario que podía ser su padre subido sobre cadáveres todavía calientes para alcanzar a ver mejor al contrario. Había que matarlo; lo mandaba la corona de un rey de espadas visto sólo en las barajas y lo ordenaba, decían, la cruz con los brazos ya exangües de abrazar solo muertos que le cantaban, no salmos, sino jermiadas.

Lo que ya pareció demasiado al valiente Alcalde Boutrón de entonces; con mucha razón.

Esta muralla es también de cuando el Capitán Esain cayó de tres balas al mismo tiempo y se resistió a abandonar su puesto hasta que le llegó otro tiro de agujerearle el pulmón y aún otros pedazos de plomo le astillaron el cráneo, y se fue, por fin, con el ruido aterrador de esos huesos en la cabeza.

"Nos falta Esain ahora", decía Koldo a don Pello, que en esto estaba de acuerdo.

Estaban sentados en la plaza, sobre el pretil de piedra adosado al muro lateral de la iglesia, casi en sus cimientos, y frente a la casa "Aranburu", donde vivía el maestro don Romancio; era un atardecer.

Hacían, los dos, historia a menudo.

Sabían que Belardi, al ver morir así a su jefe, se volvió loco; y no de miedo, sino de coraje, de rabia; "y muy mal hecho", decía don Pello, "hay que guardar las cabezas"; pero no le dieron entonces a Belardi, se conoce, las tripas para menos y se arrojó solo contra el enemigo y mató, dicen, uno por estocada y dándoles en la dirección de abrirles en canal, como cochinos, hasta que le iluminaron en los ojos el sol grande que oscurece las luces todas de este mundo; se lo encendió, dicen, un francés (¡acaso un hermano!) de un arcabuzazo a quemacara.

No lo pudieron recoger; se extravió entre los cuerpos de los que había matado antes; no se sabe si esto es consuelo, porque entre ellos, entre sus muertos, estaba, seguro, alguno de su propia lengua sorjín marcada en el alma de la sangre.

Esta muralla es tan del recuerdo de este pueblo que alcanza a cuando sus mujeres corrían a socorrer a los heridos y a recoger a los muertos, a traer la pólvora desde los barriles ya vacíos en los depósitos, y los llenaban de rocas y maldiciones y les iban poniendo dentro una bomba para que reventara con las balas de piedra sobre las cabezas del enemigo.

"No será cristiano, acaso", dijo Koldo cautamente, "pero es verdad."

Y era también verdad de Dios y hedor a pólvora y a carne chamuscada y estallidos de truenos de guerra cuando Lesaka y Elizalde y Ondarru ocupaban con setenta hombres de morir el boulevard, y de cuando Urbina mandó disparar los cañones hasta que se terminó de acabar lo que quedaba de la pólvora, y de cuando Isasi y Ubilla estaban vivos todavía, y de cuando a Eguía, que era un jefe natural, le mandó el rey un Comandante con mayúscula (que eso es siempre de la ciudad); se le interpuso al recomendado real la suerte de que lo mató el enemigo, y el pueblo hizo de Eguía jubilosamente su jefe otra vez.

Que era una forma providencial de hacerse la justicia.

Esta muralla es tantas cosas que también es de cuando el Alcalde entregó sus dieciocho mil pesos de plata para fundirlos y dispararlos en balas como si fuese plomo, y para lo mismo.

Buen regalo.

Por eso está la muralla hecha de esos cajones de piedra llena y muerta tan bien emparejada por fuera que encajan unas con otras tan de buena gana; ha tenido Sorjín bastantes muertos para eso; en sitios este muro es ancho de hasta cuatro metros.

Tiene con qué estar muy vistosa por fuera para los turistas todavía.

Y tiene ese mérito hasta de estar bendecida por el cielo de cuando, por fin, terminaron de ganar ese horror de resistir un asedio de casi tres meses de hambre y muertos un 7 de setiembre, víspera de la Natividad de la Virgen, casual y milagrosamente.

Don Pello se disgustó esta vez con su amigo, porque Koldo le dijo:

– Esta coincidencia era sin duda la respuesta oficial a la petición que le hizo el pueblo a la Madre de estar con ellos, con sus hijos de este pueblo, y no con los franceses de Condé, donde había también hermanos a quienes tocó ser enemigos por mandato de gente que había nacido con su lunar en la paletilla derecha, que era, dicen, signo de Arriba, y los de abajo lo creían, lo tenían que creer.

Don Pello no se enfadó sino por la ligereza con que juzgaba Koldo (que era un heterodoxo) una decisión de la Madre; pero no le era fácil combatir esta ligereza, ni quiso dar al juicio mayor importancia, y dijo don Pello:

– Tuvo que ser difícil, dolorosa, esa elección para una Madre.

Koldo dijo luego, y por esta debilidad de don Pello de callarse, seguramente, cosas que no debió decir; pero dijo que los de Sorjín se lo habrían pedido "in articulo mortis" con esa ingenuidad hermosa, pero ingenuidad, de hacerle la promesa de subirle todos los años por esta fecha a darle las gracias por haberse inclinado la Madre de todos contra los hermanos del otro lado del río, que venían, ¡tenían que venir!, con los de la otra ciudad porque no tenían otro remedio, y que la Madre se inclinó hacia acá acaso (¡un sacrilegio!) porque aquéllos no le habían ofrecido más, ni siquiera esa excursión a la ermita del cielo. "Malas relaciones públicas, humanas; o divinas; puede ser", terminó diciendo Koldo con ironía. Y don Pello no supo qué decirle.

Koldo siguió hablando, y menos mal que no había nadie más que don Pello para escucharle: que el rey lejano de aquí dijo en aquel tiempo de la victoria de los muertos que este pueblo era: *muy noble, muy leal y muy valeroso*, porque decir esto, sobre todo si es verdad, no cuesta nada, y además uno queda como Dios; y el que recogió los frutos visibles, invisibles y futuros de esta sangre que se escapó del pueblo de Sorjín no fueron Eguía, ni Osorio, ni Isasi, ni Ubilla, que fueron los que se desangraron, ni los parientes de los que murieron: Egea, Esain y Beaumont entre otros cientos, sino el Duque de Aceitares, gran estratega que había sabido esperar tranquilamente despatarrado, a lo moro, en su despacho de palacio en la ciudad para que lo nombraran "gobernador perpetuo" de estas murallas y ser investido gobernador de todo este pueblo.

Así, con estos personajes de aire, se han representado muchas obras de teatro caro en Sorjín.

Esto escuchó don Pello, y se callaron los dos pensando en las mismas cosas.

Esta muralla que dice tanto no es sólo una espalda recta, ancha y alta construída de piedra labrada y unos costurones de hierba verde-lluvia de muy buen ver, sino que guarda también, como los hombres, sus pasadizos secretos todavía; algunos de estos túneles son cavernas y no se conocen, y otros terminan donde uno no sabe, y es posible que escondan contrabandos de entonces y aún del día, que unas veces son botellas, otras sacos, otras papeles de leer. Y le siguen quedando a esta muralla, como al hombre, sus almenas empenachadas de brotes verdes, y no de esperanza, sino de herbazas y unas urticáceas que segregan un líquido urente; y así, en este mundo antiguo que es todavía el hombre de Sorjín toman el sol las sabandijas y se duermen los gatos después de haber cazado y comido una rata grande, que las hay hasta de su propio tamaño; y más grandes.

Hay también, claro, algunas partes de esta muralla que ya están caídas, y algunas de mucho tiempo.

Estas ruinas las comenzaron a reconstruir, cuentan, las brujas, y otros dicen que es el enemigo, porque de esto hace siglos y algunas piedras están todavía mojándose (con muertos y todo) por dentro cuando llueve; que es a menudo. Estos muros caídos son los abuelos de otros levantados por un hijo de Sorjín hace nada, unos años; se ganó la confianza de un amigo que era el corazón y la cabeza de este pueblo para recibir el encargo de un trabajo de vida o muerte; el ingeniero de Sorjín traicionó a su amigo mandando hacer el muro de la defensa al revés, sin los cimientos, para que el enemigo pudiese, y a placer, tirar a los pies sin arraigo de este cinturón que quedó, cargado de muertos, como una puerta abierta al enemigo.

A este Judas de la casa de arriba sí le pagaron en Roma, y bien.

"Lo peor de esto, lo más doloroso", le decía ahora Koldo al sacerdote, "es que eso vive como si fuese gente y juega a trenes y lo saludan. No tenemos memoria, ni agallas. Los amos, es natural, hace siglos y siglos que saben de este arte de dividir Sorjín en dos, y los dos en pedazos, en los que haga falta, y los ponen a jugar al fútbol y a boxear, y hasta los dejan ganar a veces; y compra a unos el silencio con el bien habido, bien sudado, dinero de otros que no tienen con qué alimentar la verdad, no tienen con qué vestir su palabra, contar su historia vieja en la agonía y revivir la sangre (que se le coagula en los canales, de tenerla paralizada) para escribir la historia nueva, descubrir la mentira, enseñarla, para que la vean todos; nada de esto; que es tan poco; nada; respirar para vivir, nada más; y hay gente en Sorjín, y mucha, que se está muriendo de asfixia; en el exilio de treinta años, cientos, miles; y pedir menos que lo que se pide no se puede. Koldo insiste en que está el pueblo de Sorjín entre chocolates y pasteles y whiskis y jamones bien curados; le han comprado el alma con chuletas de cochino que se cagan.

Koldo decía, y acaso tiene razón, que quisiera morir de vergüenza de no poder ser hombre en su pueblo; y no le dejan, morir, sus padres, no le dejan su mujer y sus hijos; no los puede dejar solos, ni a los que tiene, los viejos, ni a la promesa de lo que tendrá, que seguirá teniendo Sorjín; aunque, a veces, lo de morir, le dan ganas.

Don Pello habla de la esperanza, y Koldo piensa que hay que seguir, y qué remedio, frente a esta muralla.

Hay una parte de Sorjín que es el pueblo viejo subido a la colina y que está guardada dentro de este cinturón arruinado del muro. Dentro de este antiguamente sólido

cinturón de piedra hay un castillo que aún hoy guarda en su cuerpo, abiertas para el turismo (y si no hay abiertas suficientes se abren más) las heridas de bolaños y balas macizas y de bala y de tiro de posta, a pesar de que ya este castillo sólo existe como un trofeo, y aunque este trofeo de ayer haya descendido a ser hoy (y con las mismas cadenas herrumbrosas, enteras y dispuestas a sujetar cualquier brazo, cualquier pierna, cualquier conciencia aterrorizada) un hostel para turistas.

Aquí, frente a estos hierros, siente el turista (como en las películas) el placer gratuito de estremecerse de horror sin ningún peligro.

Sólo para esto sirven ya las historias contadas a la manera de los cuentos de otros tiempos de brujas y sin la razón del hombre que sigue vivo a pesar de todo en otro hombre y el de ahora mismo y el que vendrá mañana; todos con su ángel, con su diablo, con su bruja, dentro.

El hombre (y le viene de Dios todos estos adentros, y la esperanza) es inmortal.

"Le dan a uno pena los hijos", dijo Koldo.

Don Pello, el sacerdote, se calló.

Ese severo castillo de espaldas cuadradas y rasas con la viruela de los tiros y todo, como los play-boy de hoy, tiene delante una plaza de armas donde algunos serviles (digamos, oficiosos) repetían las palabras de los nacidos con el lunar, a los que a su vez escribían las proclamas otros, que en eso quedaban los lunares de entonces muchas veces y este pueblo les hacía muy poco caso.

Hoy mucho menos todavía.

Eran cosas del tiempo, que era lento entonces, aunque el río le entraba a la ría de mar y con su maravillosa carga de peces (algunos, salmones) dos veces al día, como ahora, y el río devolvía la visita a la ría cubriéndola gozosamente otras dos. Y porque no se podía (ni se puede) más amor de verdad en un solo día.

Esta del río y del mar, es una fidelidad que no se ha aguado como otras.

Hoy, y con estas heridas, estas grietas, estas magulladuras de las murallas y de los hombres, estos costurones de las heridas viejas y estos recuerdos, se sube el pueblo entero todos los años a cumplir su promesa a la Madre, que está esperando pacientemente en la ermita que le han construido sus hijos en Sorjín con amor sobre la montaña, mirando al mar.

Es conmovedor.

El pueblo se viste para este juego de ejército y dispara escopetas inocentes de cazar conejos y hasta trabucos que tiemblan de sólo sentirle la voz a la pólvora, y lleva, esta tropa, un cañón, dos, que se guardan en el Ayuntamiento, y que son regalo de la ciudad.

Mejor sería haberle pasado a este pueblo el derecho a ahorrar su impuesto de guerra para una Universidad.

Así ocurre que se planta un general sobre caballo blanco sin la malicia en el color y con ropa hecha como las de verdad y sin el oro, con el oropel, y que no sirven, claro, para echarle tiro a nadie sino para fotografiarse frente a los soldados. Y que a veces, porque estos hombres de mandar una vez al año son sentimentales, suelen llorar de la emoción; los ve el pueblo; y eso, no porque va a ganar una batalla, ni a perderla, sino porque esos ojos vieron durante años (que esto tiene de bueno, y de malo, la tradición) que había un general así en las fiestas de la Virgen de cuando le vivía su abuelo, y acaso

el general era él, el abuelo mismo, o algún hombre importante, y soñó este hombre de ahora llegar alguna vez a esto, a mandar a esta gente de mar y de caserío y de fábrica atada a la bella promesa de tomar la guerra a fiesta de beber y de comer y disparar cohetes y escopetas al aire.

"Así deberían ser, a lo más, las guerras; pero también las del enemigo, ¡y no sólo las nuestras!", dijo Koldo Olazarán.

Y cuando se ve montado en el caballo y que le brotan aquí y allá y de sus hombres de un día, algunos ya borrachos del vino y del coñac de la fiesta, pero no importa:

"¡Viva el General!"... (él lo oye con mayúscula) "¡Viva el General!"...

Entonces se le entornece la memoria y le cuesta respirar y revienta el humor del recuerdo en esas gotas saladas, y a la vez dulces, de un agua que le llena el ojo; y él, el general de este pueblo de fiestas, no quiere dejarse ver en esos salpicones de la emoción sin riesgo que le corren por las mejillas y hasta el bigote que se ha dejado crecer para que vaya con las ropas (como dejarse la barba para pintar o las patillas para que hagan juego con un jersey de cuello alto) y que sus soldados, sus súbditos de un día, lo vean llorar, sencillamente.

Bueno, eso pasa en las fiestas de la guerra de este pueblo, de Sorjín.

Don Pello las respeta profundamente por lo que dicen al corazón del pueblo; Koldo las critica por lo que significan y por lo que no le sabe (no le han enseñado) este pueblo que quiere a su *Zeruko Ama* con tanta ternura de hijos abandonados en el desabrigo doloroso de su historia.

Y ya estas puertas de la muralla que se cerraban están abiertas, acaso para siempre, y no porque no haya enemigo a la vista, sino porque ya está dentro.

8

Está Salomé acloacada sobre una silla de paja.

Tiene, esa silla, unas patas cortas y el respaldo crecido, alto, como el que tienen las silleas de las mujeres del pueblo sobre las "sepulturas" en las iglesias y con los nombres de cada familia escritos con tachuelas de oro falso. Estos sepulcros en los que ya no se entierran muertos (ni vivos, por supuesto) son espacios del piso vendidos por dinero para levantar las iglesias y para costear sus reformas, y que lo son (eran) con precios puestos según la distancia a la que queda Dios en el altar mayor, su sitio de estar. A estas sepulturas señalizadas con líneas entreveradas de maderas diferentes les encendían en un tiempo unas roscas de cera colocadas sobre las *argizai olak*, y a veces les ofrecían, a los muertos, alimentos sobre paños labrados.

Los *argizai olak* de entonces son para los anticuarios de hoy un negocio muy bueno.

En algunos pueblos ponían hasta hace poco un cordero entero si el muerto era rico; al pobre le bastaba (o no, ¡pero qué remedio!) con una pierna, y a otro más pobre lo arreglaban con un bacalao. Hasta después de muertos han puesto a viajar a los hombres con bastimentos diferentes, y con la santísima intención de que Dios dé a unos fuerzas para ir más lejos que a otros.

Las agujas que tiene Salomé entre hilo y dedos es para un calcetín de lana blanca y grande como una barca para el pie izquierdo de su marido. Se lo está tejiendo con el propósito secreto de desendiablarlo, de sacarlo de esos pasos de ir como viejo loco, verde, detrás de las muchachas y para que Pedro Botero le ayude a cruzar de vuelta el río del amor y se lo devuelva a ella mansito y querendón.

Los dedos gordos de Salomé juegan con las dos agujas de plata que sacan y meten el hilo de lana blanca que se está convirtiendo en calcetín: están las yemas vivas, sensibles, de estos dedos de Salomé viendo cómo, con qué misterio de ordenarles alguien este destino, se va enredando en una malla que se amoldará al pie grande de Romancio.

Ella está escuchando a la chimenea la voz de Juan Aranburu, que está en plena pampa, lejotes y solo; dispuesto Juan a escuchar cualquier voz de abuelo que se le presentase en aquella soledad primaria de cuando los hombres vivían abandonados a la suerte de sus signos, de la fortuna vieja de esperar que les llegase la voz montada en un trueno o en un canto de lluvia o en los rayos de un solcito para la semilla o el ulular sinuoso del viento, que es puro aire, ya sabemos, pero que todavía a uno, y en momentos, le llama la atención; quiero decir el misterio que despierta ese aire sonando en cualquier hueco, en cualquier esquina desnuda y estéril de piedra, en la rendija maliciosa y viva que se le raje a la madera al nada más secarse, o en la sabana abierta, yerma, desierta, sin fin, de tierra y tierra, sol y sol, a veces sin un solo árbol siquiera, puro rastrojo, y uno siente su alma más sola que si no hubiese nacido, que si no hubiese mundo; nada.

Siempre, claro, que antes se haya llegado a creer en el misterio.

Todo el misterio está en este secreto de la fe.

Y luego (eso sale después de muerto) en que esta fe sea verdad.

Tan pronto andaba la cabeza de Salomé por las pampas americanas como se sentía, y a lomos de esos gemidos del aire, en la media vela de estar en el otro piso; era éste un encantamiento presagioso, un canto de alero suave que a ella, a Salomé, en verdad, la hechizaba; así, sobre este zumbido aflautado sintió ella el sacudimiento cuidadoso de moverse Romancio, ¡este elefante!, que para eso no hace falta ni tener oído y a ella le sobra; tuvo la sensación de que no estaba sentada, sino acostada cualquier ayer y la cama se le estaba aliviando del peso de su marido y sintiendo ella, Salomé, despegarse un palmo del colchón, sin la lucidez de saber si el muerto era ella misma.

Duró esta sensación de partir un instante.

Y, sin embargo, ya era otro mundo: tuvo señales de que Romancio estaba de pie frente a la ventana y viéndola pasar o mirándole él las piernas en la carne de la aldeana, Estibalitz, una moza de las que le gustan. No le podía desnudar en este instante los ojos a su marido, ni había por qué ver más que dejarse oír ella la voz delgada de la chica con él frente a su orinal y con las manos en su carne viendo por la ventana Romancio, que hacía semanas, meses, que no la tocaba.

¡Estos misterios de Romancio en todo!... Sólo después de casados le confesó que había sido cura dos años y medio.

Le quedaba a Romancio de esos tiempos de confesor una voz suave, blanda, tibia, de poder decir, ¡hacer!, los pecados sin parecerlos, ¡hasta de parecer que eran cosas de Dios! Le llegaba él con esa voz de cubrirla con la palabra a la telefónica y le metía parte de la

cabezota de huesos grandes y la nariz con los brotes de pelos negros, de brocha, que le salían por los dos huecos como gamelote, y la mitad de las orejas peludas y como de orangután de grandes.

Se parecían, se parecen, a las de Luis Beltrán; en menos feo.

Le hablaba él desde esos ojos enormes, de buey, a ella, que ya era viuda de tiempo y con Jesús ya grande de quince años y ganándose ella la vida trabajando en el teléfono; todavía con la vista de verle a Romancio todo eso. Era un tiempo de ella en que no le hacía falta marido, pero Salomé a él sí, porque le ponía las conferencias con Algarrobo, su pueblo. El le hablaba de su hijo, su Jesús, que no estudiaba demasiado, pero que era bueno y formal. Fue verdad contada por Jesús en aquel tiempo que don Romancio lo ayudaba en la escuela hasta más de lo que debía.

Salomé no podía sino agradecersele.

Estaba entonces Romancio en la pensión de Romualda y ella lo invitó una noche a cenar; hablaron los vecinos, bastante, pero cenaron; era invierno, y mandó acostarse a Jesús y le estuvo hablando Romancio cerca del fogón hasta tarde, de su escuela (como si fuese una madre oyéndole las cosas a su hijo), de la responsabilidad que tenía de sostener la carga de tanto niño, de lo bonito que era enseñar, de lo feliz que se siente uno cuando consigue entrar en la cabeza y en el corazón virgen de un muchacho y logra pasarle algo de lo que uno sabe, que es como ver pasar la leche de la teta de una ubre a la boca de un ternero, para su alimento, el trasiego de lo que sabe una cabeza vieja ("¡no todo, porque hay cosas que no conviene pasar a nadie, sino morirse con uno!", le dijo) a los recipientes nuevos para el mundo recién abierto de los niños.

Eso lo entendía muy bien Salomé, que era mujer que se había vaciado en un hijo.

Romancio hablaba muchas veces así, con estampas del Evangelio, y ella lo oía hablar con la fruición cara de estar escuchándole sermones dichos para ella sola y hasta casi la media noche; sola ella en la casa, con Jesús ya acostado, y Romancio; los vecinos, hablando; ella, sintiéndolo, a pesar de todo, como a un hijo desabrigado en todo ese su cuerpo grande, y doliéndole que se fuese solo al cuarto desierto de la pensión.

Eso era entonces: ahora Romancio anda queriendo embrujar esa carne de virgen de la aldeana; acaso ella, a su vez, espera gozar de las alegrías que ella, Salomé, ha intuído por lo menos una vez en sus sesenta y cinco años; y todavía (con la ceguera de no ver) sospecha que hay mayores.

Cuando menos se ve, más se siente...

Vino Romancio una tarde de miércoles en que no había clase y le pidió un agua con azúcar y limón, como otras veces; y así estaba tomándolo sentado, cuando le preguntó si Jesús estaba en casa, como para un recado; y no, no estaba el chico; le dijo Romancio si había alguien más, y no, no había esa tarde nadie más que ella, Salomé, en la casa; no se levantó él, como alguna vez que le había llegado a ella en la cocina, a veces guisando, a veces remendando un calcetín, y nada, cosas inocentes, sino que esa vez le dijo que le llegase Salomé misma a sus piernas; ella, y sin todavía la malicia de lo que iba a venir, sintió en las nalgas los dos huesos de su novio y esa mano arrebatadora y afilada y peluda de Romancio, grande como una cesta, que andaba ya en su blusa, que era una chambra blanca, y le saltó dos botones; sintió Salomé la mano de Romancio tentándole la tela que se había cosido ella misma sin esas puntas tan tiesas de lo que venden en las

tiendas, y luego la otra manopla de Romancio en su espalda, como se lo estaba diciendo ella, pero no soltándose los corchetes del sostén, sino arrancándole una tira entera; ella le vio la cara glotona de cuando se le liberaron los dos pechos como dos brotes grandes, ¡ella temía que demasiado grandes!, de carne blanca y en ese momento crecida y más tensa del calor suave y persistente que da el celo a empujones en la sangre, que una, la verdad, no puede controlar, y que la fueron tensando por dentro como un arco; lo sintió a Romancio en la mano rapaz pellizcándole tiernamente, ¡aquellos dedazos!, los pezones, y ella sin decir nada, incapaz de otra cosa que sentirse abrazada (para no caerse) a la cabeza grande, jadeante, animal, de Romancio hociqueando entre sus dos pechos; estaba llegando adonde no había llegado Salomé nunca con su difunto Rosendo; sin embargo (cosas de Romancio) a ese goce que le iba creciendo dentro, a esa plenitud, le vino Romancio a meter un alfiler, un clavo de vaciar que sería sin querer, pero que fue una brusquedad de ponerse de rodillas, con todo y ella en brazos, dejándola a Salomé contra el suelo desigual y duro de las tablas de la cocina y arañándola en las piernas con las prisas de sacarle las bragas que estaban atadas con cintas y eran de tela hechas por ella misma, cuando no había (¡tonto!) más que buscarle el hueco de la bragueta sin botones que le había hecho ella, cosa práctica, para orinar sin quitárselas; ella no quería, pero Romancio (escrupuloso que era, ¡y es!) no paró hasta volverla del revés con su propia falda, y así, sin poder verlo, le llegó con la brusquedad y la prisa con que le hubiese cubierto un toro; húmeda por las piernas y un tanto desencantada, lo sintió despegarse de ella lentamente.

Y ella a medio andar; derrotada, dolida; y a pesar de esto tan cerca de todo.

Cuando pudo regresar la falda a su ser lo vio atándose los botones azules de la bragueta y yéndose, avergonzado, sin decir nada.

De esto a las dos semanas se casaron; y ella teme que por la obligación; cura sigue siendo cura siempre; nunca volvió ella a sentir a Romancio tan poderoso y tan cerca. Ni Rosendo la llevó nunca antes a ese mundo, desde luego; su Rosendo era más paciente y más seguro que Romancio, pero no llegaba nunca muy lejos, esta es la verdad. Acaso Romancio guarda esas fuerzas para las que él abre por primera vez.

Como a Estibalitz ahora, exactamente.

Porque esto no es sólo de ahora; en la ciudad era una Rosa que iba a la escuela de noche; por eso, por esa preocupación de no ver perderse a Romancio con una niña, aprovechó Salomé la ocasión del traslado a Sorjín a pesar de quedarse ella temporalmente sin puesto. Y ahora le sale Estibalitz, ¡la zorra esa!, una campesina y también de esos años de ser una niña pero sabiéndose capaz de despertar a viejos como Romancio.

A veces pensaba Salomé, con nueve años más que él, que no tenía ya ni ganas de andarle bailando el agua a este oso...

Esta chimenea encantada de "Aranburu" da para todo, y regresa Salomé a lomos de aire a la comodidad solitaria y hastiada de estar sentada ayer frente al cuadro de huecos que ya no ve más que con los dedos; un mundo conocido este del tiento; sabe que los cables de la centralita de teléfono bajan juntos y del techo como una raíz de árbol que huele a galipot, y se abre, se bifurca, en hilos dentro de su mesa de organillo con sus

doscientos huecos y un teclado de cincuenta interruptores y cuarenta pitos de plástico llenos de hilos que ella sabe dónde y cómo meter.

Mejor que Romancio.

Esto de la centralita del teléfono es un mundo de trabajo que ella fiaba antes a la vista de verle a los blancos de las teclas unos reflejos, porque lo negro empezó primero siendo como un deslumbramiento, con luz, demasiada luz, sin sombras, y sin poder ver, y ahora (ya muerto el ojo que le quedaba viendo algo) ve con sus manos, con las dos: alguien llega a pedir una conferencia y ella sabe si esa voz es del pueblo o no, por el acento, y si está dentro o fuera de la ventanilla, si el hombre es joven, si el joven es grueso, si el gordo la está viendo o no.

Hasta sabe (por el timbre de la voz) si lo que tiene que decir el cliente por el hilo es cosa de callar o lo puede oír cualquiera; y cuando le suena la voz de algún secreto ella está lista en el auricular y le oye las cosas tapadas contra la bocina de hablar escondido que cree tener el cliente en sus manos; y ella en su aparato y oyendo las dos voces, la de llamar tapado y la de contestar; algunas veces son citas; otras, negocios y algunos gordos; muchas veces estos secretos están dichos en el dialecto de Sorjín, del pueblo, un habla de la montaña que ha estado lejos de la civilización y que ella no le entiende más que algunas palabras que suenan parejas, pero otras muchas no, porque estos campesinos y marineros fuerzan los ruidos para eso, para disfrazarles a ellos las voces. ¡El diablo de su Jesús las está cogiendo al aire !

A Eulogio, el primo de Romancio, le interesan.

Algunas veces a estas palabras hay que hurgar, tocarles las esquinas, verles el color, a lo que suenan; las más peligrosas son las voces de los jóvenes, ¡a veces muchachas!; lo dice Eulogio, aunque Romancio no, porque su marido está siempre en la contra; ¡defiende a este pueblo!; ¡cuando andan muchas veces con pistolas y las disparan!

Ha habido hasta policías muertos.

Ella ha dicho a Eulogio que no pregunte las cosas sino cuando está ella sola. Eulogio se sorprende de esta necesidad de secretos con Romancio; y ella no.

Ella escucha.

Eso de oír lo oculto se está haciendo una sabiduría, una malicia inteligente que Romancio no entiende.

Ella se ha puesto a oír mientras espera que le den la conexión desde la ciudad, y le está oyendo al joven gordo la respiración, y lo siente jugar con la mano en la llave de su bolsillo; Salomé, cuando le dan el nombre que le tienen que dar para anotar quién va a hablar y con qué teléfono, lo escribe en un cuaderno. Este pueblo es pequeño, pero lleno de nombres absurdos y enrevesados que no deberían existir más que en el extranjero, y no en un barrio de la ciudad, donde debería hablarse como Dios manda.

Esos nombres que anota ella no los puede leer, y a veces no recuerda; los números sí, todos.

Cuando el cliente tiene que hacer una llamada cerca, en el mismo barrio, ella conecta a la cabina y cada uno llama su número; cada quién cree así que es secreto, y no, porque Salomé escucha el tiempo que tarda en regresar el disco a su ser y le sabe la cifra, y así, una a una, hasta el número completo; cuando tiene problemas le ayudan las dos hermanas de Eulogio, las dos hembras que le quedan solteras de siete que tiene; ellas le

hacen a Salomé los relevos; viven al lado; y si hay algo que necesita ver Salomé las llama por el tabique; un golpe quiere decir: "ven"; dos, "ven pronto".

Con esta ayuda de clave binaria con que funcionan las computadoras más complicadas (y Salomé no lo sabe) le basta.

Y si no hay nadie, porque las chicas han salido, se arregla como puede; dice que no está la guía que busca el cliente, le pasa dos o tres y a veces acierta; lo que sea; y Salomé se queda frente a las clavijas con los ojos abiertos, como si las estuviese viendo. El joven está detrás del vidrio esmerilado, viéndola por el pequeño hueco de la ventanilla, y se ha sentado, parece, en una de las dos sillas que hay en el local. Hay eso, dos asientos, y una escupidera, un paraguero pesado, de hierro, y una división de madera para dos cabinas, cada una del tamaño justo para uno que está hablando, suficiente. Hasta Romancio cabe. Tienen sus números: 1 y 2; ella dice: "pase al uno", o "pase al dos", sin saberle a las cabinas cuál es cuál; pero la gente ve los números y entra. Esto es todo el teléfono que hay para el público que no sea veraneante o tenga un negocio o alguna conexión con la ciudad, un padrino. A don Pello (que antes tenía una línea recibida en herencia del rector anterior para su negocio) se la han quitado (y para don Rosendo) porque este párroco nuevo ya no es negocio.

Este local de la telefónica en Sorjín, para alguien que ve con los oídos, como Salomé, es de una intimidad impresionante.

9

Esta noche hay luna, más de media; va la luna, dirían los de "Intsusain", *ilgora* (para arriba, creciente), con los cuernos hacia la izquierda; pero está nublado a trechos, y la luna sale y entra haciendo guiños.

"Intsusain" viene de apagar la luz del primer piso, el único ojo visible del caserío, a la misma hora de siempre; para cualquier Sixto Aranburu que pase, "Intsusain" está dormido; para un turista que sube al hostel, no existe, o al menos está muerto. Y, sin embargo, hay un hombre viéndole su acceso a la manera del vigía de un castillo en una noche en que pelagra un ataque; está cautelosamente asomado a la ventana que da al balcón y a los geranios. Está viendo las luces lejanas del pueblo, los guiños rítmicos de un faro que de día no se ve por la distancia y alguna niebla siempre; huele el hombre a flores dormidas, esa fragancia poderosa de la savia rica de hierba recién cortada, a uva madura y a la vegetación que mece lentamente una brisa tibia que viene del sur a secar el helecho, envuelto, "Intsusain", de todo ese mundo templado, caliente, que viene del mediodía, de Africa a veces (sobre todo en el otoño) a esta tierra; cantando, muchos y al mismo tiempo, los grillos, y un ku-ku que se repite, y el perro de "Baltzun" (que está cerca) que ladra por nada, porque es nuevo, joven y, sin embargo, a pesar de este latido sonoro de la noche, y acaso por eso, se oye un silencio profundo. Sin embargo hay una voz de mujer mayor que le está diciendo quedamente al hombre asomado a la ventana que da al balcón:

– *Ez ahal da iñor ageri?* (¿no aparece nadie?).

El hombre le hace una seña de impaciencia con la mano; nada más; ni un gruñido; ella está sentada sobre la cama abierta y lo ha visto en el contraluz del hueco de la ventana contra la claridad del cielo, y le ha oído el rasgueo enérgico a la ropa contra otra ropa y el aire en la profundidad oscura y callada del silencio de que está lleno el cuarto. Piensa la mujer que cómo se le ocurre a su hijo pequeño ponerse a reunir gente en "Intsusain" y de noche, con esa carretera nueva por donde andan los automóviles y las motos, y algunos son policías y guardias. Está, ella, temblando.

Zeruko ama (madre del cielo)... Ya "Intsusain" está maldito; le ha dado un mal y se está muriendo. Ya no es la alegría y la vida que era antes este caserío. Ellos dos ya están viejos, casi; la hija mayor se casó hace años y a otro caserío; sólo con eso ya no tuvieron quien les bajase la leche al pueblo, que a ella, bajar al pueblo, nunca le ha gustado mucho, y estos últimos años, nada; cada vez se habla menos en sorjín y ella no sabe otra cosa; luego, el hijo mayor empezó, tuvo que empezar a trabajar, en una fábrica, porque lo que da la tierra aquí va a menos y está a merced del tiempo, de lo que llueve, del sol que haga, mientras la fábrica da jornal seguro todos los días del año, invierno y verano, llueva o no; aunque nieve, hiele; el tercero, Leontxio, se quedó ayudándolos; pero hace dos años escapó, tuvo que escaparse, al otro lado del río. Ya con esto, con haber puesto alguien a volar el nombre de Leontxio Orbegozo por el pueblo y hasta en los periódicos de la ciudad, los policías están con un ojo en "Intsusain"; y el caserío, que venía enfermo, se está muriendo. El viejo trabaja sin parar un momento, y el chico mayor, Gaxpar, que no quiso dejar el jornal seguro de la fábrica, ayuda después de las horas lo que puede, y ella misma no para a pesar del reuma; no puede parar. Eso, el entretenimiento del trabajo, la lenta muerte del caserío, con un hijo en la calle, en una fábrica, el otro huído, y la hija con los problemas de sus propios trabajos y sus hijos, y todos lejos: así, los dos viejos se han venido replegando a ese susto permanente de ver llegar a alguien que sea forastero, porque ahora cualquiera es policía; ¡qué le dice ella a ese alguien si le pregunta por su hijo, que ni le entiende la lengua de la ciudad; aunque ahora hay también de los otros, ¡los de casa!, y ¡hasta Sixto, dicen, es un *salatzaille* (chivato)!..., a veces viene a conversar con su marido, y ellos no le contestan, se hacen que están haciendo algo con el hacha, con la guadaña, con la hoz, con un palo en el suelo, viendo los geranios en el balcón, quitándole un sarmiento seco a la parra, cualquier cosa; y no es mentira que tienen los dos viejos siempre ocupados los brazos y la cabeza en algo. Ella sabe que los tienen por locos; lo ha regado Sixto Aranburu en el pueblo, donde ellos van menos y menos; cuando regresa Gaxpar de la fábrica, se encarga de subir una cesta con el café, el azúcar, el aceite y alguna que otra cosa más que les hace falta; no mucho; el chico les dice que estén tranquilos, ¡pero cómo!; ahora mismo está en la *ganbara*, el desván, ¡y con Leontxio!, ¡que vino anoche a esconder una máquina debajo de una losa de la cocina!; ¡y cada vez que viene es un miedo diferente!... Leontxio está acostado sobre las tablas desaparejas del piso del granero, el desván, con su hermano y mirando los dos desde el ventanuco que hay entre dos nidos, esperando a alguien. Hablan en voz muy baja. Les preocupa el miedo de los dos viejos encerrados en la cárcel de su cuarto. Pero Leontxio se excusa y le dice que se va esta misma noche "al otro lado", al otro lado del río y de los peces; Gaxpar le está diciendo que está bien, que se tranquilice, que no se preocupe demasiado y se cuide él...; los viejos están hechos a esto; "Intsusain" es seguro

precisamente por la carretera, por donde uno camina a cualquier hora sin despertar sospechas... Y están viendo llegar a uno: por la manera de caminar sabe Gaxpar que es *Maixu* (Maestro) y mientras entra sin tocar, empujando la puerta, y sube las escaleras, Leontxio pregunta a su hermano si está seguro de él; "sí", dice Gaxpar; y salen a buscarlo, le alumbran la escalera con una linterna: ¡es Jesús, el hijo de Salomé!; Gaxpar comienza a hablar en la lengua de la ciudad, y Jesús, *Maixu*, dice: "te digo siempre que me hables en sorjín, que ya entiendo, y lo hablaré un día"; Leontxio le da la mano y regresa a su vigilancia solo, mientras Gaxpar y *Maixu* hablan bajo y sentados sobre las mazorkas de maíz; viene casi inmediatamente *Etxeko* (El de casa), porque los nombres propios están prohibidos en las reuniones y en sus relaciones de trabajo; y, como en un rosario (saliendo de entre las zarzas y el manzanal) vienen llegando los demás, hasta siete. Cuando están los nueve sentados y echados sobre el maíz y las tablas, y sin una luz, habla Leontxio:

– *Urik gabe utzi behar diagu erria...* (tenemos que dejar al pueblo sin agua).

Gaxpar dice algo a "Maixu" al oído, porque el hijo de Salomé no entiende todavía el sorjín suficiente.

Leontxio ha esperado un rato para dar tiempo a que su hermano complete la traducción.

– ¿Para qué eso? –pregunta uno, *Etxeko*.

– Necesitamos hablar a nuestro pueblo, y que nos escuche; sabéis muy bien que hablar, no nos dejan; tenemos que gritar así para hacernos oír, y no nos permiten hacerlo de otra manera.

Todo se callan un rato, y se oye el silencio de "Intsusain" en un grillo solitario.

– ¿Hay algún reparo? –pregunta Leontxio.

– Vamos a dejar a nuestro propio pueblo sin agua –comenta Gaxpar.

– Eso es verdad –dice *Beltza* (negro), que es un hombre grande a quien todos llaman "el gordo" y, sin embargo, es volado.

– Podríamos reventar algo en la ciudad –dice Gaxpar.

– Podríamos –dice Leontxio– y eso es más fácil, hay menos vigilancia que aquí; pero nuestro pueblo, que está aletargado, no oye el ruido de volar el depósito o una central eléctrica de la ciudad porque no siente la sed ni ve la oscuridad y sigue viendo la televisión que es el circo de este pueblo, y no se entera que estamos hablando nosotros; y si de alguna manera se entera alguien le echa la culpa a los comunistas, a los gauchistas. Volaremos el depósito de agua a nuestro pueblo en vísperas de la fiesta mayor... Hoy estamos aquí todo el grupo del sector porque interesa comenzar a delegar responsabilidades, las que faltan. Ahora no hay mucho tiempo, pero quiero saber si no hay reparos de peso... (Espera unos segundos y continúa)... Si los hay... (silencio)... ¿No?... Tenemos ya un camino andado: *Errekalde* (Cerca del arroyo), tú te ocupas de la dinamita de la cantera de "Itxua".

– Sí, estará en sus huecos de volar el día que haga falta.

– Ya contamos con *Etxegoien* –dice Leontxio.

– ¿Con *Etxegoien*, el de la cantera, ¡el concejal!?

No lo ha dicho uno solo, lo han dicho tres juntos. Y *Maixu*, no. Leontxio le ha oído este silencio desde donde está ahora en cucullas y acaso descansando de haber estado sentado cerca de Gaxpar, su hermano.

– Sí –dice Leontxio resueltamente–, él sabe dónde y cómo colocar la dinamita.

– No le tengo todavía mucha confianza –comenta *Errekalde* como para sí.

– Yo respondo de él: no lo veas en su casa; háblale, como está convenido, en la cantera; y no demasiado; le dirás sólo que ya estamos listos para la fecha señalada; que en la próxima reunión dentro de diez días se fijará el resto.

– Está bien –dice *Errekalde*.

Los demás se callan; Leontxio debe saber lo que hace.

Y yo, que soy Leontxio, voy a ver qué pasa ahora... tengo que terminar esto aquí, para las consecuencias... hay que salir de dudas... no me gusta *Maixu*, no me ha gustado nunca; cuando le oigo escuchar las aclaraciones de lo que no entiende en sorjín que pide a mi hermano, ¡me jode! ¡no lo puedo remediar...

– No hay objeciones, parece... –dice *Erruna* (Manga, o anchura mayor de una embarcación), pero ya es tiempo de saber cómo vamos a hacer el trabajo; ¿qué tengo que hacer yo?...

– Tú, por ahora, nada.

– ¿Nada? –dice *Arrobi* (Cantera) sorprendido, y yo le oigo la sorpresa en la voz; pero que espere, tiene que esperar.

– Por el momento –le digo, y en tono conciliatorio, porque no quiero que se me enfade– vamos a dejar que se arreglen *Errekalde* y *Etxegoien*; que eso tome una semana, tenemos tiempo, ¿no? –y la pregunta la estoy dirigiendo a *Errekalde*, y éste me dice desde su sitio:

– Sí, y antes también.

Cada uno de vosotros sabrá lo suyo a su tiempo –les digo–; nos sobra tiempo ahora; reunión en "Agerre" dentro de diez días... toca miércoles, ¿no?...

– Sí –dice *Maixu*.

¡Me molesta esta voz! No lo puedo remediar el recelo a la voz del hijo de don Romancio. Me he quedado callado unos segundos; y luego digo:

– Bueno, nada más por hoy.

– ¿Cómo van las cosas? –me pregunta *Beltza*, una mole a la que se le siente en la respiración y se le ve el bulto en la sombra.

– Bien –le digo mientras me levanto; me hago a un lado, hacia el ventanuco, desde donde sé dónde están los otros, por si acaso, y le digo: –hay problemas para pasar los papeles.

– ¿Y por qué no nos has hablado de esto? –dice *Beltza*, que también llaman "el gordo"-. Hay que resolverlo...

– Tú confía en mí; se arreglará; cada cosa a su tiempo; es posible (y te lo digo por ahora sólo a ti) que hagamos los papeles aquí mismo...

– ¡Imprimir aquí!...

– Es posible –le digo– y cállate esto para ti por ahora; te repito que es solo *para ti*.

– Está bien; no te pregunto más.

– ¿Quién llegó el último? –digo dirigiéndome a todos.

- Yo –dice *Eztena* (Aguijón).
- Vete saliendo, y los demás cada cinco minutos, como siempre, con las precauciones de costumbre, saliendo por donde no habéis entrado...– Y me lleva mi hermano Gaxpar hacia la ventana hablándome de la madre, de la casa, y luego, que ya estamos fuera del grupo, y el grupo en su propia charla, sus comentarios, le digo a Gaxpar, de pronto, que quiero saber a dónde va a ir *Maixu* al salir de "Intsusain".
- A su casa –me dice.
- ¿A "Aranburu"?... –le pregunto.
- Sí, allá vive; ya lo sabes; ¿a qué viene eso?... ¿por eso te has detenido al hablar, por eso ha sido esto tan corto?; otras veces (y aunque este grupo es todavía nuevo) hablamos hasta medianoche; no son más de las diez y media; ese silencio les ha caído mal a los chicos; ¿no le tienes confianza todavía?...
- No –le digo–, y sé que a mi hermano le tengo que decir la verdad; aunque no sea toda.
- Yo respondo por él –me está diciendo Gaxpar.
- No me importa.
- ¡Soy tu hermano! –insiste, dolido.
- No me importa; esto es más importante que la familia –le digo con cierta dureza, y hasta con dolor.
- Yo conozco bien a *Maixu* –insiste quedamente Gaxpar –y lo necesitamos para las informaciones.
- ¿Son buenas? –le pregunto.
- Tú conoces las importantes; ¿no han resultado verdad?... –y siento que mi hermano espera con inquietud.
- Sí, pero eso, al principio, lo necesita –le digo– para ganarnos; tú, y perdona, ya has caído, ya estás en su saco...
- ¿Hay que desconfiar –me dice Gaxpar con acritud– sólo porque es de la ciudad?
- Sí.
- Tenemos varios, muchos; y ésta es nuestra gente, son de Sorjín.
- Algunos –le digo–; éste es muy nuevo aquí, y a esa edad es todavía demasiado recién llegado para aceptar Sorjín como es.
- Está aprendiendo la lengua con mucha voluntad –insiste Gaxpar y ya con cierta dureza nueva.
- Hoy están mandando a los policías a los caseríos para aprender sorjín; se hacen pasar por enamorados de nuestra lengua, aunque la odian. Eso ya no es una prueba. Creemos que el que se expresa en sorjín está con nosotros; nuestros enemigos lo saben, y eso es peligroso. Sixto va a casa de *Maixu* a menudo, el Comisario está a menudo en "Aranburu", ¿qué hacen allá? –le pregunto.
- Ya lo sabes; y lo sabes por *Maixu*, precisamente.
- ¿Qué le... cuentan a él si, como dices, no está con ellos, de las chivaterías que se hablan Sixto y el Comisario?... –le digo sonriéndome. ¿Le crees más leal a nosotros que a su propia gente?...
- No se trata de una lealtad a las personas, sino a los principios: *Maixu* es así, lo conozco.

Ya eran tres los que habían salido, uno a uno. Mi hermano y yo estábamos aún pegados a la ventana pequeña. Los demás seguían hablándose entre ellos, con algunos silencios cortos, y pensando, supongo, espero, que los hermanos que se ven muy de vez en cuando tendríamos que decirnos nuestras propias cosas.

– No me fío de él hasta probarlo hoy yo mismo –digo bruscamente a Gaxpar.

– ¿Hoy?...

– Sí.

– ¿Cómo? –me pregunta sorprendido.

– ¿Le tienes confianza a *Bixki* (Mellizo) –le pregunto.

– Claro.

– Vino después de *Maixu*.

– Sí, *Maixu* vino primero –me dice mi hermano sin entenderme.

– Habla ahora mismo con él –le digo– cuando salga, y dile que al salir se esconda y espere cinco minutos, que siga a *Maixu*. Sabes dónde están los vigilantes: que ni ellos se den cuenta que se están siguiendo.

– ¿Por qué vas a hacer esto al chico? –me pregunta indignado mi hermano, y yo ahora, que soy el hermano de Leontxio, que soy Gaxpar, le estoy sintiendo malicias nuevas, desconocidas, a Leontxio; cosas que hace la guerra, seguramente, las separaciones, los peligros pasados, los miedos; y, en verdad, sé que es difícil escapar muchas veces de la policía y no estar recelosos de todo, y sé que también es difícil comprender lo que hace a *Maixu* estar con nosotros; hay mucho campo para el recelo; pero yo, que llevo tres años trabajando con él en el mismo relevo, yo en una fresadora y él en un torno, sé que es entero por la justicia, la libertad, que se avergüenza del primo político de su madre, porque los relacionan en el pueblo, ¡no hay remedio!, y él, hombre, al fin, está por sus principios, y los aplica también a este pueblo donde vive, porque vive en Sorjín y es su casa: los principios, si lo son, son para todas partes y para todo el mundo; también para este pueblo, eso dice él; es sencillo; pero Leontxio no me entiende esto aunque se lo repita su hermano; lo comprendo, estamos en guerra, y él en más guerra que yo...

– Acaso se ven los dos, el Comisario y *Maixu*, a escondidas –insiste Leontxio después de estar este rato callado.

– Está bien –le digo–, haré lo que dices, ¿qué vas a probar?...

– Que no va a contarle al Comisario lo que acaba de decirse aquí.

– ¿Lo de la voladura? –le pregunto.

– Sí –me dice Leoncio–, sobre todo, lo de Etxegoien.

– ¿Es verdad la colaboración de este hombre? –le digo en un tono nuevo de sorpresa.

– Es mentira –me dice Leontxio.

– No comprendo –le digo– ¿y qué va a pasar a *Errekalde* cuando vaya a hablarle? – ¡quiero saber por dónde sale ahora Leontxio!...

– No irá a hablar con Etxegoien; yo mismo voy a su casa al salir de aquí, camino del río, para decirle que no lo haga.

Cada vez conozco menos a mi propio hermano, y le digo confundido: -

– ¿Y quieres ver lo que hacen con Etxegoien?

- Sí.
- Entonces, estaremos también los demás en la red –le digo.
- Si es así, de todas maneras estamos, ¡estáis!, ya atrapados; hace tiempo que no estoy aquí, pero vosotros sí estáis, si se confirma mi sospecha, caídos; con una ventaja, que si *Maixu* hace ahora un movimiento en falso estáis en momento de elegir, de huir conmigo o dejaros coger como unos corderos...
- Pienso que no le falta razón, y se me prende una luz:
- ¡Los viejos! –me ha salido la voz con la angustia de sentir yo este miedo por ellos.
- Ya nos debemos a algo más que a nuestros padres. Pero no te preocupes demasiado todavía; acaso todas mis sospechas son mentira, y no pasa nada; sería mucho mejor.
- Pero esta prueba tuya de ahora no es definitiva –le digo–; este hombre puede irse ahora a su casa, chivato y todo, y acostarse, y verse mañana con el Comisario; tiene tiempo para eso –y creo que estoy hablando razonablemente.
- Es verdad, puede hacerlo –me dice Leontxio lentamente–, pero somos del oficio; y uno sabe la prisa con que van a contarse sus cosas los que están en un secreto, tanto nosotros como los chivatos; y aún es muy temprano, no son las once: no hay día que se acueste el Comisario antes de la medianoche; bajando por la ladera, tiene *Maixu* la casa de su pariente a menos de un kilómetro –me dice Leontxio, calculando, y me pregunta: –¿cuánto falta para las once?
- Más de un cuarto de hora –le digo.
- No creo –me dice Leontxio– que el Comisario esté en "Aranburu" a esta hora; pero quiero que *Bixki* siga a *Maixu* donde vaya; si va a "Aranburu", está bien, pero que espere fuera una hora para ver si sale alguien de esa casa.
- ¿Quién va a ser?, –le digo– ¿dices por el Comisario?
- Puede ser él, que está esperando resultados de esta reunión... o puede ser *Maixu*, que se está un rato en su casa, por si un acaso (¡porque espía es precavido!), coge la bicicleta y llega a casa del Comisario.
- Ves demasiadas cosas –le digo riéndome.
- Puede ser, y estoy libre por eso; ¿no me ves?; ¿dónde estaría si no?
- Pero veo que no hay tiempo de hablar más; faltan tres por salir.
- Anda –me dice Leontxio–, yo me reúno con ellos ahora; baja a la planta baja como para hablar con los viejos, espera a *Bixki* en el portal y que haga su trabajo con discreción... Y yo, que soy ahora Leontxio, oigo que me dice Gaxpar: *Ondo zio*k (está bien), mientras me voy acercando al grupo de tres y pensando que no tengo necesidad de ir a casa de *Errekalde*, porque esto estaba ya arreglado con él desde antes, para que no haga caso de mi orden, y ni vamos a volar el depósito tampoco, sino otra cosa; pero todas las precauciones, hasta con mi hermano (si tiene confianzas mal puestas), con Gaxpar, al que quiero tanto, son pocas en este tiempo de andar las brujas con pantalones y la escoba del tiro y los cuentos y las mentiras vestidas de verdad y la verdad desnuda y como de cristal, parece, porque nadie se da cuenta de que la está viendo, y acaso no la ven; y toda esta confusión y este sufrimiento de estarle buscando el hilo al ovillo, acaso para... nada, para morir más pronto.
- Seguramente.

10

Bazkaria gertu ahal dago? (¿Está la comida lista?), pregunta don Pello a su hermana menor, que está llegando de algún recado en la tienda, porque en Sorjín se vive mucho al día de un kilo de patatas y un cuarto de azúcar en cada viaje, y Miren Argi le dice que no, que no está todavía.

Don Pello coge el periódico de sobre la mesa del comedor.

Es un comedor para las ocasiones, porque aquí no se come sino por la Virgen y por San Juan, y si hay algún invitado; es incómodo, lleno de unas sillas de rejilla, recargadas las paredes con fotografías familiares, una de esas mesas pesadas de nogal macizo, una lámpara con varillas colgantes de vidrio que tropiezan con la cabeza de cualquiera que se adelante sobre la mesa a servirse un plato de sopa; arriba, en el techo, hay unos travesaños grandes de castaño.

Armazón de boina buena para cubrir una casa.

Se sienta don Pello cerca de la ventana, que es un hueco pequeño y viejo guardado por un alero con nidos, arrugado en sus maderos de dintel y las jambas laterales, porque esta casa vieja del puerto es de cuando dejaban las maderas desnudas, sin pintar, pero por donde le entran a don Pello este mediodía todavía grandes los barcos a descargar madera y carbón y tochos de hierro, o a cargarlos; éste de Sorjín era, y es, un puerto muy industrial donde trabajan el hierro y también usan, y mucho, la madera de pino para hacer papel; tanto que hasta tienen que traerlo, el pino (y a pesar de lo que se siembra ahora en lugar del roble y el castaño) de fuera y hasta más barato; y, total, para imprimirle cosas que no son verdad y que son mentira muchas veces, unos papeluchos que podrían estar hechos con algo que valiese menos que la madera, mucho menos.

Para lo que sirven sería mucho más que suficiente.

Deja el periódico sobre la mesa y acoda sus brazos sobre el antepecho de hierro pintado de verde de su ventana; está un rato viendo estas cabezas grandes y móviles de dinosaurio de las grúas cargando y descargando dócilmente los barcos, y uno de estos, y grande, saliendo en este momento con mugidos de sirena, de *tuto*, halado por el remolcador apenas más grande que un bote.

Don Pello está viendo el enorme barco con la bandera del martillo y la hoz deslizándose tranquilamente sobre estas aguas de la misma bahía de hace treinta años cuando le hubiesen disparado desde todas las estrellas de gorra y de hombrera y de manga, y desde algunas boinas, y hasta con los cañones montados sobre los brazos de una cruz, y desde los huecos de un hisopo; y ahora todos ellos estaban haciendo su negocio con el barco.

Eso es lo que ha cambiado; del resto, nada.

Esta ventana de casa es un ojo cansado y viejo que ha visto entrar y salir del puerto muchas banderas y muchas gente y mucho bípedo que no llega a eso, a gente; está empañado también este ojo entristecido por mares y mares de brumas y de lluvias y de lágrimas; y poco sol; no cabe mucho sol por esta ventana antigua de Sorjín por donde está mirando a este siempre el mismo puerto del pueblo de don Pello Untzeta.

Que es el mismo de Joxe Mari Orradre "Naparra", del que don Pello no ha oído sino (y años después) la noticia de su fusilamiento; está Joxe Mari en la onda de escuchar ese tuto grande del barco a la hora de comer, y aunque hace muchos años que no ha visto el mar (y no porque está lejos, sino porque no se ve desde esta casa de don Inocencio), esperando que Auxtiña le dé de comer, y pensando en los turistas que nos vienen a visitar en barco y en avión y también en coche, que dicen que todos los extranjeros tienen automóvil. Yo no los he visto, pero me lo ha contado don Inocencio mismo, y seguramente con menos malicia que la que pongo yo al pensarlo, porque dicen que es de ver con qué respeto o risa de estar rumiando goma de mascar o caramelo de menta miran esos hombres de calzón rojo y camisola con letreros de colores y viseras y hasta boinas azules y verdes y blancas de estos hombres viejos del Naendertal, vestidos así, de pocos años, de turistas de hoy, las tallas de madera de los aleros y los escudos esculpidos en piedra, noble piedra de las nobles manos de nuestros canteros, nuestras propias manos, manos de hombre de cuando estábamos en el mar los primeros; escondida con culpas invisibles las palabras, pero en las avanzadas del mundo para entregar el cuerpo, el resto de la cabeza, sin complejos. Y miran los turistas aún a estas piedras desplomadas por las minas, y por donde entran hoy en paz, en la santa paz de tanta gente que respira y camina y no dice (es triste) nada de su verbo, sino que se ha tragado un disco, una cinta, y repite lo que ya está grabado oficialmente en la ciudad.

Estos que están muertos por dentro ya no son capaces de hablar.

Pero Sorjín no es ese hombre muerto sólo, ni muralla y castillo del emperador y la guerra y los portalones hermosos de piedra antigua y aleros de madera labrada sólo, y calles de adoquines en pendientes y que se llaman Mayor, del Obispo, Pampinot, Kaletxiki, Bastero, Ixtuitza con su casa-torre y una iglesia parroquial de altos contrafuertes de piedra y con un párroco de la ciudad, parece por lo que habla, y viejo de la edad de piedra, que no se quería ir y lo han tenido (a obispazos, a zurazos) que sacar para poner otro más joven, a don Pello, y donde se casaron por poder (el pueblo dice que por no poder) Luis XIV, rey de Francia, y la Infanta española María Teresa de Austria, que está a la vista que no era de aquí porque así se han venido repartiendo siempre y con bendiciones este mundo.

Sorjín está poblado, parece a veces (y en esto no está de acuerdo don Inocencio) de unos leones viejos de circo, agotadas las fuerzas, hartos de látigo y de carne; somos, ¡quieren que seamos!, uno de esos esqueletos que necesitan de un nervio de alambre dentro para tenerse de pie en los museos; un escudo de piedra gastado por la lluvia y el viento; un casco desfondado (podridas por la lluvia las tablas) en una rampa de este pueblo, un pueblo al que ponen viendo cómo hacen (y qué tonterías) los demás las cosas en la televisión (para que no hagamos nosotros las nuestras), incapaces, los hijos de Sorjín, de dedicar este tiempo de bobos que nos roban a la acción creadora de nuestra vida; no de la de andar por casa con abarcas en los pies, sino universal, con zapatos; para darla, la vida, sin miedo, porque más das, más tienes, y menos das, te vas muriendo de nada, te secas.

Lo demás son historietas escritas en pergaminos amañados y colgados en las paredes a trompetazos, y seguir dando de esa muerte sería regalar baratijas de folklore con cenefas amarillas de pena; eso sería como salir a dar, a regalar, cacharros de

mercado de chiflos y de chicles y de churros y de chucherías que ya se venden en las tiendas y los *shops* y los *drug-stores* y en las tiendas y en las mercerías y aburridos los tenderetes de las ferias de dar cosas que no sirven y así están convirtiendo este mundo en un espectáculo grotesco y aburrido los comerciantes de fabricar los recuerdos en serie ("te quiero más que ayer, pero menos que mañana"), y no sólo se quedan en casa gritando, ¡sino que le entran a uno vociferando en la casa por los papeles y por la ventana de la televisión!

Y a nosotros no nos importa, no nos interesa, regalar esta miseria a nadie, ni a nuestros enemigos.

Nos interesa, sí, dar algo nuestro, que sea auténtico, que sea verdad, y a todos, hasta a nuestros vecinos de la ciudad, hasta a nuestros adversarios, si es que aún nos quedan adversarios después de haberlos hecho nuestros hermanos en el respeto, en la tolerancia; y lo digo yo, Joxe Mari "Naparra" que me han matado y vivo muerto, escondido, por más de treinta años; y no a estos vecinos de la ciudad sólo, sino a los simples turistas sin malicia ni información, esos curiosos a los que no les importa más Sorjín que las tarjetas postales de cualquier rincón de nuestro pueblo.

Para ellos es puro papel; para nosotros carne y alma.

11

"Ondarraitz" no es ya una taberna.

Antes nacían en Sorjín los bebederos en bodegas con huesos de viga formidables de castaño, y mirando por muy pocos y pequeños ojos de ventana: rincones como de iniciación muy discretos y protegidos. Ahora (y no se sabe si es para mejor) nacen, como "Ondarraitz", entre paredes invisibles de cristal, como escaparates, donde hay la ventaja de ver quién viene, quién está dentro, y ahora se le ven mujeres, niñas!, bebiendo vino.

Los viejos de Sorjín no lo pueden creer todavía.

Pero ahí está, cerca del mar y del puerto, como una exhibición, cuando le llega Genaro Etxegoien, el concejal a dedo. Tiene, esta claridad, la ventaja de mostrar quién está bebiendo, y quién no; se puede pasar de largo o entrar; sólo que hay veces que uno tiene una cita a una hora y no sabe quién le va a coincidir en el bar.

En esto está ocupada la cabeza de Etxegoien, que soy yo, al trasponer esta puerta de vidrio.

Yo no soy popular, que digamos. Lo sé. Pero alguien tiene que ser autoridad en el pueblo, y mejor yo que uno de la ciudad! No me lo entienden... Ahí está el grupito; me va a dar la espalda; son unos críos con barba que se creen hombres. No tienen media hostia. La gracia es que estos que dicen que defienden la justicia en Sorjín no son sólo los campesinos de aquí, los del pueblo, como tuve oportunidad de decírselo ayer mismo a Eulogio cuando me vino a ver (¡brujas del Comisario!), sino que está hasta su sobrino, el *belarrimotza* de "Aranburu", el hijo de Romancio, su primo; también está Belzunegi, hijo de un concejal como yo ¡y no saluda a su padre por eso ni en su propia casa!, y el

hijo de Garagorri, y Gaxpar, el de "Intsusain" (gente que está chinada y con un hijo perdido en la otra ciudad por meterse en líos)... Está todo esto revuelto.

¡Hasta están sospechando de mí!

Pido, entre el estruendo de estos gritos en lata dichos en Sorjín, un tinto para esperar a Luxiano el contratista; efectivamente, los seis, los siete, que están pegados a la rokola, "no me ven". No tienen los cojones de decirme nada; a solas me saludan con la cabeza, me dicen: *egun on* (buenos días), pero en cuanto pueden entretenerse con algo: un amigo, la rueda de su bicicleta, las nubes, el sol que calienta, un automóvil que pasa, un vaso de vino, ya no me ven. Como ahora. Y están en lo suyo, hablando paja, incapaces de hablar dos palabras en alta voz, oyéndose en uno de esos discos de protesta dichos en Sorjín; ¡aldeanos!; pataleos de gente que ha perdido su ocasión hace más de treinta años, antes de nacer. Y han querido (¡me han visto venir!) que yo los oiga ahora en esos cantos bonitos de la libertad, del amor, de la esperanza... ¡muy bien ese verde, y que se lo coma un burro!...; ¡que esperen!!... Ese Gaxpar que me está viendo desde la chifladura de "Intsusain" (¡ya ni hablan, y hasta se esconden cuando llega uno!) está haciendo que no me ve, y yo, que soy Gaxpar, el mayor de los "locos" de "Intsusain", no trago a esta gente del pueblo que se ha vendido como una bicicleta... ¿Qué habrá sido del chivatazo? Sabemos que el Comisario llamó a este concejal y ha puesto a vigilar la dinamita de la cantera; ¡señal de que mi hermano Leontxio tenía razón!... ¿Quién de la célula es el chivato? *Bixki* siguió a Jesús hasta "Aranburu" y esperó una hora y hasta media más, y Jesús (ni nadie más) no salió de esa casa. Ha podido verse Jesús con el Comisario al día siguiente, ayer; no en la mañana, porque estuvo en el primer relevo conmigo, pero después de las dos. Lo cierto es que "*Errekalde*" supo ayer mismo en la tarde que el Comisario había ido a visitar a Etxegoien a su casa antes de comer y le había hecho algunas preguntas. *Errekalde* está informado de esto por el mismo concejal, quien estaba indignado por la sospecha... ¡Hasta podía saber Etxegoien todo para ahora!... Me lo vino a contar *Errekalde* con este susto. Yo me di cuenta que no: porque si este bruto sabe de la participación de *Errekalde*, no se lo dice, o le rompe la cara allá mismo: no, Etxegoien esta en la mera luna de todo menos de la sospecha que le tiene inscrita el Comisario en su hoja de servicios, y sabe el concejal por experiencia que una sospecha de Comisario es una bruja que no se aparta de uno nunca. El que sí sabe todo acerca de las reuniones en "Intsusain" y en otras partes, es el Comisario. Y ha comenzado el juego: por una parte, el jefe de policía sabe quiénes somos, cómo nos reunimos, cómo pasa mi hermano Leontxio el río (aunque no le sabe nadie por dónde), y sabe que vamos a volar el depósito de agua, porque le ha funcionado el chivato perfectamente... ¡hijo de madre!...; así, el Comisario tiene estas cartas. Y nosotros las nuestras: sabemos que sabe (¡importante!); y sabemos también que cree que no sabemos que sabe (¡vital!).

Así está en estos momentos la partida...

Ya anda la gente del Comisario por el depósito de agua; han visto a Sixto (¡se confirma!), han visto a otro muchacho, Xegundo, y en la misma cantera hay un viejo, Xalbador, que está vigilando el cuarto de la dinamita y sin guardarse de *Errekalde*. Nuestro *Errekalde* es un Iñaxio Etxebarria que pasa por ser de ellos; una bruja más. Esto me dice que el viejo no sabe más que eso: que hay peligro de que alguien, cualquiera, llegue a robarse el explosivo. Como nosotros, tampoco el Comisario habla más de lo

necesario; ni a Etxegoien, seguramente, a quien no le habrá hecho sino preguntas y advertencias; porque la verdad es que (¡las brujas del Comisario!) no puede confiar más de la cuenta en un hombre que habla sorjín, aunque este sorjín-parlante sea ahora concejal nombrado a dedo. Las brujas andan en todas direcciones! Ahora, como están las cosas, ni Gaxpar ni *Errekalde* (¡que nunca anda en su grupo de taberna!) quieren hablar con el resto de la célula. ¡No sabemos quién es el chivato! Lo sabe sólo el Comisario, y el chivato mismo, claro. El Comisario sabe más que eso: ¡nos conoce a todos! Todos, en la célula, pensarán en Jesús, como Leontxio; y yo sigo creyendo que no. Hay gente que se puede descartar absolutamente: el gordo "*Beltza*", "*Erruna*", "*Errekalde*", "*Bixki*"... y nosotros, los dos hermanos Orbegozo; yo hubiese descartado antes a Jesús, y ahora ya no me atrevo... ¿Quién ve nada de nadie entre esta niebla? Aquí mismo, en este grupo de taberna, estamos juntos, bebemos, hablamos, pero hay cosas que nos guardamos de decir, otras que escondemos; coincidimos muy raramente en los dos grupos, el de andar juntos de tasca en tasca y el de cuidarnos, el de beber y el de trabajar por la causa del pueblo; es una preocupación elemental: ¿quien dice que Luxio, hijo de carlista, está por la justicia de Sorjín?, ¿quién me dice que Joxe se jugaría conmigo la voladura del depósito de agua? De la célula sólo sabemos en este grupo de beber, el "gordo" y yo. Es que no ha habido modo de separarnos los dos, casi hermanos, sin llamar la atención; y es que las brujas de Sorjín están en todo, hasta en olerle a uno las razones de las diferencias... Y Etxegoien, quien está sonriendo ahora a dos que parecen norteamericanos y que beben y lo miran risueños y no le entienden una palabra, sabe de toda esta sospecha mucho menos que yo, aunque se imagine él cosas; poco de todos modos, pero sabe más que los norteamericanos que no saben nada, y cuando están de vacaciones, ni piensan. Es una ventaja, ¡una venganza!; porque siempre (como cuando lo de mi hermano Leontxio) ha venido ocurriendo lo contrario: Etxegoien y otros chivatos del pueblo han sabido las sospechas, y nosotros no.

Ahora el problema es el de hacer que esta inversión avance hasta que los tengamos debajo.

La incógnita en este momento es el Comisario: ¿nos va a detener?; ¿debo advertir a mis compañeros, y a cuáles, o debo esperar, por el riesgo de que se entere el chivato, a que lo sepa Leontxio?; ¿estará tentado el Comisario de esperar a que se celebre la próxima reunión para agarrar a mi hermano?, ¿o tendrá la tentación de la paciencia completa de policía de agarrarnos a todos con las manos en la misma dinamita ya en los huecos de volar el depósito? ¡caza grande!... Si el Comisario tiene esta ambición de quererlo todo, mejor, ya he mandado un correo a Leontxio para cambiar la fecha y el lugar de la próxima reunión, que va a ser en "Perurena" y mañana mismo, y sólo con *Errekalde*, "el gordo" y yo; no tengo otro camino que esta desconfianza (sólo los tres entre los de la célula tomaremos la precaución de dormir esta noche fuera de casa) y habrá que tomar la decisión: huir o quedarnos a pegarle algún golpe al Comisario en la fecha y el lugar previsto para la reunión a la que ¡seguramente! estará esperando Eulogio, o quedarnos donde estamos y negarlo todo. Depende de las órdenes. En cuanto al delator: depende de quién sea la bruja. Si fuese Jesús (y no lo quiero) la defensa sería fácil: no lo tratamos casi (yo, sólo en el trabajo), es pariente del Comisario, etc. Pero si es el "gordo" o *Erruna* o *Bixki* o...; no lo puedo ni imaginar siquiera!... Pienso en esto

mientras hablan éstos ahora de fútbol, que es el circo de este pueblo, y veo que se nos está acercando Etxegoien, ¡sonriente!: no para obsequiarnos con algo, seguramente, sino gozando con el regalo que va a ofrecer a los extranjeros, y así es como está pidiendo permiso y pone una moneda para que le salga de las tripas a la rockola un chotis, y regresa a los dos sonrientes jóvenes que le están diciendo (debe ser): "yes, yes", "gud, gud", "uonderful", lo que sea, porque estoy cansado de oírsele a los que llegan al pueblo con muñecos vestidos de toreros y castañuelas colgadas en el automóvil, mantillas con peinetas que no veo yo en Sorjín sino en las películas y en la televisión que nos encienden desde la ciudad... Pero hay que dejar la buena impresión de que aquí, en Sorjín, en la ciudad, en todas partes, hay eso: alegría, música, toros, gentes que no entienden y dicen: "yes, yes" a todo, corderos y contentos: que comen y beben y hablan alto.

Aunque, decir, no digan nada.

Iru

12

Están los tres, los cuatro.

Duerme Auxtiña, el ama de cura, pensando y sentada cómodamente en una silla de madera, paja y cojín, con el reclinatorio a su espalda; está en el rincón del comedor, como siempre en estas veladas de no saber qué más hacer en la cocina. Está don Inocencio sentado en su poltrona y delante de la ventana mágica, con sus piernas largas estiradas casi hasta la mesa de mantel blanco con puntilla (un retazo del de cubrir el altar, donde estuvo depositado Su cuerpo muchísimas veces; que se ha usado hasta ponerse viejo) y con sus manos juntas, maravillado siempre el cura de este altar con minúscula que es la mesa de la televisión, que le sigue oliendo a misterio. Está a su lado (y no se dice *de su* lado, ¡cuidado!) y sentado en silla de terciopelo azul muy ajado, cómoda, con brazos del mismo tejido sin color (resto de sacristán y visitas del Obispo), Joxe Mari Orradre "Naparra". Y son cuatro, porque está en el centro de todas las miradas y oídos (entronizado como en un altar, como se ha dicho, y hasta sobre el mismo paño) el aparato de la televisión.

"Un cura –dice don Inocencio en voz baja– tiene que vivir, aunque sea pobre, al día", y se sabe que se está refiriendo al adelanto electrónico. "¿En qué día?"..., le dice con sorna Joxe Mari, su amigo, "¿en el día de *ayer* todavía?"... Por esto es que don Inocencio está a veces, y paracompensar este reproche de oírse decir por boca de Joxe Mari: "¿tú crees que basta un aparato de oír muy rápido y lejos para estar enterado, tú crees que basta oír misa para estar en la gracia de Dios, tú crees que basta hablar para estar diciendo una verdad, tú crees que es suficiente oír para escuchar, tú crees?"... tantas y tantas que dice, repite, este amigo antiguo, adversario viejo, hermano de estos últimos treinta años, como letanías de un rosario; y por esto, para compensar este reproche, como se está diciendo, sube con él al desván para escuchar la radio clandestina, o lee alguno de sus papeles escondido (¡en contra de su paz espiritual!) para no quedarse completamente retrasado en el calendario, en el día que mataron al ex-juez todavía.

Don Joxe Mari "Naparra", liberal todavía a pesar de haber comprendido muchos problemas de su pueblo con la ciudad después de haber muerto por él, por Sorjín, y a manos de quienes están vendidos a los resplandores de la ciudad con aires de ser así más de todo el mundo que partiendo naturalmente de su raíz, comprende que hay cosas en que Inocencio tenía razón: poca razón, pero razón; y también el sacerdote se había engañado (como muchos) en otras cosas; a cada cual lo suyo; ¡después de muerto se aprende mucho!; se está volviendo Joxe Mari desde entonces más y más (si se puede llegar a más todavía) escéptico, y nada loco; está delante de esta ventana por la que están poniendo a mirar al mundo los que mandan desde la ciudad para que lo vean todos según conviene a ellos y no de otro modo, pero Joxe Mari mira y no ve, sino que piensa por su cuenta.

Tiene estos arrestos todavía.

Y se dice que esta brujería no es la de antes, de cuando esas brujas eran de carne, reconocibles en la nariz y en los sigilos cautelosos de la denuncia del vecino a media voz en el pueblo, las agonías interminables de esperar oyendo los gritos de las bestias, los relinchos de los hombres y la memoria de arrugarse a uno el alma (soplo de Dios, sí, pero también resuello del cuerpo) y que todavía vive, esta brujería, de esas guerras entre vecinos de un mismo pueblo, entre hermanos, a un lado de los muertos, y tantos; algunos todavía vivos en la memoria como yo, Joxe Mari "Naparra", o en el recuerdo de otros que no morirán nunca, que también así se vive, y no peor, y a veces mucho tiempo; depende de los alientos que haya dejado vivos en este mundo; del otro, los hombres para untarse todavía unos a otros las envidias, los rencores viejos, las ojerizas, las manías, los desamores sencillos de no dar los "buenos días" en un día domingo y luminoso de sol, y buscarle el enemigo hasta los abuelos de tres siglos el mal del ojo izquierdo (liberal) o el derecho (el carlista y el integrista), y este muy fácil derecho ahora, desde luego, del que está mandando.

Un pretexto, siempre hay; si se busca, se encuentra.

Si, por alguna razón valedera, no hay excusa a flor de tierra o flotando en el río o boyando sobre las aguas del mar, se le exhuma de los libros. Los libros dan para todo. Según el derecho internacional, el del Estado, el de la Nación, el de la Iglesia; y son capaces estos prelados de servirse en sus pastorales, no solo de las metafísicas de abandonar a la carne de Cristo y a sus ovejas en la boca del lobo y de hablar todas las lenguas menos la suya (mejor los hubiesen parido sus padres, y no tendrían ahora sus pobres madres de qué avergonzarse), sino que son capaces de poner a Jesucristo en el Calvario hablando, no en arameo, la lengua de su pueblo, sino en el latín de los centuriones y el Pilatos y el César, que son capaces, digo yo, Joxe Mari "Naparra", hasta de poner en ridículo al Cristo subido a la Cruz, a Dios mismo, en sus tribulaciones; eso sí, con el aparato de metal bruñido y el agua de bendecir y la purpurina y la pose de carne tribulada, magullada con los cardenales de estar como muertos del esfuerzo de estar sosteniendo al Cristo, cuando es, el esfuerzo, sólo de haber comido mucho.

Muchos que creemos en Dios y en la Virgen, me digo yo, que soy navarro de Sorjín, liberal y cada vez más dentro de las entrañas de este pueblo y más en el mundo y fuera, en las estrellas, que fui juez del lugar Hernani y nadie me puede hacer bajar los ojos, no podemos, no nos da la indulgencia, el emplasto de bruja buena, para creer en estas criaturas como marionetas y sin gota de sangre (al menos sangre de su propio cuerpo).

Hay la excusa siempre, claro (el mundo de la palabra dicha para "aclarar" es inagotable), hay el derecho internacional y el del Estado y el Canónigo y el Romano, todos menos el del hombre desnudo y sin bandera que fue y sigue siendo el Hombre clavado en la Cruz; este hombre bajó también a Sorjín (un hijo de Dios, un hermano del Cristo) y bajó de Su propia mano, del Cristo mismo; el Cristo, y a veces lo olvidamos los hombres porque nos conviene, nació también así, en su pueblo antiguo con su bandera gacha, pisada, ¡sin bandera ya!, bajó el estandarte imperial de reyes poderosos que no eran de su tradición ni de su alma, y por eso, porque desafió también al César omnipotente que sabe lavarse las manos en sus pilatos, le sabe a Sorjín su cruz (son dos cruces) tan bien; aunque a El esta lección no le haga falta; y el pretexto, ¡la razón!, de los

fariseos de hoy, sea cual sea la máscara, es siempre la misma astucia de negarle a Sorjín el habla, el Verbo, el alma de insuflarle la vida antigua y todavía robusta de su carne.

Esa palabra, la que me digo yo ahora que estoy mirando por esta ventana de siempre, mirando al mismo escenario (este mundo parece no dar siquiera las vueltas sobre sí mismo, en derredor del Sol, en el abanico infinito de las estrellas), no le interrumpe para nada a Auxtiña, dormida plácidamente en el rincón, acaso viajando con su ojo izquierdo nublado por aquellos tiempos de cuando su amona (abuela) le hablaba ya de las murallas de Sorjín, de cuando estaban de pie y enteras todavía, y derechas, en la cumbre de su poder de piedra; así es, en esto estoy pensando yo, Auxtiña, como dormida, pero con uno de mis dos ojos en vela, como siempre; había entonces, en el tiempo de estas murallas más nuevas que hoy, unas brujas presas en el barrio Azpeitia, y a pesar de ser cuna todavía reciente de un Santo importante, querían (decían las abuelas, todas, tanto la mía como la de don Joxe Mari y la de don Inocencio) los vecinos que viniesen de fuera a castigarlas, y a matarlas si era preciso, o posible.

Como ocurrió, lo he comprobado yo misma (y ahí está don Joxe Mari) en guerra más reciente.

Porque es muy cómodo (y esto lo sé yo por mí misma y sin la ayuda de mi abuela Lokari) presentarse ante el pueblo de Sorjín y ante cualquiera que no sea de aquí, y también (con un volatín) ante la conciencia, para que algún otro y venido de fuera nos mate al adversario (¡que ni enemigo!) que tenemos en casa. Así pasó entonces en Sorjín, y con testigos de otras lenguas de Sargento y que dijo (sería sueño, ¡por lo menos!) que la bruja, la acusada, había sacado a esa niña de diez años que estaba haciendo de testigo, de noche, cogida por una pierna y la había subido volando a una montaña, donde la esperaba el diablo vestido de tres cuernos y rabo y al que la bruja hizo la presentación de la niña-testigo en sorjín y al son de tamboriles.

"Como si eso –suele decir don Joxe Mari en ocasiones en que estoy sirviendo la mesa (y a veces habla como un cura)–, tocar el tambor y hablar en la lengua de la madre que le señaló Dios para parirle el cuerpo y soplarle luego Dios en él su alma fuese ya pecado"...

Y todo esto –pienso yo–, toda esta confusión porque esa hija de Sargento García ni siquiera debía entender sorjín.

13

La vieja bodega de Iñaxio es un lugar de merienda y cena y vino para donde hay que bajar unos tramos de escalera con peldaños de losa y uno se encuentra, como nosotros esta noche, debajo de unas enormes y viejas vigas de madera y un techo de tablas prietas y un espacio ancho, muy de este pueblo, que huele a vino como de estar la madera remojándose en zumo años, y con tres hileras largas de mesas muy fregadas. Hay también un tiro de mostrador largo y alto de cinc cargado de vasos y de culo grueso y con su vino, más o menos vino, dentro, y lleno de boinas que a ratos beben y callan, y a ratos hablan todos juntos y fuman; que es para poder perderse en lo que dicen; de eso está esta bodega picante de humo de cigarros y de puros que también huelen a vino,

parece, y a guiso de aceite, a carne asada y a sardinas a la parrilla y a fritos de merluza rebozada, que tiene una voz de freír especial, como la tienen estos hombres que están cociéndose lentamente, colorados, en esta confusión pacífica de estar quemándose la sangre sin hacer nada más que estar hablándose todos y al mismo tiempo y casi de las mismas mentiras de que se puede hablar hoy en las tabernas de Sorjín sin ningún riesgo.

Nuestra mesa de siempre está en un ángulo, para mayor intimidad.

Antes, a estas bodegas del pueblo, que son innumerables, venían sólo hombres; era su iglesia y su universidad; las mujeres y los niños, a las novenas o a la misa mayor de las diez o a vísperas en la tarde, y los hombres, a las tabernas y a las bodegas y a las sidrerías; y aunque de vez en cuando los hombres llegaban hasta la puerta de la iglesia, y hasta a veces, y empujados por la voz apremiante, severa e inteligente, de don Joaquín, el Parroco, hasta se sentaban en los bancos, las mujeres no se atrevían nunca a bajar estas escaleras.

Como decía, eso era antes.

Aquí, en "Iñaxio", hay dos muchachas del pueblo alineadas con sus novios en el cinc del mostrador junto a los hombres de estarse con una alpargata sobre un tubo que ponen para eso, para descansar un pie, y el otro clavado sobre el piso de cemento, como los grullas, y con un brazo sobre el mostrador y la otra mano en el bolsillo, y callados, y las boinas quietas, un rato, hasta que les dan un giro con las manos, a veces con una sola, como si estuviesen asándolas sobre la cabeza, y que es para dar tiempo a discurrir mejor la respuesta, y decir algo, corto, y tomar un trago y acodar los dos antebrazos sobre el mostrador, "Bonbon", el boyero, el de "Ikutza", y su compañero, el de "Ondarreta", y están, parece, mirando las barricas de vino en hilera con sus nombres de litros y a veces viendo las piernas a las dos muchachas que están sirviendo.

Estamos en los postres de coajada y fruta cuando ha llegado este grupo de jóvenes campesinos y pescadores y obreros que no se reúnen los sábados con nosotros, los "intelectuales", han visto que yo estoy observándolos y me han saludado con el brazo, sonrientes. Es cuando Euxebio Garaigordóbil, como siempre, arranca a cantar. Es el vino, un poco, y sus ganas de dar aparatadamente lo que tiene, lo único que tiene; ha querido que lo sigamos y nos ha hecho esos sus gestos de brazo y de cabeza de payaso animándonos a cantar; pero Euxebio, cuando se ha sentido solo, porque nosotros estamos entre nosotros y para nosotros, hablándonos las noticias de la prensa y de lo que no dicen los periódicos, Euxebio, Euxebio Garaigordóbil, digo, se ha levantado y se ha ido de nosotros como puede salir un pavo real de entre un grupo de gallinas, lleno de aire, y se ha acercado al grupo del mostrador pasando dos brazos sobre dos hombros (el de un grande que llaman el "gordo" y Gaxpar Orbegozo, hermano del exiliado), confianzudo, seguro de su valimiento. Ha dicho dos palmadas, como dos consignas de entrar, se ha reído, y ha arrancado con lo mismo, con un aire de grupo. Alguno lo acompaña allá, sin otro remedio, y porque también les gusta cantar, y cantar con muy buen gusto. Yo sigo en la mesa, pero viéndolo, y luego él se aparta del grupo y se queda hablando con la muchacha mayor, con Garbiñe, que se está riendo con las payasadas de Euxebio; no de él, sino con él.

Un tanto para Euxebio.

Es el momento en que está hablando Koldo Olazarán, el ingeniero (antes muy amigo de los Orbegozo de "Intsusain" y ahora apenas se saludan, no sé por qué), y diciendo que lo malo de esta sociedad no está en la mera superficie de las cosas que se ven con los ojos y se oyen a través de las orejas por las calles y en las tabernas, y hasta a veces se leen en libros que andan por las ramas, buen sitio, seguro, para insinuar sin decirlo para que le suene a uno el alma a lo que es; que no está la raíz en esa abstracción sino en los resortes íntimos que están moviendo al hombre como si fuese un muñeco...

Y yo, al mismo tiempo que escucho a Koldo, estoy viendo a Euxebio; lo sigo viendo a pesar de estar casi tapado por la incorporación reciente de unos jóvenes que se han acercado a nuestro grupo a escuchar las palabras de la discusión, y tiene, Euxebio, los dos antebrazos apoyados en la misma línea sobre el mostrador y está hablando en voz baja, parece, por el gesto de discreción y de secreto con que lo está haciendo, y tiene a Garbiñe ya arrinconada en su postura de estar pensando, con los brazos cruzados sobre su pecho... y esto, la chispa de observarlo, ha sido un segundo, menos, mientras escucho yo atentamente el razonamiento siempre severo de Koldo Olazarán.

La discusión se ha centrado casi exclusivamente en derredor del marxismo y la irreligiosidad y en un duelo entre Extaban, el arquitecto, y Koldo; yo no quiero intervenir, y los demás que están en la mesa no pueden, porque no entienden. Así es que estoy pensando yo en este momento en que Euxebio no se está perdiendo el tiempo mucho con estar hablándole en secreto a la muchacha, porque tampoco, de estar Euxebio en la mesa, hubiera podido entender nada. Miro hacia donde está el grupo de jóvenes, metido como en una bolsa pegada al mostrador, y veo que algunos, como Gaxpar, Luxio (hijo de carlista, por cierto), están pendientes de la discusión en nuestra mesa, acaso escandalizados de oír algunas palabras, y no porque no las conozcan, sino simplemente porque las están oyendo casi gritadas, y, claro, al alcance de cualquier oído de chivato, de cualquier bruja con pantalones que esté al acecho.

Esta es la oscuridad, la niebla, de Sorjín ahora.

Estoy viendo a un hombre casado y con cinco hijos que está muy atento y de quien se está diciendo que es un chivato y visita a veces al Comisario: Sixto Aranburu, y que ahora está en la bodega y dentro de la discusión como si tal cosa, con la cara de estar mirando al tiempo que tiene siempre. Acaso su atención es por el solo interés de oír para saber, simplemente, y no para vender las palabras a su vecino por las monedas. Y, si embargo, habrá otros que no se conocen ni se sospechan...

Pueden ser todos, y puede que ninguno.

Este es el fruto de los silencios de faltarnos la libertad de la palabra que enciende las luces de ver a las gentes cómo piensan y cómo son; que esto, la luz, espanta a la oscuridad de las brujas y los fantasmas y no hay tampoco compromiso más leal en un cristiano y una luz mayor del Cristo que la verdad.

Este, ni más ni menos, es el Evangelio.

Ocorre que cada quien lo lee a su aire, y es estupendo, muy confortable, esta comodidad ociosa de adecuarlo a cada uno; aunque temo, espero, que esta conveniencia y este confort no salvará a nadie.

Me doy cuenta que la bodega entera se está acercando con el oído, algunos hasta con los pies, a nuestra mesa, que está envuelta en una muy espesa nube de ruido y de

humo de tabaco, oloroso a café y a coñac; están Gaxpar, Luxio, Jesús, el hijo de Salomé la telefonista (que es un caso de adaptación y con mis dudas), todos menos Euxebio (quien sigue hablando y sin parar con unos labios de estar contándole secretos a Garbiñe) y media docena de viejos que siguen pegados al mostrador con una mano en la nuca, sin muchas palabras que decirse ya, seguramente; y yo he tenido que poner mayor atención en lo que se está hablando en la mesa, porque no se puede ser cura y estar vestido de pantalón y camisa abierta en el cuello y ante los ojos del pueblo sin poner atención a los ataques que se le hacen a la Santa Madre Iglesia.

Lo informal también tiene sus límites

Me pongo a observar las caras escandalizadas de los jóvenes y algunos viejos y la joven que está con su novio, Elustondo, Joxe, y que ella es hija de un carlista destacado del pueblo que formó parte (supe yo por boca del médico don Agustín) del grupo que estuvo cerca del pelotón que fusiló a otro grupo, y también del pueblo, en el cementerio porque no pensaban igual, y que ahora, acaso por el remordimiento, quién sabe si por sólo el miedo, esta, parece, muy lejos (como otros muchos) de sus primeras militancias y las actividades de la guerra, y que forman, todos, este anfiteatro humeante de la bodega, y algunos mirándome, y todos pensando sin duda que ya es hora de que yo me sume con mi voz a esta discusión y me retrate claramente, a poder ser desnudo, en este debate acerca de un tema tan de mi oficio, cuando el ingeniero dice explosivamente:

– Sí, estoy hablando en parábolas –y está contestando a Exteban, el arquitecto– como el Cristo, eso es; y dime tú, Exteban, o aquí (dirigiéndose a mí) don Pello, que tiene seguramente algo que decir, si yo estoy cometiendo, con estas creencias y estas dudas y estas prácticas, algún sacrilegio al comulgar, y si, en verdad, sólo los que tienen la fe del carbonero en las enseñanzas que predica la Iglesia del Cristo como Dios único y exclusivo, se van a salvar, y si un comunista (¡que yo no lo soy!), pero por poner un ejemplo extremo, por ser yo comunista, tengo que ir necesariamente al infierno, a vuestro infierno de llamas y diablo.

Todos han quedado callados un rato, y hasta yo mismo, que sí quiero decir una palabra, me he quedado oyendo este silencio tenso de preguntas y discrepancias y confusiones internas de gente que no ve claro, porque no tiene más costumbre de ir que por donde le han hecho el camino fácil de dejarse llevar todos los días, y que por primera vez se ha puesto a pensar por su propia cuenta.

Yo estoy en esto; otros, como Sixto, acaso, o la novia de Joxe, estarán oliendo en este momento a la reunión el humo, el sudor, el vino, el coñac; otros, digamos Xaturnino, que es un hombre no muy completo, y no sólo porque le falta un brazo, estará oyéndole al ruido atronador de las voces los puñetazos sobre la mesa.

Todos vemos todo tan diferente.

Me doy cuenta de que esta parte de la discusión esta entrando en la esfera peligrosa; Dios puede perdonar, y perdona, ciertamente, ¡qué duda cabe!; pero la policía no, porque no puede! y digo, cortando un poco bruscamente: –Vamos a dejar a la libertad aquí, donde la habéis traído vosotros, y regresemos a Dios; algunos me miráis como si creyeseis que Dios está al margen de la libertad, y acaso hasta en mis manos, y no es así, porque está en todos nosotros y sobre todo en la Libertad, y unos lo consiguieron más claramente que otros; la verdad de Dios es de cualquiera que lo busque de veras, porque

todo el que busca sinceramente a Dios lo consigue en sus señales más claras: el amor al prójimo y hasta al adversario, la tolerancia, la verdad (al menos la buena fe de buscarla), la justicia en la libertad, y también la caridad, que es un ingrediente muy importante del amor y la justicia... –y siento una mano gorda sobre mi hombro derecho y oigo la voz estentórea, abultada, de Euxebio Garaigordóbil por encima de mi cabeza, y veo que la gente protesta esta intrusión, pero algunos ya están haciéndole el dúo a Euxebio, no por molestarme, sino por las ganas que tenían de cantar, sencillamente, y soy yo mismo el que piensa que es mejor dejar las cosas donde están, que no las hemos dejado tan mal sino acaso en el lugar en que cada uno tiene, tendrá, que coger ese hilo y arrollarlo en su propia madeja interior, porque eso es bueno, y comienzo yo mismo a cantar, y ya el coro es de todos, de los del grupo culto del pueblo y de los que casi nunca se acercan a nosotros en las cenas de los sábados, y con esa alegría de vernos juntos en la juventud de todo el pueblo hago sitio para que Euxebio se siente a mi lado, sin poder alejar de mí la idea de que sea este mismo vividor el que ha pretendido a Jone Mentxaka la otra noche sin ninguna seriedad, y que ha estado toda la velada buscando algo de Garbiñe, la hija del bodeguero; y estoy viéndole, sin querer, estos labios abultados, golosos, caprichosos, de Euxebio, que canta con su pecho ancho y lleno de aire las palabras, los ojos chispeantes y un poco salidos del esfuerzo. y él, Euxebio, me mira, y se ve la intención en mis ojos, me doy cuenta de que está consciente de mi interés en lo que hace, y ya es Euxebio, que soy yo, el que estoy viendo ahora a don Pello, el cura, mirándome con la autoridad del que ha inventado las reglas del juego; él es cura y yo no, y me mira mientras canta y me está viendo cantar a mí con ese cierto aire de tener en los ojos la luz del cielo para juzgarme sin decir una palabra, porque don Pello me habla poco, y cuando me habla es, parece, recto de intención, hay que reconocerlo, y es, parece, tolerante, pero tiene también a veces ese envaramiento de estarle midiendo y pesándole a uno los cojones por lo que hace, por lo que no hace, y esa luz de verme así se la he visto ya esta tarde en la biblioteca y se la he visto dos veces cuando me estaba viendo hablar con Garbiñe, que no es tan arisca como Jone Mentxaka, que está metida entre curas, ¡parece hermana o mujer de don Pello!...; a esta Garbiñe al menos se le pueden decir las cosas, y hasta deja que le llegue uno a algo abierto a la esperanza de vez en cuando; pero a la otra leona, a Jone, no, y sin que sea más bonita que Garbiñe, ni mucho menos, aunque sea mas lista y muy mujer..., pero no se le puede acercar uno ni con la palabra; el caso es que a mí me gustan las difíciles; como es también difícil este don Pello que yo aprecio mucho, y que me está haciendo el dúo muy bien, pero que es un cura demasiado... justo, demasiado abierto, y demasiado... todo para que sea verdad, ¡joder!

14

La puerta blasonada que da acceso a Sorjín sigue dando paso al enemigo.

Este pueblo de montaña, recuerden, está mirando al mar; y más que eso, vive de él; y aún más que eso: muchas veces le quedan esos brazos robustos y a la vez simples, de trabajar, en el mar para siempre. Le sobran entonces las cabezas de viuda y recurren a repetir y repetir las plegarias (porque duplicar un hijo, un marido, no se puede) que le

cuelgan del alma como los pantalones de mahón azul, las camisetas con agujeros, los calzoncillos amarillos, las bragas... suspendidos todos, colgados de unas cuerdas flojas en los balcones, a la vista denigrante de todos los que los conocen, y los turistas, aunque los turistas siempre duelen menos.

Este mundo (y también Sorjín) es muy duro con el que pierde.

Está este pueblo amargado por lo hundido que está en las desgracias de no saber sus hijos de dónde salieron, qué son, y sintiéndose alienados, enfermos, cada uno y todos juntos, sin saber de qué, de faltarles algo muy profundo y no tener conciencia de su mal; ¡no se lo dicen!; ¡dejen que alguien se lo diga!...; y el hijo de Sorjín sigue, a pesar de eso, en esa locura de no saberse él mismo, sino de oírse decir que él es alguien que no es y lo llaman de esta mentira.

Esto es Gaspar Garay.

Ha estado perdido el mariñel, el remero de *Ur-Kirolak* en América; en Nueva York ("Mr. Gary") muchos años; ahora en Baltimore; ha pasado este huevo de hombre de Sorjín por las aguas de la China, la India, el Japón, y ha pisado todas esas tierras y las de otros lugares donde no ha ido sino en sueños; así es de fabulador, de extraordinario creador de mentiras que podría perfectamente ser verdad si le hubiese acompañado la suerte, cualquier estrella; son los misterios de esos sueños y lejanías del Todo por donde ha estado con su alma y sus pies (sitios que ha pisado) y no ha dicho a nadie nunca.

Estos son los fondos inescrutables del alma de Gaspar Garay y de Sorjín cuando siguen buscándose en sus raíces de sentirse vivos.

Gaspar se ha visto más de una vez desde entonces con la misma caja invisible entre las manos de piedra y media de cuando oyó decir: *i aiz, Gaxpar; Gaxpar Garay i aiz...* (eres tú, Gaspar; Gaspar Garay, eres tú), y la risa de uno de los compañeros de quinta, "Txepetxa", que se burlaba de no saberse Gaxpar hijastro, recogido por la Xebastiana, la mujer de un Leiza, Xanti, que Gaxpar creía que era su padre.

Esto, como buen hijo de Sorjín cerrado a las confidencias, no se lo ha contado a nadie.

Y ha tratado de callarse esta verdad aterradora a sí mismo.

Así es de discreto el miedo a saberse excluido del mundo de la familia.

Si, al menos, descubriese quién fue su madre, dónde está. Aunque ya esa madre esté muerta. Si al menos supiese en qué pedazo de esta tierra de Sorjín se ha ido desmoronando la carne que él lleva todavía sufriendo en la suya con aquel mismo silencio de cuando le nació él, Gaxpar, y Gaxpar no sabe cuándo, ni de qué padre, ni por qué, y para qué.

Este es su infierno, y el de Sorjín.

La madre que lo recogió y no le dijo nada por bondad, por amor, fue buena, muy buena, con él; pero le había mentado; Gaxpar no podía creer en nadie más. Salió avergonzado de entre sus compañeros de quinta que vivían en el muelle viejo como él, con la turbación de que no le supiesen a él de su madre ni acaso del barrio ni siquiera del pueblo... Y desertó. Aún anda dando vueltas por el mundo en derredor de Sorjín, de donde salió, sin atreverse a llegar y buscarle su madre dentro.

Viva, viva.

Muerta, muerta.

Ahora está Gaxpar varado en el desierto del mundo como un casco antiguo.

Pero Gaxpar no puede morirse tampoco en esa soledad porque tiene la responsabilidad de un nieto al que le gustaría mostrar a su madre y decirle: Johnny, vienes de esa mujer, es legítima, tuya; sólo así podría acostarse sobre la arena de cualquier playa.

No todo hijo de Sorjín tiene esta dignidad de Gaxpar Garay, ni siente estos escrúpulos de pasar la herencia de la paz a sus nietos. Hay, eso sí, muchos (¡demasiados!) hombres inflados con aire que creen saberse en este mundo porque se sienten sobre dos tablas y una piedra rodada y donde viven cerca de una mujer, de dos, y tienen dos, tres, cuatro hijos (porque los hijos son baratos de hacer) y tiene hasta una bicicleta, una moto, un coche, y hasta algunos han volado en avión; pero a pesar de todas estas conquistas no le ha sentido este hombre de palo el calor, el dolor, a este mundo de Sorjín, ni de ningún otro. El que no quiere a su Madre no es capaz de querer a una Mujer, ni a un Hijo, y menos a la querida, o a un sobrino o al prójimo, ¡ese desconocido! Esta clase de hombres cree saber dónde está porque le conoce la marca de su coche y el nombre y los dos apellidos (se puede equivocar) a su mujer, el sexo a un hijo (aunque a veces ni eso sepa); tiene, eso sí, una ventaja importante: no sabe que no sabe; digamos que es, a veces, una candidez tranquila; ignorancia; en otras, comodidad, egoísmo, ¡traición! Uno no sabe como acertar el diagnóstico. Y a veces este hombre, o lo que sea, se olvida de hasta cómo era su abuelo, qué hablaba, cómo le decía las cosas a su padre, cómo se llamaba, cómo se llama él mismo, ¡cómo lo llaman! Y si lo intuye o se lo dicen y lo repite a alguien, se lo niegan, no le entienden, porque la que habla no es la lengua del que escucha con la malicia de querer que todo esté y siga invadido por la ciudad.

Esto pasa a Gaspar Garay.

A veces son sólo las palabras, pero otras es toda la sal, la carne, el alma de su madre que no ha conocido; eso dice Nemesio, que por qué a unos da Dios la fe de esa inconsciencia de no importarles que les sientan su madre, y a otros, en cambio, el dolor insondable, infinito, de la verdad oculta a todos menos al hijo que conoce a su madre y se la niegan; cuando alguien le oye y le entiende y se lo dicen hay otro más fuerte que le está negando que él sea eso, y le grita oficialmente, con la ley (la gente tiene una debilidad extraña por lo que dicen los papeles, los sellos fabricados por los hombres, los pergaminos viejos que dicen las mismas mentiras que los papeles nuevos de hoy), las antefirmas pomposas, nombres inflados y las firmas, ¡y le dicen a Gaxpar, a Sorjín, que esa verdad es mentira! ¡y que no puede hablar!, ¡que ya el tiempo de hablar pasó!, que los dedos disparan todavía; y ya no se atreven, pero aún pueden decir (el que habla solo tiene siempre razón) que no tiene madre, y que se calle... para siempre: *Secula-seculorum*.

Gaxpar, lejos, callado y quieto; y acaso no sabe todavía, pero esa noche va a comenzar a amanecer y a dos pasos de la luz le están diciendo todavía que ya es hora de que mueran Gaxpar, Sorjín, su madre, todo este mundo antiguo que ya no sirve para su hijo, para su nieto, para nadie que pueda aún y por un azar conservar el sueño de su semilla. Y sin embargo el hombre-hombre de Sorjín se siente fuerte por dentro todavía: pega duro, canta, rema; eso sí, habla poco; no lo dejan y ha comenzado ya, mala señal

para Gaxpar, para Sorjín, a enredársele (por letra más, por letra menos) la palabra, su palabra terca de siempre, la que lo hace inmortal.

Hay cosas que están así, oscuras, confusas, mal hechas.

Es de hombres hacer bien y hacer mal (más mal que bien) las cosas; eso ocurre porque Dios hizo al hombre con las dos manos, y aunque el hombre haga las cosas con el mayor cariño, con el amor y el desinterés de buscar lo más entrañable para su hijo, para su madre, para su mujer, para su pueblo, para cualquier hijo de madre que le pase a uno por la puerta y hasta para cualquiera que vea sentado tomando el sol en una fotografía, hasta para cualquier moza besando una flor o un mozo en los labios de una tarjeta de felicitación, para un negro llorando a una madre en cualquier Biafra de la televisión. Pero es de hombres solamente cuando se hacen estas cosas bien o mal por la responsabilidad, el amor, el dolor, de su conciencia, de su dignidad. No por hacer limosna.

En Sorjín, donde no dejan tener estas cosas en la libertad, estas cosas que eran legítimas se están muriendo de sed; a pesar de que llueve tanto.

Siguen así los campesinos, los obreros, los pescadores de Sorjín expuestos a los aires abiertos del mar y a sus azotes, mentirosamente protegidos por el *Ad reprimenda pirratorum latrocionia* (y en latín, que nadie entiende) los que mandaban sin dar explicaciones y los que aún mandan en la puerta principal del castillo de San Telmo subido en un cabo fronterizo que no es una raya-límite de pueblo, sino un navajazo sobre una arteria en el vientre, si hay, y ese cabo de mar es un saliente peñascoso que llaman Iger, y que es su hermano de sangre y de la lengua del alma de una doble cabeza de roca muy batida por el mar y los vientos al *otro lado del río* y que avanza en el agua marina de Endaia: *Tunbiyak* (Las mellizas).

Lau

15

La noticia fue primero un punto, una cerilla, y se propagó como incendio.

Era martes; habían tocado en la madrugada en casa de los Urreiztieta y se habían llevado a Iker de 19 años. Gaxpar Orbegozo estaba trabajando en su turno cuando lo supo por un contacto y habló con Jesús: eran las seis y media; no le sabían, al arresto, el por qué, cosa corriente, y se dijeron el uno al otro las sospechas. No todas. No cabían ya entre los dos; habían nacido y crecido entre ellos zarzas de esconder cabezas, de celarse; uno por la prudencia; el otro, también; así, Gaxpar preguntaba más que decía; Jesús no parecía nervioso ni habló más de la cuenta maliciosa que llevaba su compañero; decidieron (y estuvieron los dos de acuerdo) no salir del turno, desde luego, ni hablarse demasiado, ni siquiera arrugar el ceño o mirar con insistencia a alguna parte o dejar caer una herramienta al suelo.

Uno no sabe quién les está vigilando el sobresalto de un gesto.

Sobre todo, que no saben de qué dedo le ha salido a esa noche de Iker el tiro; por qué; quién más está en la mira observando a uno su tiempo de asustarse. A veces estos tiros de aldaba al amanecer suelen ser al aire, a ver quién vacila y se mueve en un paso. Así están Jesús y Gaxpar trabajando lo más quietos que pueden en este silencio fragoroso de máquina y olor a aceite y a acero, a temple, que es esta fábrica de herramientas.

Don Pello se entera de la noticia después de la misa de seis.

Está esperándolo en la Sacristía la madre de Iker, y con Itziar, su hermana de 12 años: han llegado dos hombres del Comisario (sin él) a las cuatro, han preguntado a su marido por el chico, lo han hecho vestirse, y con aquel apuro, y se lo han llevado. ¿Papeles?; nada, ni siquiera le han mirado los libros que tiene el chico en su cuarto. ¿Alguna discusión sobre política?...; la madre de Iker no sabe. ¿Anda el chico metido en algo... escondido, faltaba en las noches, algo anormal?...; la madre le dice que acaso llegaba alguna noche un poco tarde, pero nada, y llora; Itziar no, sólo mira a don Pello (y con una cierta dureza agresiva, ¡y de sólo 12 años!) desde donde está sentada sobre el banco largo de nogal ya muy oscuro y brillante de la sacristía; oyendo, claro, y sin salirse una palabra. Don Pello no puede menos de observar esta, digamos, entereza (acaso más que eso) de una niña que ve llorar a su madre porque le falta un hijo que es su hermano. Así son las semillas que explotan y se esparcen y rinden el ciento por uno, pero de la cizaña, una gramínea que también produce así, milagros de crecer, pero de bruja.

Don Pello promete averiguarlo todo, y ya se está despojando de las vestiduras sagradas; dice a las mujeres que se vayan a su casa y que esperen, tranquilas, tranquilas...

¿Dónde está Antton, su marido?, pregunta; salió con Iker en la madrugada, pero lo hicieron regresar inmediatamente a su casa; le dijeron (siempre dicen estas cosas) que

era una rutina, sólo para aclarar cosas con él, que no le iban a sacar del barrio... y se había quedado en casa con el pequeño; se estará desayunando ahora para entrar a trabajar; no puede perder su trabajo; les ha pedido que vayan las mujeres a ver a don Pello.

De allí, de verlo en la sacristía, han salido las dos mujeres a las siete.

Jone Mentxaka está esperando al autobús en este instante en que está pasando Exteban el arquitecto en su "dos caballos" y le dice que suba; que la va a llevar. Jone no sabe, y Exteban le va contando lo que ha sabido por don Pello; quieren averiguar los cargos, y el Comisario no habla; menos, por teléfono.

Esto de mover un peón de la ciudad mediante el Comisario y tener la gente agazapada esperando quién mueve una pieza, intenta huir, y cazarlo, es una estrategia elemental; acaso esperan que Iker mismo se asuste y diga algo; hasta cosas que no sabe; todo esto es truco viejo de la ciudad en Sorjín. ¿Qué hay que hacer?, pregunta el busto impaciente, nervioso, de Jone Mentxaka, y Exteban le dice que nada, sino esperar...

Y está pisando el acelerador a tope, una forma de hablar sin decir palabra.

Don Romancio lo ha sabido a las ocho y media, cuando han entrado los chicos a la escuela y le ha oído a la clase un llanto tapado en la dirección donde miran estos ojos de gorrión que tiene los hijos de los campesinos cuando no saben lo que les está diciendo (porque se están comiendo el grano de maíz, los gorriones, a pesar del espantapájaros que es Romancio) algo que no comprenden, como ahora, cuando están viendo furtivamente a Iñaki llorando de bruces sobre la mesa negro-vieja y larga de las de huecos con tintero, tapando el llanto con sus brazos; se le ha acercado de dos zancadas y le ha puesto su mano grande y huesuda llena de pelos sobre la cabeza y le ha preguntado que qué le pasa; el chico no habla, no puede, y se lo dicen los demás en revuelo torpe y gritado de estar hablando los niños juntos mal la lengua de la ciudad: que han metido a su hermano en la cárcel; ¿por qué?...; uno dice que ha sido el Comisario y que lo han levantado a media noche; otro añade que lo han pegado en el camino. Don Romancio hace levantar a Iñaki de su mesa con cariño torpe, pero con afecto, y lo acompaña con su manaza sobre la cabeza negra del chico hasta salir de la clase y luego se va con él más lejos que la puerta y le dice que puede irse a casa, que no será nada.

La clase de Don Romancio no rendirá hoy ni lo poco que suele.

Cuando cruza la plazoleta y entra en su casa de "Aranburu" al mediodía no le hace su mujer ninguna pregunta; esto quiere decir que Salomé, quien tiene el turno de tarde, no lo sabe todavía. Ella le habla tan poco que el silencio ya se está haciendo costumbre de dos que no se importan; pero una cosa así se la hubiese dicho; no le cabe a Salomé un bulto así entre las manos, ni entre las piernas, sin mostrárselo. El se queda con el aire de estar leyendo el diario; lo tiene en sus manos, mientras espera que llegue Jesús, quien almuerza con ellos cuando trabaja de mañana; lo esperan hasta las dos; llega Jesús, y Romancio espera que sepa algo, por poco que habla este chicho de lo que sabe, y Jesús tampoco sabe, no lo dice, ni en una pregunta al aire como a veces. En este silencio de los tres comiendo con los sorbos ruidosos de la sopa de garbanzos y carne, piensa Romancio que es inútil poner la radio y comprar el periódico de mañana porque estos son canales por donde no se dice nada de lo que está pasando si no es la bendición de un local, una recepción en el palacio de la ciudad, la visita de un embajador, las palabras de

clausura, cualquier clausura, el atropello de un peatón, las esquelas de la gente de Sorjín, las huelgas y las alharacas estudiantiles en las demás ciudades del mundo que no sean de aquí, y deportes de aquí, y de allá, mucho circo; total, que habrá que esperar a oír la radio clandestina o la BBC de Londres esta noche para saber lo que está pasando en el pueblo.

Ya la voz del pueblo se ha regado por las tiendas, las barberías, las tabernas, entre vecinas... que a Iker Urreiztieta lo ha detenido la policía por tener en casa dinamita; algunos creen todo lo que se dice; otros sólo la noticia de la detención, porque no hay duda de que a la Joxepa le falta un hijo; lo de la dinamita parece verdad a unos, a otros mentira; a algunos que van más lejos les parece que los cartuchos los ha llevado la policía en el bolsillo para ponérselos debajo del colchón de su cama al detenerlo; hay muchas traducciones, transposiciones, exégesis de Biblia escrita ahora y por brujas; también comentarios al margen izquierdo, derecho, según.

A las seis de la tarde se ha reunido una multitud delante de la Comisaría, y no rezando, sino tirando piedras con el ojo, parece, porque hay vidrios que estallan solos; comienzan a silbar palos y garrotes en el aire; hay el silencio de un tiro que parte el pueblo en dos, y unos pasos de galope, relinchos de no se sabe qué, voces solas en sorjín: *puta-semeak, txerriak, madarikatuak...*

Está todo Sorjín en la plaza, menos Gaxpar (por que no debe), y otros que no saben nada; tampoco saben (y por eso no están): don Inocencio, Auxtiña, ni Joxe Mari "Naparra", quien vive el mismo mundo misterioso de la ausencia cuando se olvidan de él, y no están en la plaza Jone Mentxaka, ni Euxebio Garaigordóbil, quienes acostumbran regresar tarde en la noche; no está don Romancio, porque no podría presentarse ahí sin riesgo un primo del Comisario; ni está Salomé, porque está de guardia, aunque ésta ya le tiene todas las señas al reventón de pasos, gritos y tiros que le suenan a la tarde, y ha escuchado conversaciones tapadas en los hilos: ha habido dinamita, efectivamente, y están preguntando al chico y el chico no dice nada, y Eulogio está preocupado con la manifestación; no está Rosendo, el cura amigo de Eulogio (el que se quedó con el teléfono de don Pello); no se ve a Sixto Aranburu, aunque algunos maliciosos lo están buscando: si está, porque está, y si no, porque falta, ya Sixto está perdido en el pueblo para siempre; no está Jesús, por supuesto, por más de una razón; no esta Rosaura y Marce, aunque no están de turno, por que no se atreven a ser hermanas de Eulogio en plena plaza de Sorjín una tarde así; están en contacto con Salomé desde hace un rato porque acaba de llegar un hombre que se ha puesto a cazar en su habitación el sorjín que se puede hablar por los hilos ahora, aunque nadie está para teléfonos en este brete, y si hay necesidad de decir cosas a distancia se coge un coche o una moto o una bicicleta o se camina por el monte para eludir las patrullas, y nadie coge en Sorjín con la mano un aparato al que le saben todas las tripas de la loca de Salomé con el equipo: Eulogio-Romancio-Jesús y compañía; la compañía son Rosaura y Marce: las dos putas del teléfono.

Son las seis y cuarto de la tarde en el reloj de don Pello cuando aún no ha conseguido saber nada oficial y llega Antton Arbelaitz y mandado por Gaxpar Orbegozo (sin decirlo) que quiere hablar con él; está delante su hermana Miren Argi, la menor, ¡curiosa!, y don Pello, que ve el recelo de Antton, lo empuja dentro del comedor y cierra

la puerta. Se acercan los dos a la ventana: no caben; Antton no es muy grande, ni don Pello, pero este ojo que está mirando al puerto es demasiado pequeño para eso, y tampoco conviene que ahora los vean juntos en la ventana. Don Pello ve al chico muy agitado, y lo sienta en una silla; él arrima otra igual (de la misma rejilla), se sienta y le dice:

– ¿Qué sabes?... (*Zer berri duk?*) –hablando de Iker, claro.

– Es Euxebio...

– ¡¿Qué, también preso?!

– ¡No!... –y Antton, que es un niño, casi se ríe del salto que va a pegar el cura sobre la silla, pero le sale un sollozo.

– ¡¡¿Lo han matado?!!

– *Salatzaillea dela!!* (¡¡Que es chivato!!)

– ¡¡¡¿Euxebio?!!! –se le ha muerto la voz en la sangre; está don Pello blanco; no ha podido sujetarse más por dentro y le está temblando visiblemente un labio; ve a Antton Arbelaitz y le busca la aspereza, cualquier esquina, a la mirada del joven; puede haber un punto de envidia, de ver a Euxebio en el grupo de, digamos, intelectuales, que se reúne en la biblioteca; Iker era, y es, del otro grupo; Antton también... La malicia tiene mil caminos.

– ¿Tienes alguna prueba? –dice don Pello, ya con la maña de una como cierta frialdad en la voz.

– Hace tiempo que no trabaja...

– ¿No trabaja Euxebio?... (y piensa, y no dice, que el otro día mismo le preguntó cómo le iba en el trabajo y le dijo que "bien"...)

– Y ya ni viene a casa todos los días... –insiste Antton.

– Ya lo sé –le interrumpe el sacerdote– se ha quedado de pensión, y se ahorra el cansancio y el costo de los viajes... (y así acaso, piensa don Pello sin decir, se evita encontrarse con Jone, quien lo ha rechazado), pero viene los sábados.

– Sí, ¿y qué?...

– Bueno –dice ya don Pello muy molesto– ¿qué hay contra él?, ¿de qué y por qué se le acusa?– ya tiene sus dos manos temblorosas sobre sus rodillas cuando está en este gesto de mirar a Antton a los ojos.

– No soy yo sólo –le contesta el chico con cierta docilidad.

– Vines de mensajero, del grupo...

– Sí –dice Antton– y no del que está pensando: no tenemos nada contra el grupo que se reúne con usted los sábados; esto es otra cosa... Usted sabe lo que ha pasado a Iker esta mañana; estábamos reunidos para decidir qué y cómo hacer las cosas cuando nos ha llegado la noticia de alguien que vive en la pensión de Euxebio: hace ya dos meses que no trabaja y sigue pagando a la patrona todas las quincenas...

– ¿Y esto es una prueba?... Puede haber cambiado de empleo.

– No, no está haciendo nada.

– ¿Nada?...

– No.

– ¿Por que no se ha sabido esto antes, y por qué sólo ahora?... –don Pello está desconcertado, por supuesto, y no sabe por dónde y cómo agarrar este hierro caliente de

la defensa de Euxebio, esta es la verdad, ante las revelaciones de este muchacho que él conoce desde siempre.

– Hay alguien –explica mientras dura esta sorpresa del sacerdote– que no lo quiso perjudicar; lo ha dicho ahora por lo de Iker, por si acaso; pero ya en la fábrica y en la pensión y en todo el lugar donde vive lo tienen por eso... por chivato; queríamos que también usted y su grupo estuviesen prevenidos; que Extaban, Joxe Añorga, Artadi, todos, lo sepan también...

– Y Koldo –dice don Pello (que es el primero que debe ser prevenido, piensa, desde que ha comenzado la lista de nombres).

– Y Koldo –dice el chico.

– Pero esto no es un hecho –reacciona don Pello– hay que averiguarlo mejor...

– ¿Como?...

– Primero, que nadie más fuera de nosotros sepa de esto; segundo, que quiero verme con vosotros, ¿quienes sois?...

– No puedo decirlo.

– ¿Ni a mí?...

– No.

Don Pello acaba de detenerse sin aliento ante un hueco grande, un abismo, en su pueblo.

– ¿Puedo hablar con alguien más de vosotros, con alguien más... mayor que tú?... –y se excusa con el tono ante Antton: –podemos hacer mucho daño a Euxebio; quisiera colaborar en esta prudencia, si me otorgáis esta confianza; cualquier indiscreción puede destruir a Euxebio ¿te das cuenta?! –Don Pello insiste en el tono, y está viendo a Antton en sus ojos; quiere decirle que esto no puede ser una venganza...

Antton, que es un muchacho de 17 años, está impresionado por el tono conmovido y la severidad de don Pello, y dice que sí, que lo va a consultar y le traerá noticias; ¿cuándo?; en cuanto pueda. Y don Pello se queda fumándose lo que queda del día, ya se va apagando la tarde de otoño y el puerto ha prendido su luces y continúan cargando y descargando los barcos y Miren Argi primero, y luego Ainara, sus dos hermanas, le han venido con la excusa de preguntarle por la cena, lo que quiere comer, ya intrigadas por la visita de Antton Arbelaiz y su salida apresurada y el silencio de su hermano, encerrado en el comedor. Por fin, oye (¡oyen!) que tocan a la puerta; son las ocho y cuarto; es el mismo Antton, y solo, y para decirle que otros del grupo que pueden hablarle están esperándolos; ¿dónde?; "en casa de Juankrutx", le dice, "yo llegaré por la huerta". ¿Para qué tanto misterio?, se dice don Pello viendo irse al muchacho, que es un niño, ¡pero que a la vez corre el riesgo de estar jugando ahora con pólvora tranquilamente!... Baja, llega a la casa del que está muriéndose desde hace días, entra y se encuentra con el nieto del moribundo, Joxe Dorronsoro, y ¡con Koldo Olazarán!...

– *Zer egiten duk ik emen?* –se sorprende don Pello viendo a Koldo en esta circunstancia de verse a escondidas (¿qué haces tú aquí?).

– Solo aquí, en casa de un moribundo, puedes llegar hoy sin que sospechen de tus movimientos –le dice Koldo en sorjín, como siempre– estoy seguro de que te están siguiendo; por eso estamos hablando aquí ahora al lado del muerto; siéntate también tú (don Pello, que no sale de su asombro, no dice más que sí, que sí...). La cosa de Euxebio

es seria; y puede implicar muchas cosas. Tómallo como una confesión... –don Pello dice que está conforme– sabes de Iker; lo están torturando; no tiene la dinamita; sólo sospechan que la tiene, que la tenemos; el Comisario conoce los nombres de los que integran la célula de Iker...

– ¡¡Cómo!! –interrumpe don Pello.

– Sí; sabe cosas; el problema es que no sabemos cuántas. No, no podemos irnos, ¡ni movernos!; es una orden, y los que la han dado sabrán por qué; el Comisario busca cosas, más cosas, pero sólo sabe de una dinamita que no tenemos; ni el grupo de Iker ni ninguno de nosotros; por ahora; se ha adoptado la línea de dejarnos agarrar y negarlo todo menos lo que suponemos que ya sabe: que esa célula se ha reunido varias veces, que en ella se ha hablado de volar el depósito de agua y de una dinamita de la cantera que nadie ha tocado. El Comisario quiere saber más, claro; quiere saber sobre todo lo que necesita saber para alcanzar a alguien que está más arriba que Iker, y está esperando; nosotros nos moveremos según nos convenga. Lo de la dinamita es una mentira que usamos para averiguar si estábamos infiltrados, y por dónde, por qué grupo; y estamos por ahí...

– ¡¿Euxebio?!...

– No directamente, porque Euxebio nunca ha estado en esa ni en otra célula; al que sea, al chivato, lo estamos buscando; cosa muy difícil de saber quién de unos pocos que forman el grupo es el chivato; pero hay otra posibilidad: puede ser también que alguien del grupo se haya ido (y por la confianza, sin malicia) de la lengua con Euxebio, creyéndole seguro, ¡a pesar de nuestras instrucciones!; es una posibilidad que hay que considerar; y ocurre que hay un elemento nuevo que viene a sustentar esta idea de un peligro: Euxebio vive, y muy bien, ¡del aire!, parece, desde hace más de un mes; ¿quién le paga?...

– O sea –dice don Pello– que no estáis seguros de nada.

– Estamos seguros –dice Koldo– de que ha habido una denuncia de los planes del grupo (que son falsos); seguros de que Euxebio ha cambiado de vida y lo ha ocultado a sus amigos, y estamos casi seguros de qué vive; no estamos seguros de tener chivato en ese grupo, ni estamos seguros de que haya sido Euxebio el que ha pasado la indiscreción de alguno de ellos que ahora no se atreve a confesar, o alguna palabra que Euxebio nos ha oído (a alguno de la célula, porque ni yo ni otros andamos nunca de taberna con ellos, ¡no podríamos!); a algunos del grupo de Iker, digo, ha podido escapársele una palabra, y Euxebio, que vive bien y no trabaja, tiene tiempo para llevársela a Eulogio, el Comisario. De todas maneras –dice Koldo– *una*, queremos hacerte la advertencia de que Euxebio es peligroso mientras no se demuestre lo contrario, y, *dos*, que queremos contar con tu discreción y tu ayuda moral, espiritual, lo que quieras, para ayudar a Iker; no te engañamos al decirte que: estamos trabajando, escribiendo verdades y distribuyéndolas, y espero que esto no escandalizará a un sacerdote, y no tiene, ni Iker ni nadie de su grupo, un gramo de explosivo en la mano en este instante. Y se terminó la confesión...

Don Pello toma de la mano a Juankrutz, que está tibia y como muerta, del color; reza un Padrenuestro en silencio, y se levanta.

Así termina el episodio de este día en Sorjín.

Solo falta decir que Joxe Mari "Naparra" le oye decir a la radio clandestina del pueblo que han detenido a Iker Urreiztieta y que lo están torturando.

En este mismo instante, y no muy lejos, don Romancio está oyendo lo mismo.

Son las maravillas de la comunicación; y es natural que de ellas se sirvan también las brujas y las escobas de ahora en este pueblo.

Joxe Mari dice entusiasmado: –¡este debe ser nieto de Lezo!...

Y don Romancio se dice: –Así es como tengo que buscar las noticias de lo que ha pasado al hermano de un alumno mío de nueve años que me ha venido llorando esta mañana...

16

Es un momento de Sorjín en que todo está colgado de algo: un pensamiento de otro o de sólo un gesto, de una suposición, de una certidumbre dolorosa; a veces hasta loca. Un hombre enganchado con el Comisario; un niño también; un viejo, igual; lo mismo da (para guindarse del Comisario) ser mujer, obrero o que el sujeto sea un vago; mejor. A veces se relaciona al Comisario de Policía con una muchacha que parece buena; en otras, con una mujer que baja la leche del caserío por la mañanas en un burro que pasa por "Intusain" porque le queda de paso y muy cerca y no tiene otro remedio. Absurdos acaso, y acaso no, ya que todos viven de respirar este aire cargado y asfixiante de Sorjín porque no hay otro; ¡brujerías desafiantes!; y a estos supuestos, a estas preguntas, a estas sospechas, a estas brujas, a estos brujos (en Sorjín, "brujo" y "bruja" son lo mismo, se escriben igual y se pronuncian igual, ¡y es que es lo mismo!) la gente les ve la punta de una escoba fácilmente. Más difícil es tener ojos y no ver nada. Eso sí, unos intuyen el misterio de una manera, otros de otra; para eso están los gustos y los dolores, los rencores, los odios, a veces simples tirrias de verle un día a alguien que también es chica joven un vestido más bonito.

Hay muy pocos tontos en Sorjín en estos días; todos están seguros de algo.

Y se pasan los unos a los otros las confidencias con sus cargas (algunas ligeras, otras no) sin remedio. Hay modos de aligerar la conciencia, claro: "sólo te lo estoy diciendo a ti"..., "acaso no es verdad, y no quisiera hacerle ningún daño, *pero...*": Estos (las conjunciones adversativas "per hoc") son ganchos en los que se ensartan las cosas y las gentes, y el daño no es más bueno que otros que se hacen porque no hay otro remedio. Como se ve, los de este pueblo en esto no son diferentes. Aquí no se pueden hacer milagros. Cuando se producen los vacíos hay la necesidad, el ahogo abismal, de llenarlos; es una ley del hombre, y como aquí no se sabe desde antes de ahora qué pasa, por qué no, y, si pasa, cómo está ocurriendo lo que a un hijo joven que falta a su madre en un pueblo pequeño como Sorjín, estos huecos no pueden quedar vacíos por mucho tiempo y hay, ¡tienen! (porque *alguien tiene*) que llenarlos, y así, sin saberlo nadie, ¡se llenan solos! Son como las bolsas deshabitadas todavía que se producen cuando se agrieta el fondo de un mar: se llenan inmediatamente de agua y chupan barcos, hombres, peces, con todo y agua; esto mismo pasa en esta tierra sacudida por un sismo

que ha robado a una madre su hijo primogénito (¡o vamos a ser menos que en la Biblia!) que es un niño que no ha cumplido veinte años.

Don Pello está en medio de este vacío que se está sorbiendo las entrañas de Sorjín tratando de mantener (sobre todo de dar el ejemplo vivo) la quietud reposada de un sacerdote.

Ha ido a ver al Comisario, y no lo ha recibido. Cortésmente, pero "está ocupado"; su ayudante le habla de cosas delicadas, de instrucciones de más arriba que Sorjín, de la ciudad; de más misterios. Luego se ha vuelto a ver con Koldo, con Antton Arbelaitz (los primeros contactos) en el cuarto de Juankrutz Dorronsoro, quien, afortunadamente, no se termina de morir; cualquiera que los vea (¡y los están viendo!) están sentados en torno a la cama, pensativos, hablando muy por lo bajo; se diría (pero es difícil engañar a la policía) que velando al moribundo.

Se supone que Juankrutz está inconsciente desde hace días.

Si no, se estará imaginando el anciano infiernos que no son; que son, sí, pero no de donde se está imaginando a la media luz tenebrosa de una muerte a la que le está escuchando voces de más cerca que los ángeles que están juzgándolo a lo policía, entreviendo cárceles y oyendo las amenazas y los lloros ya muy viejos de su madre, siendo que está oyendo simplemente de las torturas a Iker y sabiendo de las discusiones de don Pello con don Rosendo en la Sacristía (¡de gritarse cosas muy feas, de tirarle el copón don Rosendo y rozarle la cabeza a don Pello, desprevenido de que le viniesen las hostias de esta manera!), de los rumores sobre Euxebio Garaigordóbil, nieto de un amigo suyo, Alpontxo, el herrero; sobre Sixto Aranburu visitando al maestro don Romancio; del Jesús (¡¿qué Jesús?!) y una Marce y una Rosaura que viven colgadas día y noche de un teléfono que se comunica con los infiernos; de una influencia de alguien con un General en la ciudad; de una novena organizada por las mujeres de Sorjín y de los propósitos de una sentada en la iglesia (con lo bien que se está sentado en la iglesia en verano cuando corre Gregorio Arostikiya o Joxe Sakrixtaba las cortinas rojas en los sermones de dormir que dice don Hilario) sin saber cuál de las dos maneras de estar en la iglesia, con la novena o la sentada, va a obtener más del cielo; oye de otras relaciones en barrios y de las amenazas del Comisario contra don Pello mismo... ¡y que parecen venir de su hermano en Cristo don Rosendo; de máquinas enterradas en cocinas, de papeles repartidos en la noche, de proyectos de asaltar la cárcel!...

Nunca se imaginará Juankrutz Dorronsoro, si le queda algún resto de conciencia, que sólo sigue amarrado, inconscientemente aferrado, a esta vida de tan cerca de la muerte que está viviendo su pueblo.

Hoy ha amanecido una gallina muerta colgada de la puerta de entrada de la casa de don Rosendo.

La ven silenciosamente las lecheras, los panaderos, los que van a su trabajo temprano, y, por fin, Rosendo mismo cuando abre la puerta a las ocho menos cinco, cuando va a celebrar su misa; no la descuelga (la gallina) sino que corre hasta la Comisaría con paso militar (¡al carajo la misa!), luego regresa (sube la cuesta) con dos policías y, detrás, inmediatamente, Eulogio mismo, su amigo; se han quedado los cuatro viendo solemnemente la gallina colgada en la puerta del sacerdote; han mirado en derredor y están intuyendo los ojos tapados por las cortinas y las celosías que están

mirando de entre las rendijas de ventanas y puertas, pendientes del espectáculo; seguramente (no hay que ser policía para esto) riéndose; por esto mismo, el Comisario hace como si una gallina muerta colgada de una aldaba fuese lo más natural que se puede encontrar uno al salir de casa una mañana, y manda descolgarla; simplemente; lo que hace el agente Reciejo como si fuese del gancho de una carnicería; todo esto sería rutina si la gallina muerta no significase para Eulogio una afrenta al amigo, a la Iglesia y al Gobierno. Así arrancan, entre solemnes y despreocupados, calle abajo, en silencio: el cura don Rosendo con el mismo paso de guerra para la iglesia (¡muy tarde para evitar el escándalo de las cuatro viejas que asisten a la de ánimas!) y los tres policías con su trofeo a la Comisaría; ha sido una procesión vista y gozada por todo Sorjín que tiene la suerte de vivir en estas cinco calles por donde ha pasado y los que han podido agregarse corriendo por detrás de las casas por las puertas, saltando muros de huerta, pisando lechugas, puerros, berzas.

Este mismo día, después de muchas cosas y poco después de oscuro, casi las nueve, ve don Pello esconderse a Jesús, el hijo de Salomé, con Estíbalitz de la mano en una bocacalle cerca de casa. ¡Ha sido un fogonazo!... Don Pello, ¡y con otra bruja dentro!, se lo calla:

"¡Estíbalitz!"...

Jesús se ve, sobre todo se siente, solo en la fábrica (no le habla Gaxpar como antes, no puede), en la calle (no puede reunirse con los que integran la célula sino con un grupo ¡del que a veces forma parte Euxebio!) y en su casa (no le dan las tripas para hablar de nada con nadie).

Es una soledad angustiada. A veces se le llena la conciencia de la tranquilidad de saberse parte de Sorjín; otras se sabe en un engaño, porque la aparente discreción de Gaxpar y de la célula escondida y del grupo de la taberna (tres compartimentos del mundo en que ha comenzado a vivir y a amar) se ha convertido inevitablemente en "la sospecha"; le faltan la comunicación secreta de los dos golpes de Gaxpar o del "gordo" o de la misma Estíbalitz (que pasa algunos papeles) en las noches; a veces, según el quehacer; le falta eso, la comunicación, ese hilo que hace que uno se sienta parte de algo; a veces le basta una mirada discreta de Gaxpar para sentirse así; o que alguien le diga: "vamos a tomar un chiquito, Jesús", sobre todo cuando es dicho en sorjín, que es, la lengua, una hebra casi invisible y dura que tiene atravesado Sorjín entero, y que une fuertemente a un hombre con otro y lo hace sentir todavía más adentro de su casa que es ya este pueblo; en otras, lo mira Gaxpar le ve al amigo una discreción fría, distante, que lo paraliza; no lo han llamado a una reunión desde lo de Iker, y ya el veneno exterminador de la sospecha de haber sido expulsado de lo que es su mundo ha comenzado a crecer, a crecer, a crecer, en mucho más de lo que dice repetida la palabra tres veces. Le queda, todavía (y solo vive de esta posibilidad de que sea cierto) el amor de Estíbalitz, a quien se ha acercado a través de los contactos con su hermano mayor, "el gordo" (*Beltza*), quien ya no lo saluda sino como de lejos y ha debido decir algo a Estíbalitz (aunque ella se lo esté ocultando). De estas relaciones de Jesús con Estíbalitz solo sabe *Beltza* y también Gaxpar, claro; y nadie más; por muchas razones de conveniencia, de estrategia; se ven solo cuando pueden; éste es el vínculo indestructible de Jesús con Sorjín; ¡suerte que hay ratos que siente que no lo ha perdido!; solo así puede

arrastrar el desprecio con que lo está enfrentando estos días el pueblo. El no habla en "Aranburu", y sí escucha lo que puede y manda decir cosas por mediación de Estíbalitz; sin embargo, ni Gaxpar, ni el "gordo" ni don Pello, siempre tan cariñoso con él, lo están escuchando; o sí, pero para verlo del revés, para no hacerle caso. Le queda, de todas maneras, su novia, y vive alguna que otra vez en la paz frágil de esta esperanza.

Van pasando estos días; no parece que se termina ninguno, sino que siente uno que se está pasando de una niebla a otra; así llega el sábado y viene Euxebio Garaigordóbil, y como algunos otros sábados; parece.

Para cualquiera que no lo ve sino en su aire y en el saludo despreocupado que sabe hacer con la mano, con la cabeza tiesa de estar mandando, o un *kaixo!!* (¡hola!) dicho para cualquiera que quiera oír, para cualquiera que lo vea en este saludo, así es, ha llegado como otras veces. Lo ha traído el mismo autobús de siempre (no ha venido Jone), ha bajado en la plaza, como siempre; pero no ha entrado en la taberna de Kaxilda como otras veces, sino que ha seguido camino de su casa; tieso, hinchado, a todo lo que da a diario el pecho de Euxebio, que ha nacido así. Lo ha recibido su madre, llorando. Su padre no está. ¿Dónde se ha ido?... Ha salido a hacer un acarreo en la tarde, todavía no ha vuelto; los bueyes son muy lentos... *Ondo ahal dago?* (¿está bien?) se preocupa Euxebio. Sí, dice su madre, pero ha estado viendo a Pello esta mañana, y lo están esperando esta noche a él, a Euxebio, parece, ¿ya lo sabe?... Sí, Euxebio lo sabe porque lo han mandado llamar para las nueve en casa de Joxe Artadi. "No es verdad lo que dicen de ti en el pueblo, ¿verdad?"..., le abraza su madre con las fuerzas desesperadas de guardarlo de alguien que lo va llevar para siempre. Euxebio está con ella, más adentro que en su vientre, en su corazón; se siente dentro y necesita de este refugio caliente después de los días que no duerme, que no come. ¿Por qué no ha venido antes?, se lo está diciendo su madre, sentado ahora él sobre una silla de mimbre en la cocina, cerca de la mesa, y Euxebio, que está demacrado, pero tieso, dice que ha venido cuando lo han llamado, y un sábado, como siempre; y que no se preocupe, que no tiene por qué esconder su madre la mirada a nadie, que él no ha hecho nada de lo que están diciendo... "por eso he venido"... ¿De verdad?, lo mira su madre preguntando. "De verdad, *amatxo*, no te preocupes"...

Este cuarto de una cama y mesilla con un Cristo exhausto, blanco, crucificado sobre el madero colgado del muro y una silla cargada con algunos libros se ha convertido en un tribunal.

Está don Pello sentado sobre la cama con Artadi y Exteban, el arquitecto; apenas caben los tres. Euxebio está sentado sobre lo primero vacío que ha encontrado al entrar, una mesilla alta, y ha cruzado los pies en el aire, contra la puerta del orinal. Antton Arbelaitz, y como no hay otro lugar (la silla cargada de libros parece intocable), se ha sentado sobre una alfombra gastada que ha arrimado a la puerta para tener un respaldo. La pieza es tan pequeña que casi se están tocando los cinco. Hay una ventana que da a la huerta. Joxe Artadi la quiere abrir (está en su casa), pero don Pello le hace un gesto severo de que ¡no!, y habla el cura después de este silencio de dos o tres minutos interminables que han pasado desde que entró Euxebio Garaigordóbil en la habitación:

– Ya estás enterado. Está Iker preso, y lo están zurrando (*egurra!*). Nadie sabe de dónde ha salido la denuncia. Se habla del hijo de don Romancio, de Jesús, y se habla de

ti... Por si acaso, los que estamos aquí no formamos parte de ningún grupo clandestino, y menos de la célula de Iker, ¡por supuesto!.. Ya ves que no nos fiamos... No, no me digas nada todavía (interrumpe don Pello el gesto de hablar que ha iniciado Euxebio), déjame decir, y luego hablas... Somos amigos tuyos, y hasta hermanos. Por eso queremos la verdad; queremos la justicia para un hermano; la queremos para cualquiera, para todos, pero más para un hermano. Un hermano... un hijo... ¡un padre!... puede equivocarse; se equivoca muchas veces; un hermano nuestro cualquiera se puede caer, y hasta muy abajo; ¡yo los he visto caer!.. (y don Pello mira derecho a los ojos de Euxebio, que está blanco, sudando, asustado de oírle esa voz al cura delante de gente, a la luz blanca de este cuarto pequeño donde están quedando las palabras pegadas como pegotes de pez con goma a las paredes de cal; es un tribunal...). Se puede caer, se cae!, cualquier hermano. Y se puede volver a levantar, ¡se levanta! No tengas miedo a lo que has hecho, si has hecho; asústate, eso sí, de cualquier mentira que puedas decirnos esta noche... Tú, Euxebio, que sabes todo eso... que se está diciendo en el pueblo, ¿qué tienes que decir?..

Euxebio no se esperaba un sermón tan corto; don Pello le está viendo la sorpresa de eso u otra cosa y el miedo, pero, a pesar de esto, abre la boca llena de aire de siempre; tiene el pecho encogido por la postura de estar sentado y con la mano debajo de sus muslos; para que no le tiemblen, puede ser; no tienen los ojos de Euxebio la luz de siempre, de estar cantando, sino una blanca como de ciego; pero a don Pello le sorprende, y con gran consuelo, esta voz llena y desde adentro que le conoce, y que no es, parece, ¡ojalá!, de mentira, de contarle a un hijo un cuento, sino de verdad, de hacerle una confesión a su madre. Y dice, esta voz de Euxebio:

– Ya me lo han contado todo mil veces mil personas, y ayer tú y tú (señala a Artadi y a Exteban) *oficialmente* –recalca– a decirme si quería venir, y aquí estoy..., –Don Pello ve vacilar a Euxebio, pero éste continúa: –Hay dos cosas que son verdad y otras que son mentira; os lo dije ayer; hace dos meses que no trabajo...

– ¿Por qué no nos dijistes nada? –le interrumpe el "gordo" con dureza. –Dejarle hablar –dice don Pello blandamente– sigue...

– Bueno –y la voz retoma un hilo usado, parece por lo ondulante– tuve un problema con el encargado, y me despidieron; no quise hacer sufrir a mis padres, y esperé; consulté con un abogado y pedí una indemnización; no pensé cobrarla; como tenía, y tengo, la razón, pensé (con mi abogado), que volverían a emplearme en lugar de pagarme ese dinero, que es mucho; así me quedé esperando... Esta ha sido la razón de mi silencio en casa y con vosotros, que sois..., como dice don Pello, mis hermanos... –a Euxebio se le aguan los ojos, nadie lo quiere ver llorando, y ha sido un momento desagradable–... Eso pasó... Y no aceptaron emplearme de nuevo, como esperaba, aunque fuese en otro puesto, sino que me pagaron la indemnización.

– ¿Cuánto? –pregunta el "gordo" otra vez.

– Casi cien mil pesetas...

– ¡Cien mil pesetas por un despido!.. –y Joxe Artadi mira a don Pello; los demás a Euxebio, que está sereno, parece.

– ¿Qué más? –dice el sacerdote.

– ¿Qué más?.. –se pregunta Euxebio mismo– Nada más; he ido buscando aquí y allá, y no he conseguido otro trabajo. Sigo en la pensión. Pensaba hablaros de esto.

– Pero no has hablado –le dice Exteban, el arquitecto– ¿para qué son los amigos entonces?.. Y no vives en la pensión como antes, sino que ahora vas y vienes, pasas noches fuera... y ésa es cosa tuya, aquí nadie te está juzgando porque te gusten las mujeres o el vino o el champán; ni siquiera es cosa nuestra, ¡aunque debiera serlo!, que no ayudes con una peseta a tu pobre madre, que vive de tu ilusión, y de lo que consigue su marido, tu padre, con los acarreo de dos bueyes viejos que le quedan de todo el caserío!.. Todo eso me puede parecer, ¡y me parece!, mal; pero en derecho no es cosa mía, ni suya, ni suya (y va señalando con la cabeza a los demás), eso no es cosa de ninguno de tus cuatro hermanos reunidos aquí esta noche, ni del pueblo de Sorjín. Eso es con tu conciencia. Lo que sí importa a Sorjín ahora (y a tu conciencia también) es que hay un hijo de este pueblo, tu hermano, preso por alguien que lo ha apuntado con el dedo; el pueblo quiere saber, queremos saber nosotros en nombre del pueblo, ¡si ese dedo es tuyo!..

– ¡Mío no!.. –Euxebio está desencajado, ha saltado de la mesilla y se ha recostado en ella; no hay dónde más moverse.

– ¿¡De quién!? –insiste Exteban.

– Así tampoco –dice don Pello– dejarlo que responda de sí mismo; no podemos exigirle que salga fiador de los demás.

– Ya lo he dicho –dice Euxebio– yo vivo de ese dinero, y es verdad que salgo; tengo dinero y no tengo qué hacer; yo confieso eso; pero yo no he hablado de Iker ni de nadie sobre nada nuestro con el Comisario.

– No importa que no sea con el Comisario –dice con sorna el "gordo".

– No he hablado de nada de esto con el Comisario ni con ningún otro policía ni con nadie; además, yo no sé nada de ninguna dinamita...

– ¿Quién te ha hablado de dinamita? –pregunta el "gordo".

– Nosotros –dice ahora Exteban con calma– cuando fuimos a hablar con él ayer a la pensión.

Hay un silencio yerto, aterido, a pesar del calor, y casi se puede ver un como humo sofocante, espeso, del cuarto, que huele a sudor agrio con cal; a eso huele; sin embargo, no hay humo; nadie, ni don Pello (que fuma tanto) ha encendido un cigarrillo.

– Bueno –habla calmadamente el sacerdote– Euxebio ha dicho lo suyo. Yo se lo creo. Un accidente así lo tiene cualquiera. El problema consiste en que coincide el accidente con la detención de un muchacho nuestro; ante estas dudas, sería conveniente que tú, Euxebio, demostrases que has cobrado este dinero que dices; ¿puedes hacerlo?, ¿tienes algún recibo?..

– Lo tengo; lo puedo traer cualquier día.

– ¿Cuándo? –pregunta Exteban con dureza– y hay algo más que sabe don Pello y no te lo ha dicho, y te lo voy a decir yo, porque aquí estamos juzgando a uno de nosotros, que es quehacer más exigente que juzgar en caso de delación a cualquier Jesús que sea de la ciudad: don Pello ha recibido la confianza de alguien en quien confía...

– ¡¡No lo digas!!... –casi grita el sacerdote; pero ya el agua de la inconfianza se está derramando por la habitación y la siente don Pello en la humedad y el frío...

– Sí, tiene que saberlo, para que se defienda o confiese ahora, porque no tenemos tiempo de andar jugando... –insiste la dureza de Exteban– alguien de la entera confianza

de don Pello (y parece que también de Eulogio, el Comisario) le ha venido a decir que todo hace suponer que lo tuyo con la policía es verdad, y que nos cuidemos...

– ¡De mí!.. –Euxebio está de pie y parece que va a derrumbarse esa mole de hombre en nada, porque se ha reducido su cuerpo a la mitad; tiene la vista errante; idas todas las fuerzas del hombre por los calcetines arrugados en los tobillos, en las rodilleras del pantalón, en las hombreras caídas... Esto en Euxebio, y para el que lo conoce, es un espectáculo aterrador.

– Has hecho muy mal en plantear esto así –dice con mucha severidad don Pello a Exteban– y menos sin mi autorización; eso fue entre tú y yo, porque necesito no estar sólo con este problema que me agobia; no había por qué reventar aquí ese huevo podrido sin saber si se lo ha dado el mismo Comisario, quien puede muy bien aprovecharse de la buena fe de la persona allegada a mí para hacerme llegar esta confianza que le interesa que se difunda, que crezca, que nos ahogue; todo esto y más puede esconderse en la cabeza de un policía, y te lo advertí, y me sigue pareciendo todavía mentira que tú, Exteban, un hombre consciente, tranquilo, a quien le he hecho la confianza de esta confesión, seas capaz de hacernos a nosotros mismos vehículo de los intereses del Comisario...

– ¿Qué dijo el Comisario?... ¿y a quién se lo dijo?... –pregunta Euxebio casi sin aliento.

– El Comisario dijo –aclara don Pello con una voz tranquila– que él, en conciencia (no sabemos qué conciencia) no podía, y esto "muy confidencialmente" a su amigo, que él no podía, ni para salvar al muchacho (que de esto se trataba), asegurarle que Euxebio Garaigordóbil no había colaborado con él, con Eulogio, alguna vez...

– ¡Y vosotros creéis más al Comisario que a mí! –dice con tristeza, y casi sin rebeldía, Euxebio.

– Yo no –dice don Pello– porque creo que si es verdad que tú eres un chivato, el primer interesado en que se desvanezca la sospecha es él...

– Pero se lo dijo a uno de ellos, y en una confianza... –continúa clavando Exteban la duda en el cuerpo de Euxebio Garaigordóbil, que ha vuelto a sentarse sobre la mesilla debajo del Cristo.

– Acaso soy yo –dice don Pello– quien puede juzgar mejor el valor de esta confianza: conozco al Comisario y al amigo, y sé que Eulogio ha podido muy bien aprovecharse de algunas circunstancias que reúne en lo social y en lo político este amigo mío para considerarlo el más adecuado...

– Puede ser el más *adecuado*, y acaso también el más *ingenuo* –dice con la dureza de siempre el "gordo", y acentuando las dos palabras como con dos martillazos.

Después de esta voz se produce un silencio.

– Veo que me habéis condenado y con nada; ahora tengo que probar que soy inocente, y no tengo con qué... O acaso sí –dice resueltamente– ofrezco ir con cualquiera de vosotros o con todos juntos a la Comisaría, y que el Comisario me lo diga a la cara...

Fue don Pello el que reaccionó primero:

– Tú sabes bien que no podemos enseñar estas cartas de nuestro interés al Comisario; además, eso no arreglaría nada; si es verdad que no eres confidente, se reiría de ti y de nosotros, porque toda esta confusión de brujas lo favorece, y los escribe, los

manda escribir; y riega esas palabras dichas y escritas que nadie puede desmentir, porque nadie puede escribir ni decir las suyas en la libertad. Este mundo del Comisario en que vivimos todos es muy simple, demasiado. Son las consecuencias previstas, calculadas, de la oscuridad y las nieblas en que vive envuelto Sorjín desde hace años; cualquier rumor, cualquier anónimo, cualquier insinuación, cualquier circunstancia fortuita, si es para mal, es un tiro de muerte.

Los demás están callados. Se tienen que callar. Saben que sólo el Comisario tiene la razón. ¿De qué más se puede hablar en este juicio en que hay un condenado con sólo la sospecha y no hay posibilidad alguna de encender la luz que descubra la verdad que puede absolverlo.

– Bueno –dice don Pello, que es el que tiene que hablar– ya nos hemos dicho las cosas. Todo puede ser mentira, y todo puede ser verdad. Perdónanos, Euxebio, por nuestra audacia al atrevernos a juzgarte...– los demás van levantándose en son de protesta callada, sorda, y saliendo. Quedan don Pello, todavía sentado sobre la cama, y Euxebio, recostado contra la mesilla y con los ojos llenos de lágrimas, sin poder contener el llanto. Don Pello cierra la puerta, se le acerca y lo estrecha en un abrazo; siente a Euxebio pegado a su alma como un niño.

– Quiero confesarme contigo –le dice Euxebio.

– No, conmigo no; ya lo has hecho; no necesito yo que me digas más; yo te creo. Pero, ¿qué hacemos con los demás, ¿con todo el pueblo!?.

– Claro –dice Euxebio, que se está separando de don Pello para secarse las lágrimas.

– ¿Puedes traernos de verdad ese comprobante de lo que te pagaron en la fábrica por el despido?..

– Claro que sí; si quieres vengo mañana...

– No, no vuelvas al pueblo en un tiempo; irán a verte a la pensión Artadi y Exteban y el "gordo", que sabes que es bastante desconfiado, pero tan blando, en el fondo, como los demás; enséñales el papel. No te hagas demasiadas ilusiones: ¡pueden creer que está fabricado por el Comisario mismo!; estas brujas de la malicia y la desconfianza y de los chanchullos en que estamos hundidos en este pueblo dan para todo esto y sobra aún mucho más, como para pasarle sobre la cabeza a miles de cristianos hundidos en esta bosta de hombres y de animales... Quiero confesarte que estoy desesperado de no poder hacer la luz en este pueblo; soy creyente, gracias a Dios; tú lo eres, yo lo sé; haz lo que puedas mañana, pero sobre todo agárrate a esa cruz, reza, vuelve a tu trabajo, el que consigas; sé decente; lo demás, lo de aquí, lo del pueblo, se arreglará, se aclarará; ten confianza en la verdad, en Dios; ves esto que parece el fin... –y don Pello está empujándolo suavemente con su brazo en el cuello de Euxebio hacia la puerta...– éste es un episodio amargo, nada más; tienes que aprender a esperar; quédate donde estás; no vengas al pueblo por un tiempo; ¡tus padres!.. esto sí es duro... –don Pello se ha quedado con la mano en el picaporte de la puerta, sin abrir– para esos viejos esto es terrible...

– Se saben en las lenguas (¡las malas lenguas!) de todo el pueblo; estos viejos ya no van a querer salir de casa; me lo ha dicho la *amatxo* antes de venir aquí... ¡se me van a morir!

– Vete a verlos ahora; diles que has hablado con nosotros; que yo iré a verlos mañana; que se trata de un malentendido; que todo se arreglará; y mientras tú no

puedas, yo les ayudo con lo que pueda; descuida; ánimo... –Ya don Pello ha abierto la puerta; fuera, en la cocina, no hay nadie; van saliendo los dos, y don Pello pregunta:

– ¿Cómo te vas a ir mañana?..

– Salgo esta noche.

– No; no tienes autobús; vete a casa; cuenta todo lo bueno que te parezca a tus padres; anímalos un poco; duerme en casa esta noche con ellos; estarán esperándote. Mañana por la mañana a las cinco (no después, porque ya se mueve la gente de este pueblo en las lecheras, en los viejos que no pueden dormir) y yo paso con la moto por "Txistoki"; tú vas caminando por esa vía a esa hora y te recojo...

– ¡Te vas a comprometer!..

– Es de noche todavía; además, no me importa.

A don Pello, cuando lo despide, en este instante le nace, y le queda, de pronto la duda de que hay algo que no ha dicho Euxebio, algo que este muchacho no ha podido soltar al despedirse; ha sido una vacilación de quedarse a decir algo, de retroceder cuando se iba; lo he sentido yo, don Pello, en este titubeo al irse, un medio gesto...; conozco a este chico; ¡sería una lástima!, ¡grande!, ¡Euxebio Garaigordóbil un chivato!... Y yo, el propio Euxebio, sé ahora que estoy caminando en la noche, que me han condenado para siempre; muchos se alegrarán; ¡Jone Mentxaka!..; me duele pensar así de nadie, y no puedo evitarlo; ¡estoy vendido!, y ¡los viejos!, ¡perdidos en su pueblo, en su casa!.. Es suerte que las pocas luces de Sorjín me permitan esta intimidad de irme a casa sin tropezar en los ojos de nadie...

Cuando entra Euxebio en su casa están sentados en la cocina (con la mesa puesta con mantel y todo para uno, para él) los dos viejos; muertos del dolor y del susto.

Al amanecer, efectivamente, don Pello recoge a Euxebio en "Txistoki"; no se hablan, sino corren. Es muy duro comprobarlo, pero hay cosas que todavía no se han dicho entre los dos hermanos. Han sido cuarenta minutos de viaje y se han despedido sin casi hablarse. ¿Qué pueden decir las palabras usadas que tienen?

Euxebio Garaigordóbil llega de nuevo tarde (o temprano) a la pensión.

Ya son las cinco de la tarde de este día cuando llegan Artadi, Exteban y el "gordo"; suben a su cuarto y ven una liquidación por 92.327,80 pesetas de indemnización por despido indebido, y una cuenta grande, de abogado.

Lo han visto con sus ojos los tres visitantes; han hablado poco, y se han ido.

Quedan las cosas más o menos donde estaban; es que aquí, en este mundo de brujas que es Sorjín, todas las suposiciones (lo mejor, lo peor, todo) son posibles.

¡Hasta la verdad!

La están esperando (a la verdad, a la certidumbre de saber a quién se da uno en una mano, en una palabra, en una mirada) hombres como Iker, que no habla (parte porque no, y parte porque no sabe), como don Pello, como Koldo, como Gaxpar (que no está sino en su trabajo y en "Intsusain", siguiendo instrucciones de Leontxio, quien estuvo hace dos días con él: ¡¡cómo se viene!!), como Jesús (con los respiros de algunas noches cerca de Estibalitz), con Joxe Mari "Naparra" y don Inocencio y Auxtiña muriéndose con miles y miles más en este pueblo a oscuras como si estuviesen viviendo; y los látigos de bruja restallando en el aire ciego de las noches de luna, con doña Salomé sintiéndolos, viéndolos con los oídos; con don Romancio intuyendo cosas, y callado; y muchos miles

y miles que no caben aquí y, sin embargo, viven de latirles el corazón de Sorjín en el exilio: oyendo la radio, leyendo el periódico, esperando noticias del cambio que no llega; algunos, lejos; otros al cruzar el río, como Leontxio, como muchos otros jóvenes como él que han tenido que huir, con otros que llevan más de treinta años mirando a través del río y sin poder cruzarlo todavía.

Y este río sigue dando truchas y dando salmones; es igual que antes, se pueden pescar de los dos lados.

17

Todos los pueblos tienen su sistema de cloacas, y Sorjín también.

Las alcantarillas de este pueblo han llevado a través del tiempo sus desechos a los ríos y al mar; y el mar y los ríos han sido siempre capaces de criar los peces necesarios para la subsistencia del pueblo.

Es el círculo sin fin de este mundo.

Las alcantarillas de Sorjín siempre ha olido mal por eso y para eso. Pero el Todo en la vida es más que la suma ordenada de las partes; muerto a muerto se les va dando tierra con discreción, pero los miles de muertos impertinentes de las guerras provocan una peste de rencores que no se termina de ir nunca. Es como ocurre con las cloacas del pueblo, que cuando se han ido vaciando despacio, como es del natural, todo ha ido bien: hombre ha olido a hombre, mujer a mujer, lo de crío a crío, lo de borracho a eso, y todo ha ido en tiempos sin que le huelan las narices de Sorjín, que son órganos grandes y muy finos, más que lo que hiede de común. Pero ha habido veces, varias, en que se han llegado a atascar las cloacas porque alguien les ha cerrado el paso con un muerto de su mano, y a veces solamente para tener con qué abonar ese alguien su propia huerta (ya se ve: pura necesidad); en otras se le ha atravesado a la alcantarilla un cuerpo donde no es y para que no le huelan a alguien los demás su muerto sin huerta (¡un chivato es cobarde!); cosas, todas, que pasan de vez en cuando en los pueblos. Pero cuando se atascaron con tanto muerto y de una vez los caminos naturales por donde va despachando el hombre lo que le sobra con toda naturalidad todos los días para su salud, comenzaron las cloacas a reventar y a mal-oler, a heder; han pasado los años desde entonces y la pestilencia sigue durando por tanto y tanto tiempo que sus vecinos se han ido acostumbrando; adaptándose según la ley natural, sencillamente; y la fina capacidad de su robusto órgano nasal se ha ido, aunque hermoso en apariencia todavía, atrofiándose, embotándose, que es como decir, desafilándose, hasta el punto que el hijo de Sorjín ya no distingue una verdad de una mentira.

Cosa terrible esta insensibilidad para la vida de un pueblo.

Lo de Euxebio Garaigordóbil, sea la verdad que sea y en unas circunstancias normales hubiese tomado su camino natural; hubiese pasado por los túneles oscuros de las alcantarillas, hubiese respirado por los respiraderos (que hasta al mismo estiércol le hace falta respirar) y se hubiese ido naturalmente por los ríos, dando de comer a las lombrices, a los barbos, a las anguilas, y terminando de llegar lo que sobraba en ese camino de agua corriente al mar ancho, enorme, en que comen, necesitan comer

también, los corcones y también los pescados más finos, como la *platuxa*, el salmonete, la *muxata*, la *erla*, el congrio, la raya, el *txipiron* y la lubina y otros muchos peces de orilla. Pero ocurrió que cuando se supo lo de Euxebio ya estaban las alcantarillas, y desde tiempo, rotas por muchas partes, y estaban contaminadas las huertas, el ganado, los hombres, las mujeres y hasta los niños: esta peste de Sorjín ha matado y está matando a mucha gente; ahora están tirándole a Euxebio los tiros por la boca todo el pueblo (más ellas que ellos) por que se citan nombres de muchachas que no han vuelto a aparecer por Sorjín y con abortos, y una que se vino de ese viaje y todo y ahora se fija uno bien y se le parece; se habla hasta de mujer que está casada...; un día dijo estando borracho (palabra de borracho y de niño y de loco, ya se sabe) que ¡Jone Mentxaka se arreglaba con don Pello!, y se lo oyeron tres personas; don Pello lo sabe. Esto de hablar no le viene a Euxebio de ahora, sino que ya tenía un abuelo Alpontxo, Alpontxo Garaigordóbil, que era herrero grande, fornido y de muy mal genio y hablaba mal de la gente sólo para tapar sus cosas, porque había desertado de los dos bandos en guerra y bebía, le gustaban también las mujeres y tuvo, dicen, tres naturales que no quiso reconocer nunca. La abuela ("la pobre") se salva (se conduele la gente), y mil veces se salvaría cualquier mujer que carga con este calvario de marido que no le traía a casa, dicen, ni para dar una sopa de ajo a sus siete hijos.

Porque, no se crea, también la gente que habla así tiene corazón.

El padre de Euxebio, Xilberio, es otra cosa: "ha tenido mala suerte", se le murieron las dos vacas, le salió el hijo señorito, se quedó solo y con su mujer que está enferma del corazón arrastrando esa maldición de haberse quedado sin el caserío y de simple boyero en la calle, en Kaletxiki, llevando sus troncos de pino a la fábrica de pasta, y trayendo pasta para la papelera, y todo esto lentamente (a lo "Ondarreta", a lo "Bonbon") a paso de buey; y ya se sabe: vino aquí, vino allá, contando mentiras, fanfarronadas, porque no tiene para comprarse ese camión que mienta tantas veces cuando está bebido y Xilberio el "pobre" ni podría manejarlo; después de esto, de dejar perder el caserío a sus padres, Euxebio no entregaba nada en casa los sábados; el Garaigordóbil siempre pegado al grupo de los listos del pueblo, para que lo viesan con don Pello (¡y hablando mal de él!) y Koldo y Exteban y otros profesionales, engañando a las muchachas, gastando en farras, bien vestido: ¡¿de dónde?!

Es lo que se pregunta la gente ahora que se le ha caído la venda de los ojos.

Es natural que todo se termine sabiéndose, porque eso llega como la muerte, y ya se están aclarando las cosas. Iñaxio Izeta y Andoni Orradre detenidos hace tres años, ¿cómo supo la policía lo de la breada, lo de los letreros en las paredes?...; poco después se tuvo que ir (y saltando por la ventana, y sin ropas, en la madrugada) Jone Erduriaga, con la policía detrás; ¿quién lo marcó con el dedo?; y luego ha habido muchos y muchos otros más detenidos en estos lugares del barrio: San Juan, Kaletxiki, Larramendi, Anaka, Arkolla y hasta en algunos caseríos como "Intsusain", Leontxio, y con él siete más que tuvieron que cruzar el río y están pasando hambre y trabajos como si estuviesen en el extranjero.

Así ya está mejor; al menos se sabe de dónde y cómo han venido las denuncias.

Después hablan de Sixto y de fulano y de mengano, que no son nada, y de otros que dicen que son (¡segurísimo!) policías, pero acaso ni son los alcagüetes que dicen; y este pavo real de Euxebio, ¡el *jatorra*, el gallo de Sorjín, es el veneno del pueblo!

¡Así está el mundo de podrido por dentro!

Y, podrido, está.

Uno, y de oler y oler, ya no le sabe a la mierda su origen: hay veces que se huele la del vecino como si fuese propia, y al revés; el pueblo huele desechos de las fábricas (ricos comiendo oro y cagando pestes) y cree que pertenecen a Sixto, al Comisario, a Segundo de "Tontorreta" (de quien dicen que vigila la dinamita de la cantera con el viejo Xalbador), a Estibalitz (que dicen ahora que han visto en el monte, ¡como de excursión!, con Jesús, el hijo del Maestro y sobrino del Comisario), a Euxebio. Puede, y será cierto, que muchos de estos malos olores vengan de donde se presume. Pero puede también que no; puede muy bien ocurrir que haya un pedazo de verdad en una mentira..., o, al revés: un pedazo de mentira en una verdad. Hombre es hombre en todas partes, y en Sorjín también; muchos de estos hombres le han venido al pueblo de la ciudad y ni se sabe que no son de aquí, y a otros que son de aquí no se les sabe el pedazo de cabeza o de tripa o de corazón que tiene vendido a la ciudad.

Todo esto que es cierto y es mentira, y que está junto en la vida de los hombres, y de los pueblos, no son tan malos cuando tiene sus cauces normales de irse con su tufillo; porque es natural que hieda un retrete a eso, un borracho a eso, un crío a eso, una cabronada a cabronada; pero cuando funciona la cloaca uno tiene la ventaja de que entra en el comedor y al pescado se le huele el pez, a la carne el buey o el cordero, como debe ser; y no como ahora, que empiezan los honestos a oler a chivato, los perros a gato; los chivos a ternera; las mujeres a hombre, y los hombres a mujer; y uno entra en un comedor y huele a retrete.

Ya lo mismo da (dicen algunos sinvergüenzas) ser honrado como no.

¡A vivir!

Así, cualquiera, con un poco de ingenio (¡hasta un policía!) es capaz en poner en marcha uno de esos artefactos demolidores y económicos sin arriesgar nada, ganándolo todo; el primero que puede comenzar a hacer acusaciones de chivato es el mismo chivato, y su objetivo puede ser el que está al otro lado (don Pello, por ejemplo) o el que está ya caído (Euxebio, por ejemplo, ¡mejor oportunidad!); y todo esto puede ser mentira y puede ser verdad.

¡Qué formidable potencia la de cualquier insinuación en un país desguarnecido y a oscuras como Sorjín!

¡Qué desgracia la de este pueblo!

Ya le pueden echar bendiciones el Papa, los Obispos, llevar a la autoridad bajo palio; lo que quieran; ya no lo pueden componer; ya no queda nadie que crea en nada.

Ya todo está gastado.

Agotado.

A don Pello le llegan los rumores, las confidencias; y pienso, pienso yo, don Pello, que qué se puede hacer cuando está hundido, hundido en un mal así, todo un pueblo, ya inerte y sin posibilidad (ni capacidad) de reaccionar. A un norteamericano que vino a casa ayer a preguntar por la partida de nacimiento de su abuelo, un Garay, y que dice

que era del puerto (curiosidad de americano sin raíces por saberle la tierra a su sangre), le decía que sí, que aquí había periódicos, ¡cómo no! (el norteamericano era, es, periodista), pero que sólo nos decían en los periódicos lo que les convenía, lo que les conviene decir; con la radio, igual; con la televisión, lo mismo; peor, y porque hay mucha gente que no sabe leer y en cambio todos creen que saben oír, sea verdad o mentira lo que están oyendo.

El estaba interesado en este tema, y yo también.

Le dije que cuánto tiempo llevaba en el pueblo; acababa de llegar; ¿dónde vivía?; en la ciudad, era corresponsal de un diario importante; "¿usted sabe lo que ha pasado aquí en estos días?", le pregunté; "primero", me dijo defendiéndose, "este es un pueblo pequeño para que importe la noticia en los Estados Unidos, y se lo digo con el dolor de ser mi abuelo Gaspar de aquí y todo, y, segundo, para eso están los periódicos de aquí, ¿para qué los tienen?"; "eso es (le dije yo) y ¿para qué los tenemos?"; "Estos norteamericanos son niños todavía; éste tiene un abuelo de Sorjín, y ha cumplido veinticinco y ya tiene dos heridas de bala hechas en la guerra de Vietnam, pero no ha crecido; es grande y todo, pero no ha madurado por dentro... ¡o sí!, pienso de pronto, porque la malicia que le crece al hombre no es por la madurez acaso, ¡seguramente!, sino por atrofia; aquí maliciamos todo, ¡yo mismo malicio!, y nos creemos más maduros que este niño; esto que nos parece verdad evidente también puede ser una mentira).

Pero la verdad de ahora es que este periodista, John Garay ("Gary", como escribe él, porque así se lo pusieron, ¡o se puso para defenderse mejor de las discriminaciones americanas su abuelo) está engañado.

Tanto nos interesamos en este problema que lo invité a comer, y lo tuve en el comedor, frente al ojo viejo y pequeño de la aventura que es esta ventana que mira al muelle de Sorjín, hablando hasta anochecer. El lleva sólo quince días en su puesto de la ciudad; por eso no vino antes a saber los datos ciertos de su abuelo (su apellido, por ejemplo), uno más de los tantos y tantos hijos de pobre de esta tierra que se han ido buscándole a la América el oro del indiano y se han ido quedando porque les ha dado vergüenza regresar sin nada.

América está regada de esta sangre trashumante de Sorjín.

Me decía que ellos, los periodistas norteamericanos que cubren la ciudad, tienen sus contactos oficiales. "¿Ustedes hablan con la gente?", le pregunté; "mocho, también)", me dijo, y me miraba; "¿usted lee los periódicos de la ciudad?", y me contestó: "también"; "¿y usted no se da cuenta que hay muchas opiniones del pueblo que no tienen voz en los periódicos?"; "sí, sí, claro, y comprendo, pero eso pasar todas partes"; "a mí no me importa que pase en otras partes si también está mal"; "puede un poco más mal aquí, pero"; "¡un poco!"; "le dije, "entonces usted no lee los periódicos o no habla con el pueblo", y lo miré descaradamente; "puede ser", me dijo honestamente el norteamericano, "pero tiene que comprender: cada país tiene su peculiaridad, no todos usamos la libertad igual, no se puede aplicar la libertad igual en todas partes"; "muy bien", le dije, "ustedes tienen sus contactos oficiales, ¿verdad?", y como el norteamericano me estaba diciendo con la cabeza que sí, que naturalmente, "pues continúen interpretándonos por ese canal (a lo Michener en *Iberia*) que es muy fácil; ustedes saben, y lo están practicando muy prácticamente, que es más fácil entenderse con un solo

hombre que con los muchos que forman un pueblo, y, ¡muy bien!, sigan defendiendo la *libertá*, la de su casa, en lugar de seguir defendiendo como hicieron sus mayores la *Libertad* (con la que hicieron ustedes una estatua y se han quedado sentados) y terminarán perdiéndola"... "¿Cómo?!", y el periodista norteamericano que no entiende muy bien cuando se le habla en el lenguaje de la ciudad con cierta fluidez (¿cómo entenderá las palabras que no dice el pueblo en las conversaciones!) le tuve que repetir todo despacio, para que comprendiese nuestra angustia de vernos empujados al otro lado de donde queríamos, queremos todavía, ir: al derecho, a la justicia, a la libertad.

El periodista Gary se conmovió con mi exposición, acaso sólo por el calor que puse al hacerla, y comprendió algo de lo que quise decirle.

Después de esto decayó la conversación; creo que lo cansé.

Cuando ya nos estábamos despidiendo en la escalera estrecha de madera apolillada de ésta mi casa de puerto, le dije: "Si estas limitaciones a la libertad le parecen bien aquí, le tienen que parecer bien, o al menos pasables, en la Unión Soviética"... "No, no, es diferente"... "¿En qué?", le pregunté. "Allá nadie puede hablar, aquí todos hablan"... "¿Qué hablan?", le volví a preguntar. "Todos hablan en todas partes, en café, en taberna, en todo sitios y contra todo"... "¿Usted cree, Mr. Gary, que eso es *hablar*?"... Aquí, por ejemplo, el norteamericano no entiende a la primera, y tengo que insistir: "Estoy hablando de *hablar de hombre*"... "¡Ah!", dijo lealmente. Y yo insistí, con mis manos agarradas al pasamanos de la escalera, él con cada pie en dos peldaños diferentes, deportivamente, y mirándome desde abajo con modestia: "Mire usted, señor Gary... Garay: aquí, en este pueblo pequeño que a su pueblo grande no le importa, hemos dicho, la verdad y estamos en la cárcel, hay escritores y periodistas que han querido escribirla y están también en la cárcel o en el exilio o se han muerto ahogados en lo que no han podido publicar, como el que se ahoga en su propio aliento, por falta de aire fresco, por falta de libertad; y usted, si se atreve a decir la verdad, le va a pasar lo mismo; exactamente igual que en Rusia, que en Checoslovaquia, que en Hungría y en otras partes donde todavía manda el miedo que se tiene a un hombre sentado muerto en una silla".

El norteamericano iba bajando las escaleras ya y con una sonrisa, despidiéndose de mí: "Adiós, padre Uzeta"...

"Adiós, Mr. Marshall"...

¡Se me salió!; y regresé inmediatamente desde la puerta al pasamanos de la escalera otra vez, para ver lo que decía, si se reía, el norteamericano; y no, seguramente ni lo oyó; y si lo oyó se hizo el sordo, o simplemente no me entendió.

Luego arrancó un potente motor de coche que hizo temblar las viejas casas del barrio.

Eso fue ayer.

18

Don Pello va subiendo desde el muelle las calles viejas de adoquín desparejo con hundidos y quiebras del suelo, con estos dientes de piedra rotos, y, sin embargo, con el

piso antiguo y todavía capaz de aguantar el paso redondo y pesado de camiones nuevos a través de las casas del casco viejo, un laberinto por donde uno sale a un puente, al borde de un precipicio de la muralla, a un callejón sin salida, a un patio desierto tomado por la hierba y la ortiga, al cuartel de la guardia, a un caserón con escudo venido a menos que está habitado por vivos (aquí está la casa de don Inocencio) y piensa, mientras pisa lentamente estas piedras de adoquín hechas a mano pacientemente, una a una, como estos pasos cuesta abajo de no querer ir más de prisa de don Pello, que para qué lo querrá el Comisario esta mañana. Será Iker, probablemente; o los chicos que faltan de Sorjín, que él, yo, simple Pello sin el don, ni conozco a todos; será por Leontxio, a quien escribo de vez en cuando para hacerle más llevadero el castigo de no poder pisar su tierra; ¿será por las colectas que hago para ayudarlos?...; ¿puede también ser Rosendo!; puede ser este imbécil y ¡acaso por la gallina!... ¿cuando yo no he visto una gallina colgada de una puerta en mi vida!...; será, puede ser, lo de la bodega de Iñaxio, aunque de esto ya hace semanas pero estará anotando y guardando para cuando reclame don Rosendo: una posibilidad... ¿qué más puede ser?...; los papeles que han distribuido los muchachos; puede ser esto; yo no he hecho nada con mis manos, y nada con mis ojos sino ver, y tendrá el Comisario, claro, mi ficha que cuenta la caída vieja de haber nacido de mis padres, de la guerra que les prendieron como fuego y por la espalda, y sus destierros siendo yo aún un niño; después (porque estos años han sido muchos y largos) estarán anotadas las palabras que dije en el Seminario, las que dije luego por el púlpito y los doce años que he pasado desterrado en la ciudad, y aquel lleno de la iglesia de mi pueblo cuando regresé a mis homilías, de las diversas advertencias del Párroco viejo, de las pugnas entre el Obispo y la Autoridad para nombrarle sustituto al viejo funcionario que ya no podía con su sotana, y mi nombramiento a pesar de todo...; puede ser todo esto y nada; acaso me presenta un papel que no conozco y me dice que lo he escrito yo (¡lo he visto hacer en compañeros!) o puede presentarme el Comisario alguien que yo no conozco y dice que es testigo de que yo dije un día cualquiera cualquier cosa en cualquier parte (¡han dicho que dije: "Viva el comunismo" en la bodega de Iñaxio!...); pero lo que sea, puede ser cosa de don Rosendo, que me ha amenazado dos veces, el otro día en la Sacristía, cuando me tiró la irreverencia de aquel golpe; esto lo sabrá él, el Comisario..., él ya sabe que yo, Eulogio, que soy el Comisario, la autoridad de este pueblo, que yo sí sé quién es el que viene bajando la cuesta a estas horas, seguramente, porque este curita no será nada, pero es puntual; lo haré esperar; a estos pedacitos de roca (¡ni es siquiera grande este cura!) hay que ablandarlos un rato antes de dejarlos hablar; aquí tengo la ficha: "rojo-separatista", "rebelde"..., habla y habla... bla-blá..., sorjín; muy bien... esto y lo otro, y destierro, doce años; y habla otra vez como un dios subido al púlpito, ¿no?, ¿qué cojones hace falta para eso, para hablar desde detrás del parapeto que le da Dios y ningún cristiano le puede responder una palabra!, ¿que me lo venga a decir aquí!...; muy bien, lo de la bodega; operación *dinamita* con Iker Urreiztieta, ¿qué hace el cura?... se mueve poco, ¡mala señal!; lo visitan, va... viene... muy bien, y llega a preguntar por mí; ¡no estoy!; habla con Carretero y lo torea, a ver hasta dónde va; no va a ninguna parte sino que habla por teléfono, escribe cartas que echa fuera de aquí y que yo se las leo igual, ¡brujas que tiene uno!; palabras y golpes con don Rosendo, ¡la gallina!... ¡buena receta para hacérsela comer con arroz!..., recibe a un

americano; la matrícula..., muy bien, ¡un periodista!, perfectamente; ¿qué más?... va a visitar a Urreiztieta en la ciudad, y se graba lo que se dicen, se traduce aquí y nada, poca cosa; ahora estos papeles que pasan por debajo de las puertas, mandan por correo inocente con bombas... y eso es; ¡ah!, y sus relaciones con esa muchacha que va a ser maestra, dicen, muy bien...

"Señor Comisario: ha llegado el señor Párroco, don Pedro Unceta"..., le interrumpen.

"Un momento, Reciejo, que estoy ocupado...; que me espere un minuto, por favor"...

Sin ningún favor espero yo, Pello, a esa voz que me recuerda a..." "Gracias, sí, sí, espero"..., "siéntese, por favor", y le digo: "gracias"... éste es nuevo aquí, no sé cómo se llama; el del otro día es Carrotero, le sé hasta el nombre: Agustín; tiene unas manos, me decía Leontxio una vez, con huesos como tachos de hierro, y una leche que le sale por esas porras de goma que no dejan marca, ni un morado, pero tumban a un hombre como si fuese de paja, sobre todo cuando le dan por detrás y en una parte cerca del cuello que uno se siente pisado por un camión... ¿Está ocupado don Eulogio?, muy bien, don, espero y fumo, fumo; conozco la táctica; me tengo que sentir pequeño, reducido, una piedra que puede patear cualquiera; como me sentí cuando me raparon la cabeza en la mili y me vistieron con ropas que eran como para el "gordo"; me sentí un espantapájaros, reducido el hombre que llevé a ese cuartel a palos y ropa, y ni me sentí en un maizal (que hubiese sido mucho) incapaz de asustar a pájaros siquiera; ("¡aquí, cuando se llega al cuartel, se deja uno los cojones colgados de la puerta!"... "¡¡Entendido!!"); eso quieren, hombres descojonados, y si se castran solos, del miedo, pues mejor; los cabos y los sargentos y los brigadas chusqueros que nos llamaban en las listas de la mañana y de la noche con nombres deletreados dificultosamente mal y de mil maneras diferentes que no eran nuestros nombres de Sorjín (Belastenekoa. Arruabarrena, Mendiburugoiko, Iruretagoiena) y a pesar de esto, de sentirnos tan pequeños, nos salía la risa, y el cabo y el sargento de turno nos ponían a dar carrerillas por el patio, nos llevaban a marchas forzadas cargados con todo el equipo; pero ahora estoy aquí: el cuarto desnudo y oliendo a polvo y a humedad que son todos estos consulados de la ciudad; es un sello que no falla; ¿qué hará que esta desnudez que descubre un sorjín en estos cuartos sea así?...

De vez en cuando llega aquí alguien y entra y sale por la puerta; es evidente que el Comisario está solo en su despacho, y estará revisando mis papeles, o fumando y pensando por dónde me va a embestir, o está ocupado de verdad, ¿quién lo puede saber?...; los que llegan, tocan en esa ventanilla, que es un hueco siniestro, ¡una aspillera!, me parece, ¡figuraciones, pero verdad!, y se abre, se oye que contestan bruscamente (nunca el Comisario mismo) y se cierra con pestillo: "chast", o pide la voz algún papel que uno no tiene, que es casi siempre, o si se tiene ese papel que piden se le pasa por el hueco y dura el silencio un rato, y se oyen a veces ruidos de sellos; "tan, tan", y se cierra la ventanilla lo mismo que siempre: "chast", y se va el hombre o la mujer, o el joven que vino antes a buscar un pase para cruzar por el puente el río que divide el pueblo en dos, o para renovar el pasaporte si uno es extranjero, lo que sea.

– ¿Quiere usted pasar?"...

Es el nuevo; y yo me levanto, y le doy las gracias y entro. Está, el Comisario, sentado, pero se levanta sonriente y me adelanta su mano por sobre la mesa y me señala una silla de paja que tiene delante, de centinela de esta mesa, parece; saca un cigarro y me lo ofrece, aunque me está viendo la bocanada de humo de fumar, de estar fumando, el mío, con que he entrado sin darme cuenta; lo ha hecho para recordarme esta falta de cortesía de mi parte o ¡está nervioso!; ya estamos el uno frente a los ojos del otro:

– Buenos días, don Pedro (aquí, en la ciudad, Pello es Pedro), ¿cómo están las cosas?...

– Bien, señor Comisario...

– Me alegro... Le ofrezco de un café que estoy preparando; lo tomo yo siempre a esta hora y no es ninguna molestia, acompáñeme...

– ¿Por qué no?..., gracias.

– Perdóneme, pero tengo esta costumbre de hacerme el café... me dispensa... tengo que tomármelo de vez en cuando, porque a veces, ¡no se lo puede ocultar, y ¿para qué?, lo necesito!; y me gusta hacérmelo a mi medida, ¿le gusta a usted un poco cargado?

– Tomaré del que le gusta a usted, señor Comisario...

Está el Comisario poniendo su café en el agua que está hirviendo sobre una mesita que hay en la esquina derecha y detrás de "don Pedro"; es una habitación más vestida que la de esperar, forrada con hileras e hileras de cajones, cajoncitos, donde está todo Sorjín coleccionado en fichas; hay aquí un orden estricto, sobrio, hasta pobre, oloroso a lo mismo que en la sala desnuda de esperar, y si acaso más fragante a polvo y a papel viejo, y, ahora, en este instante, y como un brote nuevo, como de paso, le llega un aroma de café recién hecho; mientras sale el olor de esa esquina donde está el Comisario, nada, un silencio de pasos sonoros, sobre madera, del Comisario y alguno que otro de personas que están al otro lado del tabique y no hablan; no se oye hablar a nadie; el Comisario está ocupado, y don Pello también, observando la mesa del funcionario, que no es muy grande pero está vacía de todo menos de un matasellos aquí, el tintero al lado, una carpeta muy usada con el secante casi azul y rojo de las tintas, y todo pobre, pero organizado en línea como para pasar revista de cuartel en cualquier momento...

– ¿Mucho azúcar, don Pedro?...

– Póngalo a su medida, señor Comisario, y está bien, muchas gracias...

...Sobre la cabeza de Eulogio García Lozano, sentado ahora sonriente, revolviendo su café, hay un retrato; no sonrío, ni está serio, este hombre del retrato; es simplemente una pose, y mira a uno en la dirección en que se le ponga el observador; uno le siente los ojos a esta fotografía en todas partes, y no es muy grande, pero coge toda la pared, porque el resto son cajones de archivo; el Comisario está consciente de este abrigo de la mirada insistente, se siente arropado, respaldado, por estos ojos que el sabe que están viendo los de don Pello en este momento:

– Hace tiempo que tenía deseos de tener una conversación larga con usted, don Pedro... ¿me acepta usted un cigarro?...

– Pues claro, gracias; yo también tenía deseos de esto, y vine uno de estos días...

– Sí, sí, ya sé que vino; no pude atenderlo; me sabrá perdonar usted; pasan cosas, uno tiene que trabajar...; éste que tengo yo, se lo aseguro, es trabajo; no otra cosa; los trabajos que tengo que hacer no son un capricho ni... ¿cómo le diría yo?... eso que

muchas veces se cree que es un policía, alguien jugando a eso, no, no... y yo sé que usted, sacerdote, con la responsabilidad de una Parroquia, lo sabe, lo sabe muy bien...

– Sí, señor; se lo aseguro; me pasa a mí; que a veces me creen alguien, hasta alguien capaz de estar en todas partes, de poder remediar todos los males, y, eso que es una imagen un poco infantil de lo que es un cura, no corresponde a la que tengo yo mismo, hombre metido (en lo mejor) dentro de una casulla, de mí mismo, ¡ni mucho menos!, porque me siento muy pequeño, un sirviente y, a veces, casi olvidado de Quien es dueño y Señor de todas las cosas...

– Así es; nos entendemos; somos hombres los dos, con responsabilidades a veces por encima de nuestra medida, y, sin embargo, hay que cumplir...

– Sí...

– Hay que cumplir los mandamientos de la Ley de Dios, hay que cumplir la ley establecida por el hombre, porque también ésta es necesaria, ¿no le parece?...

– Sí que me parece eso que dice: las dos leyes son necesarias al hombre para su convivencia.

– Y más en Sorjín; éste, y déjeme hacerle una confidencia, es un pueblo muy difícil...

– Así es, señor Comisario; y por eso, en atención a esta circunstancia, tenemos usted y yo que esforzarnos en comprender la peculiaridad difícil en que ha tocado nacer y vivir al hombre de este pueblo...

– Es una suerte haber nacido en este pueblo... ¿Un poquito más de café, don Pedro?...

– Sí, ¿por qué no?... La suerte de nacer aquí no sé si es buena o es mala; usted estará, estoy seguro, contento de la suerte de haber nacido en la ciudad, y todo le es propicio; ocurre que cada uno ama lo suyo primero, como es natural, y yo estoy agradecido a Dios por haberme dado una madre de esta tierra. Todo esto: que cada uno quiera a su tierra, quiera a su lengua, quiera a su gente, es elemental, natural...

– Pues claro, don Pedro... me complace oírlo hablar así, con esta franqueza...

– Es eso, que cada uno es quien es, y es hermano de los demás hombres sin necesidad de que pierda su identidad: eso es Sorjín: un pueblo que nació con una lengua que no entiende la ciudad y con su manera de rezar a Dios, de trabajar en el taller, de sembrar la tierra, de surcar el mar...

– Completamente de acuerdo, don Pedro; pero eso, la tierra, el mar, nos lleva a todos los hombres a buscar, a encontrar horizontes nuevos; a estar juntos unos pueblos con otros, una ciudad con un pueblo, o un pueblo con otro o con la ciudad, como usted prefiera.

– Yo prefiero que usted nos vea como somos: un pueblo pequeño que se ha dado...

– ¡Precisamente!...

– ...Sí, se ha dado, a sus vecinos hasta el otro lado del mar generosamente; pero ha recibido un trato injusto.

– ¿Injusto?...

– No lo han respetado, señor Comisario; quiero decirle, y sin ánimo de ofenderlo personalmente y en su propio despacho, que el orden establecido no es justo, que esta ley no es la Ley que exige la justicia; usted sabe muy bien que, a pesar de esta cordialidad que nos está uniendo ahora a dos hombres, a dos hermanos en Cristo, uno está obligado

en conciencia a no esconder las verdades que piensa con su cabeza y siente en su corazón...

– Ya lo comprendo...

– ...Y debo decirle a usted, que me está pidiendo mi sinceridad, y hasta mi lealtad, las mismas palabras que digo en mis homilías a mis feligreses aun cuando comparto su amistad y su pan y su vino, por qué no...

– Estoy de acuerdo con lo que acaba de decirme, don Pedro, excepto con una cosa...

– ¿Cuál?...

– Eso de que el orden establecido no es justo, ¿por qué no?

– Es sencillo: el orden entre los hombres debe ser consentido, aceptado.

– Se equivoca en esto, Padre; pero aunque fuese así, no todos aceptan la Ley de Dios, y, sin embargo, Dios es justo...

– Perdona, señor Comisario, pero esto es conceder al hombre la medida de Dios, y ésta es demasiada confianza, demasiado atrevimiento, ¿no le parece?...

– Usted mismo habla en nombre de Dios, a veces.

– Soy un sacerdote.

– En nuestra Ley tenemos obispos, don Pello; y nuestra Ley, además de ser justa, es, además, aceptada; y le estoy hablando con la misma franqueza que está usando usted; usted, que también es autoridad y responsabilidad, debe, creo yo, ayudar a que esta paz y esta convivencia que ya está aceptada y es tranquilidad y orden, no se corrompa.

– Creo que yo lo entiendo a usted mejor que usted a mí, señor Comisario... Yo comprendo que usted esté cumpliendo con su obligación, que no esté actuando a capricho; y yo respeto a quien cumple con su deber. Pero a la vez, al funcionario que hay en usted, al sacerdote que hay en mí, les pido que hagan algo que es más simple y a la vez tan difícil: consultar con su conciencia, y hacer que esta conciencia que encendió Dios al hombre como un ascua incandescente, esté presente en las decisiones del hombre con uniforme que somos cada uno de nosotros: usted y yo, y todos los hombres...

– Muy bien: ¿qué tengo que reprocharme en conciencia?

– Este orden nació de una guerra y tiene más de treinta años; ni usted ni yo prendimos la mecha a esa guerra; éramos unos niños; nuestros padres seguramente tampoco hicieron otra cosa que verse, de pronto, envueltos en aquel fuego, y defender, ¡defenderse!, lo mejor que pudieron de acuerdo con las posibilidades físicas y de conciencia que les tocó vivir en suerte. ¿No es eso así?...

– Así es; le digo...

– Y mueren los viejos, nacen los niños, se hacen viejos los jóvenes, se hacen mozos los nuevos niños sin estrenar, y han pasado treinta años en los que han nacido dos generaciones, o tres, según el modo en que las cuente, y el orden de acatar la ley de aquella guerra vieja sigue, y vestida con mil remiendos, en esto que llaman paz...

– ¿Por culpa de quién no es paz esta paz, don Pello?...

– Contestaré a esta pregunta con otra, señor Comisario: ¿por culpa de quién sigue viva y siendo guerra todavía aquella guerra?...

– Es evidente: hay unos que pierden la guerra y otros que la ganan; ¡no olvide que si hubiese ocurrido al revés hubiese pasado de la misma manera...!; entonces, el que ganó

estableció, como es natural, las normas de convivencia, las reglas del juego, y van bien a todo el mundo: hable con la Iglesia, con la gente, lea los periódicos, escuche la radio y la televisión; escuchen fuera de ustedes mismos, que están encogidos como una pelota; ¿elecciones?... las ha habido dos veces por lo menos, ¡y rotundo sí!; ¿qué más quiere, don Pedro?...

– Está hablando el funcionario, pero no su conciencia.

– ¿Cómo lo sabe usted?...

– Efectivamente, no estoy en su conciencia. Acaso cometemos un error fundamental al suponer que la conciencia de los demás debe estar de acuerdo con la que tiene uno mismo...

– ¡Exactamente!

– Yo no me alegraría tanto, porque también usted puede aprovechar esta lección: ¿quién le garantiza a usted, señor Comisario, que la conciencia que está procediendo rectamente es la suya?

– Le hago exactamente la misma pregunta...

– Yo la tengo formada, la conciencia, según mi fe y *mi razón la va construyendo*, no por una vez para treinta años, sino todos los días; con los materiales, no de verdades incontrovertibles dichas por un líder, sino de las pequeñas observaciones, las informaciones de buena fe que me llegan; es cosa probada: la prensa está censurada y no deja oír mas voz que la oficial, las elecciones sin alternativas válidas y en climas válidos las gana siempre (aquí y en Rusia o en China, y con la misma casi-unanimidad) el que las prepara; veo con mis propios ojos que detienen a un joven y lo tienen sin pruebas preso desde hace ya tres semanas y todavía no le han hecho los cargos, no ha dicho tampoco la prensa una palabra; al chico lo han maltratado de palabra y de hecho, y nadie puede hablar; ¿no le dice esto nada a su conciencia, señor Comisario?...

– Sí, me dice que usted (quien por cierto está usando del derecho de hablar) juzga los hechos muy a su manera; porque aquí todo el mundo tuvo oportunidad de decir "sí" o "no"; todos tuvieron este derecho, hasta usted mismo, que está hablando ahora, y que no fue, por cierto, a cumplir con su obligación de votar; después protestamos, después irrespetamos la bandera, hablamos contra el orden con insolencia (y ahora estoy hablando sobre todo de los jóvenes) y deslizamos papeles subversivos por debajo de las puertas; ¿este es el procedimiento que aprueba usted, señor Párroco?...

– Señor Comisario... El hombre tiene derecho a la palabra...

– ¡Y al insulto!...

– A la palabra he dicho, si se la dejan decir.

– La pueden decir con educación, con respeto...; pero, dígame, ¿y si no se les deja provocar?...

– Si no le dejan decir su palabra libremente, tiene el hombre el derecho a decir su palabra de la manera que sea...

– ¡Y a colgar una gallina muerta de la aldaba de la puerta de un hermano en el sacerdocio!...

– Yo no apruebo eso.

– No sé hasta qué punto, y hábleme de los papeles... Y no me lo diga. Lo sé. Usted me está hablando ahora con franqueza; ¿cuántas veces me ha venido a hablar así?... No,

no me dicen las cosas en este pueblo, y cuando me las dicen las pronuncian en sorjín para que uno que no es del pueblo no se entere. Pero uno se entera; uno se entera por medios que ustedes mismos, ustedes, y usted también, alimentan, cualquier joven decente de su grupo que le habla a uno porque sabe que uno sigue siendo la autoridad, y que fuera de esto no hay más que el desorden y el caos... Y no le digo más, porque no debo; yo también, don Pedro, tengo mi ética y mi conciencia muy despiertas. Acaso me entiende, y si es así, mejor. Si no, no es culpa mía, y mala suerte. Yo prefiero que me venga a hablar usted de vez en cuando y charlemos de estas cosas tomando un café... Sí, le acepto este cigarro, por qué no, y fumamos juntos y conversamos, y a veces hasta subimos el tono de la voz, pero eso nos ocurre a los hombres a veces, porque ponemos eso, corazón.

– Me alegra oírle hablar de eso. La posición de este pueblo es eso, sobre todo corazón; sentimiento; quiere su lengua, quiere la justicia, y la busca...

– ¡Las tiene !

– No las tiene, y por eso las sigue buscando.

– Usted puede hablar sorjín en la calle, en su iglesia, ¿no?...

– Después de casi treinta años de tenerlo con la cabeza metida dentro del agua, ahogándose, y cuando ya está, el idioma sorjín, casi muerto, lo dejan salir a tomar un poco de aire a la calle, en la Iglesia...

– ¡En la escuela!

– ¿En la escuela?, ojalá...

– Tiene ahora sus parvularios, ¿no?, y se publican libros, y se dan clases de sorjín a como les dé la gana, ¿es eso mentira?...

– No, no es mentira: es una verdad a medias.

– ¿A medias?

– Sí, son buchets de aire que dejan que tome el enfermo para que no muera del todo; porque, ¿qué van a hacer con este cadáver oliendo en toda Europa? Lo que pide Sorjín, como cualquier otro pueblo, no es migajas, sino pan; no concesión mendicante, sino el derecho a respirar aire limpio, sin filtros, y todos los días, y, sobre todo, sin los grifos de dar y de quitarle el aire a la voluntad, a la mala voluntad del que lo quiere dejar sin fuerzas, para así pisarlo, dominarlo, mejor; lo que quiere mi pueblo, porque ya es hora de que hable aquí cada uno en nombre de su conciencia y de su verdad sin más tientos, es la libertad de hablar, de hablar en cualquier lengua y sobre todo en la propia, y es el acceso de todos a la justicia social a través de los sindicatos sin tutelas, es el derecho a elegir los hombres que lo van a gobernar, para aplaudirlos si cumplen con su deber y para destituirlos si se llenan los bolsillos o se burlan del pueblo de alguna otra manera...

– Siga con el mitin, don Pello, por favor, siga...

– Ya lo consiguió; y no me importa; vine a hablar poco, porque hablar, y aquí, es peligroso; lo sé; a pesar de esto ha podido más mi impulso de lealtad a los principios de la verdad y de la justicia que predica la Iglesia...

– ¿Qué Iglesia?...

– La Iglesia de Cristo.

– ¿Usted ha hablado de esto con el señor Obispo?

– Alguna vez, también.

– Pues no lo parece, no parece haberlo convencido usted, porque él nos ha dicho cosas muy diferentes...

– No sé lo que ha podido decirles el señor Obispo.

– Yo sí; porque nos interesa su palabra, y la de él, que hasta la tengo grabada; así reunimos nosotros todas las palabras; y le hablo a usted amigablemente porque le tengo confianza, le estimo, lo sé metido en esto de buena fe...

– ¿Metido en qué?...

– Bueno, don Pedro, no quiero convertir esta conversación entre amigos en nada desagradable; me gustaría repetir esta conversación; me gustaría que usted supiese que yo agradezco mucho su visita, que me permita ir a verlo alguna vez, que hablemos...

– De acuerdo, siempre que nos respetemos los dos el derecho de decir su palabra...

– ¿Se siente usted inseguro hablando conmigo ahora?

– Le debo la sinceridad de un sacerdote y de un hombre, y le diré que sí; que no sé si me van a dejar volver a ver a Urreiztieta, si van a detener a cualquiera de mis feligreses mañana, si yo mismo no voy a ser arrestado al salir de aquí; porque una cosa es hablar entre dos hombres que se respetan en sus derechos, y muy otra la conversación entre un hombre, o un pueblo, atado, amordazado, y el otro hombre, u otro pueblo, hablando a placer su versión única, lo que ustedes llaman "la verdad", a través de todos los medios de comunicación moderna a su disposición...

– ¿De veras cree eso?...

– Ciertamente...

– Bueno, no tenemos por qué recomenzar esta rueda de hablar de lo mismo; lo siento; sinceramente siento que no podamos comunicarnos mas... fluidamente, más claramente, nuestras ideas, y, en cambio, tropecemos con obstáculos que son sólo fantasmas de interpretación propias de las circunstancias que vivimos; créamelo, don Pedro, que así es.

Don Pello se ha levantado (ya se lo había indicado el Comisario con el gesto de levantarse él primero: esto ha terminado) y se dirige a la puerta, pero llega después de Eulogio, quien se ha adelantado a abrírsele, y don Pello, yo, veo que se acaba de abrir la puerta de al lado de la mesa del café, de donde han mirado (y sin pensar que podría estar yo viéndolos todavía) Reciejo y otro que no conozco, porque deben ser muchos, y los cambian; deben haber grabado nuestra conversación, como lo han hecho a veces, incluso al Señor Obispo; aunque al Obispo se lo haya grabado, no un simple Comisario, sino un Ministro. Y pienso, ahora que ya estoy bajando estas escaleras oscuras hasta el portal, que no me ha dicho nada del incidente con don Rosendo (¡que lo sabe!), ni de lo que dicen de la dinamita de Iker (¡que sabe que el chico no sabe!), y, en cambio, me hace la insinuación de un chivato en mi grupo; se refería a Euxebio, seguramente; pienso que si lo de Euxebio fuese verdad, no me hubiese insinuado el policía esta acusación; ¡aunque quién sabe lo que piensa un policía, y acaso calcula las cosas al revés que yo, viéndole ya el pliegue que yo le estoy viendo, y, además, un repliegue que yo no puedo sospechar; a veces la verdad es tan difícil de apresar que la razón no sirve; ni el instinto sirve tampoco, claro; nada sirve en este mundo inventado por el hombre para hacer las cosas a su manera, aunque crea que las está haciendo bien.

De eso, de diagnósticos así, ha muerto mucha gente.

19

Qué fácil es vivir de recuerdos donde no hay otra cosa.

Así está el ánimo de Auxtiña viviendo con Joxe Mari y don Inocencio esta velada, y no siempre en la paz, porque ni de la otra vida se puede traer sosiego bastante para mirar por la ventana del prodigio sin que se le pegue el dolor de este mundo.

Para bien o para mal, la sombra del sol nos persigue hasta en el Paraíso de los que ya estamos lejos de esa luz para siempre.

No es sólo el recuerdo de lo que he oído decir a don Joxe Mari algunas veces sobre los hijos y las madres de Sorjín, sino que este aparato de ver lejos ha tropezado en América... Es bueno que a mí me crean ya tranquila en el pueblo, y en esta casa; hasta casi muerta; y en la paz. Sin embargo, hay tiempos que vivo sin pegar ojo; ahora, de vieja, de muerta, y no sé por qué misterios de sentir, me encuentro peor. Está aquí don Joxe Mari sufriendo penas con hijos que lo creen muerto, y no llora; yo, y con sólo uno que no sabe si vivo, estoy en este infierno desde hace tantos años que se están arrastrando ya como si fuesen siglos. A don Joxe Mari le llegan sus noticias: Pedro, el linternerero, se ve viejo, pero está bien; Anttoni está en América y hasta tiene de ella nietos grandes... ¡Dónde estarán los míos, si tengo!... ¡Donde estará Gaxpar en América, dónde vive!.. ¡¡Si vive!!..

– Auxtiña, ¿por qué no se va a la cama? –dice Joxe Mari dirigiéndose a don Inocencio– porque Joxe Mari le está oyendo a la anciana el sollozo por sobre el ruido de la ventana luminosa.

– ¿Qué le pasa? –dice don Inocencio, quien sigue encandilado con la luz de ese altar.

– Que está soñando; ¿has oído alguna vez soñar a un perro de caza cuando está dormido?, ¿le has oído llorar esas fatigas?... –pregunta Joxe Mari.

Y Auxtiña oyendo.

– Si... –dice don Inocencio.

– Eso, así está ella, dormida y llorando de cuando acaso le riñó su abuela Lokari o su amatxo Anamari por un recado mal hecho cuando era pequeña; ¡tienes tú muchas santas en los altares que no han sido y no son tan buenas como esta mujer!...

A Auxtiña se le han subido los colores de no sabe dónde, porque no los tiene por ningún lado desde hace muchos años. Suerte que no la están viendo por estar ella detrás y en el rincón.

Don Inocencio, que soy yo, no digo nada; hablo poco, porque es mi obligación, y porque sí; Auxtiña tiene (como todos) lo suyo; acaso las que han subido a los altares también; ¿quién tira esa piedra primero?; yo no; me siento tan pobre y tan bellaco como los demás, y a veces más. Mejor que yo es Joxe Mari; hubiese hecho un cura estupendo; lástima que haya sido, y es, liberal; una pena... Se torció, dicen sus hermanos, que son carlistas, porque hablaba con un viejo Pío de Sorjín que no iba a Misa; eso dicen, y lo cree don Inocencio; pero yo mismo, Joxe Mari, que soy el que se fue de la casa porque lo echaron estoy más seguro de donde vengo y por qué que mis hermanos y lo que puede decir un cura, aunque sea de los de decir Misa todavía. Yo (un carpintero) le sé a este

pueblo las historias mejor que este sacerdote que tiene la ventaja de oírle las confesiones (aunque le hagan algunas trampas); Inocencio oye las confidencias de confesionario que le hacen, y muy bien, porque sabrá muchas cosas, muchas; del Sorjín de ayer y de hoy; pero yo le sé a este santo, ¡y no me lo puedo creer a veces, pero lo comprendo!, un hijo de Auxtiña, que lo pasó, ¡lo pasaron!, esa misma noche del parto desde esta cama a la otra, la de una amiga de Auxtiña que ya tenía dos chicos y se prestó a decir que había sacado este tercero de la inclusa. El pueblo habla siempre, y habló también entonces. Mucho. Porque era precisamente mucha la casualidad: noticias de Fraisoro a través de una vecina que trabajaba allá, en la inclusa, que del hospicio no era. A mí no me escandalizó. Estas cosas pasan... Pasaron hace cincuenta años y hace doscientos y hace miles; de cuando la Biblia...

Y de más aquí, de cuando se oían estas verdades como cuentos y han resultado luego verdad...

Había en aquel tiempo de la memoria de mi abuela una bruja de nombre María de Illarra, quien no se asustó de lo que hizo; cualquier hombre, cualquier bruja, comete un error, dos; los que sea; ¡por qué ese escándalo!...; María ni se defendió siquiera; dijo que, efectivamente, era verdad que ella se había acostado con el diablo más de veinte veces. Es claro que para decir ¡y hacer! eso hay que ser mujer entera. O sabía ella, María de Illarra (eso pienso yo, Joxe Mari, ahora, y no cuando me lo contó *amona*, porque ella me los contaba de otra manera) que el que vestía así, de demonio, y en la noche oscura de sólo los fuegos de calentar escasos, (muy pocos para el tamaño frío de estar en aquel invierno crudo y sola en su cama) era, digo, me imagino, el amo de la casa; él no se atrevería acaso a hacerlo de otra manera; ¡ella, menos!; y a él le gustaba ella, es una suposición mía y tan válida como cualquier otra que tenga un carlista, y a ella también le gustaba él, supongo yo; seguramente; esas cosas pasan hoy y pasaban también hace esos siglos, como pasarán dentro de otros muchos, cualquier "mañana".

Ya se sabe, ya sabemos, que ese diablo, aunque no sea más que por lo viejo que vive en el hombre, suele dar para todo esto; y que a veces, como ésta, la tiene (la razón, y lo digo yo, ex-juez) el diablo.

Y Joxe Mari "Naparra" mira de reojo a don Inocencio, que tendrá los ojos cerrados, pero no está rezando; no lo estoy, aunque le esté sintiendo las malicias de la santidad de Auxtiña a Joxe Mari en esas palabras que me acaba de decir; debería estar yo rezando, y rezo, por ella siempre, y por los liberales como Joxe Mari que se comieron y masticaron y murieron con mil malicias y risas y siseos que oía yo al pasar (y muchas veces me subían la sangre a la cara) la mentira de que el hijo de Auxtiña era mío. Tengo mil y medio pecados menos éste; y en esa cuenta larga no hay ninguno que sea de mi cuerpo; tengo culpas, tengo pecados, pero no de haber tocado una mujer con mi carne. Yo sé de Auxtiña, la pobre; estaba conmigo y la atendí, y conmigo estuvo el *mediku zarra* don Pío, con el que a veces, liberal y todo, converso, y sin hablar nunca de Auxtiña, ¡ni de Joxe Mari!, y recuerdo que en aquel aprieto me miró el liberal que llevaba don Pío dentro (y fuera) con sus ojos sonrientes y sin malicia más de una vez. Y yo me callé y he estado callado desde entonces. He hablado con Auxtiña de esto muchas veces; cuando nació y luego, sobre todo luego, ¡cuando Gaxpar supo que no era de los Leiza!, ¡que tenía en el registro otro apellido, que es el de Auxtiña, Garay!, aunque, claro, sin saber

Gaxpar de que Garay era (porque Auxtiña en el pueblo es Auxtiña sólo); se había empeñado ella en no hablar del herrero, de Garaigordóbil, de Alpontxo, ¡un toro semental suelto que llegó aquí a arreglar unos días los herrajes de puertas y ventanas!, y se registró también, como lo quiso ella, y acaso era lo mejor para todos: "natural". Eso fueron los papeles; Gaxpar fue Leiza siempre en el puerto hasta que huyó de la sala del sorteo. Nadie ha vuelto a saber de él. Acaso está muerto. Pero a la pobre Auxtiña le vivirá ese hijo sin padres mientras viva, y luego. Y no hubo, ni ha habido, ni hay todavía, manera de sacarla de ese silencio de quién fue el padre de Gaxpar. Ella se confesó conmigo, sin nombres. Si yo supe lo demás no fue por ella. El, Alpontxo, ese fanfarrón, me llegó de rodillas un día y me lo dijo, llorando; le perdoné, le tuve que perdonar; ¿y qué más puede hacer un hombre en nombre de Dios a otro hombre si este hombre ha caído, ¡aunque sea con Auxtiña!, ¡y quien sabe por qué, cómo, si por cosas viejas, si por un arrebato! Luego de eso, ayudó Auxtiña siempre a los Leiza, sobre todo a Xebastiana, la *amatxo* de Gaxpar, quien tenía al niño en brazos y también lo quería; lo vio crecer Auxtiña también queriéndolo en sus brazos muchas veces, besándolo muchas veces con llantos de estar sola; así creció el niño y así se fueron distanciando madre e hijo por la razón natural del secreto de la madre y la ignorancia feliz del hijo. ¡Infeliz del hombre cuando se supo sin madre, sin padre! Y huyó... Lloraron las dos mujeres muchos días juntas en esta casa, en este mismo cuarto donde se muestran tantas de estas novelas por la ventana de la televisión... y no ésta de quedarse dos madres sin el hijo huérfano... ¡El que no le cree una sola imagen a esta ventana es Joxe Mari, ¡todo le parece teatro!!... Y así es, digo yo, Joxe Mari "Naparra", a esta ventana no le creo una palabra, y menos un retrato; como tampoco le creo a Inocencia tanta-tanta inocencia con la Auxtiña; y acaso sin razón, porque hay veces que el no creer lleva las cosas demasiado lejos; siempre ha habido en Sorjín de estas verdades que se cuentan como mentiras, y al revés; hay que ser justo; una vez, hace siglos, acusaron a una bruja, Inesa de Gaxen, de haber ido a perder unos barcos en el mar de este puerto. Inesa se defendió diciendo que todo eso no era (y acaso no era) verdad; este mal de pensar torcido porque da gusto es de todos los tiempos; del Cristo pensaron mal, de la Virgen, ¡no digamos!... Pero volviendo a la historia de Inesa de Gaxen: de todos modos (por si un acaso, como hacen ahora) la pusieron presa, y seguramente entonces también la insultaron, la pegaron y le aplicaron las herramientas de hablar; como a mí mismo antes de matarme... Hemos hablado de esto los tres que estamos frente a la ventana porque estas historias de Sorjín las hemos oído de nuestros abuelos, los mismos, los abuelos de Sorjín; ha habido diferencias de criterio entre don Inocencio y yo, y Auxtiña se calla siempre, pero sabemos siempre de qué estamos hablando cuando estamos callados, porque somos familia pequeña. Y el padre Isasti (que aquí no es sino un recuerdo de familia) sería ingenuo y todo pero a pesar de esto hay alguna verdad en su intención de decir que cuando llegó aquel rey de la ciudad a este pueblo en una expedición por mar para asistir al doble matrimonio de un hijo suyo con un bombón llamado Isabel, y de Ana de Austria con Luis XIII, se juntaron cuantas brujas había en el pueblo en ese momento y levantaron de repente una tempestad... Yo, que estoy con los ojos entornados al lado de don Inocencio, quien parece encandilado como siempre con la luz de la ventana que da a ese pobre escenario, y que le tiene el ojo, y más, la cabeza, a lo que está durmiendo y soñando acaso ahora

Auxtiña. Me estoy diciendo que eso, esta tempestad, fue verdad, y que era, se supone, para recibir a los marcados con el lunar según el humor del pueblo con el que no contaban para nada.

"Esto no lo dice la historia", me digo indignado (¡se me escapó la voz!), y don Inocencio ni se entera; acaso cree que es la palabra de alguien que está hablando desde detrás de la ventana; ¡porque a veces hablan así desde el aparato!; y Auxtiña bastante tiene con esa nube en el ojo para viajar por los cielos y resguardarse de los aparecidos que salen a veces en estas películas. Yo sé que estas historias de entonces las cuentan con mucho cuidado los que escribían a sueldo, a la medida; que si hubiesen quedado prendidas en el aire (como si ocurriese eso hoy, igual) las palabras que decía el pueblo mientras cortaba leña en el bosque y se escondía de día en las buhardillas, mientras hacían carbón o bebían en las sidrerías o se decían las cosas en la cocina o cuando hacían sus necesidades en los maizales o meaban contra la pared de la choza en verano o desde la puerta entornada en las noches de invierno, y hubieran quedado grabadas en el aire como cine las películas que veía el pueblo en la noche de entonces en los sueños que no se atrevían (y no se atreven) a decir a nadie, ¡se le sabrían otras cosas a esta historia!

Algunos leen estos papeles antiguos escritos de encargo y lo ven todo ordenadito, muy legal, como un camino que parece que estuvo hecho así de toda la vida; ¡mentira!; si estos algunos hubiesen vivido cuando le estaban construyendo los peones después de romper los antiguos, y algunos mucho mejores, más cortos, más sabios (no todo lo nuevo es mejor) y si hubiesen vivido como fueron en verdad las cosas que les están contando dichas en los papeles les estarían pesando las bolas a los hombres muy de otra manera...

A veces, cuando pensaba Joxe Mari "Naparra" estas cosas con los dos codos sobre los apoyos de la silla de obispo que tenía para sentarse frente al televisor, se las daba un poco de maestro de escuela (aunque no lo ha sido nunca) y se decía, como se estaba diciendo ahora a media voz: "Aprendamos a medir lo que se dijo ayer por lo que se está diciendo hoy, cuando somos testigos". Ya vemos y oímos lo que dicen ahora algunos escritores pagados en los periódicos (algunos porque no pueden más, no los dejan, y otros porque nacieron de rodillas) y los que leen estos papeles como papagayos (no, no llegan sino a zapoyolitos) por la radio y la televisión, y lo que dice el que manda acerca de las gentes que piensan por sí mismas en los pueblos, que es la única manera de pensar, y lo que los alemanes dijeron de los españoles, los españoles dijeron de los alemanes, según el bando, el 36, el 39 y después, lo que dijeron los alemanes (de los dos lados del muro) de los americanos el 40, lo que los americanos dijeron de los rusos el 41, lo que los rusos dijeron de los españoles y lo que los españoles dijeron de los rusos hasta hace poco, lo que los americanos, los rusos, los alemanes, se cuentan hoy, pasadas las tormentas (¡y yo aún sigo escondido!) con las tortas de comer sobre la mesa, celebrando cumpleaños, apagando velas (¡y yo enclaustrado todavía!) según les van los tiempos de navegar las calmas chicas (¡y yo escondido!) los nortes, las corrientes submarinas del Gulf Street, según venga agua caliente por el clima diferente o los dólares con collares de perro (¡y yo sigo encerrado todavía!) y para lo mismo, para gozar del sol, y según las velas blancas o rojas de los barcos, con cruces, las del Peón, las de las Islas, con cruces, dos, que salieron más airosas que las nuestras, que las cargamos, las dos, a cuestas como

pecado desde que nacimos; por soñar con cruces que hablan la lengua de Sorjín, que hablan la palabra de nuestro pueblo, más viejo (y con todos los respetos debidos) que Jesucristo muchas veces (y yo todavía escondido) y por las hoces y martillos que se comieron, ¡que horror!, el oro, y ahora se están comiendo, ¡que delicia!, las naranjas (¡y yo enclaustrado todavía!); por todo esto y mucho más que nos ha tocado vivir, ¡morir!, como en una película (¡y yo escondido, y no de mentira como en el cine, sino de verdad!) de esas sesiones que abarcan cinco dinastías de hombres con un lunar en la paletilla derecha, y por eso sabemos las mentiras de ayer y las de hoy y las de todas las cortes de teatro representado por alguna gente sentada en butaca, otra (otra mucha mayor) en gallinero y de pie; "y muertos; todos muertos"...

¡¡Estoy hablando solo!!... A veces pienso que estoy loco, o muerto; pero sigue siendo verdad que así hablaron de Sorjín los que cobraban, y cobran, por hablar y escribir así; y es muy sabido que algunos, muchos, cronistas pagados han sido paridos aquí con nuestro propio dolor, son de nuestra sangre, entrañas de Sorjín, *comprados*. No eran éstas las gentes del pueblo que tenían que ir mucho a la iglesia (porque convenía para la resignación) y nada a la Universidad (porque no convenía, y para lo mismo), porque a estos palurdos necesarios no les tentaba, no les podía tentar, escribir. Y si lo intentaban (porque siempre hay algún vivo que aprende solo) no les dejaban...

"Para señalar a estos cronistas también funcionaba el dedo"..., dice.

Joxe Mari ve a don Inocencio a su lado y mudo; mira otra vez de reojo a Auxtiña, que sigue dormida, y sigue pensando en voz alta:

"¿Habrán ingenuos que piensan que las brujas de ayer eran mejores?"...

Y sigo pensando para dentro que, como antes, tampoco ahora nos dejan escribir; pero lo triste y la novedad es que tampoco nos dejan hacer las cosas a nuestro aire, que eso de obrar sí ha sido siempre de este pueblo; y obrar, bien, construir, no tumbar puertas. Un hijo de Sorjín que salió listo y entero, y, además (todo viene añadido en la vida) tuvo la debilidad de dejarse ganar por la vanidad que le vendieron en la ciudad (¡también nos han comprado con aire!) ya dijo una vez, y muy buena: "La inteligencia de mi pueblo es práctica, enérgica, con la energía del taciturno, y que no ha dado grandes pensadores, sino grandes obradores, y que obrar es un modo, y el más completo, de pensar, y que este pueblo es un pueblo que puede llevar a cabo grandes hechos, pero no narrarlos..." Y por eso que dice Miguel de este pueblo lo creen algunos tonto, o al menos aldeano simplón, porque no habla o porque habla en su lengua y no le entienden; algunos creen sinceramente que no es como es porque los que han hablado y escrito su historia han dicho y escrito (y callado, una forma de hablar) que es de otro modo.

"Este pueblo, y si se rompe el maleficio, puede también hablar, y hablará" ... me oigo decir yo mismo, Joxe Mari "Naparra", otra vez con la lengua, aunque lo estoy hablando con la intención de que sea sólo para mí cuando están dando por esa ventana el pronóstico del tiempo para mañana, ¡y sin miedo!; ¡qué miedo va a tener un hombre que vive después de muerto!... Sorjín dirá un día su palabra y se la oirán con respeto; que le dejen hablar, y hablará tranquilamente. Nunca se ha vengado. Eso sí, si se interponen las sinrazones terminará reventando, y no dividido como hasta ahora por el engaño, sino juntos todos los hijos nacidos aquí y los venidos; los que eran de viejo, los que se le han

hecho suyos por el cariño y todos los que han venido naciendo fruto de esos amores viajeros, porque, en Sorjín, cabe, si es gente, mucha.

"Y viene Europa, gracias a Dios..." Es don Inocencio que me está mirando ¡me ha oído!, pero no sabe qué... y yo le miro a los ojos y le digo:

"Sorjín sabe muy bien", se lo estoy diciendo con todas las palabras, aunque muy por lo bajo, porque a veces me hace falta que me oiga alguien, y alargo mis piernas, y don Inocencio recoge discretamente las tuyas para hacerme sitio; nos entendemos sin hablar, ¡"que la mentira no es verdad aunque haya (y muchos de su propio pueblo) bobos para creerlo todo, y medio"!...

Me ha salido un final duro, como para darle un pescozón a Inocencio, y se ha despertado Auxtiña, y no sabe, al principio (la estoy viendo) dónde está; le pasa a menudo; se da cuenta la mujer que está la ventana encendida todavía; la estoy observando con el rabillo del ojo, y va a bostezar, y bosteza; yo también; a veces nos comunicamos así, nos sabemos el uno en el otro sin decirnos las palabras...

¡Don Inocencio está apagando la ventana!... Joxe Mari no se había dado cuenta del mutis que había hecho el lorito que estaba hablando. Cada uno de los tres desea una buena noche al otro y se van lentamente a sus camas.

Ha terminado en la casa deshabitada de don Inocencio, antiguo cura de Sorjín, un día sin sol de los que ya están lejos y sin embargo tan cerca de la presencia de estar donde estuvieron.

Bost

20

No se cómo me irá a recibir Igone.

No será sorpresa que se me niegue... ¡Dicen que hablé yo, y yo no sabía nada!... Tanta gente esperando y tengo la suerte de que no conozco a nadie; con alguien de Sorjín aquí ahora ¡me tendría que ir!...

"Pueden ir entrando: tienen una hora"...

...Le he traído unos pasteles; acaso le hará falta otras cosas... No está entre los que están esperando al otro lado de esa reja grande como un muro de hierro que están corriendo sobre ruedas que chirrían...; en este patio no hay más que dos, tres, mujeres... Huele esto a sudor y a orina... Da pena ver cómo besa silenciosamente una madre a su hijo, cómo grita un hermano a una hermana (parecen) desde lejos, y con qué sonrisa sin lágrimas se han dado ese abrazo estos dos amigos, parecen, serán, porque se ríen así, y acaso de haber hecho algo juntos y uno está fuera... Igone no está aquí...

– Quiero ver a Igone Yarza, que está en la celda C-1 –digo al guardia.

– Es política –me dice.

– Sí...

– ¿Su permiso?... Pero es que para ver a ella hoy le hace falta a usted uno especial; ella sólo puede recibir los jueves.

– Es que vengo desde muy lejos; por favor... –le digo.

– ¿Es familiar suyo? –me pregunta, y yo le digo que sí, porque los vecinos, y sobre todo en Sorjín, que es tan pequeño, somos todos parientes, y añadido, para que la verdad que le he dicho además lo parezca.

– Somos primos, y vengo desde Sorjín...

– Espere un momento –me dice.

Se ha ido el guardia; me gustaría ver a Igone, ayudarla; veo al uniforme caminando de un lado al otro del patio, metiéndose y saliendo por pasadizos que no sé a dónde dan; estará consiguiéndome el favor; a veces un guardia de estos es un hombre; debe haber muchos así aunque los tape la ropa; me figuro... ¡Ahí viene!..., y ella, cuando me ha visto, se me ha sonreído, ¡contenta!, y la abrazo, y doy gracias al guardia, y no le suelto a ella la mano, ¡pobre Igone, está flaca, pálida, casi azul de blanca, con los ojos muy tristes y muy metidos, una mano de hueso!...; me sorprende verla así, como mujer vieja, a la que hasta hace poco era una niña...

– *Exeriko gaitun* (vamos a sentarnos) –le digo, y ahora que ya no está el guardia, en sorjín.

Y al mirarla de nuevo en la cara he visto que ya no es la misma de cuando venía ella con el guardia y me sonreía desde lejos!, ¡yo estrecho su mano fría que está en la mía todavía!; esta mano está muerta (se sienten a veces manos así)... y la llevo a una esquina del patio donde podemos sentarnos sobre un banco de piedra que sale del muro; la hago

sentarse primero, y le paso la bandejita de pasteles que ella recibe con sus dos manos afiladas y blancas, ¡azules!, y la coloca sobre sus rodillas; la veo mirándome con tristeza cuando dice:

– Gracias, Euxebio...

Me siento junto a Igone, y observamos, los dos (ella también, creo yo) y callados el trenzado y destrenzado del hilo que llevan en sus pies, en sus manos, las gentes ruidosas que se mueven en este sol de media tarde y con un calor sofocante, bochornoso, sabiendo que sólo tienen una hora cortísima para hablar de su familia a un hermano, a un hijo, a un primo, a un amigo, y algunos tienen varios.

Yo le pregunto (y por decir algo) por las mujeres.

– Una, la del pelo largo que está riéndose con el joven, es de Sorjín, del lugar San Juan; don Pello la conoce y le suele hablar –dice Igone sin ganas– las otras dos son de la ciudad; son presas comunes...

– ¿Qué han hecho?...

– La de Sorjín está complicada en un aborto; dice que es comadrona; eso me dijo don Pello.

– ¿Por qué te tienen con esta gente? –le digo, y veo que Igone no me mira sino que está con su paquetito de los pasteles sobre sus rodillas– ¿no hay un patio para los presos políticos? –le pregunto.

– Aquí dicen que somos ladrones –me mira Igone con cierta dureza.

– Pero no es verdad –le digo– la Resistencia política necesita dinero, y ese dinero que está en los bancos es del pueblo que paga y no cobra... –y ella me lo agradece con la mirada, me parece.

Igone está callada...

– Aquí hay más gente de Sorjín como tú –le digo como preguntando.

– Sí –me dice.

– ¿Quiénes?...

– Conoces a algunos: Amiano, Juan Joxe Altuna, Xebasten Arrieta, Balerdi, el más joven; pero los hay de otros barrios que tú no conoces; estamos en esta cárcel veintidós...

– He querido verte –le digo– aunque sabía que estaba arriesgándome a que me dices la espalda y no me conocieses...

– Casi lo he hecho... –me dice sin mirarme.

Yo me callo, no sé que decir.

– ...No he querido dar al guardia de la ciudad este gusto de rechazar yo la visita de uno que viene de Sorjín...

– Ya te comprendo...

– No sé, Euxebio... –y pienso yo, Igone, en verdad, que no sé si este chico es capaz de mentirme a la cara; yo nunca lo creí capaz de la maldad de un chivato; era loco, atrevido con las chicas..., gastador, fanfarrón...; ¡ha adelgazado mucho!...; le he dicho lo que tenía que decirle, pero también me he alegrado mucho al verlo, ¡me siento tan lejos de Sorjín cuando estoy sola!...

– Tú me conoces muy bien, Igone; ¿cómo puedes creer que yo sea traidor a Txomin, a tí?... –me dice.

Pero yo no sé; una ha visto tantas cosas desde que entró en esta cárcel, ha visto tantas caras que sonrían cuando están diciendo una mentira y le quieren hacer daño, que ya es muy difícil confiar en nadie... Este Euxebio puede ser una mentira de esas; me da lástima, pero una ya no puede dejarse ablandar...

– Yo sé –le digo– comprendo lo que es estar en libertad y preso en tu conciencia, desterrado de Sorjín por tu propio pueblo, Euxebio, y sin la esperanza, el regalo, de regresar a tu gente como a la familia; a mí me queda, en esta tristeza de la cárcel, la ilusión de volver algún día al pueblo, y este sacrificio es a veces hasta dulce cuando una sabe que está luchando por la verdad, por la libertad, que es el futuro, y una vuelve a su madre, a sus hermanos, a su pueblo; en cambio tú no... porque vives una hipoteca, estás vendido; ¡no sé!..., no me digas nada; ojalá que lo que quieres decirme sea verdad; pero yo, que estoy presa en una cárcel de hierro y piedra, prefiero estar donde estoy que en la pensión donde estás tú...

– ¿Quién te ha dicho que estoy en una pensión?

– Vienen a verme muchos jueves; unas veces los amigos, otras don Pello con alguien o solo; otras veces hasta gentes que ni conozco, y vienen a alentarme, hablamos de lo que tenemos en común: el pueblo; este contacto es el tubo por donde respiro, por donde siento que el pueblo de Sorjín está conmigo en esta cárcel, aunque me tengan sola en una celda; y estas visitas me hablan de mi gente y también de... Lo siento mucho, Euxebio, pero ya todos desconfían de ti. Yo, es algo diferente; fuimos como hermanos; a veces, de muy niña, hasta estuve enamorada de ti... –le digo, y él ni me mira, como si ya lo supiese, ¡presumido!; pero tengo que decirle la verdad completa, y se la digo: –pero te voy a pedir que no vengas a verme más...

Euxebio sin verme...

Lo veo tan angustiado que me duelen mis propias palabras; está arrepentido de lo que ha hecho, seguramente...; ¡pero no se me va la idea de que también puede estar trabajando en lo mismo, haciendo su papel todavía!... No me habla, ¡ni me mira!; me duele ver humillado así a un hombre, pero esto no es un juego, sino una lucha a muerte, y a este enemigo le debo yo la franqueza en este instante:

– ¿Quieres que te diga la verdad?

– Sí... –pero no me mira todavía.

– No sé si no has venido a preguntarme cosas, las de Txomin, las de cualquiera...

– ¡¡NO!!...

Me da mucha pena verlo llorar, y que no pueda, porque mira a la gente y me mira a mí y se avergüenza de secarse sus ojos con el pañuelo, y yo, que debiera ser la dura que necesita ser alguien que está en una cárcel, y que lo he sido, dura, cuando me ha hecho falta defender a mi gente, no puedo ahora, frente a Euxebio, más que llorar como él, con él, de la terrible desgracia de esta desconfianza, este recelo, entre hermanos...; no nos estamos diciendo nada; miramos a la gente que se mueve, y él la verá como yo, como reflejada en un estanque y nos secamos las lágrimas con la preocupación inútil de que no nos vean; a Euxebio le salta el pecho como un fuelle; no puedo ver a un hombre así... le he puesto una mano sobre su rodilla y él me la ha cogido con su mano y me la tiene apretada, haciéndome daño...

– Euxebio no te pongas así, por favor...

Le estoy viendo hacer el esfuerzo, y poco a poco se va calmando; son minutos de este silencio que ya no sé cómo explicar; ¡han pasado por mi cabeza tantas cosas de cuando bajábamos del caserío a la escuela del pueblo juntos, él mayor que nosotras, las tres hermanas, y luego, al regresar, jugábamos subiéndonos al nogal, dejándonos llevar juntos en el carro de bueyes (*aida!, aida!...*) decía Xilberio, su *aitatxo* cuando iba a cargarlo de heno en los campos vecinos y llegábamos escondidos los cuatro, cubiertos con la hierba olorosa a pan tierno, a flor, a tantas cosas dulces que no se terminarán de ir nunca de mí; jugábamos escondiéndonos entre las *metak*, haciendo a veces nidos donde ponían los huevos las gallinas; su *aita* hasta le dejaba trabajar, aunque era muy joven; acaso por lo grande que ha sido Euxebio siempre, pero también porque a él, a Xilberio, le gustaba, y le gusta aún, más ir a la feria o a beber a la sidrería que trabajar; ¡así perdió el caserío!; y Euxebio le tomó gusto muy pronto a la calle, a ser *kaletarra* en Sorjín; a trabajar, no en la tierra, sino en algo más blando y que ensucia menos: una fábrica; yo lo veía llegar a veces en el autobús con corbata, volvió a estar enamorada de él como cuando niña; duró meses; yo tenía 16 y él 18, y nunca se lo dije; hasta que se me pasó. Luego vino Txomin. Pero Euxebio fue siempre bueno conmigo y con los demás, daba cualquier cosa, lo que tenía, también fue siempre muy loco, y le gustaba, le gusta, figurar; lo fui viendo poco a poco y a darme cuenta que eso cuesta dinero, y ha podido caer en la red de que está rodeado este pueblo nuestro, y seguramente sin querer; ¡pero el caer, aunque sea sin querer, también es pecado, sobre todo si arrastra a otros!; ¡entonces ya el ángel caído es un demonio!...; yo no digo, no puedo decir, otra cosa, y se lo he repetido a don Pello y a los demás aquí y a los que vienen de fuera a visitarnos, y yo se lo tengo que decir ahora:

– Euxebio, si has hecho algo que está... mal, dilo, dímelo a mí; todavía es tiempo; aún puedes regresar, hacer cosas por Sorjín...

– Yo no he hecho nada contra el pueblo, y nada contra nadie, y tú debes creerme... – ya no llora, y me mira a los ojos.

– Digamos –le digo– que yo te creo; pongamos eso; ¿y los demás, el pueblo?...

– Sí, lo sé.

– ¿No crees que es mejor confesar lo que has hecho, lo que sea, y de una sola vez, y volver a comenzar?... –le digo, porque creo que es el momento de hacerle hablar.

– Igone –me dice mirándome fijamente–, tu no volverás a creer más en mí, ¿verdad?...

No sé cómo enfrentarme ahora a esos ojos grises y a la vez verdosos, grandes, aunque sin la luz de otros tiempos, que me miran y me miran con (lo estoy viendo) esta transparencia infantil, como de estar recién lavados, que he visto en Euxebio siempre, y yo, en cambio, me siento ahora y por mis malicias sin remedio, mezquina, sucia por dentro, incapaz de creer una verdad que no está en la lista, el código de creer que va marcando como con hierro la vida a cada uno de nosotros, los perseguidos; es una sensación terrible... y le digo, no lo que debo, acaso, sino lo que siento:

– ... No sé...

Euxebio se ha ido levantando lentamente; yo me he apresurado a coger su mano, retenerla a pesar de su esquividad, y sentarlo otra vez a mi lado; le digo que sí, que creo en él...; ha sido difícil, pero es que no puedo decirle otra cosa en estos momentos, aunque

luego, y como me ha ocurrido otras veces, me arrepiento de esta debilidad. Una debe ser dura, ya lo sé, y no lo es... Euxebio está sentado, derrumbado; le estoy viendo arrugas que no tenía hacía un rato, ¡como estarlo viendo muerto y metido en una caja!... ¡este chico se puede hacer... cualquier cosa!... y tengo un impulso, y se lo digo:

– Yo sí te creo a veces... –pero Euxebio debe oírle la indulgencia a mi voz y le duele acaso la compasión, le revienta la clemencia... –De verdad: todo esto puede ser un error... – Pero Euxebio no me mira todavía, y parece que ni me oye, está tan lejos... ¡puede que hasta muerto ya en una resolución de irse este hombre desesperado para siempre!..., y siento un impulso loco, ya lo sé... pero puede salvarlo, ¡y también hundirme yo!... ya lo sé, pero de todos modos le digo: –voy a probártelo... –y me he dado cuenta inmediatamente después de haberlo dicho que estoy haciendo una locura... y ya no puedo regresar, ¡aunque después me puedo arrepentir! – te voy a hacer una confidencia...

– ¡¡No!!

Euxebio me mira con horror.

– ¿Por qué no? –me sale; y no comprendo en este instante su reacción.

– No quiero que me digas nada; no he venido a buscar lo que crees; ni compasión... –me mira angustiado, y me dice: –no me digas nada, no lo quiero; quisiera ayudarte, traerte lo que te haga falta, acompañarte un poco y sentirme con alguien cerca, eso es todo... – Casi no se han oído las últimas palabras de este Euxebio que se ha terminado de desinflar delante mío a la manera de una cámara que está perdiendo aire y alguien le ha metido de pronto una navaja.

– Yo también –le digo–, óyeme, ¿me estás oyendo?... –y le alcanzo la mano y le miro a los ojos, y cuando después de mis esfuerzos por hacerle comprender mi sinceridad él me mira, le digo: –Yo también necesito hablar con alguien, y me es más fácil con uno como tú que está también caído... de verdad que confío en ti ahora... estoy en cinta...; Euxebio no parece sorprendido, y es que no le entiende todo el sentido a la palabra todavía, o no me cree, hasta que (y cuando pone una cara de este susto) sí comprende que es verdad que tengo dentro un hijo de Txomin, que ni siquiera es mi marido todavía y anda huido de éste y el otro lado del río y yo estoy en la cárcel... –¿Comprendes? –le digo.

– ¡¿Cómo?!...

Yo sabía que lo iba a sorprender, y me río un poco de él, de su reacción que ha sido de lo más elemental, de alguien que no tiene malicias guardadas; ahora, y con esto que ha sido tan poco, ¡estoy segura!... –Sí, no pongas esa cara; ya ves que también hablarán mal de mí ahora; así, ya estamos, y por motivos diferentes, en las mismas lenguas del pueblo.

– ¿No me lo has dicho para que lo riegue yo? –y veo un recelo nuevo, recién cuajado, en su mirada.

– No, no quiero que se sepa; esto lo sabes tú solo ahora; claro que no lo puedo esconder por mucho tiempo más y quiero que hables con don Pello...

– ¿Don Pello?... ¡Dijiste que viene a verte a menudo!

– Sí, viene; y él me trae las cartas de Txomin; así ves que no te estoy escondiendo nada; y trae a mi madre; alguna vez a mis hermanas; otras me viene con amigos; una vez

se vino con Jone Mentxaka... – Lo he visto reaccionar, ¡pobre Euxebio!... –pero eso, porque no viene nunca solo... y también porque me da vergüenza, no he podido hablar con él de esto

– ¿Y Txomin?...

– Txomin tampoco sabe... –y veo que Euxebio sí se da cuenta ahora de la confianza que ha merecido de mí, porque me mira, ¡a la cintura!, maliciosamente, y me estrecha la mano que aún está en la suya, y me dice:

– *Au dana egial ahal den?* (¿todo esto es verdad?).

– *Oso-osoa* (enteramente) –le digo, y me complazco viendo la paz, el sosiego, que he conseguido dar a este hombre con una simple confianza que yo también necesitaba hacer, porque, además de los inconvenientes de no estar solo cuando vienen, no me atrevo a hablar de esto a don Pello; ha sido tonto, pero he tenido este miedo de decírselo al hombre en quien más confío ¡con el que me he confesado muchas veces!...; y, sin embargo (¡no sé si estoy ya arrepentida!) se lo acabo de contar a Euxebio, el hombre aborrecido por todo el pueblo, ¡el chivato!, ¡¡el delator de Txomin y de mí misma!!

– ¿Qué quieres que diga a don Pello?... –me pregunta.

– Quiero que hables con él cuando puedas; ¡no vayas al pueblo por esto!

– ¿De qué otro modo se lo puedo decir?...

– Es verdad, y sólo ahora me doy cuenta que te he puesto en un aprieto, ¡no quiero que vayas al pueblo por mí!... –le digo, y sé que he procedido como una tonta...

– Iré al pueblo y no me verán.

– No quiero que te expongas a nada por mí –le digo, y en verdad ya me angustia pensar que va a tener Euxebio que arriesgarse a tropezar con alguien y tener un contratiempo por ayudarme...–, no lo hagas; yo me arreglo; se lo diré el jueves.

– ¿Delante de tu madre?

– Puedo buscar una ocasión...

– En una hora que va a estar contigo tu madre no se apartará de tu lado, y cualquier malicia que te note con don Pello le va a doler; son, además, cosas que no se pueden decir en un momento. Tú tienes ahora necesidad de atenciones, habrá que pedir que te permitan tener un régimen especial de comidas, necesitas de otros cuidados, no sé... ¿no te parece?...

Es el Euxebio de siempre, y yo creo que este hombre no es lo que dicen; ¡qué suerte que haya podido verlo en este viejo fondo que me está enseñando!... Yo estoy pensando en qué se imaginaría Txomin si supiese que estoy hablando estas cosas con Euxebio ahora cuando ni él sabe que tengo un hijo de su carne en mi vientre (preso también el hijo como su madre) y él huido por culpa de Euxebio, dicen, y quién sabe cómo andará Txomin de casa, de comida, pasando por cuántas calamidades... Seguro que no me las cuenta todas en sus cartas...

– Por ahora no necesito nada, Euxebio; estoy de cuatro meses, y apenas se me nota, nadie lo ha notado, ni tú tampoco, ¿verdad? –y veo que es verdad que me mira como si fuese la primera vez en esta tarde, en esta hora que ya se está terminando, porque ya hay parejas que han comenzado a despedirse, madres que están besando a sus hijos, hermanos abrazándose..., y, efectivamente, ahí está el guardia que vino a buscarme pasando la voz de que se ha terminado la visita, y me mira, nos mira, y nos dice

amablemente con los ojos que ya está, que ya ha llegado la hora de separarnos los dos primos que han estado agarrados de la mano y llorando (¡nos habrá visto eso cuando nosotros no teníamos ojos para mirarnos el uno al otro desde afuera y vernos!), y quién sabe lo que habrá pensado esa cabeza de policía de mí y de Euxebio... a menos (y es una duda tonta que se me despierta, y cabe), a menos que sepa este guardia que Euxebio viene a hablarme, a ganarse mi confianza... ¡Una nunca puede enterrar una sospecha que está viva!; ¡a veces hasta muerta y todo no se puede!; y me da lástima Euxebio mientras me conduce de la mano hacia la puerta que yo no puedo cruzar, ya más tranquilo él y yo queriendo sonreír, porque quiero hacerlo, quiero que se lleve esta pequeña alegría que le ha podido dar una mujer que está presa a alguien como él, que está libre de la cárcel de barrotes, de entrar y salir de la ciudad, y de llegar hasta Sorjín, si se atreve, y, sin embargo, tan atado a su propia soledad fuera del pueblo, ¡acosado como un animal dañino!... ¡y con el temor incontrolable para mí ahora de que lo pueda ser, que pueda morder con la rabia de un lobo este cordero!...

– Yo me encargo de don Pello –me dice, y ya vamos avanzando lentamente entre la gente cuando se detiene Euxebio, me dice con el gesto que ya va a decirme algo, acaso una tontería, pero lo veo retroceder dentro, dentro de su cabeza, y dice:

– Otro día te cuento algo... –y como ve que yo estoy abierta a cualquier luz que me dé, intrigada, añade: –no tiene importancia, no es nada de eso que puedes suponer, y vendré a verte...

– No vengas el jueves –le digo–, porque viene don Pello con mi madre –y pienso que es otra tontería que le haya repetido esta advertencia...

– El sábado... –quiere que lo apruebe, me está mirando para eso.

– No dejan a los políticos –le digo–; hoy has tenido suerte... inténtalo si puedes... y quiero de verdad que venga y me diga que cara ha puesto don Pello y para que me cuente lo que estuvo a punto de decirme...; y ahora que regreso a mi celda me digo que por qué le han dejado verme un sábado, y se enterarán los demás ¡y acaso entra también el sábado que viene!...; y yo, en ese calor de tener cerca a quien hablar de esta culpa, no sé si he hecho bien o mal en adelantar, ¡y a él!, este secreto de que voy a tener un hijo de soltera en la cárcel... ¡Acaso es como haber hablado de lo mío por un micrófono!... No podré dormirme esta noche; me conozco muy bien.

21

Cuando don Pello abre la compuerta y sale del confesionario es ya de noche. Le han encendido a la iglesia las luces laterales y están alumbrando también las dos velas del altar mayor que arden con la intención de recordar al hombre que El está presente, vivo, en su conciencia. El templo está lleno de tres niños rezando su penitencia. Ha sido una tarde larga, de oír, de escuchar, las culpas, muchas muy inocentes, pero todas necesitadas del Verbo, de la simple palabra que viene de Dios, para el perdón, y cosa fácil de hacer para don Pello (se lo dice a menudo) porque tiene con qué: el Sacrificio voluntario de Dios mismo a manos del hombre y a su intención, destinada la Gracia al mismo parricida, fratricida, desguarnecido que es su propio hijo; aquí, en esta capacidad

misteriosa de la regeneración por el Amor, está, no sólo la salvación del hombre, sino su libertad; uno hace cosas que no debe, contra Dios, contra un amigo, contra un enemigo, contra desconocidos a veces, y no está condenado por eso a la muerte que es esta deuda para siempre, sino que le queda, y siempre, ¡sobre todo a la hora de morir!, la capacidad de borrarla mediante un simple, y a la vez dificultoso, ¡pero siempre posible!, acto de humildad... Está dejando el sacerdote ese silencio de sus pasos que se transparenta en un mover presagioso de simples sillas, esos ecos de silencio impresionantes de las iglesias del pueblo que tienen los cielos altos, cuando empuja la puerta de la Sacristía y tropieza con la voz de don Rosendo que le dice:

– ¿Qué hay?...–... –y continúa caminando sin casi mirar al cura que sabe que todavía está aquí porque no le ha podido salir en los ruidos de gozne antiguo de la puerta... Rosendo está dentro de la sacristía y quieto; don Pello va derecho a un cajón, mira por el espejo grande al abrirlo y ve al cura como esperándolo cerca de la puerta de madera con herrajes grandes, y añade don Pello mientras busca algo en la cajonera...: –se ha hecho muy largo eso, ¿cuántos son?...

Y don Rosendo, quien se le viene acercando en algo más que con sus pies, aunque acaso por nada especial, porque no está haciendo nada sino respondiendo a don Pello, le dice:

– Sesenta y dos; dicen que es el grupo más grande que ha habido en la Parroquia.

Y don Pello dice a un don Rosendo que está ya a su lado:

– Sí, creo.

Ahora el cura de la ciudad le está diciendo que quiere hablarle...

– Dime –le interrumpe don Pello sin dureza, pero con sequedad... y se le está excusando Rosendo de la brusquedad del otro día. Don Pello la acepta, la excusa, con un gesto de la cabeza y ya preguntándose si será éste todo el hilo de este ovillo que está escondiendo la voz sumisa, inverosímil, del cura; no, porque a pesar de haber dado don Pello por terminado el incidente del otro día con esta paz de su gesto, el sacerdote sigue cerca de él; ya no sabe don Pello qué más hacer para eludir la responsabilidad de añadir postdatas a este cura que está dando el escándalo de contrabandos a través de la frontera (¡influencias!) y asuntos con mujeres (cosas serias contadas por muchachas de Sorjín que son de este lado del río y trabajan del otro como sirvientas, y una de ellas lo viene viendo cambiarse de ropas en una bodega de vinos desde antes de dejar los curas de andar vestidos con la sotana, cuando ya se iba de juerga con dos sujetos muy conocidos en el negocio del contrabando); son denuncias claras con nombres y apellidos que hace tiempo han comenzado a enturbiar las aguas de este lado del pueblo partido en dos que es Sorjín, porque las mujeres hablan, y los hombres también, y más, groseramente, y ya se están diciendo cosas que algunas, seguramente, hasta no son verdad, pero otras son con pruebas, y en las clases del Colegio donde da Religión don Rosendo pasan los alumnos papeles, algunos muy soeces, y llegan hasta las manos de las chicas; una de estas alumnas se lo entregó a su *aitatxo*, y se ha formado una comisión que ha venido a decir, a reclamar al rector, a don Pello, esta desvergüenza de un cura que ya anda, con la licencia que le dan los tiempos, vestido de play-boy; el sacerdote, que sabe todo esto, ¡y más!, se había visto obligado a hablar con él, y luego, en vista de las cosquillas en las bolas que le hacían las palabras de don Pello a don Rosendo, a hacer la denuncia oficial

al Obispado; con toda discreción, pero también con todo el rigor que exigía la situación...

– Quería hablar contigo –le dice don Rosendo...– perdona la brusquedad del otro día, pero tienes que comprender que me hirió que fueses al señor Obispo por sólo unos chismes... –don Pello voltea y lo mira, y don Rosendo le sostiene la mirada; el rector, y con las dos manos inservibles en el cajón grande de las casullas, piensa que el que es capaz de esta desvergüenza es un cínico; y no habla; le está diciendo, mientras don Pello vuelve a poner en orden los vestidos sagrados que ya están bien como están: "me gustaría saber quién te ha contado esos cuentos"; "¿cuentos?!..."; "sí, mentiras, chismes que pasa la gente de boca en boca, crecidos, cada vez más grandes, y no sólo acerca de mí, sino de todos nosotros, y uno no le sabe a estas mentiras nunca el cabo"...; don Pello ya sabe que es un contra-ataque, y piensa, y sin querer, en el Comisario, y le dice: "espero que serán chismes contra mí"; "sí, ya ves, no les doy importancia"...; "dime qué dicen de mí", don Pello, con una mano en la cajonada y la otra en el bolsillo, vuelve a mirarlo, esperando que le diga lo de los papeles que están saliendo de Acción Católica, de las colectas de dinero en favor de los chicos huidos al otro lado del río, lo que sea; "se habla", dice don Rosendo, "se habla de cosas, muchas, y yo no las creo"...; "¿cuáles?", se impacienta don Pello; "por ejemplo, la frecuencia con que te visita Jone Mentxaka"...; don Pello no lo esperaba, y ésta, la de no esperar que le puedan pegar por donde no es, es una debilidad suya, y no dice otra cosa que: "¿con Jone Mentxaka!"...; "te extraña, ¿no?, pues así me sorprenden a mí también, y se me puede cambiar el color de la cara, como a ti ahora, y a pesar de todo eso puede ser (yo estoy seguro que es) mentira, ¿no?, así son las cosas"...; don Pello no sabe qué decir ni tiene cómo, ¿no acierta!, responder a este hombre, Rosendo Díaz Miralejos, a este cura, y es, este el torpor, por estarle viendo al hombrecito esta sonrisa que no puede borrarle en sus labios de un puñetazo, y vuelven sus dos manos al cajón para no acertar a hacer nada con ellas, ni a decir con sus labios nada tampoco, y don Rosendo, ya en su terreno, continúa: "por eso te digo: olvídate de las cosas que se dicen, que se hablan; hablar, se pueden hablar todas las majaderías que se le ocurren a la gente... no creo que eso baste para denunciarme en el Obispado, y te quiero advertir", el tono de Rosendo es triunfal, "soy amigo personal del Obispo; no soy de Sorjín, pero no me hace falta, llegué recomendado de muy arriba, de más allá que este pueblo, y tengo amigos en muchas partes; Eulogio es amigo mío desde que éramos niños y tú tienes muchas cosas de qué cuidarte, ya lo sabes; no te servirá de nada moverte si no tienes por dónde salir; además que no hay por qué dar a un rumor, a un cuento, categorías que no tiene, y ya ves que te lo digo sin rencor"...; "¡basta!", le interrumpe don Pello cuadrándosele delante: "no vamos a poner lo que se dice de ti al mismo nivel del chisme que corre con una malicia que tiene dueño: un hombre borracho... y no quiero seguir hablando de esto; sí te digo que reflexiones sobre lo que estás haciendo, que no voy a cruzarme de brazos (ni aunque lo haga el señor Obispo) ante este escándalo que compromete a la Iglesia en este pueblo..."; "¿ves?, te enfureces, hasta desacatos al señor Obispo, y no podemos hablar con tranquilidad"...; le dice don Rosendo, y no se mueve, sigue hablando a don Pello, quien ha terminado de cerrar, por fin, el cajón grande, y se ha cruzado de brazos y no sabe cuándo ni cómo moverse, de la ira, la indignación; y el cura pasea la sacristía a sus anchas mientras le dice: "ya viste que ayer, al acto del

Colegio, vino el representante del señor Obispo, con quien tú hablaste, precisamente (¡y es verdad!) y habló en esa condición para clausurar el acto conmigo, y ese fue un acto de rehabilitación, de respaldo, ante el alumnado y la dirección de la Escuela y ante tí; debes aprender a interpretar los signos; ¿dime si no es verdad lo que te estoy diciendo?"...; don Pello sigue callado, angustiado de pensar que todo eso es cierto, que el señor Obispo le ha otorgado y delante de todas las chicas y los chicos que están enterados, ¡y escandalizados!, de la conducta del sacerdote, el respaldo oficial de la jerarquía, de la Iglesia, y a él, a don Pello, lo ha dejado en ridículo, y, además, le ha mandado decir, ordenar, que envíe las copias de las homilias que de aquí en adelante tendrá que leer cada domingo en la misa; ésta es (y lo está pensando mientras don Rosendo sigue recorriendo en una y otra dirección la sacristía; menudo, vestido con un jersey de cuello alto, el pelaje con las formas y los aires de cualquier jovencito, sin preocupaciones, parece); la victoria del impudor, ¡el descoco!, y don Pello se ve, se siente, perdido en la oscuridad de estas conjeturas de que una verdad valga lo mismo que una mentira... ¡¡y él anda entonces en bocas del pueblo con el mismo color verde con que están viendo a Rosendo!!; se siente, y está, desarmado delante de un enemigo poderoso, un hombrecito con gafas de miope al que le resbalan las palabras, quien siendo cura y todo puede decir una mentira gorda sin que se le arrugue la cara, y no se siente, ¡no se siente!, más sucio que él, don Pello, que no ha hecho nada; así es (lo sabe) ante Eulogio y ante su Obispo; ahora resulta que también anda él, cuando se creía vestido, ¡arropado!, por el sacramento del sacerdocio y el respeto del pueblo, de la misma manera que aquel rey vanidoso, aquel emperador que engañaron en un cuento de Andersen: le estaba viendo su pueblo todas las vergüenzas a través del traje, porque creyéndose vestido, estaba desnudo; no sabe qué más hacer delante de este hombre que está diciéndole el chisme que corre en el pueblo contra don Pello con la elegancia de que él no denuncia a un compañero en el sacerdocio; ¡éste es el aire desenvuelto con el que camina de un lado para otro, esperando, sin duda, que don Pello hable, tenga que hablar; y don Pello no habla; la sacristía está sola y alumbrada, reluciente con las maderas valiosas de caoba negra, en el espejo gigantesco inclinado en la pared para verse los oficiantes las ropas puestas con toda corrección (hasta esto es importante en el camino de Dios) antes de salir a la vista del pueblo sobre el altar para recordar, y vivir, el Sacrificio de un Hombre desnudo, y los pasos de don Rosendo le suenan a don Pello secos, repetidos, ágiles, de casco, en un vacío oloroso a cera e incienso; don Pello se mueve y comienza a apagar las luces desde un tablero: primero unas que no se han apagado aquí (será en la iglesia) y luego las tres que están prendidas en la sacristía; don Rosendo se le adelanta, aunque no mucho, camino de la puerta; salen juntos, sin hablar. "Bueno", le dice don Rosendo, "dime algo, hombre; no tienes motivos de preocupación; no ha pasado nada, ¿no?"...; y don Pello no sabe qué respuesta dar a esta pregunta insidiosa de un hermano en Cristo y en el sacerdocio, pero sabiendo que tiene que decir algo... "quiero decirte otra cosa también", continúa don Rosendo, y ya están caminando por el atrio: "mañana salgo para Madrid; tengo que dar unas charlas, y ya tengo el permiso del Obispado"..."buena suerte", le dice don Pello, y ya más que intrigado del por qué de todas estas explicaciones en un solo rato, y sin moverse aún de frente la casa "Aranburu" en que vive don Romancio, pero ya despertándose a una nueva fuente de sospechas y temores por

las posibles maniobras de un hombre como éste atacando desde las fuentes de la Iglesia en la ciudad, desde donde vienen ahora a Sorjín los dedos, las señales, las noticias, las informaciones, el dinero, los permisos de viajar, los cupos de material, los teléfonos, hasta los permisos de conducir un coche; pero no comienza a hacer las preguntas que le escuecen, sino que le dice don Pello: "bueno, tu verás lo que haces y cómo lo haces; buena suerte"... y ha dejado a don Rosendo sacándose un cigarro de su paquete.

Don Pello camina en dirección a las estrechas calles oscuras del lugar de pescadores, confundido, ¡culpable!, de cosas que ya no está seguro de no haber pensado, de no haberse guardado, prevenido, de las apariencias peligrosas de algunas inocencias, pequeñeces de pensar pecados que acaso, sin embargo, se reflejan también en la conciencia suprema de Dios y hay que pagar con penitencias de humildad en este mundo...

22

En el instante de entrar don Pello en su casa está Joxe Mari "Naparra" sentado frente al aparato de televisión como otras veces; viendo lo que le está pasando por la cabeza; a pesar de esto, y por lo despierto, desvelado, insomne, que le tiene lo que no puede ver en esta ventana mágica, es él quien oye los golpes de aldaba, dos, que acaban de dar abajo, en la puerta; Joxe Mari hace la advertencia y corre apresuradamente como hacia el desván, y Auxtiña arranca en lo que le dan sus hinchadas piernas con varices para el portal; don Inocencio bajó un poco el volumen de ruido que entra por la ventana del televisor, y continúa viendo, más que oyendo, las noticias y pensando que será un viático, alguien que lo necesita; ya dirá Auxtiña que...

Sube Auxtiña ¡con don Agustín!, ¡el médico!...

Se levanta don Inocencio con prisa de viejo (que nunca llega a un sobresalto) para bajar del todo la voz de la televisión y preguntar:

– Zer da, *Auxtin*? (¿qué pasa, Agustín?).

– Pedro *il da* (ha muerto Pedro, –le dice el médico.

Auxtiña comienza a llorar.

– ¿Cómo ha sido? –pregunta don Inocencio–, siéntate...

– Ha sido una embolia; no, no lo esperaba...

– ¿Cuándo?...

– Hace media hora...

– *Entzun* diat... (ya te lo he oído) –dice Joxe Mari "Naparra" entrando, y se levanta don Agustín y lo abraza; el anciano no llora sino que deja que lo abracen y deja también que el médico lo siente en la silla de los tapizados de terciopelo azul ya muy gastado, y se vuelve para mirar a Auxtiña, que está llorando silenciosamente en su rincón, y luego a Joxe Mari sólo le falta mirar a don Inocencio y decirle que no se preocupe, pero ya el sacerdote está a su lado y con su mano afilada en su hombro diciéndole sin palabras cuánto siente la muerte de su hijo...

Al rato, los golpes lentos y profundos (de esquila grande) de la parroquia San Martín comienzan a tocar a muerto.

23

Sixto va subiendo al pueblo y pensando que qué habrá venido a hacer Euxebio Garaigordóbil a Sorjín después de tanto tiempo, y para salir tan deprisa y con don Pello a esta hora y por "Txistoki", el camino de salir del pueblo menos alumbrado.

¡Pero hay luna llena!...

Coge por el atajo, "ventajas de no tener coche, ni moto, ¡ni bicicleta!, y sube por el sendero que le ha ido naciendo a la tapia de piedra del cementerio, para acompañarle en lo sola que esta la pared, y hecho, el sendero, por gente que pasa, tiene que pasar: los burros con la leche, don Inocencio para ir a la iglesia todos los días por el atajo de un solo pulmón, y que él, yo, Sixto, sé que este cementerio no me dice nada, nunca me ha dado un miedo; aquí están los muertos, todos, y ningún vivo como yo; algunos han llegado por su pie o en camión, como cuando tumbaron a bala a Irura, a Nemexio y a otros, hasta dieciséis en la misma noche; con Joxe Mari "Naparra" al frente, y no por ser malo, sino rebelde, de esos locos de no saber dejar pasar al viento, a este viento al que le estoy sintiendo el calor de un olor a castañas, doblarse, digo, como una caña cuando sopla fuerte este viento, y quedar vivo...; y otros llegan tranquilamente muertos y tumbados en las cajas y sin miedo al cementerio, de la manera en que me meterán a mí...; por aquí le entro a la iglesia desde Sagarmendi y por detrás... No necesito tomar precauciones, porque sólo voy a cobrar la renta; pero las tomo, por si un acaso... Me hablará esa vieja de lo mismo, del baúl de mi abuelo, de lo que oye a la chimenea (¡¡hoy, con este aire caliente del *sargo!*!), y don Romancio dirá nada, como siempre, aunque a veces el maestro pregunta cosas del pueblo; no es raro que este hombre no hable con su mujer: es una bruja; y no de decir que una mujer es bruja por decir, sino que estoy yo convencido de que sí, que sabe cosas que han pasado a Sorjín, ¡en "Aranburu"!, cuando ella vivía en la ciudad. "*Sorgiña duk atso alu hau*" (¡esta vieja cabrona es bruja!), dice Sixto, no tiene más remedio que confesarse en alta voz... La Salomé tiene la nariz chata y no como las brujas de aquí, y tampoco dice las palabras en sorjín, pero habla con ellas y con los que fueron brujos aquí, con mi abuelo, con el padre de mi abuelo (Daniel *Aundi*), al que he perdido el rastro, y he comprobado que le sabe la historia al ensalmador mejor que le saben los propios del pueblo. ¡Los secretos de acertar que quedan hoy son tan pocos!.. Secretos, y grandes, y muchos, eran los que tenían entonces, en esos tiempos, pero que luego han ido muriendo en los labios de mi gente por lo malicioso, secretero, que es este pueblo y no quiere hablar, habla muy poco de las cosas de su oficio; uno tiene que aprender lo que sabe el pueblo por lo que calla, por fantasía; le sé a esta casa "Aranburu" muchas cosas por la vieja doña Salomé, quien le oye a la campana de la chimenea cosas de cuando mi abuelo; y a veces, lo tengo que confesar, me da envidia.

Muchas son mentiras que inventa ella, que no sabe qué hacer; pero otras son verdad.

24

Romancio... ¡y delante de Sixto!, está ojeando este libro; Romancio sigue callado, encerrado en esa concha y pasando las páginas como un ladrón... No, no debe estar Sixto aquí todavía, porque siempre que entra me dice: "¿Cómo está, señora?", con su chata elegancia de aldeano... sin embargo he despertado con la impresión de Sixto hablando bajito... a Romancio; será señal de que viene, y de todas formas esas hojas tienen secretos de este pueblo; por lo que está tardando mi marido en leer lo que está escrito sobre papel que tenga esta voz delgada y dura, de cebolla... y uno que es Romancio está, estoy, en este momento mirando a una de estas hojas y viéndole el revés, viéndole a esta página el culo; así se me hace más difícil leer, pero uno le sigue el rastro a este mensaje secreto precisamente por la curiosidad, por el desafío de venir más allá que Eulogio, quien está pensando que en este pueblo no hay ni cura que no lea de derecha a izquierda, y yo sé que hay muchos. El Cristo me entró a mí leyendo a partir de la izquierda, como es natural en un Hombre que aspira a pasar por Sus trabajos, por Sus sacrificios, y dejarse matar para conquistar el Reino, ¡o la República!, ¡¡por qué no!!, de Dios para el hombre de ahora y siempre. En el Seminario se han venido haciendo unos ensayos de leer en dirección contraria, pero esto no ha dado resultado; resultado bueno quiero decir, porque malos sí, muchos... ¡pero no me voy a poner a pensar ahora en esas brujerías de sacarle indulgencias al dinero!

No pude yo con eso, con el Párroco don Constantino, que era (es aún, porque seguramente vive todavía) más gerente de empresa que sacerdote.

Se han empeñado en leer la palabra de Dios con la candidez falsa de estar leyéndole los diarios que viven de regalarle el papel el gobierno y no dicen más que lo que resulta de repetir las palabras-hueco que eviten (sobre todo a las viejas y a los ricos, que son los que hacen los testamentos) cualquier sobresalto, cualquier susto innecesario; como decía el otro día *La Codorniz* que publican en la ciudad y a veces la secuestran (y por esto se lee mucho), aquí no se habla de "subida" de precios, sino de "reajuste de tarifas" y de "actualización de cuotas"; hay hasta un diccionario especial de hablar sin decir nada que inventó en América un mexicano genial sólo para hacer reír y aquí lo están usando en serio; lo utilizan, el diccionario, sobre todo en los discursos; en estos papeles que se leen no se "despide" a ningún obrero, sino que le "ocurre" una "adecuación de plantilla", y no en "estas circunstancias de venir a menos" sino en las nuevas coyunturas; "huelga" tampoco existe, no están los oídos listos para estas estampidas todavía, sino "paro laboral"; ni se habla de "partido", aunque esté todo roto, sino de un ala de "asociacionismo". Hay aquí reglas no escritas, esotéricas, de no unir dos palabras que puestas juntas pueden explotar. Póngase uno a pensar (me pongo a pensar yo, Romancio) en lo poco que dice "nitro", por ejemplo; que es, ya lo sabemos los maestros de las escuelas unitarias, hasta los que hemos sido curas antes: nitrato potásico que se encuentra en forma de polvo blanquecino en la superficie de los terrenos húmedos, como el de Sorjín; como se ve, eso es nada; ¡con decir que viene en el diccionario de la lengua!; y luego, póngase un don Romancio cualquiera (que ya estoy en esto) a pensar en lo nada que dice "glicerina", que, a lo más, es un líquido incoloro (todos estos componentes son así) y espeso, eso sí, un poco espeso, pero dulce (ya ven, tiene hasta

azúcar) y hasta debe oler bien porque se usa en perfumería. Ahí tiene cualquiera, dichas con el candor que tienen alineadas estas palabras como en el rosario de un diccionario: "nitro" y "glicerina". Y únalos, póngalos juntos. Verá. Por eso es que están prohibidos estos experimentos de poner algunas palabras juntas en los periódicos: decir algo; por poco que parezca.

Este horno no está para esos bollos.

Hablan en los periódicos de Sorjín de lo prohibido que está el mundo sin decirnos qué mundo; uno le sabe todos los pliegues a la mafia de Chicago, a los enredos de gobierno en Italia, a los abusos de poder en Rusia, a los disturbios raciales en los Estados Unidos, a lo que pasó en pleno mayo (¡mes de las flores a la Virgen!) en París, a los procesos de escritores en Yugoslavia y en la Unión Soviética, y uno no sabe sin han detenido al vecino o si hay huelga en el pueblo, ni por qué ha muerto a tiros un joven; a veces caído desde una ventana. Hay un cambio de gobierno y uno no lo sabe hasta que anuncian que ha habido una ceremonia en que (¡el dedo!) nombran uno nuevo, y uno sabe, ¡deduce!, claro, que no puede haber dos ministros en el mismo Ministerio al mismo tiempo en la ciudad por mucho que esta ciudad sea diferente. QUITAN a un Gobernador y ponen a otro y uno se queda como si le hubiesen puesto un nuevo cajero y sin que se sepa, en verdad, qué ha sido del otro, el hombre que estaba al frente del Banco donde tiene, ¡tenía!, uno depositados sus ahorros.

Las noticias, lo que son noticias, se dan desde años atrás por la radio clandestina y los papeles; como éste; me los pasan a escondidas; y deben ser verdad, porque las prohíbe la censura.

Tiene, lo escondido, esta fuerza.

Y uno, porque no hay otro sol que alumbre, depende de este mundo oscuro de no saberle a estas noticias clandestinas la fuente verdadera, su intención, porque, y para mayor embrollo, estas voces escondidas de la radio y estas líneas de los papeles tapados vienen a veces de la misma policía, ¡me lo ha dicho Eulogio: que manda decir cosas, escribe papeles, y los manda distribuir en la oscuridad porque se leen mejor!.. ¿Será para que yo no ponga oídos a estas voces que me meten por debajo de la puerta, para matarles su fuerza en mi conciencia, o será verdad?.. Ya no me sirve la Lógica, ni las Matemáticas, ni la Teología; las Ciencias mismas están sirviendo cada vez menos, porque cualquier nuevo experimento tumba una ley muy precisa; hasta en la Iglesia hay ahora a cada rato adiciones o restas o modificaciones o enmiendas que la vuelve, ¡a la ley de la Iglesia!, del revés por lo menos.

Por esto, precisamente, creo que hay Dios.

Creo que existe, porque este mundo no es más que una cebolla a la que Alguien ha dejado secar por sí sola durante siglos; la cebolla ha ido soltando, secas, las hojas de pergamino que le han querido leer sin tocarlas, y no por mandamiento, como creen algunos, sino por respeto, por miedo; sólo se atrevían a verlas mientras iban cayendo, una a una; y debajo siempre había, hay, otra capa que antes era carne y ahora es un cuerpo seco que también es, a su vez, hoja, pellejo, y se va también (es la ley de la cebolla y la de este mundo); últimamente tienen los jóvenes tanta prisa y tanta intrepidez que le han empezado a quitar las hojas (que ellos creen que son todas pellejos) antes de que hayan tenido tiempo de secarse del natural, como si arrancando las hojas del calendario

adelantaran el verano o la cosecha, cuando lo único que están haciendo es llorar y seguir viendo al mundo de cebolla la misma capa de siempre escondiendo la misma pregunta sin respuesta que hay dentro. Algunos creen que se puede domar a la cebolla secando las capas sucesivas por medios dialécticos, con el hombre ya dueño de la técnica y de las preguntas fundamentales; sin embargo, no se ha llegado muy lejos en la esperanza de obtener la respuesta verdadera. Otros creen, entretanto, y porque son más pesimistas, o porque quieren seguir comiéndose y para ellos solos, la cebolla, esos creen digo (o dicen que creen, porque les conviene, les va muy bien) que esta cebolla no tiene fin. Y yo sí creo que lo tiene, y al final de todo estará escondida, ¡escondida para nosotros!, la semilla que volverá a enterrarse y pudrirse y a producir, a brotar, otra cebolla; y la esperanza (ya desde la antigüedad sin fecha de la Biblia) es que esta cebolla puede ser mejor.

Salomé no lo sabe.

Ella cree que Dios está con ella con tanta certeza como sabe que Jesús está durmiendo sobre colchón en el suelo desde que cenamos esta noche. Esta mujer está en el limbo, y loca. Se cree todo lo que se imagina. Yo a veces miro con estos ojos que no fallan y Jesús no está. Se levanta a deshora, se acuesta entrando por la ventana; sale más fácil que entra. Es cosa de faldas. Una noche que estaba yo con el orinal en la mano y sin poder echar gota los vi despidiéndose delante de la casa de Estibalitz, ¡que es una chiquilla!.. Yo me callo; pero me pregunto: ¿por qué se esconden?.. y me respondo ¡caso ella no quiere que la vean en el pueblo con un "manchurriano"!...

Ya no sabe uno ni en qué hora vive...

Ahora le ha dado a Salomé por hacer daño a los relojes; estaban todos, los tres, buenos, y de pronto, en dos días, ya no funcionan. El de pared, que daba la hora y todo, está muerto. El despertador, que es nuevo y comprado por mí para despertar a Jesús a las horas de los relevos, ya no anda. Misterio. Anoche ha tenido que andar el muchacho levantándose a cada rato para ver mi reloj de bolsillo, que se lo he prestado. Así está, también por esto, muerto de sueño; y hoy mi reloj de plata, ¡que me regaló mi madre cuando me ordené y que perteneció a mi abuelo! (y que Salomé sabe muy bien lo que me dice a mi el reloj del abuelo) lo he recogido esta mañana del suelo, pegado al colchón de Jesús, y con el vidrio roto; ya no anda tampoco.

No ha podido ser más que mi mujer, que no dice nada, pero lo piensa y hace todo.

Le habrá dicho el gato de su abuela que hay que detener al tiempo, que nos viene alguna desgracia. Ahora, y no sé si para aplacarle el genio a la madre de su mamá, le ha puesto a "Pelusita", la gata, unos pendientes. Y no de juego, sino los buenos, de cuando se casó ella siendo virgen el año mil; no se los pudo comprar el difunto, pero le regaló su mamá, la mamá de su Rosendo, dice ella, y que eran, son, buenos.

¿Qué hace esta gata con pendientes en las orejas?!

Después dirán, como dicen, que la mujer del Maestro, del Profesor, está loca. Yo la saco porque es mi mujer, y porque a la esposa de uno hay que sacarla de vez en cuando a que tome el aire, a quitarle el polvo, y la gente nos mira con el susto de ver a dos fieras. Por una parte, el pueblo es eso: pueblo; receloso del forastero; y por otra, uno, ¡una!, está haciendo lo imposible para llamar la atención. Saludo yo a alguien, y ya me está preguntando Salomé, y con una voz de sorda que la oye todo el mundo: "quién era"...

Salomé no la conoce, pero hay que decirle de dónde es la persona que ha dicho "adiós", de cuántas casas más abajo vive, de cuántos muchachos tiene, de si me vienen a la escuela, de si tienen hermana joven. A mí, la verdad, cada vez me da más vergüenza pasear a mi mujer, que ya es una anciana a la que le sientan las ropas (será, yo lo comprendo, por lo ciega), pero que le sientan las ropas como si las llevase de habérselas tirado alguien sobre el cuerpo, a vuela, según pasa Salomé debajo de un balcón; tiene unos pelos de alambre blancos; algunas veces se pone las gafas negras, y otras no, porque no le da la gana, y parece más búho todavía...

Que Dios me perdone, porque es mi esposa.

Será, es, aberración kafkiana al revés, pero me gustaría, y mucho, ir encogiéndome poco a poco y más y más hasta quedarme del tamaño de una nuez y esconderme replegado en la casa del cascarón y tirarme (dejarme rodar) hasta el río, viajar, hasta llegar al mar y perderme en ese mundo de agua que es inmenso para el hombre y que es infinito para un pez (una trampa para un pescado), e ir transformándose siempre, volverme luego un pequeño, diminuto, galápago que regrese a las fuentes de donde salió hace millones de años, y volver a andar otra vez, y derecho, erguido, todo el maravilloso camino de la Creación desde el comienzo y seguir elevándome bajo Su vista escrutadora y benévola, y dándome cuenta yo de todos los pasos de esta aventura hasta hacerme un hombre de nuevo, y ser... ¡cualquiera menos "Romancio"!

¡Y qué voy a hacer yo ahora sino seguir acompañándola!; estoy preso, unida a ella por el Sacramento. ¡Y van dos!.. A esto le trae uno el estar solo y con el hueco, el desamparo, de Dios cuando se le abandona una vez. No puedo comerme dos veces la Palabra; no tendría fuerzas para volver a empezar.

Este de estar viviendo con alguien y sentirme solo es un vacío que no podré llenar con ninguna otra soledad.

He ofrecido al Señor acompañar a mi mujer, y pase lo que pase, mientras viva; pero siento a veces que esto no es bastante; a pesar de las penitencias de estar con ella en el funeral de "Relámpago", el perro pastor que nos trajimos (y ya muy viejo) al pueblo, y se murió una noche de vómitos; ella está empeñada todavía en que se lo envenenaron los jóvenes de este pueblo, porque somos primos de policía, cuando yo creo que se comió algo que estaba emponzoñado, algún veneno para ratas, que en esas murallas y por debajo del espigón los hay como gatos de grandes. Pudo haber sido así, o de otra manera. Como ahora dice ella que esos chicos le están robando los cubiertos, que le están faltando cucharas y tenedores; ¡si ni siquiera son de plata!; sin embargo, se lo ha dicho a Eulogio; lo tiene loco con estas denuncias; y no es verdad, porque no puede ser verdad. ¡Si aquí, a esta casa, no entra nadie, y menos alguien que sea de este pueblo!..

Viene ese Sixto algunas noches y habla sobre todo con Salomé, y mal, con las "z" donde no debe, al revés; también llega algún chico que otro para un recado de la escuela, de mí para Salomé, cuando no está de servicio en la Central de teléfonos. Nadie más. Estamos los dos. Jesús sale ya (¡lo que es la edad!) como si fuese de este pueblo. Nosotros estamos en cuarentena por más de tres años, desde que llegamos. Este es un pueblo de natural hostil contra el extraño, muy duro; no malo, como dice Salomé, ni violento, como dice Eulogio, sino que hay que comprender sus razones...

Salomé me está oyendo estos silencios de quedarme en una hoja, pensando; a veces hace que no oye, que está haciendo punto sólo, y está con el oído puesto, se le nota en la quietud de esos ojos que no ven, escuchando si digo algo (¡que yo ya ni hablo!), ¡oyéndome lo que leo!; sólo estoy pasando este papel de cebolla que ella oye, ¡y hasta cuenta!; no me extrañaría nada que le supiese el número de páginas que le he leído esta noche al folleto; de la misma manera que le contaba los garbanzos del puchero su abuela... que Dios me perdone, y "así sea, amén"... Me llegó el papel por este correo de pasármelo alguien por debajo de la puerta, y ya Salomé ha debido oler la clandestinidad; no sé a quién se le ocurre mandármelos; son los revolucionarios de este pueblo; ¿don Pello?; por mucho que me lo digan, no lo puedo creer; este cura no es extremista, y menos comunista, como decía Eulogio el otro día, y que eso "está comprobado"...

– Baja y abre...

Es Salomé con esa voz de estar martillando una plancha de plomo que tiene a veces... y repite:

– Baja y abre...

Me dice otra vez, se lo estoy oyendo, y yo nada, espero sin moverme; hay un silencio que yo oigo con el ruido de una central eléctrica subterránea que yo sé que es mi sangre circulando en silencio que ya sé que no es de dos sólo sino de tres: pero no se oye, aparte de lo dicho, nada...

– ¿Quién va a venir a esta hora? –digo por fin a Salomé.

Y suenan en este mismo instante dos golpes, y también es Pelusita que llora abajo, en el portal.

– Ya te lo dije –el plomo de Salomé con el martillo.

Y yo bajo: "tac-tac"... "krik-krak-krik"... según da la madera vieja de los peldaños de "Aranburu", y quito la tranca y doy vueltas, una, dos, a la llave, tiro de la cuerda por fin, porque está partida y hay que buscarla al aire y me encuentro con Sixto, que vendrá a cobrar la renta; ¡a pesar de ser la hora de estar dormido con su mujer este vago!..

Y me lo había dicho Salomé al bajar:

– Puede ser Sixto Aranburu..,

– ¡Y es verdad!

25

Es en "Intsusain" de nuevo.

Parece un riesgo innecesario el que está corriendo Leontxio ("¡por qué en casa!", le ha dicho su hermano), pero ya es hora de desmontar este mecanismo al que le está fallando una pieza.

Los dos ancianos están abajo, sentados sobre su cama, a oscuras y enfrentándose al viejo miedo de siempre.

– *Gaur gabean erabaki behar diagu hau* (tenemos que resolver esto esta noche) –le está diciendo Leontxio a Gaxpar, sentados los dos hermanos junto al ventanuco y ya con la gente dentro–; ¿por qué viene Estibalitz aquí?...

– Esta chica es una garantía para ti, ¿no?... –responde Gaxpar preguntando.

- Sí.
- Quiere ella que la oigas; Jesús nos es leal, está con nosotros; tenemos razones seguras...
- Entonces, ¿quién mas puede ser?...
- No sé.
- Vamos a saberlo esta noche –dice Leontxio con la voz cargada que tiene cuando está preocupado.
- Estando las cosas como están, no debiste hacerlo aquí –insiste todavía Gaxpar.
- No te preocupes; tomé las precauciones; escúchame bien... no quiero hablar con Estibalitz ahora; no hay tiempo; ¿qué hora es?... –y mira él mismo su reloj, pero es su hermano el que dice:
- Son las diez y media.
- Bien; tomé mis medidas; tengo gente que está vigilando "Galardi", la casa del Comisario, y la Comisaria de Policía y la casa de don Romancio; sabremos quién entra y quién sale y vamos a terminar de probar tu grupo.
- ¿Cómo?...
- Tenéis las armas...
- Las trajeron, como dijiste; aunque me parece una locura si no vamos a volar hoy el depósito; Eulogio sabe, debe saber, que nos estamos reuniendo...
- Para la voladura del depósito de agua esta noche...
- Lo que sea, pero sabe de la reunión –le interrumpe Gaxpar.
- ¿A qué hora te pasé la orden?
- A las nueve.
- A las nueve estaba mi gente vigilando todos los puntos claves, sabremos en unos minutos quién y a dónde se ha movido; ¿tú les dijiste que la voladura era hoy?, ¿y les dijiste que la reunión era en "Galardi"?..., pues en "Galardi" tengo gente viendo quién llega... y los trajiste a todos en mi coche aquí, y no te siguió nadie...
- No; se hizo todo según tus instrucciones y no nos siguió ningún coche.
- Si de alguna manera han estado esperando en "Galardi" no estaba Eulogio preparado con coche todavía, y no sabe dónde estamos; eso en lo peor, y lo que le preocupa si ha ocurrido lo peor es, sobre todo, el depósito de agua; estará allá esperándonos a las doce, ¿les dijiste que eso iba a ser a las doce?...
- Sí, si; todo como lo dijiste.
- *Ez ago lasai?* (¿no estás tranquilo?...)
- *Ez* (no); no se puede estar tranquilo una noche así, y menos sin saber todo lo que va a pasar, cómo están preparadas las cosas; desconfías hasta de mí.
- *Gaxpar, ez!* (no, Gaspar...) Pero te conviene saber poco; no podrás decir lo que no sabes; es más fácil callarse las cosas que uno no sabe en un interrogatorio con garrote.
- Si me agarran, ya sé lo suficiente.
- Sí, pero menos sabes, menos temes; no lo olvides; esa será la consigna de hoy, aprovéchala hoy en tu grupo; y no pienses ahora tantas cosas juntas; te digo que tampoco hoy vamos a volar el depósito, ni hay dinamita puesta allá; eso será cuando nos convenga más a nosotros, no al Comisario...; antes no cayó "*Maixu*" y acaso no era y no

es él; lo veremos hoy; si sale de la prueba con bien, mejor, tendremos un sospechoso menos; veremos lo demás...

– ¿Y Euxebio? –dice Gaxpar.

– No sé de Euxebio; puede ser; anda con drogas en la ciudad.

– ¿Con drogas?... –dice Gaxpar, sorprendido.

– Cállatelo; no lo repitas; lo de él es cosa aparte y lo vamos a saber; no quiero que sepas más de lo que tenemos entre manos en este momento; que es poco, como ves; yo te protejo... ¿quiénes están ahí?...

– Ya lo sabes –dice Gaxpar mirando en la dirección de los murmullos que se oyen al otro lado de la *ganbara*: –están *Beltza*, Koldo, digo *Eztena*, *Erruna*, *Bixki*, *Maixu* y *Estibalitz*.

– Lo de Estibalitz es una tontería tuya...

– Ya sabes por qué te la he traído: ha querido venir a verte; ¿quieres hablar con ella ahora?

– ¿Sabe que estoy ya aquí? –pregunta Leontxio.

– Claro; les dije que estabas abajo, con los padres, cuando llegamos; luego han oído subir a alguien, y les he dicho que esperen; se habrán figurado que eres tú.

– Dile que venga.

Gaxpar camina sin ruido en las maderas, por donde están descansando las tablas en las vigas, aunque esta preocupación parezca excesiva en este momento, y oye Leontxio que habla su hermano en un susurro con alguien que se levanta, crujen las maderas del piso ahora con esa torpeza inevitable de quien no sabe dónde acertar el silencio con el pie, y se le están acercando dos personas:

– *Kaixo*, *Leontxio*, *nola ago?* (hola, Leontxio, ¿cómo estás?) –le dice ella al llegar, y siente él la mano de mujer en la suya, se están viendo a la media luz de la luna llena que alumbra el campo que rodea a "Intsusain" en esta noche tibia, y le dice él:

– *Ondo eta i?* (bien, ¿y tú?) –se tienen un rato las manos juntas; Leontxio le dice que se siente contra el muro, cerca de él, y dice Gaxpar: –*ba niak* (ya me voy)– y Leontxio dice: *ez, geratu adi* (no, quédate) –y dice ahora dirigiéndose a la muchacha:

– *Jexux, zer da hori?* (Jesús: ¿qué es eso?)...

– ¿Qué es qué? –pregunta Estibalitz cautamente.

– ¿Es tu novio de verdad?

– Sí.

– ¿Lo quieres?

– Sí.

– ¿Por qué?..

– Y me lo preguntas tú... ¿quién me mandó buscarlo?

– Yo –dice Gaxpar.

– ¿De parte de quién? –replica Estibalitz.

– Mía... –y Leontxio no ha terminado de hablar–tú eres vecina, y te andaba... rondando, ¿no?

– Sí –dice Estibalitz–e hice mi trabajo.

– ¿Te gustaba entonces?

– No –se ríe Estibalitz.

– ¿Por qué has cambiado?.. es el mismo *belarrimotza* (duro de oído, extraño) que antes, ¿no?

– No tanto; ya habla sorjín, bastante.

– ¿Se lo has enseñado tu?

– Sí, y practica con Gaxpar también, ¿no es verdad?

– Sí –interviene Gaxpar de mala gana– pero, ¿a qué viene esto ahora?

– Ya va –dice Leontxio con cierta dureza– quiero saber de ti, en quien confío como en mi hermana, si crees que podemos fiarnos de él, y por qué –y Leontxio se calla, exige, en un tono áspero de preguntar.

– Yo he estado pasando todo lo que sabemos de Eulogio, de Sixto, de doña Salomé... ¿hay algo que no ha sido verdad? –pregunta Estibalitz con descaro.

– No –dice Leontxio– pero eso no prueba nada.

– ¿Y tus sospechas sí? –se enfrenta Estibalitz, y luego pregunta con un frío afilado en la voz– ¿qué prueba quieres?

– No te enfades –le dice Leontxio con cierta ternura, y le busca una mano y se la estrecha– y dime, ¿cuánto tiempo hace que os habláis?

– Cinco meses, seis.

– Puede estar ganándote él a ti –dice Leontxio– tiene que ganarse tu confianza primero, ¿no lo entiendes?

Estibalitz se queda callada; se le oye respirar; y es Gaxpar el que rompe este silencio:

– Pero no es eso sólo; yo lo conozco desde hace más de dos años; él no preguntó nunca nada; yo le fui hablando; lo buscamos...

– Habla más bajo –le interrumpe Leontxio.

– ... Ha venido a nosotros porque lo hemos traído; cuando *Xixperra* cuando Iñaxio, cuando Telletxea, cuando Txomin e Igone, cuando Bixente, cuando cayó Miren, cuando el asunto del multígrafo, cuando el guardia en el puente..., entonces, dime, y cuando *Maixu* no estaba en el grupo, porque no hace más de dos meses que se reúne con nosotros, entonces, dime, ¿quién fue entonces?; no fue *Maixu*... ¿Era Sixto, Euxebio, la mala suerte?... No sabemos. Tú, que eres tan sereno, no vas a empeñarte ahora en un chico que no ha dado lugar a sospechas...

– ¿No, y es sobrino de Eulogio y vive en "Aranburu"?...

– Eso no basta; al contrario, éste sería, es, un inconveniente para él, ¿no lo comprendes? –dice Gaxpar, ya impaciente de la terquedad de su hermano y de ver sufrir a Estibalitz.

Y Estibalitz tan callada que ya no se le oye respirar.

– Está bien; yo estoy cumpliendo con mi obligación; gracias, Estibalitz –y le vuelve a coger la mano y se la estrecha, aunque ella se la ha dejado muerta– y perdóname; te veré luego... –que es como decir que se vaya.

Y Estibalitz se va.

– *Orain, zer?* (ahora, qué?) –dice Gaxpar.

– ¿Quién está vigilando fuera?

– *Txepela*, Iñaxio y Lertxundi.

– ¿En los puntos de siempre?

– *Bai*.

- Dile a Jesús...
- *Maixu* -corrige Gaxpar.
- Bueno, a *Maixu*, que vaya a su casa, vea quién hay allá, ¡sin el arma!; que coja su bicicleta y vea si las luces de la casa de su tío están encendidas o no, y que regrese.
- Eulogio no es tío de *Maixu*; no es más que un primo político de su madre...; pero bueno, ¿para qué esta función?
- Dile que haga eso; no le adviertas que hay nadie nuestro allá.
- ¡No te preocupes! -se separa enfadado Gaxpar.

Y al rato sale *Maixu*, Jesús; son las once menos veintiuno; lo puede ver Leontxio a la luz de ese resplandor de la luna que devuelve el verde que rodea al caserío, y que da la impresión de un atardecer que no termina, que ha quedado detenido. Después del casi imperceptible roce de la puerta de abajo y los pasos de algodón en la noche (que solo puede oír el que está escuchando los pasos) no se siente nada; se está preguntando Leontxio cómo se estarán sintiendo los viejos; le duele verlos sufrir cada vez que viene; pero no hay nada más seguro que este caserío; no lo creen en su propia casa, y con un túnel pequeño que los puede sacar, si hace falta, al otro lado del camino (un recurso de contrabandista que es tan viejo como el caserío de hace más de tres guerras y todavía sirve, y tiene un hueco debajo de la cocina, y tiene el follaje que le rodea, y los caminos de perro por debajo de los zarzales, y algunos tan cerrados que nadie conoce, aparte de "Lagun", el perro, y él y su hermano; de noche, y con la guardia de tres hombres que saben sisear como lo haría una lechuza o ladrar, "Intsusain" es invulnerable... Y está atento a los ruidos que le trae la oreja grande del ventanuco pegado al tejado: el orín, una vaca, un mugido, y huele a hierba seca, a maíz, a ganado, ese mundo que no se le va de la cabeza y teme perder para siempre...

Desde que salió *Maixu*, los demás están presagiosamente callados.

Gaxpar no ha regresado donde su hermano.

26

Yo sé que Sixto Aranburu no tiene por qué cobrarse él mismo el alquiler de la casa en que vivo, sino que debe cobrarlo el Ayuntamiento; está claro que el contrato de Pío Aranburu es con la municipalidad; pero como este Sixto es concejal y su padre necesita, dice él, del dinero de la renta para vivir, comenzó a llegar aquí los fines de mes a cobrarse sus quinientas pesetas, y a beberse el vaso de vino y a hablar del pueblo; como le gusta el vino, mucho, se ha quedado sentado en esta confianza y se cuela aquí ahora cualquier día y a cualquier hora... ¡que ya son casi las once menos cuarto!

A veces Sixto coincide con Eulogio.

Yo lo dejo, como siempre, como casi siempre (y después de que he subido las escaleras con él y le he servido el vaso) con Salomé. Y Salomé, como ahora, le está queriendo saber los escondites, las confidencias; le pregunta por esto y por aquello, por los tiros del otro día (¡qué tiros!, parecen decir los ojos redondos que no le ve Salomé pero ella debe estar advirtiéndoles la dimensión redonda de la sorpresa fingida en el silencio), por las denuncias, por lo que hace don Pello; y me da la nariz que Sixto sabe

poco, o no tanto como cree Salomé, ¡ni lo que cree Eulogio!; esto de que acaso Sixto no sabe tanto como dice es idea mía, de Salomé, que estoy viva tres veces en los ratos en que se callan las gentes con disimulo como este Aranburu; y yo, que no hay dos sin tres y soy el mismo Sixto, se que no sé lo que le pasa a este pueblo; yo conozco a la gente y me imagino cómo piensa por lo que dijo una vez su padre, el padre de éste o de aquel muchacho, o por lo que hizo un día su abuelo; a veces lo que uno sabe de lo que hizo antes el abuelo de uno de esos chicos son cosas que me han llegado ahora y de otros en una merienda en la sidrería, una partida de mus donde Iñaxio, en la bodega, porque esas cosas de los muertos se dicen sin el miedo de que les caiga, a los difuntos, el palo de Eulogio en las costillas, y sin la malicia de que la porra sí puede darle a un nieto en el mismo costillar del abuelo.

Este es el mundo de uno en el pueblo, lleno ahora de estos vacíos indescifrables del misterio.

Así (y sólo de este modo trocado de las andaduras de contrabandista que lleva dentro el hombre de esta tierra partida en dos para que haya, precisamente, un motivo de contrabando, con las alpargatas o las herraduras del alma y de las mulas puestas del revés para confundirle al carabinero con las huellas) ocurre que en este pueblo del contrabando han reventado ya, y como forúnculos, muchos secretos. Unos a posta, para que se enteren de los laberintos al revés, de unos misterios de mentira que ya no sirven, y otros porque no ha habido más remedio que desembuchar, que parir, porque no hay mas remedio que parir cuando se ha jodido sin discreción. A veces secretos entre padre e hijos, sagrados. ¡Lo que nunca! Entre padres e hijos y entre hermanos y entre tío y sobrino se han roto aquí últimamente muchos hilos; es muy triste; hasta a mí, que soy una basura, me duelen; son (estos hilos que se han venido rompiendo) de coserle las cintas a los escapularios, de llenarle el alma a las velas que ya se bambolean en los candelabros de madera de las ánimas sobre las sepulturas; hilos negros de coserle lutos a las ropas, blancos de andarlos en el ganchillo del gorrito de un recién nacido, hilos rojos, verdes, morados, de remiendos en los calzones, en camisolas; hilos de red de pasar por las manos rojas, despellejadas por la salmuera y el frío que corta como se hiende el aire afilado sobre la esquina de navaja de una roca frente al mar en invierno; hilos así, muchos, se han roto, se han desgajado, y se están desgarrando ahora en el océano y en el monte sobre una boina, en la lana de un calcetín, en el hilo blanco de una camisa blanquísima y sin el bio-lo-que-sea (de sólo nieve y basta) porque hay (ha habido siempre en este pueblo) manos enrojecidas por la sal del mar y el frío, y blancas de las oraciones o de hacer pan, unas viejas de la maldad, otras recién nacidas de la inocencia de parir sin saber por dónde, casi, para eso para hacerle andar al hilo viejo de la familia en todos esos caminos de la vida con la esperanza de que no se rompa...; y a pesar de esos cuidados, ¡muchos!, se han roto; se están rompiendo ahora mismo...

Entre padres e hijos, entre hermano y hermano, entre abuelos y nietos.

Se han roto sin remedio, desgraciadamente; lo digo yo, Sixto, que soy, algunos lo están creyendo, el tonto del pueblo; se han partido, sí, muchos hilos y hasta cordones de ombligo que eran, ¡siguen siendo!, sacramentales, y los ha cortado (estos hilos entre hijos y madre) a veces una hija, ¡el diablo!; así han sido de duros estos tirones; hoy se les ve a los chicos el ir aquí y el venir allá, y uno no sabe en qué dirección y a lo que andan

los padres con las herraduras atraspalante, que a veces es yendo en el mismo rumbo y viéndose distanciarse en el opuesto; ¿y qué hace el carabinero?, me pregunto; uno, y en estos trances, se supone más o menos cómo y por qué son así las cosas; por una palabra, por lo que el otro no contesta, por lo que se mira y a dónde y con qué luz y a qué parte del cuerpo (a cualquier parte donde no está uno es malo, ¡pero que lo miren a uno derecho al ojo es fatal!)...; pero es difícil, imposible, saber a la gente de hoy cómo y qué y cuándo están haciendo las de callar; y si alguna vez lo sé, cuando estoy seguro de algo, no se lo puedo decir a Eulogio todo, ni medio; ni siquiera en casa de su primo... Aunque me pague para eso. ¡Pero si este dinero ya es nuestro desde antes de hablar!...; no puedo, no me sale, decir lo que sé, sino este poco de tapar; saber (y me lo digo yo mismo) sé muy poco; nada; casi nada; Eulogio puede creer que me lo estoy guardando: a veces es verdad; otras, mentira; pero ni eso puedo: ni decir que no sé... ¡¡cuidado!!... discreción, Sixto, discreción...; no digo que no se, así, en redondo, ni siquiera a Romancio; ¡a la *sorjiña*, menos!...; ¿dónde va a quedar mi autoridad?... ¡¡mi tubo de respirar dentro del agua!!

Porque, ¿dónde me escuchan a mí en el pueblo sino aquí?

Esto, mi aliento de vivir, es algo a que no puedo renunciar; ¡hasta el que se sabe condenado a la muerte se agarra a la vida!; más yo, que estoy condenado a vivir, aunque sea así; soy el pueblo ante esta gente; y lo que digo lo está diciendo Sorjín (al menos lo creen ellos), y lo que no digo, no importa, ellos sospechan que sí lo ha dicho el pueblo, cualquier cosa, lo que se imaginen (¡a veces la verdad!); pero este canutillo para respirar dentro del agua en las arenas movedizas de un pantano es mi sola fuerza; yo abro la fuente y yo la cierro; ¡el chorro soy yo!...; es la única señal del bisabuelo Daniel *Aundi* que nos va quedando a los Aranburu, de Juan "el americano" y de Pío "el emplastero"... ¡a menos que a esto, a brujo inofensivo, lo han degradado ya a Pío, a mi padre..!

A "padre de Sixto", a pura mierda, es a lo que ha venido a bajar el viejo Pío, y mi padre no lo sabe; ¡mejor!

Y yo estoy tan solo como él; ve él (y yo) que ya no lo llaman los enfermos, que nadie lo visita, que ni le preguntan por el tiempo que va a hacer, si se podrá cortar un palo por la luna, si hará viento sur mañana (que ya está aquí) para ir a cazar palomas... Está solo en casa de mi hermana, y voy a visitarlo a "Baltzun" y no me lo quiere confesar; yo tampoco confieso mi soledumbre a nadie, ¡ya no me quedaría aire que respirar!, y yo tengo, no se para qué, pero tengo, que seguir viviendo, ¡necesidad de vivir!; y mi *aita* también...; le llevo un saquito de harina de maíz para los talos; a escondidas de mi mujer, porque si fuese por ella no tendría mi viejo ni este pan de aquí... Así me encuentro tan solo como él, y también, porque es verdad, como estos que viven ahora en "Aranburu". ¡"Aranburu" está maldito"!; los que viven aquí, los tres, tienen la excusa de que son de fuera; como Eulogio, que anda solo y con el periódico en la mano para reunirse con su gente; le sé yo la señal: mano derecha: a casa de su primo, y mano izquierda: a la misma hora de siempre en tal parte.

¡Pero yo soy nacido aquí desde mis abuelos más antiguos!.. ¡¡no me voy a poner ahora sentimental!!

A quien digo más mentiras en "Aranburu" es a la vieja, a esta bruja de doña Salomé; tiene aire de lechuza; está ahora escuchándole al viento sur los secretos y sabe que

Eulogio me ha mandado llamar aquí para que parezca que es casualidad, aunque sea a esta deshora... Esta vieja pregunta y pregunta, y uno, yo, me tomo el vaso de vino que me ha sacado don Romancio, siempre, porque el maestro es un caballero, y uno no habla hasta que llegue Eulogio, ni las tonterías de siempre; y sera con él, y poco; acaso lo que da el tiempo de estar bajando las escaleras... Decir palabras a esta vieja, sí se las digo, y las suelto al tiro, a lo que salga, a lo que me diga ella: "¿sí?"... "sí, sí"; "¿no?"..., "¡no, no, qué va!"...; soltando, soltando, cordel, como se hace pescando; ¡ella me cree un anzuelo, acaso el pez que va a morderlo, y yo sé que tengo el cordel que me resbala (y a veces me quema cuando muerde un pez grande) en la mano... ¡xorrerías!... A esta vieja le gusta hablar más que comer; es también (y yo lo sé) porque está sola; yo le hago la poca compañía que puedo y le cuelgo algunas palabras como: "se dice", "el otro día", "todo puede pasar"..., para que ella se las quede viendo, a veces se le ven colgados los ojos de estas palabras; se le enderezan entonces las orejas, se le añaden dos, tres, líneas a la frente (que es un frontón) y se le detienen (y esto sólo a veces, no siempre) las manos, los dedos de tejer punto sobre las agujas y el hilo de lana grueso y blanco como el que tiene ahora que está haciendo un calcetín del tamaño de un saco; bueno, a veces, cuando suelto estas palabras hasta le pregunta ella algo sin decirme nada a mí, como si las hubiese cazado ella, las hubiese llevado dentro de su cabeza, prisioneras, y las estuviese preguntando como en una pesquisa de donde y para qué vienen, moviendo los labios sin sonido y como dichas las investigaciones para dentro...; pero yo no hablo hasta que llegue él, Eulogio, y a solas, un ratito, y poco, lo necesario, justamente lo que pagan con nuestro propio dinero...

Nada, siete mil.

Yo tengo resuelto desde siempre que no le puedo decir ni lo que sé porque soy también pueblo y uno es de aquí aunque sea una piedra; ¡así, también me confieso del otro lado!... cosa de estrategia; sólo que aquí por la plata y allá... la verdad, acaso por el miedo. Y mientras le digo a la vieja que a Pablito, mi hijo, le está saliendo el soplón, que dijo a su madre que yo me había bebido una botella de sidra en el granero... (cosas que pueden parecer íntimas y las sabe hasta el alguacil, que es un alcagüete) estoy pensando que... a veces basta que me diga un joven del pueblo una palabra con el aire ausente para asustarme la vida de toda la familia...

Es por esto, por este miedo, y también porque tampoco me sale de adentro, como he dicho; es la verdad.

Este don Romancio que está sentado y leyendo la hoja clandestina es mejor que esta vieja, mucho mejor; es raro, pero es raro de otro modo muy diferente; habla poco, y a mí no me habla, casi; me saluda, eso sí: "buenos días, señor Aranburu"..., y a veces hasta añade cómo anda eso?"; y yo también le digo: "muy bien, don Romancio, ¿y su mujer?"...; él, cuando se lo pregunto, apenas hace más que gruñir, y sigue su camino; pero a pesar de hablarme poco, me escucha; ahora mismo está haciendo como que está leyéndole las líneas subversivas al papel, al que le conozco de dónde le vienen las hojas, porque las he visto bien (y Eulogio también); escucha, pues, Romancio, y habla poco; pero cuando habla, habla; quiero decir que como un maestro de escuela; a veces, y cuando me habla así, me siento pequeño; uno de los muchachos de pie ante el púlpito o el pupitre o lo que sea y de donde me ha dicho que me levante, ¡que me levante!...; otras

veces (siempre, claro, cuando habla) habla sin levantar la voz, pero con rencores de estar, ¡y él!, con los muchachos del pueblo... ¡con los subversivos!...

Acaso con los resentimientos de estar mal pagado.

El me dice algunas defensas del pueblo, de Sorjín, de mi pueblo, y que será por mí; y yo, que soy *xorro* desde antes de nacer Daniel *Aundi*, lo oigo; me lo puede (pienso) estar diciendo para ganarse mi confianza, para que yo le hable de lo que sé y contárselo él luego a su primo policía como suyo y para cobrarse él las pesetas: que hay dinamita en el depósito y que están pegando duro, digo, la policía, Eulogio mismo, dicen (y yo lo sé, y lo sabe don Alejo, aunque, éste no lo diga); están dando hasta por los huevos... Y don Romancio, digo yo, queriendo hacer acaso méritos a costa mía con su primo, creyéndose que soy yo uno de los de de balde; o creyendo que soy yo lo que le he oído decir a él una vez hablando de alguien que no era yo sino otro: un "patán".

Uno no se puede quedar dormido; ni en el mar ni en el río: se lo lleva a uno la marea o la corriente; y en tierra, el viento...

Puede estar uno en el Ayuntamiento, ¡como no!.. (sí, le digo, y hablando a doña Salomé, que las acelgas, ya no hay, porque se las ha comido "Beltza", la vaca)... pero uno no puede vender a la gente del pueblo más que cuando es muy-muy necesario; ni al carnicero Mujika, con ser un cabrón y desde los abuelos Alustiza, y por aquel asunto de la ternera que no pagaron a mi abuelo Juan, el americano, porque estaba, decían enferma, y la tuvieron, dijeron ellos, que tirar, cuando mi abuelo Juan supo siempre que la res la vendieron (bien vendida) y se la comió todo el pueblo y no pasó nada; todavía se acuerda la gente de Sorjín de aquella ternera...

Y los Mujika diciendo desde entonces que mi abuelo era un cabrón; pero ni a este cabrón que está diciendo la mentira de este insulto le haría yo daño a menos que... me empujase mucho a delatarlo en un hijo que tiene y que está reuniéndose y tirando hojas debajo de las puertas...

Este don Romancio tiene siempre el aire de estar con un ojo de buey aquí, en la chimenea, donde estoy con su mujer (si esta escoba es una mujer) y con el otro ojo salido y puesto en el hueco de cerradura que es el estar escuchando... y es verdad que está escuchando Romancio, que soy yo, y no sé por qué mi mujer se tiene que meter a preguntar cosas del pueblo que Sixto no sabe, porque es un infeliz, un comodín del Ayuntamiento y lo ponen a no hacer nada y le dan unas pesetas para que coma, beba y hable; siempre hay un vago en un pueblo; aquí es Sixto; le tocó; uno tropieza con gente como ésta que no sabe qué hacer con sus manos, o se le cansan; tienen esta propensión, simplemente; como quien nace con una nariz grande, u orejón como yo; y lo usan, a Sixto, por eso, seguramente, y para eso; si tiene ociosas las manos es de cajón que tiene que tener ocupada la cabeza; tener todo quieto, eso es como estar muerto; es deducción psicológica aplicada a los cuerpos muy simples como este barrigoncito de cabeza redonda como calabaza con boina que no es de aquí ni de allá...

¡Yo no quiero tratos con imbéciles!

Aunque Salomé sí, porque también ella se ha puesto a ayudar a Eulogio en el teléfono para saberle las cosas a este pueblo, ¡cuando este pueblo es cauteloso de sobrevivir cientos de años dividido por rayas y convertido en Babel y todo!..; pero mi mujer estará oyendo al soplón de pendejadas, al hablador de pajas, los cuentos del

abuelo y en trance, ella, la lechuza de mi mujer, de estar contándole con sus dedos los huesos de la cabeza a Pelusita y sabiéndole lo que dice Sixto por lo que le cuenta la gata, como ahora; que es como estar oyéndole al compañero de cine sus bobadas mientras uno está viviendo embobado una película; como es enteramente cierto que sé yo, Salomé, lo que está pensando mi marido, el cura, porque me lo repite cada vez que se va Sixto Aranburu de la casa, como un rosario: que no le pregunte por los retratos del arca, que eso no es cosa de nosotros, aunque lo haya visto yo, y por curiosidad y por lo que dicen los otros tiempos de los de hoy, con los ojos de Romancio; que tampoco (¡me dice mi marido con un misterio!) le pida a Sixto el jergón, sino que se lo tome si me hace falta para Jesús, aunque mi hijo ya tiene hecha la costumbre de dormir en el suelo y no necesita que nadie, ni un jergón, y ni que sea gratis, le pase la tiña de la muerta; que hasta ha podido morir de tifus, aunque Romancio, tan inocente (¡a veces!) me dijo que no, que Sixto le había dicho otra cosa...

¿Qué cosa le va a decir este hombre al que le hiede la bosta y le tiembla la voz en el falsete?

27

Don Pello ha llegado a la ciudad sin cruzar con Euxebio una palabra.

Yo, que soy el sacerdote, estoy disminuyendo la velocidad y preguntándole a dónde lo llevo; Euxebio me dice que lo deje en cualquier parte, que él se va caminando; "¿por qué?", le digo, "si puedo dejarte en la puerta de la pensión"...; "sigue derecho", me dice; yo sigo, y pensando en lo que me quiere esconder esta voz de Euxebio todavía, a la que siento la inseguridad de una criatura; acaso la emoción de haber visto llorar a sus padres, este viaje a escondidas, como un ladrón... quién sabe por qué caminos de perderse en aprensiones anda este hombre, ¡este niño! (porque a veces me lo parece), y tomo una determinación: voy a hablar con él tranquilamente; serán horas de sueño que me van a faltar al levantarme mañana, pero es acaso el momento propicio para aclarar cosas, hablar con él sencilla y claramente de todo, si me deja... y me detengo resueltamente delante de un café que tiene unas mesas fuera, en la acera, y hay mucha gente, por lo agradable de la noche, por lo limpio del cielo, reluciente de una luna llena y blanca...; "no, no es aquí", me dice tocándome en el hombro; "ya sé", le digo, ya me estoy bajando antes que él: "pero déjame invitarte a una cerveza"...; "mañana tienes mucho que hacer", me dice desde donde está sentado todavía en la moto, grande, y niño, como si estuviese montado sobre un tío-vivo y me estuviese pidiendo una vuelta más... así lo veo yo, así lo observo a menudo, en el trance de estar jugando a guardias y ladrones... Y yo, Euxebio, recelo de este don Pello cuando se me pone tan bajito que le puedo alcanzar en todo lo que piensa, porque este cura es, a veces, transparente, como ahora, que sé que va a confesarme, ¡aquí, en un café!..., y yo no lo puedo resistir, voy tras él, le sigo por entre las mesas bulliciosas de este café de la ciudad al aire libre; corre una brisa tibia, de las de andar cogiendo castañas o besando a una chica entre el helecho..., ya está don Pello pidiendo dos cervezas y yo contesto a su gesto con otro, que sí, que para mí está bien; me ofrece un cigarro, y yo se lo tomo; no tengo la costumbre, pero me está haciendo

falta tener algo en la mano para acompañar a don Pello por este camino de hablar que me está preparando; habla de que quiere volver a decirme... ¡como me dijo aquella noche terrible en el cuarto de Joxe Artadi!, que él me cree inocente, y que mi actitud después de lo ocurrido hace que se afiance más en él esta creencia, y que, además, quiere ayudarme; y veo, más bien siento, que sí, que no hay en esos ojos el brillo de algunas veces que me riñe sin decirme palabras como si yo fuese un chiquillo y él mi padre, y a mí esto me subleva, no lo puedo remediar...; y yo, que soy don Pello, sé que este hombre se siente culpable de haber dicho las palabras que nos han unido culpables a Jone Mentxaka y a mí en las bocas del pueblo, y eso, esa ligereza de decir supuestos como probados, sobre todo si le convienen, lo está achicando, lo está vejando, humillando, y yo, y por esta penitencia de sentirse él culpable, no le guardo rencor, porque sé, me ha dicho, que estaba bebido, y Euxebio bebido es un animalote que se pone sentimental y se alivia de sus fantasías, y no le puedo guardar la malicia por un accidente; ahora trato de ser lo que él necesita: una compañía a su tormento de sentirse solo, sin nadie a quien pedir el consuelo de la palabra en que descansar, y le estoy diciendo que descanse, que no se imagine las cosas más grandes de lo que son, que a veces uno, y por el desamparo, agranda las cosas que le duelen y le asustan; que es verdad que se encuentra en una situación difícil de clarificar..., y veo que Euxebio me escucha con atención nerviosa de oírme decir que las cosas del pueblo son siempre así, que son oleadas de emoción que se van rompiendo contra algo, contra alguien, contra Euxebio si le toca, o muriendo tranquilamente en la playa... pero eso, que siempre termina todo muriéndose en la pura agua mansa, y viene otra ola con alguna novedad; le pongo el ejemplo de Igone Yarza ahora, que está en este momento todavía en la boca del pueblo como una mártir y va a caer (en cuanto se sepa que va a tener un hijo) a menos que a ser... una madre soltera, que en nuestro pueblo ha sido siempre, y por herencia de una especie de jansenismo, un pecado gordo... ¿me entiende Euxebio?...; y sí entiendo yo, que soy Euxebio, a Don Pello; perfectamente; así me encuentro yo: cerrado por un silencio al que le estoy oyendo los escándalos, como estará pronto, acaso, Igone, aunque la muchacha tiene, y se lo estoy diciendo a don Pello, tiene ella la ventaja de poder mantenerse en el terreno de su pueblo, en el campo noble de una muchacha que sigue siendo leal a los suyos... que eso (y he tenido tiempo de darme cuenta en mis noches de estar desahuciado de mi pueblo) es importante, ¡fundamental!, para un hombre, aunque este hombre esté envilecido por otras causas que no sean la conciencia de pertenecer a un pueblo... y podría decir yo ahora cosas a don Pello, acaso es el momento... pero no sé cómo, ni para qué, porque (y no se lo estoy diciendo esto al cura, sino pensándolo mientras le oigo hablar y le contesto con monosílabos) porque le esté diciendo la verdad no me va a creer, porque creerle a uno, y algo que parece sólo una excusa, es cosa difícil... y aun suponiendo que me lo crea él...; "yo sí te creo, Euxebio", le dice don Pello, porque yo, y no por ser cura sólo, sé cuándo se confiesa la gente o dice las cosas por decir, y le animo, le empujo a que me hable: que no soy un sacerdote ahora, le digo, sino un amigo...; lo veo pensar, en la forma en que mira a la mesa, que es una superficie roja y brillante donde están sentadas nuestras cervezas y el cenicero con incienso del tabaco negro de mi última colilla que va enroscándose lentamente en el aire; esta sudando, acaso por el calor, el calor del sofoco de venir este viento desde el resistidero que es Africa, oloroso a sudores

viejos de no hacer nada los negros...; una imagen seguramente injusta de lo que es un hombre que tiene la piel de ese color, ciertamente, pero éstas son las escalas endebles, ¡insidiosas!, de pensar cuando los que estamos pensando somos "blancos"... y me pide otra vez, ¡lo que pocas veces!, un cigarro; se lo ofrezco, y enciende el suyo y luego el mío, y miro en mi derredor, un gesto instintivo que no tiene importancia, pero que Euxebio observa con recelo, ¡con sobresalto!, y se la veo, esta angustia, en la manera en que da el vistazo en derredor y ve, como yo, la gente muy despreocupada de todo el que no sea ellos mismos, que están en sus cosas, las de oírse en este murmullo espeso con griticos, voces sueltas, y se siente, Euxebio, de nuevo solo (bueno, conmigo), porque se me adelanta sobre los codos en la mesa y me dice (¡y yo todo oídos!): "te voy a confesar algo que no sabe nadie en el pueblo: estoy en un aprieto gordo y complicado"... yo sigo como estaba, sin mover una pestaña, para que vea Euxebio que eso no me sorprende, ¡no quiero espantarlo!, aunque estoy asustado, acobardado, de oírle la confesión"... no es lo que piensas... (la susceptibilidad tiene antenas insospechadas) ...no es por lo del chivato"... y me mira a los ojos y yo le digo con estos míos que se lo creo, que siga: "...cuando eso yo no sabía nada de Iker, y menos de dinamitas y de explosivos, y, además, nunca, ¡óyeme, Pello!"..., y me ha envarado un poco la voz... "nunca he tenido con el Comisario más contacto que el de saludarme él en un bar y yo también, por el compromiso, y no saludo siquiera al Sixto, porque me da asco, y yo soy tan inocente de este pecado de chivatería como... tú, por ejemplo, que es el ejemplo más próximo ahora y acaso más completo que me viene a la cabeza; créeme que así es... pero acaso se complique esto todavía más..."; "¿por qué?", le digo, porque lo veo vacilar y es mejor que desembuche, que descanse en alguien este hombre atormentado por insomnios, se lo veo en los cercos oscuros de sus ojos, que los hacen ahora más grandes, y, sin embargo, tienen la mansedumbre de mirar que tiene un ternero que van a sacrificar, algo inocente; le está costando decir... pero dice, al fin, Euxebio: "cuando el despido de la fábrica conseguí aquella indemnización que fue verdad, créemelo... yo viví un tiempo de vago, es la verdad, y eso, el dinero, es para mí como una pendiente, y me dejo deslizar fácilmente, me gusta... todo, y tú eres un cura, pero también un hombre, y te digo que me gustan las mujeres, no puedo pasarme sin ellas, y eso trae el beber y el alternar de noche, y cuando se me acabaron las pesetas me encontré tan solo y tan necesitado que me dejé tentar por una proposición... que ahora es el problema"...; ha sido una alentada difícil para Euxebio, y yo lo empujo blandamente sin decir nada, con los ojos...; "me hablaron de unos contrabandos de dinero fácil... y entré-en-una-red-de-distribución-de-drogas"...; no he podido menos que sorprenderme, y me ha visto el salto que me ha dado dentro del ánimo, ¡el alma!.. "¡Cómo!", me ha salido, y Euxebio se me avergüenza, y veo que no podemos quedarnos asustados los dos ahora que las cosas se han puesto tan serias, y lo empujo despacio pero sin pausa de nuevo y le digo: "sea lo que sea, dímelo, Euxebio; todo tiene arreglo si hay la disposición, y tu la tienes... ¿qué ha pasado?"...; "pues me he ido enredando poco a poco..., la cosa era fácil y no parecía haber riesgos..., y sobre todo!", y levanta otra vez la voz, "¡porque de todas maneras estaba ya hundido!..., ¿me comprendes?"; "sí, te comprendo", le digo, "pero lo has complicado mucho más, porque aquella inocencia se podía defender, se hubiera podido ir haciendo poco a poco la luz, de muchas maneras, aunque ahora mismo no me sale decirte cuáles... ¡pero

ahora!.. Euxebio, si te hundes tú solo en el barro, si no sales pronto, todo eso... ¡todo el paquete!, andará junto y no habrá manera de separar una cosa, que es mentira, de la otra, que es verdad... ¿me comprendes?"...; "sí que te comprendo", me dice Euxebio cabizbajo... y es que yo, Euxebio, no puedo mirarle a la cara a don Pello después de esta confesión, aunque al hacerla me he sentido mejor, ¡porque ahora don Pello sabe que chivato no soy!... Don Pello me está mirando y me dice: "pero... eso de que estás trabajando ahora en ese garaje de camiones, ¿es verdad?"... aquí está otra vez la duda, y es natural que no me crean los que me han agarrado en esta falta grave de estar ganando y gastando dinero fácil, yo, el hijo de Xilberio..., y le digo apresuradamente: "sí, eso es verdad, y estoy ya tratando de salirme de esa red, de huir de aquí" ...; "muy bien", me dice don Pello, "eso es lo que tienes que hacer inmediatamente, desvincularte de todo eso, ¡ven al pueblo!"... ¡me sorprende esta ingenuidad de don Pello!, y se lo digo: "¿cómo quieres que vaya al pueblo ahora?...; tú me crees, pero el pueblo no, cómo me presento?.. ¿hago la confesión pública que acabo de hacerte?.. ¿y qué gano, si no es hundirme en otra parte acaso más, con las dos cosas juntas... y hasta me meten preso... ¿no comprendes?"... y el ingenuo de don Pello me comprende al fin y se coge la cabeza entre sus manos; yo le digo aun: "eso no es todo"..., y don Pello da un brinco y me mira ahora sin soltarse la cabeza y como diciendo: "¿con qué más vas a salirme ahora?", y yo le digo para no hacerle esperar demasiado: "la policía acaba de agarrar (fue anteayer) al 'Mayordomo'..." ; "¿quién es ése?", me pregunta, y le tengo que explicar que el 'Mayordomo' es el seudónimo que usamos para referirnos al que manda en esta distribuidora de drogas que funciona a gran escala...; "¿en Sorjín también?"..., me pregunta el cura, asustado de esta posibilidad, y le digo que sí, y que más que eso... y se lo tengo que decir, porque es bueno que esté prevenido...: "ten mucho cuidado con don Rosendo; aunque no está en este grupo de las drogas, sí hace contrabando y cobra gordo, y anda de farra como yo... ¡y a veces conmigo!.. ¡y no, no te sorprendas de eso sólo!"..., le digo, y me complazco un poco y hasta sin querer, en hacerle sentir que ¡un cura es un hombre ¡carajo!..., ¡hasta él, don Pello, es un hombre!.. y le voy a añadir bajando aún más esa voz de hablar secretos que estamos usando los dos en esta mesa, vigilados... me doy cuenta ahora, por el camarero que huele a desodorante, porque llevamos casi una hora sentados en esta mesa con sólo una cerveza cada uno, y lo llamo, y le digo con los dedos mientras viene: "dos más"... y estoy un rato callado ante el estupor de don Pello mientras que se va el mozo y viene y mientras nos sirve las cervezas, y luego digo a don Pello, quien tiene los ojos salidos de sus cuencas... y le digo bajito, digo: "anda perdido y como un loco hasta en Sorjín... y está preocupado, porque ha dejado a una chica del pueblo embarazada y para dar a luz ya en este mes o el que viene" ...; "¡cómo!"... me dice sin aliento, y añade preguntando: "¿quién es la chica?"... y lo veo, al sacerdote, blanco del escándalo de la sangre que se le ha ido a los pies; "no vive muy lejos de ti, de tu casa" ...; "¡de la mía!" ...; "sí", y me doy cuenta que me estoy complaciendo demasiado en este incidente de un cura que es también un hombre, y arrepentido ahora, y de pronto, por no haber usado otro tono y otras palabras para hablar a don Pello de todo esto que le pasa, porque cualquier cosa que está pasando a un cura de su parroquia también le pasa a don Pello, lo sé... y este hombre estaba muy lejos, ¡en la luna!, de figurarse todo esto; y por esto no me dice nada, y está mirando ahora

lejos, como si estuviese fijándose en la gente que pasa por la acera, aunque esto no es verdad, y así pasa un rato grande, tanto tiempo que llega el camarero y nos pasa un trapo innecesario sobre la mesa y yo aprovecho para pagar todo sin que don Pello proteste siquiera y le digo: "no te preocupes, esa chica no es nadie que has tratado, seguramente, porque vino del lugar Txopite hace menos de un año y vive en una calle que está sobre la que vives tú y hasta es posible que no vaya ni a misa... ya vino... "averiada" del otro barrio, y sale más de noche que de día, pero la cosa ahora, ¡el problema!, es que ella está tratando de chantajear a don Rosendo por cura y por el dinero, y tiene, la muchacha que está embarazada, testigos: dos amigas que viven con ella y un vecino que también entra y sale en esa casa en desorden donde no hay comercio, digamos, formal, pero entra y sale gente, hombres todos, y entre ellos, claro, don Rosendo"...; don Pello me está observando ahora, y curiosamente, con cierta tranquilidad, como de haberse hecho ya al susto, pero sin hablar, y yo, que no sé cómo mantener este silencio terrible de otra manera, le digo: "no sé si lo sabrás, pero don Rosendo ya está fuera de Sorjín, salió ayer, y sabemos, yo lo sé, que es por el asunto de un contrabando que está tratando de tapar con Eulogio, ¡nuestro Comisario!, y con amigos que tiene en la ciudad, pero también, y sobre todo, por escaparse de Illari, la chica que va a tener un hijo de él, hasta que pase eso... tiene dinero el cura Rosendo, ¡lo sé yo!, ¡y lo sabe también Illari!!, y la muchacha está tratando de sacarle unas pesetas, ¡bastantes!.. esto es todo, le digo, y luego le pregunto: "¿qué te parece?"...; don Pello toma lentamente un trago para hacer tiempo, y me mira avergonzado, por Rosendo, claro, pero no me dice ahora de él, sino de mí: "¿y tú, cuál es tu apuro?.. piensa ahora en ti"...; es la discreción de don Pello de siempre: ¡entonces, ese cura que anda de putas y pone una barriga a una chica de Sorjín y se está haciendo rico con el contrabando no importa, importo yo, ¿no?, me digo mientras miro a don Pello, y pienso, al ver sus ojos limpios, que soy acaso yo el que le importa ahora, y es verdad que no puedo cubrirme con las faltas de los demás, aunque estos que están de más sean curas, sino que soy yo el que está en apuros, y le digo que sí, que estoy tratando de salirme de esa cuerda de colocadores de la "mercancía", pero que ahora que está todo en el aire me están amenazando con denunciarme y me están chantajeando, porque ahora quieren que yo use los camiones de la "Internacional" para continuar con el tráfico, cuando yo no quiero, ¡ya no puedo!, seguir enredándome, ¡ahogándome!, en esta red, y que... estoy pensando en irme a la parte de Sorjín que está ocupada por la otra ciudad; que está al otro lado del río...; "acaso no es mala solución", me dice don Pello tranquilamente: y es verdad que me parece buena a mí, que soy Pello, esta idea de irse Euxebio al otro lado, porque así sale del chantaje... y algo más que me viene a la cabeza, y se lo digo: "hazlo cuanto antes, Euxebio, y por dos razones: una, para salir del chantaje y de las manos de Eulogio, Rosendo y su grupo aquí, y, otra: porque así te ayudo a rehabilitarte frente a Leontxio y los demás muchachos exiliados"...; "¿Leontxio?", me interrumpe Euxebio, y le digo que sí, que me escribo con él, que los ayudo en lo que puedo, recogemos dinero para ellos, y él y también los demás, claro, me creerán: "y te creerán también a ti", le estoy diciendo, "iremos juntos, y una vez aclaradas las cosas allá te será mucho más fácil que te acepte el pueblo, y acaso es la única manera de rehabilitarte ante Sorjín, ¿qué te parece?", le pregunto; veo a Euxebio pensativo, y luego me dice: "¿tú crees que Leontxio

me acepte así, con tu palabra?"...; "yo creo que sí", le digo convencido, "¿por que no va a aceptar la verdad si yo se la digo junto a ti, y si presentamos las pruebas, las que tengas tú del tráfico de drogas?...; éste es también un pecado, pero no es la traición a tu pueblo, y lo más importante en este momento, y te lo digo yo, un sacerdote, es el pueblo, y que abandones tú completamente tus vinculaciones con el "negocio", desde luego..., me parece, ¿qué me dices?", le digo preguntando mientras Euxebio está bebiendo un trago de la cerveza y ahora parece, me parece a mí, que Euxebio está más tranquilo que hace un rato, más sereno, y acaso porque está viendo una salida a su situación, y le digo aún: "dime, ¿qué te parece esto?"...; "me parece bien", y habla Euxebio con la voz profunda y hasta poseída de otras veces, "siempre que tú estés seguro de que me va a aceptar Leontxio, quien me ha amenazado con matarme si tiene prueba de que soy un chivato"..."...; "¿cómo lo sabes?", le pregunto yo, que sé que esto es verdad, y Euxebio mira a otra parte y dice, como sin darle importancia: "no te asustes si te digo que hay conexiones entre nuestra red y la de ellos... ¡no tiene nada que ver 'el negocio' con 'la causa!'", me dice para evitar que hable yo, y le hago un signo de que siga, porque es mejor que siga hablando él, y Euxebio me dice: "el río es una línea que tiene pasadizos, travesías... algunos conocidos, ¡y vigilados!, y otros no, o al menos no están aunque lo parezcan..., mueren algunos de estos pasadizos (agarran a alguien) y hacen otros (siempre hay alguien nuevo que ensaya un negocio) como en todo, ya sabes..." y quiere Euxebio mi conformidad, de que comprendo esta situación del río, y le digo que sí, que continúe, y sigue Euxebio: "pues es natural que la gente que sirve a uno sea el canal coincidente de los que sirven a otros; lo mismo ayudan los contrabandistas a pasar un paquete de libros, unos paquetes de hojas o una máquina de escribir o de imprimir como se comprometen a pasar las cajas de "la mercancía"...", ¿comprendes?)"", insiste Euxebio en esto, y sé, efectivamente, hay quien pone en el mismo plano de peligrosidad lo que es del hombre y lo que es del criminal, le estoy diciendo y continúa: "pues esos canales, que una vez es un vaporcito, otras un campesino, otras un carabinero, otras un policía"..."...; "¡Eulogio!", le interrumpo, y casi sin querer por un impulso, y Euxebio me dice que no sabe si Eulogio mismo está en "el negocio" y él no quiere hablar de lo que no sabe, pero no sería nada descartable este sobaco al policía que se encarga de estos asuntos de contrabando de la verdad y del vicio a través del río (con los dos lados interesantes para un hombre que es policía) y yo aprecio esta discreción de Euxebio, quien me sigue hablando...: "entonces hay contactos indirectos, y se saben los unos algunas cosas de los otros; no todas, claro, pero algunas; por eso..." y Euxebio me está diciendo un énfasis que yo agradezco:... "por-eso-no-debe-Leontxio-fiarse-demasiado de sus canales con este lado de Sorjín... ¿me entiendes?", me pregunta, y le digo que sí, claro..., pero me gustaría saber más, ¡puede ser importante para los muchachos!... ¿qué más sabe?...; "sólo esto te puedo decir ahora", me dice Euxebio: "¡cuidado!"...; "pues muy bien", le digo, "éste es un servicio que puedes rendir al comenzar tu contacto con ellos al otro lado, esto nos va a ayudar a todos"..."...; "puede ser", me dice Euxebio pensativo; yo estoy intrigado por estas extrañas vinculaciones posibles entre Leontxio, Eulogio, Rosendo y el mismo Euxebio... ¿qué mezcla es ésta?, me pregunto cada vez más aturdido por la sorprendente situación que se está abriendo ante mí, ya lleno de todas las brujas que no debo decir a nadie, y menos a Euxebio ahora, y espero un rato, y espera ahora

Euxebio, porque tampoco habla, y hace rato que no nos queda una gota de cerveza..., "¿otra?", me dice Euxebio, gran bebedor, y le digo que no al tiempo que miro al reloj y le estoy diciendo que nos tenemos que levantar, que tengo que despertarme temprano en la mañana, y me levanto, y Euxebio también, y vamos saliendo entre las mesas, algunas ya vacías, y caminamos un poco por la acera con gente, porque está la noche tibia y clara, brillante, y de pronto Euxebio me agarra del brazo y me dice: "¿sabes, por ejemplo, que Leontxio ha mandado tres cartas a Estibalitz y ella no le ha contestado?"...; "no", le digo, "no sé, y no tiene tampoco, esto importancia; son vecinos; no veo por qué no va a escribir él, y comprendo que ella no se atreva a contestar, se evita el compromiso"....; "¿se evita qué compromiso?", y Euxebio está sonriéndome con malicia y con su mano en mi brazo todavía; yo, que sé más que él sobre esto, le digo, y reserva por reserva: "tú me has contado cosas, y es justo que yo te diga las mías, ¿no?... pues te diré reservadamente que Estibalitz es una de las más activas recogiendo dinero para los chicos que están exiliados al otro lado del río, eso es, y que quien recibe el dinero es Leontxio, que parece muy natural (¡y no te rompas la cabeza!) que Leontxio le mande algunas cartas rindiendo cuentas, porque yo colaboro, aunque no estoy directamente vinculado a la administración de estos fondos, y Estibalitz sí, y por eso me parece que no le conviene escribir a ella una palabra de su mano, me parece que hace muy bien)"...., y yo pensando, escociéndome todavía el pensamiento, ¡la obsesión!, de haber visto a Estibalitz con el hijo de Salomé, la mujer del maestro Romancio, y sin atreverme a nada...; "estás equivocado", me dice Euxebio con el aire suficiente de otras veces, ¡parece haber vuelto a hincharse este hombre!..., pero le pregunto con los ojos qué sabe...: "Leontxio está enamorado de Estibalitz"...., y se me ha quedado mirando, seguro de la sorpresa. y yo sí me sorprendo, ¡otra esquina que le sale al aire!, aunque todavía no lo termino de creer, y sigue Euxebio por ese camino real de la confianza triunfal: "Estibalitz es muy joven, pero Leontxio le ha pedido que salte la frontera para casarse con él al otro lado del río... ¡y no casarse con la bendición de don Pello, tu bendición, la de la iglesia!"... y le ha quedado a Euxebio la palabra en el aire, a posta, para que me cuelgue yo de ella..., me está haciendo Euxebio en estos momento esta pirueta de crear el suspense para mí sólo y me dice, por fin: "pues sí, le está pidiendo Leontxio que se case con él de esta manera que te estoy diciendo, don Pello, ¿te sorprende esto?"...., y se me ríe Euxebio, y tiene razón, si es verdad, porque tampoco tenía esta noticia de las relaciones entre los dos; soy contacto entre ellos, y nadie me ha dicho una palabra; tampoco me deben ninguna confianza, esta es la verdad; yo les ayudo a recoger el dinero y escribo a Leontxio y a los demás chicos para animarlos en el destierro; todo esto es nuevo, ¡nuevo sobre lo reciente de Estibalitz con Jesús!, ¡y por eso más sorprendente para mí!... "¿es cierto?", le pregunto, y lo estoy viendo en los ojos; Euxebio me dice que sí, y mientras avanzamos hacia donde he dejado mi moto le estoy diciendo a Euxebio, porque tengo que decir algo en este momento de callarse Euxebio con la risa de mi susto, que Estibalitz es muy bonita chica, y muy seria..., y también Leontxio es ya un hombre completo... y que me sorprende sobre todo este detalle de la condición que está poniendo a este... enlace... "¿estás seguro que Estibalitz no le ha contestado?", y Euxebio dice: "seguro"; entonces, y mientras avanzo a su lado, comento: "acaso es más hermana de Leontxio que novia, eso pasa a veces a los que están demasiado cerca"...., para que me diga algo más, si sabe, esta caja de

sorpresas que es Euxebio, ¡esta es la verdad!, y Euxebio me dice: "anda, súbete a este bólido y vete, que es tarde, y de eso, la verdad, no se más que lo que te acabo de decir, y... sólo para ti"...; "claro"... le digo, y añado: "bueno, me he alegrado mucho de verte más repuesto... pareces otro que hace una hora, y dime antes de que me vaya cómo vas a hacer las cosas, cuándo puedes pasar el río, ¡cuanto antes!" Euxebio se queda pensativo un rato y me dice: "podría ser esta misma noche..., pero ¿qué hago con el empleo?...; ¿no te parece que debiera despedirme antes?"...; "no", le digo, "no te se ocurra hacer esta tontería!"..., y soy un cura el que estoy dando este consejo a Euxebio, "si tu situación es tan peligrosa como parece por lo que me has contado, no pierdas ningún tiempo y no te expongas a que te cacen al saber que te estás despidiendo, ¡de ninguna manera!..., ¿puedes irte esta misma noche?", le pregunto, y me dice Euxebio, y satisfecho, que sí, "...y ¿dónde te espero?", (espérame mañana en la tarde al otro lado del río, en esta dirección, a las seis"... y le estoy escribiendo en un papel que tenía el mismo Euxebio... "dile que vas de mi parte y que llego a esa hora, de lo demás me encargo yo"...; "gracias, Pello", me dice contento, lo puedo ver con su papelito en las manos cuando me subo a la moto, y me acuerdo, de pronto, de algo que quería decir yo a Euxebio hace un tiempo, y no prendo la moto todavía, sino que le digo: "Euxebio, a ti, Jone Mentxaka, ¿te interesa?"...; no hubiera podido dar en parte más sensible de Euxebio que ésta, porque se le han abierto desmesuradamente, del susto, las pupilas, y me dice, al fin: "¿por qué?"...; "yo te lo estoy preguntando", le digo, "dime si esta muchacha es para ti algo más que cualquier otra, dime seriamente si no es un juego, si eso... si fuese posible, te llenaría de veras"..., Euxebio no sabe qué decirme, parece, porque me mira, baja los ojos, asciende la mirada hasta la moto y hasta tropezar con la mía, con mis ojos, y me dice: "sí..., ¿pero cómo?"..., yo se que es una pregunta con muchas interrogantes juntas, y le digo: "no te prometo nada, absolutamente, te lo advierto desde ahora, pero... déjame... lo que sé es que Jone está realmente preocupada por ti, lo sé por lo que me ha dicho y lo que ha dicho a otras personas, y yo veo algo más que... compasión, algo más que una simple preocupación por un amigo... de esto hablaremos mañana en la tarde, pero ¿te gustaría escribirle una carta, por ejemplo, y ella te contesta y lo sabes?... ¿que te parece?"...; se me sonríe Euxebio y me dice, haciéndose el fuerte: "anda, vete, que es tarde para ti, hablaremos de todo mañana"... me ha dado un apretón de mano sobre un brazo que todavía, ahora que estoy ya a medio camino de mi viaje de regreso todavía me duele y me mantiene vivo el recuerdo de que todo lo que acabo de saber es verdad...

28

Habla Sixto con Salomé, conmigo, de mil intrigas diferentes hasta cuando me está diciendo las inocentadas del tiempo; no suelta media verdad siquiera a su mujer, que es la que le trabaja el maíz en el molino; es un poltrón, ¡el zángano del pueblo!; pero ya puede echarme Sixto los embustes como si fuesen joyas, porque sé cómo hacerles a esas palabras de mentir la torcida, atornillarles a mano el pabito y rodearles de la cera que fabrico yo misma en los huecos de las orejas para prenderle a ese cerón un fósforo, encender esa vela y encontrar así el ánima del sentido exacto a las voces de Sixto por la

entonación de la sorpresa, el disimulo, la solapa de alargarle él a una sílaba la cola invisible del mono que lleva dentro, buscando en esas confidencias que siempre son una mentira para hurgarle la verdad

.... Se lo vengo diciendo a Eulogio.

Lo he prevenido, que no se fíe de este hombrecito que está oyendo más que diciendo; yo, Salomé, sé que aquí, en Sorjín, son así, maliciosos, zorroclocos; como principio, no me fío del que habla en el dialecto. Eulogio, lo mismo. Pero Romancio, ¡en la luna!..., y diciéndome que a este pueblo de pastores le den lo que pida; que por qué no, ¡que cada uno puede hacer con lo suyo (¡ni que este pueblo de borregos se lo hubiesen parido ellos!) lo que le da la gana!... ¡qué gracia, ¿no?!...

Está Salomé tan ocupada buscándole a Pelusita los huesos de la cabeza que no oye que Sixto le está diciendo a Romancio que están tocando en la puerta...

Y baja Romancio.

...Salomé le siente, eso sí, a su marido las andaduras por la forma en que le crujen a Romancio los huesos de los pies y las rodillas, que eso, las quejas en las bisagras del cura, ha sido de siempre; Sixto, callado; Salomé esta oyendo así, sola, embabiada, y le suena el silencio como un motor que no termina de arrancar en los esfuerzos de unos como pequeños pujos sibilinos de alguien que está trabajándole la cabeza y pasándole cosas que ella termina figurárselas a la manera de cuando busca y busca oírle Romancio a la emisora comunista que le da resbalones, ¡bien hecho!, como sobre jabón, como si le patinaran las palabras sobre ruedas de sebo duro y unos ruidos y chifladas que no comprende ni la bruja que las fabrica para confundir los fuegos a Romancio. Las escobas, y gracias a Dios, están en el todo. Después, como no entiende a las luces de esos ruidos más que los relumbrones de esas voces acostadas entre pitos, los parpadeos de estrella y unos silbidos como de aire caliente, ¡de infierno!, las cambia a su saber, a su gusto de lo prohibido, y se las habla solo porque no tiene otro regazo donde depositarlas... A los muchachos no les puede decir en clase estas cosas, ni un cuarto de la mitad... Está subiendo mi marido el cura con ¡Eulogio!; y Eulogio, que soy yo, veo que esta vez me llegó a tiempo el hombre... un gandul que está de gorrón en cada fiesta, jolgorio, entierro, canto, celebración y boda que hay en el pueblo y me suena a calabaza hueca; mi prima tiene razón: ni agua tiene este melón... acaso vino, y vino que ya se está haciendo vinagre... Ya es hora, acaso, de que deje de amargar esta hiel hecha con vino dulce, que es el peor y el más amargo de los vinagres, para amargarme las guindillas... Si me sigue jodiendo y comiéndome de los dos lados el chorizo le pego el corte... y parece que se lo han dado desde el otro lado!...; ¡talentos que tiene uno!...; me estoy oyendo hablar del tiempo, una madeja que me da y me da hilo, bastante, y no se termina el sol ni la lluvia, lo fresco, el sirimiri, ¡el viento caliente que hace hoy!, mientras estoy en las cosas que son de más obligación que las pajas que me digo y pueda decir este chivo con boina que estaba en la bodega de Iñaxio el día del mitin y no me vino a dar la cuenta, ni una sola palabra del comunista; le hablé en confianza, de Comisario a Concejal con sueldo, y me habló berzas, puerros, helechos de estiércol, pero no me dijo de los mítines... Luego me saluda, muy servicial, me suelta hilos que no conducen a ninguna parte, ¡algún papelito que otro!... ¡cabrón! (le está comiendo su mujer Baldomero, el alguacil, mientras va con los recados al "concejal" cuando no está); y muy amigo mío el

Sixto de las dos caras y los cuernos, muy bien... ¿sería de los primeros en pegarme un tiro!...; yo le digo: "señor Aranburu" y si tendremos agua bastante este otoño, si no hay peligro que pase lo que el año pasado, que nos quedamos sin agua, y el fiestero me está diciendo que no, que no, que eso no vuelve a suceder, y maliciando, seguro, los kilos de dinamita que le han puesto esos maricones al depósito de arriba, (¡y acaso con la ayuda de otro concejal en quien no creo: Etxegoien!) y que estamos buscando y no conseguimos y él, Sixto, no está diciendo dónde está..., podría yo agarrar a tres, a cuatro, y ponerlos a cantar... pero voy a dejarlos llegar con el fuego a la mecha... si hay un hueco bueno para volar la presa, lo sabe Sixto, quien estuvo de encargado, ¡de vago!, cuando la terminaron de construir hace seis años... Esta confianza de que van a volar el depósito sí vale las "diez" mil pesetas para el presupuesto (siete y tres, éstas para mí para que me quede algo de este cabrón) al mes que le pagamos por saber el dialecto y eso, servir a la justicia, y no las pajas de este boecio que, decían, se le podía comprar por menos, y valdría, decían, más, cuando no sirve ni para soplar botellas... ¡lo que sabe este gilipollas lo sé yo!; está en todas partes, es verdad, ¡y a veces (lo he podido comprobar) a la misma hora!; son habilidades que se han aprendido en esta tierra por el pluriempleo, y lo viene usando religiosamente (¡aquí son muy beatos!) sobre todo si hay de beber y hay *kaxuela* (como la llaman ellos, aunque esta cazuela sea de gato); pero para mí, este Sixto es como si no estuviese en ninguna parte... ¡no se entera este gili ni dónde está!... Puede decir lo que ve, claro que sí (cuando lo dice), porque a esos ojos de cazador furtivo, de trampero, lo que le sobra es vista; pero un ojo, por bueno que sea viendo, no oye, es sordo, y lo que son las orejas de Sixto Aranburu no oyen más que paja dicha en el dialecto y erupto de borrachos y gritos de pujar levantando piedras, arreando bueyes con agujijones como cuchillos..., ¡criminales!... en las pruebas que organizan los rústicos de aquí... ¡Y que se quieren independizar!...

Estoy mirando a esta cara redonda como borono y con boina grande que le cae como la bolsa de agua caliente de hule negro que se ponía mi madre en la cabeza cuando le daban aquellas parálisis faciales que la dejaban, pobrecita, como cosa muerta... ¡alguna vez que le oigo el dialecto no lo puedo soportar!

Acaso es de los que sabe dónde le están poniendo los cartuchos al depósito de agua...

Puede estar metido este Sixto, no porque sirve este borrego de algo, sino por eso mismo (deducción de policía) porque no lo parece. Es de los que tiene que cuidarse uno más... Tiene el Sixto unos ojos blancos y de mentir, como de gusano, que son lo que me están viendo ahora..., y sí, yo, Sixto, el que está viendo ahora al policía con estos ojos, porque no tengo otros. Ya sé lo que quiere Eulogio, y le estoy diciendo ahora otra vez que, efectivamente, habrá agua este año, bastante... cuando lo que estoy pensando es que es éste el que está pegando a Juan Joxe y a Lertxundi, nietos de amigos míos, ¡niños!, que están presos y los ha tenido que ir a ver don Alejo (no quería, del susto que tiene el médico, y también el Comisario Eulogio, de que se les mueran de la paliza), y don Alejo ha ido a pesar del miedo y no ha dicho nada por escrito, no ha querido firmar un papel; le ha dado miedo decir que está bien, sobre todo uno, Lertxundi, quien dice que puede morir de hoy a mañana.

Y ahora Iker Urreiztieta, que ni se sabe dónde lo tienen...

En el pueblo, este hombre fino que está hablando lanas de cordero en "Aranburu" es: "El Torturador"; un título; yo lo llamo: "señor García", "Don Eulogio"; aquí es Eulogio sólo y me mira con unos ojos saltones que si oliesen hederían a azufre quemado, pero no hacen sino ver, redondos como de besugo asado al horno, que lo que saben a uno los ojos de pescado es a nada que tenga gusto, a una harina sin sal... pero que ahora parece que esos ojos de *bixigu* me están viendo las tripas...

Don Romancio, callado.

Ahora que está su primo presente, Romancio es otro; muchas veces me habla a mí cosas buenas del pueblo y malas de la policía, y llega su primo Eulogio y se calla, ¿qué quiere decir esto? Que todos están contagiados de las mismas colas de paja de las escobas, de la misma brujería que esta vieja que está acariciando a la gata y fabricando esa voz tiesa de alambre de atar pacas de paja con la que me habla siempre y sólo porque vengo a cobrar la renta alguna vez que la necesitan en casa o me quiera Eulogio aquí, pocas veces...

A esta gata le voy a arrancar un día los pendientes...

Acaso no valen nada, y acaso sí, brillan bastante; don Romancio dijo un día delante mío a su mujer que era una locura ponerle esos pendientes buenos a la gata, que cualquier día se la mata en el pueblo una piedra tirada por un muchacho. Para esto, para que la mate un chico, mejor se la mato yo. Si fuese esta gata un gato, hasta me la podría comer; como es hembra, y con pendientes, no sirve más que para quitárselos... Yo he visto a esta gata en la basura de la huerta de Basilio brillándole las orejas como ahora. Esta noche, ¡es una idea!, me las puedo coger. A la gata le puedo dejar viva (si se deja de esa manera) para que la ciega tenga dónde pasar la mano en sus noches de estar sola, haciendo calceta o cosiendo rotos de pantalón o de los calzoncillos largos, ¡larguísimos! (los he visto colgados en la huerta) de don Romancio.

¡Pero como hay Dios que le quito estos pendientes verdes esta noche!...

¡Y que la bruja, si es bruja, averigüe quién se los quitó, o que se los pida a su primo Eulogio el policía, que se los busque!... Ahora está hablando don Romancio de unas jaulas para pájaros que hacían en Algarrobo, muy buenas... (y yo descansando de la loca, que está delante mío, pero en otra cosa y en otra parte, acaso oyendo las historias de su abuela); este hombre, digo, Romancio, es bueno; es algo raro; tiene esas cosas de que sale a cada rato a orinar y los muchachos le cuentan cuántas en una mañana, y se dice en el pueblo (es pequeño este pueblo) que la vieja le tiene embrujado el pito, pero que ella no le puede dar nada porque no tiene qué, que acaso Salomé es un hombre.

Bigotes, tiene.

El día en que enterraron al perro fue una función como de iglesia, con *il-kutxa* (ataúd) y todo, y cura (don Romancio) y ella hasta le dijo a "Relámpago", y llorando, unas palabras; don Romancio, callado; estaban, con el perro muerto en la caja, los dos: Romancio con la pala y la vieja sollozando; los dos solos; creían ellos; pero fue un circo de ver y de esconderse tantas cabezas de niño y de mujer y de hombre y de viejo en hilera prieta en todo lo que daba el muro largo de piedra que rodea la huerta grande de "Aranburu".

Al día siguiente apareció en la huerta, y encima del muerto, una cruz.

Cuesta creer que este sacrilegio lo haya cometido nadie de este pueblo. No por falta de la maldad que hace falta para eso; no por falta de la mala leche, que sobra, sino del miedo que le tiene aquí la gente a hacer una cosa así con una Cruz (aunque esté hecha de dos palos amarrados con hilo negro) y contra la Iglesia; y dicen (dicen) que es, que puede ser don Romancio para reírse de su mujer y porque él es cura. Yo particularmente, creo que el hilo era de la vieja.

Que Romancio es cura lo sabe todo el pueblo.

De cuando llegó hace dos años del servicio militar Iztueta y lo dijo: estuvo en el batallón con uno de Algarrobo, y que allá todo el mundo sabe que don Romancio tuvo líos con la hija del alcalde y que si le hizo un hijo; se dijo; don Romancio se salió de Algarrobo y se fue a otro barrio de la ciudad, todavía de cura; luego colgó los hábitos de una percha y se casó; todo el mundo allá lo sabe ahora en Sorjín.

A uno le saben la vida, y a veces más allá porque se le añaden inventos grandes que están más lejos que la vida de uno...

Es cuando él, Romancio, termina de estar callado y abre esa boca grande de caérsele la quijada cuando habla y comienza a decir (porque lo ha empujado su mujer y frente a Eulogio) que le han pasado ese papel por debajo de la puerta; se refiere (y se lo está enseñando desde lejos, por si acaso) a un folleto que tiene entre sus dedos largos y peludos; dice que se lo han resbalado por debajo de la puerta y que no sabe de dónde viene; se pone don Romancio a reír sin ganas cuando Eulogio y con esos ojos de besugo salidos se lo quiere quitar; el maestro dice que no; yo, callado; ¡claro!; doña Salomé, callada, oscuramente callada y con los bigotes arrugados; y Romancio en que no, ¡hombre!, y pensando Romancio, yo, que por qué ha tenido que decir su mujer, mi mujer, mi propia esposa, lo que estoy leyendo, cuando es cosa privada de Romancio Lozano, maestro de escuela, ¡ahora profesor!, hombre culto y que se supone que sabe leer y tiene curiosidad por lo que pasa; yo no soy un niño, ni le he puesto una barriga a nadie, como ha hecho Eulogio con una prima suya, ¡y mía!, cuando estaba cumpliendo el servicio militar y llegaba a casa del tío Eduardo; ¡esto es verdad!, y en cambio me carga él, Eulogio, a mí el chantaje de una barriga porque dice el Vicario de Algarrobo, aunque no es verdad, porque él, el Vicario, debe saber, por como sea, y aunque le haya llegado por confesión, que había otro, y no cura, que andaba con ella, con la barriga de Inés, más que yo. Ese tal, ¡claro!, era pariente del Vicario; eso no se lo pueden tocar... En cambio yo, que soy un cura, un hermano en Cristo y con los pecados, y los reconozco cuando son míos, a mí, digo, me saca del pueblo y me manda al monte. No aguanté dos meses. Y Eulogio con la amenaza de decir esa mentira en la mano, y no hay derecho a que nadie, aunque este nadie sea un primo que es Comisario, me haga un chantaje con una calumnia; soy primo del Comisario, claro, pero dueño de mi casa y de mis ojos que quieren buscar, y ver, la información de lo que dicen los que no escriben en los periódicos (¡las hojas parroquiales del gobernador!) y los que no pueden hablar en los papeles ni en la radio ni en la televisión, vigilados celosamente por el gobierno.

No me voy a dejar robar esta libertad, porque da la casualidad de que no hay otro modo de saber.

No dejan que haya otros que hablen, que escriban; para tener de esta manera la razón de decir esta verdad no hace falta ser "comunista", y si nos obligan a ser

comunistas o separatistas a todos los que pensamos que la verdad es propiedad de todos, estamos haciendo un gran favor, y en bandeja de oro, a los separatistas y a los comunistas; pero Eulogio no tiene (le da) seso para eso; o no le importan los comunistas ni los separatistas de este pueblo, sino que no le quiten, ¡no le toquen!, lo suyo, lo que tiene ahora y desde hace tantos años, su puesto en la vida. Y resulta eso, que hay miles y miles de Eulogios con kepi, con sombrero, con boina, a pelo, dispuestos a defender el cocido y los privilegios, ¡los monopolios!, a como sea y en nombre del orden y de la Iglesia.

Para tener derecho a hablar en Sorjín, debería bastar la voluntad de querer decir algo, y, si se es muy-muy exigente, hasta bastaría tener razón; pero para *tenerla* él, Eulogio, aquí, tiene el Comisario que tapan la boca a los demás, a como dé el mazo, y ellos, gobierno y Eulogio, que son la misma cosa (el mismo mono vestido de hombre), se quedan con la verdad completica para ellos solos: es *el dogma*.

Esto, y yo lo sé bien (¡me lo enseñaron!) es, y, desde muy viejo, sagrado en esta tierra llena de estrellas e hisopos.

Y así Gobierno y Eulogio siguen hablando en artículos de fe de lo bueno que son ellos y de lo malo que son los demás; esto, este folletín, no se lo permito ni a los niños de mi escuela unitaria, que están tan mudos y son tan dóciles, resultan tan inútiles, tan (y es triste tener que decirlo sin ser de aquí) inválidos, y menos; esto es lo que estoy yo obligado a formar (a pesar de mi rebeldía) con los programas oficiales de la ciudad: menos que hombres que no saben andar, ni pensar, sino copiar en una lengua que no entienden cincuenta veces que deben hablar como los niños de la ciudad, aunque ese hablar sea el repetir de los pericos.

Y luego ocurre que hasta a estos pericos les comienza a salir la barba y les nace, por poco que sea, una pizca de imaginación, aunque sea pensando en sorjín, y los llaman: gamberros, hippies, "pocos", "unos cuantos", "desadaptados"; pero a un hombre, a un cristiano, al que le ha salido la barba en los cojones y le sube al mismo tiempo a la barbilla (pura naturaleza), ¡le tienen que pesar, arder, las bolas, más o menos, y la lengua, y los puños, y el dedo de disparar!...

Es de ley, ¡y de Dios!, que a un hombre le salga la barba y la iniciativa y las ganas de subir al monte a vencerle una dificultad a la tierra, de subirle a la luna, de cazar estrellas, de ascender, de subir, a la verdad, a la belleza, a la libertad...

¡Si todo esto es de Dios, Señor!...

A veces, y para no volverme loco, trato de tomarlo todo a broma; porque estas bestias, aunque ataquen de frente (que es pocas veces) son muy peligrosas; ¡hasta disfrazadas de primo carnal me pueden chantajear con mi hija de Algarrobo que no estoy seguro que es mía, con la sotana que (esto sí) colgué de verdad, con la tonsura como una Hostia que se me llenó de pelos hace años!... Pero no le paso a Eulogio este papel; si hasta debe tener docenas recogidas en el pueblo, iguales que éste; él reconoce estos papeles hasta vistos de canto, y le sabrá el nombre del que ha hecho el trabajo...

¡Hay soplonas para todo!

Es la ley suprema, ¡el orden!; ley que nos protege contra la anarquía; es la paz del benefactor, del sacrificado; la que se despierta en el niño con el coco; la que se mantiene cuidadosamente con la ignorancia; se prende fuego a algo, acaso a los pantalones de un

hombre (con el hombre, ¡Joxeba!, dentro) y no importa... ¡pero que no se vea el humo de esa carne, ¡esa alma!, quemada, sacrificada; que no se le vea a ese hombre la voz en un libro que va a salir, que ha salido, ¡que no se vea el humo!... El humo, en la Iglesia también, se ha convertido en pecado, y el fuego sigue gozando hasta de prestigio para aviadores en día de mercado si se paga lo suficiente, hasta de indulgencias plenarias, absolvederas y vista gorda, hasta bendiciones... La ley de abajo (y lo está diciendo uno que ya no es cura y no es tampoco de aquí) así, a ras de basura, y la de arriba también raseando la tierra, son dos cosas, y, sin embargo, humo y niebla andan mezclados por los Eulogios y otros tonsurados desde hace mucho tiempo. ¿Por qué y para qué esta confusión?... El humo es de aquí, y se irá posando en la tierra, en el mar, en el río, sobre los tejados de las iglesias, sobre las verduras que vamos a comer; tiene este humo marcada la dirección; y, en cambio, la niebla es de allá, y el Dedo le marcó desde el Comienzo el camino de subir y de nunca quedarse pegado al barro, porque hasta que salga un poco de sol (¡y el sol, aunque hay noches largas en que parece que no va a salir nunca, siempre termina por salir, ¡y cuando no salga, ya no importa!) y entonces las pisadas de la niebla comienzan a ascender el camino que le tiene marcado el Cielo.

Hay gente confundiendo estos blancos y negros de humo y niebla que flotan en la vida.

Mientras yo hablo en voz alta (no esto que me estoy diciendo, sino la broma de estos papeles que echan por debajo de las puertas) Sixto está callado; lo que quiere decir que está asustado de lo que puede pasar en el pueblo; aunque, y también esto puede ser verdad, quién sabe si es él mismo el que ha pasado este papel por debajo del portón esta mañana temprano... Aunque no, ¡por lo temprano!... O ha podido hacerlo al anochecer, ayer; a veces uno ve las mañanas según las han dejado hechas las noches; son misterios; o no tanto; cubos de basura que uno ve en la mañana delante de los portales y acaso han sido dejados anoche; uno ya no sabe cuándo florecen más las flores, si de día, con el sol, o en la noche, con el rocío, y si esas flores son veneno o no; uno ya no sabe en qué creer y en cómo... Y a mi mujer, ¡¿qué le importará que yo lea estos papeles?!; eso, la preocupación y la obsesión por lo que no le importa por lo que no sabe, por lo que no entiende y sin embargo le gusta más que la leche a Pelusita, la tiene en el mismo limbo lleno de brujas y supersticiones, sintiéndole yo a ella los celos pegajosos, untuosos, y a la vez repelentes y duros como alambres, cuando yo, Romancio, estoy sin poder orinar una gota junto a la ventana; al fin tendré que operarme, porque la inflamación de la glándula prostática unida al cuello de la vejiga de la orina y a la uretra me tiene cerrado el conducto. Estando una noche, así, ayudándome el dolor con el dedo y viendo la calle desde la celosía, vi cómo pasaba (y de eso hace dos meses) Sixto Aranburu unos papeles por debajo de la puerta de Estibalitz... ¿Eran de los rebeldes, eran del mismo Comisario?...

No dije nada, claro; a nadie; ni a mí mismo, por si un acaso, me digo muchas de las cosas que sé y que pienso.

Alguien, digamos Sixto Aranburu, pensará que yo soy acaso un hombre culto... ("buenos días, don Romancio"...) entero, que no le tiene miedo a nada, y soy de darme lástima cuando me hablan de algunos que ha habido que operar de próstata me doy yo mismo los masajes, cosa cruda, desagradable, y acaso inútil, pero no quiero que nadie

me llegue aquí abajo tan escondido siempre para un cura aunque haya colgado el hábito... y que me llegue con un bisturí; ni con un dedo de otro; no se lo digo a Salomé, ¡ni muerto!, porque es capaz de empujarme a la operación y sólo por verme sufrir...

¡A ver si me muero!

Ya me está torturando bastante con los relojes; uno ya no sabe qué hora es ni cuándo tiene que levantarse Jesús para que llegue a tiempo del relevo en la mañana, ni cuando son las doce para comer, aunque Salomé diga que ella le sabe al sol la mayor altura, por el calor; le sabe la hora de salir yo para la escuela por la furgoneta del lechero, y si el lechero llega tarde, porque se le ha pinchado un neumático (ya van dos veces) ¡llego yo tarde a la escuela!...; así pasa a veces que la comida está tarde para mi apetito y mi horario de clases y uno tiene que levantarse a media noche y hasta veinte veces para ver la luz a la mañana y Jesús no llegue tarde a trabajar.

Esta casa esta poblada de las manías de Salome.

Ella me cela cuando me levanto en la noche, cuando salgo para la escuela, cuando subo al desván a tomar un poco el sol y a darme los masajes. No es, necesariamente, que me siga cuando salgo, sino que la veo vigilándome en el gesto de la atención abstraída con que alarga la cara y alza los ojos, que aún no se han resignado a no ver. Ella cree (como esos niños pequeños que esconden la cabeza y se creen invisibles) que yo no la veo en las muecas, en los mohínes, porque no ha conseguido domar todavía los reflejos en los pellejos, en las cejas, y siguen todavía instintivamente los movimientos y los sigilos de los globos de ver que ella los tiene podridos; y hablándome luego las medias palabras con retintines de alambre y como castigo de haber yo cometido alguna ofensa muy grave.

No me dice más; ella cree (y es verdad) que no me hacen falta las explicaciones.

29

Son las once menos un minuto en el reloj de Leontxio cuando llega *Maixu* de vuelta a "Intsusain"; le han oído llegar los pasos porque estaban prevenidos por los dos siseos de lechuza de Jon, Lertxundi; uno sólo hubiese dicho "peligro"; dos, no; *Maixu* llega con Gaxpar donde Leontxio.

– Qué hay?" –le pregunta éste.

Habla *Maixu*:

– Eulogio está en casa; hay luces, y lo he visto por la ventana, la tiene abierta; está vestido; está su coche en la calle y hay un hombre dentro; y hay alguien en mi casa: Sixto.

– ¿A esta hora? –dice Gaxpar.

– Sí.

– ¿Qué hace? –insiste Gaxpar.

– Habla con mi madre; Romancio está leyendo el folleto que se repartió ayer...

– Acaso se lo dio el mismo Sixto –dice Leontxio–; ¿te vieron?...

– No –dice *Maixu*–, entré por la ventana; veo y oigo desde mi cuarto...

– ¿Cómo es eso de que le ha pasado el folleto Sixto? –pregunta Gaxpar– si se lo dejaste tú mismo, *Maixu*, ¿no?

– Sí –dice *Maixu*–, ayer noche.

– Bueno, no importa– dice Leontxio.

– A mí sí me importa... –dice Gaxpar– y con las malicias de por qué ha hecho su hermano la insinuación: ¡de verdad o por la mentira de que se trague *Maixu* la duda!... Siempre esta maña de Leontxio!... –Está bien, gracias, *Maixu*.

Y *Maixu* regresa al grupo silencioso que lo está esperando con la preocupación de ese secreto presagioso al otro lado de la oscuridad de la *ganbara*.

– A mí sí me interesa –repite Gaxpar–; ¿cómo es que repartió Sixto los folletos?

– Primero, que yo quería que lo oyese *Maixu*...

– ¡Todavía! –le interrumpe Gaxpar levantándose con brusquedad.

Le han oído, la brusquedad del gesto, al otro lado.

– Siéntate; si no es él, no le ha hecho daño; y, por otra parte, hay algo de verdad... (que sólo te la cuento a ti)... ese hombre es una neblina... puede que le cuenten cosas, algunas se las decimos nosotros mismos, porque nos interesan, y otras nos las cuenta él... –y Leontxio se ha detenido en esta malicia sinuosa de no saberle Gaxpar el destino...

– ¡Sixto Aranburu!... –insiste luego del silencio y con el cuidado en el tono de que no se le rompa ese hilo de hablar a su hermano...

– ...Sí, el *alperra* (vago) se cubre por los dos lados, seguramente, y uno no sabe por cuál se recuesta más; puede ser inofensivo... si sabemos cuidarnos de él: escucharlo con recelo, no decirle más que la mitad de lo que es "necesario" que sepa el Comisario...; si le quitas a este poco algo más, mejor; por si acaso... ¿entiendes?... a menos que quieras que sepa algo Eulogio, y entonces le dicen que no se lo diga, y estás seguro de que se lo dice porque necesita confesarse con el Comisario: cobra allá...

– ¿Y nosotros?... –pregunta Gaxpar.

– Nosotros no tenemos con qué pagar a nadie; pero él sabe muy bien que se lo podemos cobrar cualquier día; sólo esto basta, y sobra.

– Y el policia, ¿qué hará? –pregunta Gaxpar.

– Ya lo vamos a saber; siéntate aquí, hombre, y pon la cabeza más lejos de la ventana... y escucha con cuidado porque tenemos que recibir los informes.

Se han quedado los dos hermanos escuchando: están así un rato que parece largo, pero mira Leontxio su reloj: las once y cuarto; "no vienen todavía", dice, y pasan dos, tres minutos más cuando se oye un siseo de lechuza: "¡uno!", dice Gaxpar en un movimiento de levantarse: "no importa", dice Leontxio, "eso es que no lo han reconocido... ¿tu dijiste a los vigilantes que den las señales y no se muevan hasta que se les responda?..."; "sí", dice Gaxpar, ya inquieto; "será uno de los míos con el informe, espérame aquí"... y se mueve sin ruido Leontxio y baja; Gaxpar se queda junto a la ventana, y oye el ruido de aceite levisimo que hace la puerta y un siseo corto que le conoce a Leontxio, y pasan dos minutos, y de nuevo la grasa sobre grasa de la puerta y está subiendo Leontxio y dice a Gaxpar mientras se sienta en su sitio: "Pasó *Maixu* por la casa de Eulogio, no entró, regresó por el atajo, guardó la bicicleta en el zarzal que está sobre la alcantarilla..."; "¿y el puesto de Eulogio solo?", observa Gaxpar con alarma; "no, hay dos hombres en cada punto... y eso, es lo que voy a decir, si me dejas, que luego Eulogio bajó, montó en el

coche y salió"; "¿hacia dónde?", pregunta Gaxpar; "hacia arriba, al casco viejo... por la muralla"; "¡a la Comisaría!", dice Gaxpar; "puede ser, o a la casa de Don Rosendo... tenemos que esperar"... Gaxpar va a hablar, pero se calla ante el gesto enérgico de Leontxio de mirar en su reloj a la luz del resplandor blanco de la luna y son las once y doce minutos; la espera queda rota por otra señal, y desciende Leontxio sigilosamente y regresa al rato para decir a su hermano: "Llegó Sixto, efectivamente, y también Eulogio está ya en casa de don Romancio"...; "¿sí?", se sorprende Gaxpar; "sí, y está bien... no llegó en coche, lo habrá dejado en alguna calle más abajo; el Comisario tiene la gente esperando en el depósito... ¡para cazarnos con la dinamita en la mano!; ¡él juega, nosotros jugamos!"...; "¿y qué le dirá Sixto ahora?", se pregunta Gaxpar y para que le oiga su hermano; "no sé, uno nunca sabe lo que va a contarle ese soplón, pero no podrá contarle lo que no sabe..."; "¿qué sabe?"...; "Sixto sabe que vamos a volar el depósito a las doce, más o menos, y que la dinamita está en "su sitio", un sitio que él no conoce y se debe estar imaginando diabluras... deben andar locos todavía buscando los cartuchos donde no están!, y..." "te olvidas de una cosa", le interrumpe Gaxpar..., pero se oye otra vez la señal y mira al reloj: son las once y diecisiete, se lo dice a su hermano y baja éste, Leontxio, con menos precauciones que antes, y al minuto sube, y dice a Gaxpar mientras se sienta tranquilamente: "han llegado dos hombres a la Comisaría y han salido cinco; han apagado las luces; no ha llegado ninguno de los que anda tras nosotros, y la cosa no parece ser por este frente, por fuera de este grupo tuyo, sino seguramente aquí todavía..."; "¿estás seguro?", pregunta Gaxpar; "de allá, de lo que han visto mis hombres, estoy seguro, porque la gente que está en nuestros puestos está ya muy probada y conoce el pueblo y su gente muy bien"...; "¿Los conozco yo?"...; "*bai, gizona!*" (¡claro, hombre!), pero no sabrás quiénes son, porque no lo necesitas y no te conviene, y seguramente son los que te parecen menos probables... pero, ¿qué me decías?... que me olvidaba yo de algo"...; "sí", dice Gaxpar, "que hay todavía un soplón entre nosotros, ¿no?"...; "sí, creo que sí, y yo creía que era *Maixu*, ¡como hay Dios!, y ahora no sé de quién sospechar, ¿estás conforme?"...; "sí", dice Gaxpar, "y tú"... pregunta a Leontxio; "yo no sé", dice Leontxio, "y acaso no es nadie de entre nosotros"...; "acaso no", dice Gaxpar, "pero el Comisario está enterado de todo"; "lo que me sorprende es esto: el chivatazo, ¿de dónde sale?... la convocatoria falsa... se tenía que haber visto en "Galardi", porque tuvieron todos tiempo de avisar por teléfono al Comisario, se les dio esta oportunidad, ¿no?"... "sí", dice Gaxpar, "y por eso llegamos allí con precauciones: ya tenía yo un hombre vigilando"...; "¿quién?" *Erruna*, dice Gaxpar...; "está bien, y qué te dijo él cuando llegasteis"; "nada", dice Gaxpar, que no había llegado nadie por "Galardi", y luego salimos todos, tranquilamente"; "hay una posibilidad todavía", dice Leontxio; "¿cuál?"..., pregunta Gaxpar; "tú les dijiste que la reunión iba a celebrarse allá"...; "sí"...; "acaso", añade Leontxio, "la policía llegó con precauciones más tarde de las nueve, cuando habíais salido para acá"...; "puede ser, y la gente de Eulogio no encontró a nadie", dice Gaxpar; "pero aún así", comenta Leontxio, "todavía así es posible que tengamos aquí a nuestro chivato"... y lo está diciendo con una sonrisa maliciosa reforzando sus palabras: "aunque no, tampoco"...; "¿por qué dices que no?"... se sorprende Gaxpar; "porque yo también tengo hombres vigilando "Galardi", dos, desde el anochecer, antes de las nueve, y desde adentro!... y si hubiese llegado la policía allá antes o después de salir vosotros lo

hubiese sabido yo aquí inmediatamente"...; Gaxpar queda silencioso, por lo molesto, y así, con esta carga engorrosa en la voz dice: "¿esos dos nos conocen entonces?"...; "claro"; "¿...y ninguno de los dos ha venido?"; "no, se han reportado los otros puestos, pero no éste"...; "¿por qué?", pregunta Gaxpar con inquietud; Leontxio mira a su reloj: son las once y veintidós, y dice: "sencillamente se han quedado en "Galardi" porque no había nada que reportar"; "¿qué órdenes tenían ellos de ti?", pregunta Gaxpar; "que me envasen recado de lo que pasase, si llegaba la policía o no"...; "entonces, tenían que haber venido a decir que no"...; "pueden venir todavía", dice Leontxio con calma, "no les di hora de reportarse, y si no hay apuro, no hay apuro... saben que tienen que moverse antes de las once y media y aun faltan minutos... acaso están al llegar..."

Se han quedado los dos hermanos en silencio... y quietos... ¡inquietos, expectantes!; el grupo al otro extremo de la ganbara sigue hablando secretos, así los ve, ¡los sientel, Gaxpar, quien dice: los chicos deben estar cansados... saben que tenemos que actuar para la media noche, y de aquí al depósito hay casi veinte minutos en coche..."...; "¿dónde lo has dejado?", pregunta Leontxio; "en la recta, debajo de los plátanos, como me lo dijiste, no lo ve nadie y podemos llegarle por la huerta"...; "está bien", dice Leontxio; "estoy pensando...", dice Gaxpar, si los que están vigilando "Galardi" saben que estamos aquí"..., "claro, y, si no, ¿cómo vienen a dar el parte?"...; "es que no vienen, precisamente", dice Gaxpar con una lógica aplastante; "paciencia, hermano, paciencia"...; pero esta misma expresión repetida dice a Gaxpar que su hermano no está, y en contra de su costumbre, tranquilo ya, y mira en este instante Leontxio en su reloj y ya son las once y veintiocho...

– Si no llegan a las once y treinta nos vamos –dice Leontxio de pronto.

– ¿A dónde? –pregunta Gaxpar.

– Nos moveremos... Los chicos creen que vamos al depósito, que todo está listo allá, ¿no?...

– Sí –dice Gaxpar–, pero deben estar ya sorprendidos de no haber tomado posiciones antes, donde sea, porque aún por el atajo se necesita para ir a pie media hora; ya ellos saben que esto no se puede, y estarán desorientados, ¡mal hecho!..., no podemos tenerlos en esta ceguera por más tiempo...; y ellos temen que "El Torturador" esté allá arriba; ¡o aquí!, esperando, acaso al salir nosotros... ¡todos estos son fantasmas que están reunidos ahí con los muchachos en este instante, ¿no te das cuenta?...

– Sí...

– ¡Y el chivato!..., porque llevamos días hablando de estas nieblas... convendría hablarles, decirles algo...

– ¿Qué?... –pregunta Leontxio secamente.

– Que ha habido una contraorden; lo que sea.

– No, no; les toca aún la prueba; tienen que pasar por ahí...

– ¿Por dónde? –dice Gaxpar con una inquietud que ya es recelosa.

– Ha funcionado parte de la comprobación, y parece que bien, pero ahora viene la otra parte...; yo estoy esperando a los de "Galardi", y es raro que no hayan venido... ya son y media; les doy dos minutos más; si no llegan, nos vamos...

– ¿A dónde?... pregunta Gaxpar de nuevo.

– Vamos a hacer las cosas así: Txepela, Iñaxio y Jon Lertxundi se quedan donde están vigilando "Intsusain", como hasta ahora, y se reportan a la hora que sea, cuando ocurra algo, al Matadero, a la *txabola*; y óyeme esta última: si no ocurre nada a las dos de la mañana se pueden ir a sus casas.

– ¿No desconfías de ellos?—pregunta Gaxpar.

– No, y tú sabes por qué —dice Leontxio—; éstos, como los demás vigilantes, no saben nada de nada y se les usa solamente como vigías de tierra: ya son padres de familia, veteranos de otras cruces y no se les puede exigir más; no saben nada, y mejor para ellos... y en cuanto a los que están aquí: *Bixki* va a vigilar la casa de don Romancio, y cuando sale Sixto lo sigue...

– ¿Y el Comisario?...

– Sí, se irá otro con *Bixki*, y éste se ocupará del Comisario; ¿Quién crees tú?...

– *Erruna* puede ser...

– Bueno, con *Erruna*; son los dos más seguros.

– ¿Los otros son menos seguros que éstos? —pregunta la malicia siempre despierta de Gaxpar.

– Seguro no es ninguno, y seguros son todos... —dice Leontxio.

– *Maixu* está ya descartado, ¿no?... —y Gaxpar espera.

– Creo que sí.

– ¿Estibalitz?...

– No digas tonterías! —lo calla Leontxio.

– Queda *Beltza*...

– Nada —le corta Leontxio—, el "gordo" es mi hermano.

– Te queda *Eztena*, el intelectual, ¿qué te parece?..

– No me parece nada, tú lo sabes; me piden el cuello por él y lo doy.

– Así estamos desde hace días... Pero ahora: ¿qué les digo?...

– Primero, que puede haber sorpresas; a ver quién de ellos se mueve; que cada uno, y por separado, sepa que a cualquier anormalidad de un compañero, ¡cualquiera que sea el compañero!, tiene que dejarlo todo y reportarse a la *txabola* inmediatamente.

– ¡Se lo tengo que decir al chivato también!... —y Gaxpar hace una mueca...— ¿y qué, qué anormalidad, por ejemplo?

– Que uno abandone su puesto sin avisar, cualquier rareza...

– Me va a ser difícil dar esta orden y para cada uno sólo sin pensar que se la estoy dando al chivato... —dice Gaxpar preocupado— y no olvides que todos ellos son, y entre ellos mismos, compañeros.

– Y no te olvides tú —dice Leontxio con dureza— ¡ni olviden ellos!, que aún no han tomado parte en una acción, que los estamos probando y preparando, ¡y a todos!, y que una orden es una orden, y un secreto con el hermano es también un secreto a muerte...; han tenido su teoría, que ahora se atengan a la letra y a la obediencia práctica sin preguntas; aquí no estamos jugando a guardias y ladrones... ¿o sí?!... —pregunta con una dureza nerviosa Leontxio.

– No —dice Gaxpar, y le desconoce a Leontxio esta inquietud.

– Bueno; y tú y Estibalitz vais al coche, esperáis allá; la llave la tienes tú...; yo me reuniré con vosotros en un rato; *Beltza*, *Maixu* y *Eztena* pueden irse con muchas

precauciones a "Galardi"... según van saliendo, uno a uno, les vas haciendo la misma advertencia privada de vigilarse y del silencio; los grupos se encontrarán fuera de "Intsusain" y eso de dónde lo decides tú... estoy receloso del silencio de la gente de "Galardi", que éstos lleguen allá con cuidado, que se vayan acercando a la casa con el sigilo de descubrir si hay alguien escondido en torno al caserío... ¡las metas!... ¡los castaños del camino de Goiburu!, y que se queden observando la casa desde fuera una rato largo; dentro no pueden estar los hombres de Eulogio... ¡a menos que ya la policía esté dentro y con nuestra gente y viéndonos llegar desde las ventanas!... ¡cuidado con ir a tocar la puerta!... que se queden sólo viendo quién entra si entra, y quién sale si sale alguien; el reporte de lo que haya, ¡y sólo uno!, llegará a la *txabola* del Matadero; si no ocurre nada hasta las dos, a casa.

– Me harán preguntas... –dice Gaxpar.

– Y tú (y con lo que ya sabes... y con lo que no, con eso...) das las respuestas; ya eso es cosa tuya; es tu grupo –dice Leontxio para terminar.

– ¿Y tú? –pregunta Gaxpar.

– No te preocupes; yo llego al coche en un rato; quiero despedirme de los viejos; no he tenido tiempo de estar un rato con ellos.

– Están en el cuarto y sin acostarse, esperándote...

– Sí.

– Las armas –dice Gaxpar– ¿qué hacemos?...

– Conviene que se vayan habituando a llevarlas sin nervios, y a no dispararlas sino cuando es in-dis-pen-sa-ble –dice Leontxio descansando en las sílabas.

– Bueno –dice Gaxpar, y se mueve en la sombra.

Leontxio se queda esperando pegado a la ventana, pendiente de la llegada de alguno de los hombres que puso en "Galardi"; aunque ya está perdiendo las esperanzas...; así da por el ventanuco la señal (un silbido corto) de que va a empezar a salir gente.

Los siente, uno a uno, silenciosamente en los pasos quedos de andar sobre la hierba, donde mueren...

Cuando acaban de salir todos son las once y treinta y ocho; baja apresuradamente el tramo de escalera hasta el primer piso, entra en el cuarto con ese sorprendente olor a manzanas y a maíz de los padres, saluda a "Lagun", el perro de caza que está tumbado a los pies de su amo viejo de "Intsusain", obediente, sin un ruido, y se sienta Leontxio en la cama con ellos, entre los dos viejos.

Tiene el balcón cerrado: –*jiré amaren bildurrak!* (miedos de tu madre) se excusa el viejo.

Leontxio lo abre despacio, muy despacio, y con la esperanza de escuchar todavía la llamada de que están llegando los hombres apostados en "Galardi"...

30

Ya todos se habían olvidado del papel que tenía Romancio en la mano; por la educación (¡y la precaución!) de estar Sixto Aranburu delante; está contando ahora Salomé de una loquera que soñó, y pensando en los muertos viejos que no habían querido irse de esta

casa; en esto estoy pensando yo, Salomé, y tratando de que el heredero de las viejas escobas de "Aranburu", Sixto, diga algo del abuelo que la levantó...

Sixto habla de lo que sabe, muy poco.

Aunque tuviese la voluntad no podría ir Sixto muy lejos en estas confidencias, porque le falta vuelo para buscarse los caminos del sueño y hablar con el que no está delante; yo, y sólo por la fotografías que me ha contado Romancio, les sé más a esos muertos que este pichón de brujo que no hace más que reunir unas hierbas a su padre para los emplastos de barriga o de un tolondro en la cabeza; yo, y sin necesidad de ver al padre de Sixto, a Pío, los ojos de su padre Juan el indiano, conozco la inclinación de la sangre a los Aranburu como si fuesen familia: son falsos, dañinos; este Sixto es de los que alquilan las palabras al enemigo y viven de beberle la vida a su propia gente; lo conozco enterito... ¡habla, Sixto, habla con ese falsete de enredarme los caminos, vete echando esos silbidos largos como culebras, mírame!.. (¡le siento la mirada en el cuerpo como un sarpullido!)... y yo, que soy Sixto, veo a la bruja enterrada en esos ojos de muerta y viva en esa lengua que tiene la protección embrujada de su abuela: erecta, puyúa; no voy a contarle a esta vieja de cómo se quedó mi abuela sin los dineros del indiano; le sé a esa historia una sombra por lo que me habló en casa mucho y no nos llegó nada: ese dinero que trajo el abuelo Juan de América lo puso, decían entonces (y aún ahora hay esta costumbre) "seguro"; como el hombre de este pueblo era, y es, malicioso de la loca de la casa, que es la imaginación de la suerte, y amigo de lo seguro, que es como se usa, tanto si es el imperdible de sujetar las bragas de las mujeres que han perdido la cinta, lo infalible de algunas fes en los santos, la confianza en los contratos que se cierran y ya no con las manos sino con las escrituras de mil llaves de firma, los dineros que no se dejan en el Banco por si un acaso y se guardan entre la borra de los colchones donde uno duerme con su cuerpo y su alma cubriendo el secreto de estos ahorros, así, con esta emoción de la importancia de tener los dineros seguros, fue y lo puso, digo, el dinero que se trajo el abuelo Juan de América, ¡bastante!, en un seguro que le daba, ¡y por vida!, ¡quinientos duros al mes!; cuando llegó mi abuelo el indiano al pueblo daba esta plata en duros para vivir bien treinta personas y automóvil y criada, y ellos eran sólo tres y andaban a pie a fuerza de alubias con tocino; total, que sobraba; y mejor, porque había llegado el momento de ver crecer esos quinientos duros en plata poco a poco en esta nueva América que era Sorjín en esos tiempos que se estaban ahorrando (inmigrante sigue siendo inmigrante mientras viva) y lo había ganado merecidamente el que estuvo cuarenta y cinco años y medio cuidando ganado, y sobre todo solo; como un pino; y a veces con las ganas (que no tiene, no puede tener, un pino) de acercársele la semilla indomable, ¡salvaje!, a una mujer, y montando, en lugar de mujer, chivas calientes...; no me lo dijo el abuelo Juan (le daría vergüenza) sino un hombre como él, un pastor que regresó loco de esas calenteras que da la soledad de América a buscarse una mujer con tetas (¡toda su ilusión!) a Sara, que está al otro lado del río y es Sorjín también, como ya se sabe; hasta en Sara se consigue con dinero una hembra que se da a un hombre que está pasado en matrimonio; así, esos quinientos duros en Sorjín daban entonces para eso, para vivir bien él y su mujer, que fue mi abuela (nieta de un Alústiza y del cabrón de una Mujika) y además su hijo Pío, el que es mi padre todavía...

Este arreglo del seguro duró hasta que le encendieron la mecha a esa guerra.

Lo estoy pensando sin querer (mientras le hablo la paja de siempre a esta vieja: un frontón que van a tumbar, un caserío que se vacía, "Irureta", y no va a dar mas leche, y el borracho de Xilberio, que pegó el otro día a su mujer)... pero yo sigo en aquello de que luego de tres años que mi abuelo Juan era rico, influyente en el pueblo, ¡don Juan el Americano!, y hasta espiritista, y, por esto mismo también admirado, y temido, este hombre, digo, me digo yo que mi abuelo Juan y acabada la guerra, los quinientos duros gordos y de plata se le quedaron del tamaño de unas alubias con patatas y valiendo menos que esas comidas para las dos personas que sobrevivieron la conmoción: mi abuela Joxepa Mujika Alústiza y mi padre Pío, y ya no era el problema de comer ellos dos sólo, sino que habíamos llegado sus hijos, los de mi padre: yo y mi hermana, y con mi amatxo también, claro, ¿porque de dónde nacemos nosotros sin madre?.. Así comenzamos los Aranburu a perder esta guerra que todavía no sé quién ha ganado en Sorjín... Esta es la historia que pienso y no digo; lo que estoy diciendo con la boca es, y para que me crea la vieja loca, o lo que sea, que mi abuelo fue un hombre muy importante en la Argentina, y que cuando vino se había dejado allá negocios que se fueron perdiendo; aunque todavía (y la Salomé se me está riendo por dentro, ¡acaso esta bruja me está leyendo lo que estoy pensando y no la paja que le estoy hablando!) aunque todavía hay, le estoy diciendo, la esperanza de que nos llegue a sus nietos, a nosotros, a mi hermana y a mí, el dinero que valen unas fincas que se han descubierto; Josetxu Urreiztieta, tío de Iker, ha escrito una carta a su hermano Lezo, primo por madre de los Aranburu; y ellos, que son parte del hechizo de esta aventura de Sorjín en América, tienen todavía puesta la fe en unos entierros de oro y en unas minas de la Gran Sabana, en unas lechosas que son papayas dulces, sabrosísimas, en un Sorjín nuevo y libre que se podría crear en América, y que les dicen (el sueño de América da para todas las realidades imaginables) que esas fincas del abuelo Juan por toda América no fueron vendidas, como decían, por el indiano, sino que le habían sido robadas, y que aún hay en aquellas tierras americanas la esperanza de rescatar esas fortunas del sueño para sus nietos... y es verdad que dicen, porque siempre hay en el mundo un hueco con aire para un aliento de Lezo... pero la vieja tiene un labio caído como de estar riéndose de mí y con la mano en su gata dormida con los pendientes. Eulogio está aburrido de lo que estoy hablando; estos policías creen que lo saben todo, pero yo sigo llenando el silencio o lo que está suponiendo el policía con un farol, y don Romancio tiene el papel sobre la rodilla de pericón y está jugando con una pelotilla de moco entre sus dedos peludos... Así es que me siento más libre para decirles, y entre un olor a maíz tostado que no sé de dónde coño ha salido ahora en esta cocina, que me voy... y ya me estoy levantando y diciéndoles que cualquier día vengo a charlar otro rato... Eulogio sigue sentado y me mira, y diciéndome que qué: ¡si no le voy a hablar!; ¿y por qué, me digo yo, y ni siquiera sé cómo, cuándo, y qué, y por qué tengo que decir esto que sé... ¡le digo una mentira!.. Es cuando me dice don Romancio que espere, que me tiene que pagar, que ha venido para eso, para cobrar el arriendo, ¿no?..; pues sí, y le hago a Eulogio un gesto que no puede oírme la vieja de que se me acerque mientras se está yendo Romancio hacia el cuarto, y le digo al policía y no sé cómo y por qué y acaso pensando en las quinientas pesetas que me trae su primo... lo de Euxebio Garaigordóbil y don Pello (que yo sé, ahora que se lo

he dicho, que no tiene importancia)... y dramatizo yo la paga haciéndole las muecas de esa prisa de correr a esa hora de dormirse el cura que llevaba la moto... ¡pajas estilo Sixto!.. y me siento de nuevo frente a la ciega y viendo a Romancio en el calzetón que está tejiendo todavía doña Salomé e imaginándomelo caminando ahora como un orangután, de grande que es, ¡Maguila!, con sus manos más abajo que la rodilla, y yo, que estoy viendo a doña Salomé como dormida con su gata y todavía moviendo los dedos en el hilo de una lana gorda como cuerda de oveja, veo a Eulogio mirando al suelo y estrujándose las manos de pegar y pensando, seguramente, que qué tendrán que ver los dos motoristas con el depósito de agua, donde tiene hombres dispuestos desde por la mañana y no han visto nada, ni un gramo de dinamita ni nadie que pueda prenderle fuego a una mecha todavía, y yo, que soy Eulogio, pienso que qué hago yo aquí con este embustero delante, acaso entreteniéndome aquí mientras planean los terroristas un golpe en otra parte, acaso un banco, y viendo a esta calabaza con ojos mirando a las vigas grandes de castaño de la cocina de "Aranburu"... y el de "Aranburu", que soy yo, Sixto, estoy, no con Eulogio, que no me importa ahora, sino entrando fácilmente con la cabeza, y con Romancio, al cuarto que conozco porque era de mi abuelo y porque ese dinero me hace mucha falta, estoy con él, con el maestro, contando los billetes de cien, que tengo yo, Romancio, guardados en esta cartera que era de mi padre y que no quiero perder; estas quinientas pesetas al mes es barato por esta casa, pero ocurre que es así de barata esta renta que puso el ayuntamiento hace ya muchos años por eso, porque es de antes de la guerra, de cuando Sorjín era todavía más paz que hoy y los duros eran más duros, los hermanos más hermanos, los amigos más amigos... le estoy contando las quinientas a Sixto en estos papeles de pasar muy suaves por el trasero, se podría, y valen como si fuesen rendidores y de a veinte: uno, dos, tres, cuatro y cinco...; y ya Sixto se esta viendo salir a gastarlos en vino; acaso está diciendo lo mismo Eulogio con ese gruñido de estar sentado como está cerca del velador y de la silla grande donde me siento yo, que habrá sospechado todo el mundo que soy Romancio y que estoy en este instante mirando al policía y a Salomé, su prima política... Eulogio no dice nada a Sixto, ni lo mira, o está pensando en él, en Sixto, al que quiere preguntar que qué más hay de don Pello, de Garaigordóbil, ¡acaso también el cura cayó en el anzuelo de las drogas!, tiene que hablarle, y será al salir... acaso la carrera en moto es una mentira de Sixto para despistarme el aire a pólvora con este olor a vino que tira para atrás...; este Sixto aldeano (se dice Romancio y con los dedos de los billetes entre sus dos manos) es también, y por lo que no le mira, sospechoso para Eulogio, porque Eulogio es incapaz de salir del esquema simple y valioso de amigo-enemigo, un sistema binario con sólo dos alternativas monstruoso para un hombre pero naturalmente eficaz para un policía.

Romancio viene llegando todavía sentado en ese viaje de las quinientas pesetas que observa Sixto y le está viendo Eulogio, callado como un policía que acaba de preguntar, y la vieja haciendo, dormida y todo, una calceta que se hace sola y no se termina nunca, parece.

Y en este instante de estar Romancio, yo, con los dedos golosos de Sixto en los billetes que podrían venir de la intención de cinco misas que no he dicho, que no puedo decir y si las digo no valen nada, sigo pensando que Eulogio es el hombre de la simplicidad, que le tiene horror a lo vario, a lo diverso, a lo complejo, ¡cuando en la vida

todo es diferencia!; y lo simple es, no vida propia de hombre, ¡ni siquiera de animal, ni de planta!.. porque menos que eso es lo simple... "¿Qué, qué estás pensando?", le digo, y Eulogio saca los ojos del piso de madera y me mira sonriente como un besugo que está respirando aún por las agallas, exactamente como debe sonreír a alguien que es su primo, pero con esa malicia de tonto de trasfondo de estar doliéndole algo en el estómago que tiene Eulogio a menudo, y me dice: "ése, que no me fío"... se refiere a Sixto, y yo, que estoy viendo al campesino que se las da de no trabajar, y no trabaja, acercándose ya a las quinientas pesetas, pregunto a Eulogio, y sin hablar, y con los billetes en la mano todavía, que por qué esta desconfianza, y me dice que por el mismo procedimiento que él no sabe por qué, pero que este hombre le huele a algo...; ¡hombre!, olerle a Sixto, me digo yo, Romancio, se le puede oler un vaso de vino, o lo que hace en el retrete, pero, ¿qué más se le puede oler a un simple vago?, pienso, digo que lo estoy pensando, pero es como si me lo hubiese leído mi primo en la cara, porque Eulogio se ha puesto en un instante esa jeta de inventar que pone a veces como con un relámpago en un ojo, y que es como si le hubiese encontrado la esquina a un saliente que le sobra de viejo, que ha tenido siempre, ¡el esquema!, y me dice ahora Eulogio animadamente, con la mirada encendida, que está pensando en él, en Sixto, y me está diciendo a mí, a Romancio, por fin, y muy por lo bajines de mirar, pegado al velador y cerca de la orejota del maestro de escuela que soy yo, que sí, que tiene sospechas de que este aldeano, y haciéndose el tonto, puede ser peligroso...; ¿peligroso para qué?, pienso yo, Romancio con un gesto, y Eulogio se pone a pensar también que no sabe cómo es exactamente como le está haciendo la marranada esta vez...

¿He venido a hablar con Sixto o con Romancio?, me pregunto yo, Eulogio, mientras comienzo a hablar de irme también; pero como si Romancio me lo hubiese oído; me da la impresión de que está ofendido conmigo, y como si (con billetes todavía entre los dedos, y sentado cerca del velador, en su silla grande, como está siempre) estuviese hablando, y yo pienso, y se lo digo, rozando su mesa, que "¡esa gente está muy bien organizada!", y Romancio me pregunta que quiénes son esa *gente*; yo le digo que es este pueblo; ¿Sorjín?, me pregunta; ¡claro!...; y yo, Romancio, insisto ingenuamente: ¿todo el pueblo?; Eulogio se sorprende de mi simpleza, y me dice: que sí, que casi todo; yo le digo que me sorprende eso de Eulogio, que es un policía, cuando yo, que no soy más que un maestro y hablo con unos y con otros y nadie me dice otra cosa que no sea su trabajo, el tiempo, lo que piensa cenar (¡aquí cenar es importante. y esto no tiene nada de malo!), lo que ha pescado, el cochino que mataron en Gabino... ("¡de ahí, de ahí!") me dice Eulogio como un energúmeno con los ojos y con el peligro de que sean los que está viendo ahora Sixto, y se me está riendo tapado Eulogio pero ante mis narices de lo que pienso de las preocupaciones de las cochineras, las huertas, un animal enfermo; y le sigo diciendo cosas a pesar de todo lo mosca que me está poniendo esta risa; Eulogio se está riendo (¡Sixto despidiéndose todavía, y hablando de alguna cosa de la *kutxa* del desván, se lo puede oír!) y pienso yo, Romancio, que sí puede tener Eulogio razón al decir como me está diciendo con el gesto que nosotros somos en el pueblo los que nadie trata, los agotes del norte de un tiempo, que somos hoy los leprosos del sur, aquellos a los que nadie fía una verdad; pero quiero saber esto de él, de un policía, cómo lo ve, y le digo (mientras estoy ojeando a Sixto y con mis quinientas pesetas en la mano): "¿cómo lo

sabes?"...; él, Eulogio, me dice que las cosas que consigue saber de Sorjín y que son verdad las tiene que pagar a precio de dinero o de un puesto; ¿Y por qué?, pregunto yo a Eulogio, ¿en lugar de gastar este dinero que tenéis en pagar a imbéciles no compráis, y en lugar de chivatos, la lealtad de las gentes de bien por sólo la libertad, que anden en su pueblo por su cuenta y por el camino de hablar lo que sienten, y que trabajen, que escriban, como los demás, y en lo suyo, y así sabéis lo que piensan, y hasta os cuesta menos, hasta resulta eso gratis?,...

No sé si ahora (que he terminado de decirme esto) lo he dicho para Eulogio y lo ha oído, o ha sido para mí y me ha entendido de lo que nos hablamos y nos pensamos otras veces... son estas confusiones de a veces un segundo que me pasan...; lo que sé, porque lo estoy viendo, es que le ha puesto Eulogio a lo que acabo de pensar (¡y, ya lo sé, con mucha mala leche!) una cara de estar despidiéndose de mí para fusilarme en la madrugada; y yo, por decir algo, le digo que qué le parece; y Eulogio me contesta bajito, sin mirarme: "¡este cabrón está haciendo tiempo para que explote!"...

"Explotar, ¿qué?"..., le pregunto, con la ingenuidad real de que no estoy seguro de que estamos hablando de lo mismo...

Pero ya Eulogio ha mirado a su reloj y se ha espantado como de una sombra que ha separado con su mano y arranca escalera abajo sin decir "adiós" a Salomé.

31

Habrían pasado cinco minutos de este silencioso y furtivo abrazarse de las manos de la *amatxo* de "Intsusain" con las de su hijo (el primogénito: *lehen- seme*) y el silencio quieto y ensordecedor, ¡terrible!, del viejo que no puede sino respirar difícil y calladamente y diciendo de vez en cuando: *kontuz, seme, kontuz...* (cuidado, hijo, cuidado), cuando le llegó al oído vigilante de Leontxio un siseo largo...; y luego un silbido como de cantar un *basolloa* (sisón), que es un zancudo de pico y patas amarillos y plumaje leonado con rayas negras que aparece en el pueblo por el otoño y que vive en los herbazales, ¡la señal del peligro!... ¡da Leontxio un salto! (¡se han quedado muertos sentados los viejos!) y recorre de goma el tramo de escalera y lo más silenciosamente que puede caminar un hombre, aunque sea de goma, sobre el viejo entarimado desigual y carcomido de la alcoba de "Intsusain", y comprueba que la puerta está cerrada con la tranca; respira sin ruido, lo más silenciosamente de que es capaz un hombre cercado; corre sobre el piso de helecho de la oscuridad rumiante de bostas de la cuadra y le sobresalta el ruido de un torrente repentino de orinar la vaca, y entre toda esa familia de ruidos olorosos que están tan cerca de su mundo se dirige hacia el fondo, en la dirección del túmulo de cambrón, el camuflaje de la paz, de la paz de morirse, del caserío, y Leontxio suelta serenamente un puntal que cierra una portecilla de dejar pasar un perro, un gato, o una gallina (poco más, y acaso un hombre de goma como Leontxio) que da al macizo de zarzal, arbustos y árboles, dos robles, que se come el caserío desde la carretera y a donde sólo podría llegar alguien que piensa como una bruja y tiene el poder de atravesar aquel espinar con ortigas impenetrable y espeso de ocho o nueve metros por donde se arriesgan a veces las gallinas, ¡y los gallos!, y por donde sale "Lagun", el perro de caza,

rastreando, bajuno, cuando lo quieren echar por detrás del caserío y como si viniese de otra parte, para que no insistan los extraños que esperan delante de la puerta que está cerrada y a veces no se sabe qué; sale así Leontxio por ese hueco de andar a gatas un perro y figonea, husmea, furtivamente. Leontxio tiene este sentido depredador del zorro, un sensorio elemental que se va adquiriendo de sentirse cazado como alimaña rebelde de no saber, ¡no acertar a saber!, por qué no es él un hombre, por qué no le tratan como a otros que han nacido en su tierra y en su lengua y en su amor de lo que ha venido tan del natural como la leche tibia del pezón caliente y blando de su madre, esta inhabilidad, esta dificultad, de sentir otra cosa, y verse, ¡sentirse sobre todo!, inepto ante la ley que no entiende, rechazado, perseguido... y mira a través del zarzal y no ve sino lo negro y escucha... y tampoco se oye nada; espera, así, como un raposo aguardando que se mueva la bota de una escopeta que guarda las gallinas, dos, tres, cuatro minutos de oírse respirar... y sí oye una voz... ¡y no en Sorjín!.. ¡¡peligro!!...; no se apresura Leontxio, sin embargo; ahora es cuando no debe... y no porque no quiera, sino porque es mortal; oye el rumor ceceante y perezoso, hasta maula, de esos acentos y unos pasos lentos con roces con la hierba alta y algunos tallos sarmentosos de las zarzas, tropiezos de zapatos con piedras... se mueven otros pies en lo duro de la carretera, como cascos... ¡y ve Leontxio en el contraluz de los faros de un coche que viene bajando del hostel un grupo de cinco hombres que ¡saltan rápidamente a la cuneta!!... pero ya tarde para que no los hayan visto los ojos de zorro que los está mirando desde los primeros ruidos... y no se mueve todavía, Leontxio, y los siente bajando uno a uno hacia "Intsusain" y rodeándolo, cercando el caserío, ¡serán diez!... no tiene ya Leontxio tiempo de pensar en cuántos son sino en levantar la trampa de la galería con mucho-mucho cuidado de que no le oigan la losa, que es difícil a estas horas de estar Sorjín callado como un muerto y con una losa de sepulcro pesada y pegada al marco de cemento porque siempre ha encajado muy bien y por las hierbas del tiempo, una tumba con cruz y de tener pisos para muertos, algunos ocupados por huesos de abuelos de Leontxio, con inscripciones verdaderas de difuntos que enterraban cerca de los caseríos cuando era necesario en las guerras secretas de este pueblo, y que luego, o para eso, o por eso mismo, nadie le sabe exactamente la razón a esta puerta de túnel; pero no se puede levantar la losa sin que se produzca el ruido inevitable de tener que mover él solo la piedra, y espera...; nadie se mueve al otro lado espeso del zarzal; Leontxio tiene las dos manos en los asideros de hierro y los riñones curvados y esperando sólo que tenga la fortuna de que baje o suba un coche que le tape el ruido de la levantada antes, no de que lo vean los policías que están fabricando la sorpresa de agarrarlo, porque no se podría, sino de que le disparen la metralleta al ruido y le den, muy fácilmente, antes de que pueda entrar Leontxio con vida a este sepulcro... así de tensa es esta espera; acaso están (si es que están oyendo algo los policías) asustados también seguramente o al menos precavidos, esperando, temiendo, que salga algo, acaso un tiro, de la boca de este gigantesco túmulo negro de zarzas o por el ojo de una ventana entornada y vigilante (así son los ojos de las brujas) del caserío o por la misma puerta que puede abrirse y vomitar seis hombres disparando... ¡ellos, y afortunadamente, no saben qué puede salir de esta sorpresa de caserío por pacífico y bello y pastoral y campesino y hasta bucólico que parezca, y sea, el misterio insondable que es (hasta para su hijo) un caserío de Sorjín que está cercado!... ¡Los viejos!... ¡pobres

aitas!... boinas humildes de tocar con la mano cuando saludan con respeto, de desnudar la cabeza limpia ante el Padrenuestro o una cruz del camino o un árbol si es roble... Le tienen más miedo a un policía de la ciudad por lo que no entienden que por la pistola que llevan... ¡Ahí viene, ¡baja!, un coche!, y ya está Leontxio en el esfuerzo de oír mover la piedra y bajar después despaciosamente por una abertura muy-muy pequeña, ¡no sabe cómo!... y mientras lo piensa ya está corriendo tras sí la losa otra vez y huele, entonces, a esa humedad de huesos viejos de abuelo y a una hierba y a un musgo reverencial de terciopelo verde y pensando en *Txepela*, *Iñaxio* y *Lertxundi*, quienes seguramente y como decidido y ordenado, habrán regresado a sus casas... y gatea, se arrastra con los codos a lo largo de los cuarenta y tres metros que tiene la galería que da a un macizo de cañas con que está cercada la huerta en lo alto del muro que da a los manzanos; espera Leontxio cautamente, escucha antes de abrirse paso entre las cañas que suenan huecas, a cavidad, a seno, y un fru-fru de hojas secas que mueve el viento sur que es una caricia... y está ya sentado Leontxio ahora sobre la muralla, como quien acaba de robarse unas manzanas; tiene que ir bajando a la zanja que antes, en el tiempo bárbaro de las puertas levadizas y las cotas de malla y las hondas y los arcos, era un cerco de agua inexpugnable... ¡eso era antes, y ahora salta, trepa Leontxio arropado en el tacto de una pistola de quince largo las piedras grandes y muertas que están arruinadas en la brecha vieja de alguna mina de cuando Sorjín era un fuerte..., oyéndose respirar, no Sorjín, sino Leontxio, por si acaso ese aire se le está escapando a alguien que no es él y está escondido entre las piedras y lo está persiguiendo, porque las brujas están en todas partes, y se levanta la cremallera de su cazadora marrón y tela mate para no dejarse ver a la luz de la luna ni en la camisa, que es menos oscura, y se cala la boina, nada más que por sentirse protegida la cabeza, y sigue trepando las piedras cuadradas por las herbazas y las ortigas que no siente y regresa de nuevo muralla abajo, descolgándose por los huecos de piedra y resbalándose entre las zarzas... la casa de don Inocencio está a un tiro de piedra y la ve por una luz encendida, que será él, el cura perdurable, que no podrá pudrirse sino de estar viejo, y así, observando la vela de una ventana en la noche de Sorjín, mira al cielo de estrellas y una luna traidora hoy, por el recelo de los hombres, ¡y a la vez pacata de dejarse pisar el misterio del sueño por unos fabricantes de hamburguesas!..., espera encima de la carretera, y así un minuto entero: no oye un paso ni una voz... sólo las banderas de los bigotes de hojas secas que cuelgan muertas a las cañas; baja muy despacio el metro y medio de muro todavía entero y apresura el paso pegado a la muralla, a su sombra, oliendo en estos pies de piedra olores que a veces pisa con asco... son unos cien metros, y sin perder a pesar de todo de vista (y no porque quería verlas, sino porque no podía dejarlas de ver) las luces, pocas de las calles alumbradas cerca del puerto, las luces como señales, ¡guiños!, que hacen sin querer, y de sólo moverse en el agua los vaporcitos en la ría, y sintiendo, por el mismo silencio, sus latidos de tac-tac-tac distantes y vivos, porque los barquitos en esta época salen a pescar con camada viva y quedan anclados en la noche frente a *Kai-zar* con el motor de renovar el agua al cebo vivo prendido toda la noche y con una luz para que no salten los peces que van a ser mañana carnada para pescar otros más grandes... este es el caminar de Leontxio que es lento, meticulado, ¡y eficaz!, a lo largo de la muralla hasta que tropieza con el "dos caballos" que no se ve; no dice Gaxpar una palabra ni a Estibalitz,

que se acaba de callar al verlo llegar, sino que les hace el gesto tranquilo que se van a ir, y luego vuelve a su hermano y le dice: "no vamos a encender el coche aquí... baja despacio... no hables... vamos a empujarlo y saldrá solo"...; "¿qué pasa?", le salta el susto a Gaxpar; "han cercado la casa y no importa, vámonos"...; y van sacando fácilmente el coche entre los dos hermanos mientras lo guía con una mano Leontxio y con Estibalitz dentro, sentada detrás, aunque no quiere ella, pero manda Leontxio, hasta que ya el coche siente su propio peso cuesta abajo... suben sus impulsores y arranca el coche al meterle Leontxio la segunda, sin casi ruido, y sólo entonces, con el coche en marcha, dice: "¡coño!"...

Estibalitz va todavía callada detrás.

– ¿Cómo ha sido? –pregunta Gaxpar.

Leontxio lo va contando... y añade sus cavilaciones: "habrán cogido a los chicos en "Galardi"..."

– ¡Jexux! –dice Estibalitz; y se calla lo demás.

Los dos hermanos no han oído nada; parece.

– ¿Cómo tardaron tanto en llegar a "Intsusain"?... –pregunta con toda lógica Gaxpar.

– No sé... esto quiere decir que alguien, y después de convocarlos tú a "Galardi" y antes de llegar vosotros, ¿cuándo fue?...; ¿una hora?...

– Una hora –dice Gaxpar– ellos estaban esperando mi llamada y no sabían para dónde; me lo pediste así; tuvieron luego una hora y cada uno a su aire para llegar a "Galardi"...

– En ese tiempo alguien hizo contacto con el Comisario –dice reflexivamente Leontxio... le ha sido fácil si tiene un teléfono..., ¿quién de los chicos tiene teléfono?...

– Jexux, si tú quieres, y no en su casa, sino en la telefónica –dice Gaxpar con desgana; el coche va carretera adelante, y sin rumbo fijo, parece.

– No, no –dice Leontxio– no voy por ahí: ¿quién más tiene teléfono?...

Leontxio está nervioso; Gaxpar lo sabe por esta manera de hablar simple, inútil, que tiene su hermano cuando sale de su cuadro, que es siempre frío, de no decir más de lo que se debe y en el mismo tono blanco de no alumbrar más de lo que dicen las palabras mismas en el diccionario.

– ¿Más? –dice Gaxpar– ...tiene teléfono, en el bar de abajo, *Beltza*

– Nada... –corta Leontxio.

– *Bixki* tiene teléfono en la casa del vecino...

– ¿De quién..., de Arrupe?... se va a poner a hablar con el Comisario para una delación desde la casa de Arrupe?...

– Ya sé, pero estamos hablando de posibilidades de teléfono a mano...

– Y nadie más tiene teléfono cerca... –dice Leontxio.

– ¿No sabes –dice Estibalitz y con tonillo– que esos aparatos de oír a distancia son para los bañistas que vienen a la ciudad?...

– Nadie más tiene teléfono cerca –insiste Gaxpar y diciéndose que ¡qué coño tiene que darle tantas vueltas a un teléfono, si no importa, si no tiene importancia, si lo que pasa es que no saben de qué hablar, que están desorientados como unos topos en un corral de perros!...

– Ni hace falta que nadie tenga este teléfono –dice Leontxio sin saberle los laberintos a su hermano y alargando este cuento para dejar que pase el tiempo necesario para que les alumbre la cabeza otra cosa...– Ni hace falta porque puede tener el chivato alguien cerca a quien pasar la voz, que ha podido dejar un papel en su casa para alguien que llega más tarde, o en un hueco de la escalera, ¡cualquier cosa!... Nosotros tenemos cabeza, creo yo, ¿no?... –y Leontxio se está sonriendo–pues ellos también... ¡y más cabezas que nosotros si tenemos en cuenta al chivato que creemos que está en Sorjín y está trabajando para la ciudad!...

– Sí –dice, otra vez interviniendo en la conversación, Estibalitz.

– No vamos a ponernos nerviosos ahora por esto... –y Leontxio está tomando por una carretera poco frecuentada, sólo para tomarse tiempo de pensar las cosas que no acaban de entrar...– no estamos donde ellos creen; la policía es lo de menos ahora; lo importante para mí en este momento es el chivato... lo necesitamos para el escarmiento... ¡Ya van muchos presos y muchos palos y muchos exilios y mucha... traición, cojones!...

– Este coche no está marcado... –dice, como preguntando, Gaxpar.

– No.

– Quieres decir que no es robado...

– Robado sí; a nosotros no nos regalan coches; pero hace ya cuatro meses que es nuestro; hay miles de coches como éste, y tiene otra matrícula, claro; nunca nos han parado con este cacharro, y tengo los papeles en regla.

– ¿Y los tuyos?...

– También, no te preocupes; soy Ramiro Aizpúrua... ¿tienes miedo?

– No; hay que correr los riesgos, pero no más de los necesarios.

– Eso es... Y ahora vamos a pensar: ¿cómo supieron lo de "Intsusain"?...

Leontxio está fuera de sí, se le está yendo la cosa de las manos; esto es lo que está pensando su hermano...

– Agarraron a los que estaban vigilando "Galardi", –dice Gaxpar para seguir la corriente inútil de su hermano, y preocupado por él, por su desorientación.

– *Hori duk* (eso es), acaso tardaron tanto en llegar a casa porque tuvieron que pegarlos antes de hacerles hablar –dice Leontxio con ingenuidad.

– Y el que nos ha vendido, ¿quién es? –pregunta Gaxpar con dureza:– ¡ese tiene que ser alguien de nuestro pueblo!

– Ese ya no pertenece a nuestro pueblo; ha vendido su sangre y su leche, se ha cortado su lengua... el hijo de una puta de la ciudad es más hermano mío que ese que se ha entregado solo, ha vendido a su madre, se ha cagado en sus hijos, come lo que le tiran, como los monos en un zoológico... Y eso, quién es este condenado a muerte, no lo sé... –y ya la tensión dentro del coche en marcha es detonante...–; pero regresando a lo que estábamos hablando –y vuelve Leontxio a la palabra sin color que saca a veces de algún sitio espeluznante– han podido agarrar a los dos primeros en "Galardi"... y acaso a los tres que han ido luego...

– ¡¡Jexux!! –dice otra vez Estibalitz, y ahora en casi un grito.

Los dos hermanos, que van delante, han quedado callados, y Gaxpar mira de costado a Leontxio, con un recelo que Leontxio no deja traslucir o no deja que se lo vean, y dice:

– No ha pasado nada a Jexux..., los tres que acaban de ir estarán más a salvo que nosotros, por la precaución que ya llevaban; los que han caído son los dos que estaban esperando en "Galardi", seguramente, y esos... (y Leontxio está de nuevo en lo práctico del laberinto, parece, que es una trampa): esos ¿que saben?... Y yo mismo me contesto: sabían que nos íbamos a reunir en "Intsusain" y que nos tienen que avisar si llega la policía a registrar la casa o no, y no han venido.

– ... O pasó otra cosa –dice Gaxpar pensando en Estibalitz y sabiendo que es estar dándole las mismas vueltas al palo de no saberle nada al misterio– acaso no han agarrado a ninguno, sino que en vista de haber estado esperando inútilmente Eulogio ha tomado la iniciativa y ha probado en "Intsusain"... (ha sido una solución providencial para los dos que lo están oyendo, y lo dejan hablar): saben de algunos de nuestros trucos... y saben también, supongo, por el chivato... que tienes la debilidad tú, Leontxio, de recurrir a casa cuando hay un cambio de planes... ¡por eso fueron a casa!...

– O puede ser –dice Estibalitz como si hubiese hallado algo desalentador en esa dirección, pero luego se detiene...

– Dilo –ordena Leontxio.

– ...Han podido agarrar a los dos primeros en "Galardi" y no han hablado, y han esperado a que lleguen más... los que han ido ahora...

– Te preocupa *Maixu*... –dice con ese frío escondido que tiene Leontxio a veces.

Los tres se callan un rato mientras ruedan y ruedan por los mismos huecos, los mismos árboles, el mismo silencio, en que se están moviendo desde hace estos minutos que parecen horas...

– También es posible eso –dice Leontxio por fin– ¿qué hora es?... ya son la doce menos diez; vamos hacia el pueblo –y Leontxio aprovecha un cruce de camino carretero para girar y regresa en dirección al pueblo...

32

Salomé se está despertando del sopor de estar oyendo a Sixto las berzas de estar hablándole de pie (y esperando mi dinero) un rato (¡un siglo!) muy largo; ya está Salomé despierta, parece, y se me está riendo de conocer ella el misterio de hablar a distancia, y le dice (digo yo, Romancio, que le pudiera decir) a Eulogio, que no es sino su primo político que se ha ido con tanta prisa que aún se siente su presencia: "¿no te digo yo que este hombre, tu primo carnal, está en la luna?"; eso quieren decir las miradas que echa a veces Eulogio a los ojos en blanco de mi mujer, porque no es ésta la primera vez que hablan los dos a mis espaldas; ¡mi primo Eulogio García Lozano, el hijo de la hermana de mi madre, aunque sea un policía y todo, aunque le haya hecho algún favor a Salomé con el puesto en la telefónica, ¡no tiene por qué esconderme las cosas!... ¡y, claro, tampoco mi mujer!...

Acaso están pensando los dos las mismas excentricidades de inventar loqueras con sus cabezas: los cubiertos de lata que le faltan, los relojes que le daña la gente del pueblo, esta cabeza pequeña, redonda y torcida del Eulogio que se acaba de ir está hecha al sombrero que lleva (siempre lleva sombrero) a la manera como se van acomodando los cantos de un pedrusco a las rodadas de la corriente de un río; ¿quién sabe desde dónde viene rodando en el tiempo y en los calores de la sangre esta cabeza pequeña y retorcida de mi primo?; ella, Salomé, está adormilada y todo escuchando a Sixto y mirando en la malicia sin luz de los ojos abiertos de la ciega a Eulogio, donde cree ella que está su primo todavía; se le ve la confusión en la niebla de ruidos que le ha sembrado Sixto a posta; así pienso yo, maestro de escuela, ¡profesor!; que la cabeza de Eulogio no sabe cuándo le están oyendo ni quién, sino que se cree un oráculo y piensa tan a sus anchas de estar leyendo la Biblia política, que a él, a Eulogio García Lozano, le parece estar hablando claro, ¡plata!, y viendo las cosas "como son", de "la única manera que son aquí las cosas", y sospecha de cualquiera que no lo aplaude, de mí, y discurre con su razón que las cosas, y a pesar de que cada rebelde diga (por "intelectual", por "leído", porque él cree que el estudioso lo ve de otra manera que Eulogio porque le conviene) lo contrario, sigue siendo verdad, su verdad...

Me lo ha dicho él mismo, Eulogio, el otro día:

"Esto, Romancio, nos conviene a *todos*; ¿por qué?; muy sencillo: simplemente porque de otra manera sería mucho peor; ¿no es lógico?", se preguntaba Eulogio sorprendido de mi duda, y añadió: "algunos quieren que sean las cosas como *ellos quieren*, claro, y hasta lo comprendo; pero resulta que las cosas de *este mundo* están *hechas así*: agua es agua, tierra es tierra; ¿qué se le va a hacer?; y si este pueblo quiere hablar chino", me decía, "y quiere salirse del redil de este mundo..., pues lo que hace el pastor... ¡lo tiene que hacer!, y si no, piensa en otra solución, Romancio", me decía, "y no porque el que lo está diciendo soy yo, Eulogio, sino que sea cualquiera, el que le toque... lo que hace el pastor de mi ciudad con las ovejas de este pueblo que son sus ovejas: coge una piedra en la honda y se la dispara y le da en pleno coco o le achucha el perro y le va mordiendo las patas hasta que coge la oveja su camino, el camino"...

Y me miró Eulogio entonces y aquí donde estoy sentado yo ahora cerca del velador y él donde estaba hasta hace un rato, ¡y Salomé callada como una grabadora!, y me dijo: "¡Es de cualquiera que tenga una luz que este mundo es de los pastores!"...

Y estoy mirando ahora a Salomé, quien está hablando las brujerías como en un aparte con Sixto (todavía de pie y esperando el dinero), y recuerdo que Eulogio dijo... "¡bueno, ¿y qué, por qué carajo va a ser este mundo de las ovejas?"... Y yo no quise discutir cosas que no conducen sino a la profecía, al índice, al dogma de la muralla inexpugnable de siempre, y seguimos hablando Eulogio y yo de la escuela, el tiempo, Algarrobo cuando éramos muchachos con cabezas que tenían esquinas todavía para robarnos la delicia de unos albaricoques de la huerta de Calixto, un gordo que no podía alcanzarnos sino con una escopeta de sal, y, sin embargo, a pesar de este recuerdo gozoso de la huerta de Calixto en verano y de cuando Eulogio y yo éramos un camino abierto todavía, estaba pensando mi primo en sí mismo y a lo que iba, a lo que volvió para condenar la irresponsabilidad de unos chicos que se cogen, ¡no se roban!, un melocotón..., y por eso digo yo que policía es policía, y dijo Eulogio mientras se reía de

lo que acababa de pensar: "¡qué buen chiste!" (y yo dudando si se estaba refiriendo a la travesura de vivirle a Calixto la aventura infantil de quitarle un albaricoque de la huerta de la ribera)... "¡y que se pongan a mandar las ovejas y a obedecer los pastores!... ¿cuando, donde, cómo, ha hecho alguien, ¡ni en los libros!, ¡ni en los tuyos de la Iglesia, Romancio!, ha hecho alguien, digo, un mundo así?!"..., y se reía: "Dios no lo ha hecho así; si lo hace de esa manera, pase, se acepta, y hasta se aplaude, ¡joder!"... y se quedó pensando visiblemente en la luz innegable de esta evidencia, y a la vez molesto, caliente, de comprobar que no me entusiasmo, que soy un ingenuo todavía, y peor, ¡un traidor!... ¡le supe a Eulogio esta leche de pensar así cuando dijo: "¡joder!"... "pero resulta que este mundo está hecho, no como tú piensas que está hecho, Romancio, sino de esta otra manera, de la real, la que existe, ¡carajo!... ¡Si hasta lo están diciendo los obispos y los curas que son curas, ¡muchos curas!... menos tú, coño, que te saliste por quién sabe qué jodiendas"..., y estoy diciendo ahora que no estoy seguro que dijese estas palabras, pero sí que las estuvo pensando en ese momento en que me miraba con aquel reto de la mirada y riéndose por dentro, y sí recuerdo muy bien que dijo, y mientras me daba una palmada en la espalda al levantarse: "sí, ya sé que ahora, y tú, un hombre culto que no es de aquí está con eso de que se le va a rebelar el pueblo a la ciudad, ¿no? ¡qué bonito!"...

Eulogio estaba de pie ya y me hizo (entonces, cuando eso) una seña con las manos y la cabeza de que no íbamos a discutir otra vez de lo mismo; y no por otra cosa, sino porque yo me quedase callado por lo inútil que era hablar y él se había quedado victorioso, dueño del silencio y la paz de los demás. Y luego me dijo pensando: "y tú, que eres maestro y todo, ¡y hasta cura, cabrón!, todavía estás leyendo los papeluchos a este pueblo que nos está haciendo a nosotros, a ti y a mí, la guerra a muerte... Salomé, tu mujer, está conmigo porque tiene mas seso y es más mujer, ¡más hombre!, que tú (que eres hijo de mi tía), ¡coño!, aunque seas mi sangre"...

Y es, por fin, Sixto que se levanta por última vez, parece, de ese hablarse las pajas con la bruja de mi mujer, y dice él, Sixto, digo yo, que soy el hijo de Pío, que ya es hora de que me vaya del todo, definitivamente; hasta me estoy moviendo y me acerco al velador y recibo el dinero de las manos peludas de Romancio, contento este palurdo de Sixto, digo yo, que estoy otra vez aquí siendo el primo de Eulogio como soy, entregando uno a uno los billetes de tener cien duros para bebérselos mañana, y me da una palmada de passe-par-tout y está diciendo mientras sale Sixto que ya conoce la casa, que no me moleste en acompañarle, que se va solo (¿sólo?, pienso yo, Romancio, cuando es el momento en que puede verse este soplón con Eulogio y hablar, como otras veces)..., y se va Sixto, baja, y me mira mi mujer en blanco, sin verme. y no puedo dejar de pensar en el Eulogio policía por la complicidad de todo este misterio y se le ocurriría al esbirro que es mi primo en este momento de decirme mientras bajan las alpargatas de Sixto Aranburu resbalando..., "txist-txast", las suelas de cáñamo hechas por Juankrutz Amiano sobre los peldaños..., "krik-krak-krak"..., viejos que hablan así esa lengua desdentada de rota por lo viejas que son ya las maderas... se le ocurriría decir a Eulogio, digo yo que diría en alta voz:

"Y ten cuidado, te conviene que sigas donde estás y no te pongas a leer tonterías de pensar en las ovejas que pueden ponerse a mandar, ¡imbécil!"...

Romancio está en estas preocupaciones de no saberse en ningún sitio, de tantos en que está al mismo tiempo, y Salomé, que no puede quedarse en unos simples ruidos que hacen las alpagatas de Sixto al bajar la escalera, está pensando a su marido agraviado, ofendido, por el tono de ese silencio... pienso yo, Salomé, sé que le ha estado hablando Eulogio, y mejor, para que se cague de miedo, para que se dé cuenta que influencia es influencia, ¿y qué mejor oportunidad que ser primo del Comisario?... sin embargo, no se atreve ya ni a visitarlo en su casa, porque... ya y la bicicleta no le va tan bien como antes, que le venía, decía, de maravilla para hacer un poco de ejercicio... Se está levantando Romancio, le siento pararse sobre sus piernas de perigallo (¡más *peri* que gallo!... desganado sólo con su mujer!), y no me dice nada, debe tener el labio inferior bembón montado por sobre el otro, como de estar tomándose la decisión de castigar a un muchacho en su clase, y que son mañas de él que no se me han perdido en la oscuridad de los años que no le veo el gesto... Pero no sabe Romancio, y no, no le sé yo, que soy Romancio, cómo responder a esa cabeza de pájaro que se ha ido antes que Sixto... (quien no acaba de abrir la puerta de abajo para terminar de irse)... de una manera que me entienda, porque uno habla y habla y hay la tristeza de que no está llegando a nadie, ni siquiera a la cabeza de un primo (oye Romancio, y también Salomé, ¡sobre todo Salomé!, que Sixto Aranburu tiene dificultades para acertar con la cuerda que tira el pestillo, como si estuviese atascada, la cuerda, en algún nudo o haciendo Sixto, acaso, el tiempo para no salir tan pronto... ¡acaso viendo si lo está esperando Eulogio!... ¡o, y también entra en las posibilidades de estas brujas, hablando con él!)... no le está llegando a la cabeza de su primo, lo sabe Romancio, sino que el policía le está esquivando hábilmente las palabras para que no le den en ninguna parte y estar, quedarse, así, más entero, y estar, en cambio, con el arma descansando tranquilamente sobre el mampuesto y dispararle las suyas, ¡las del Comisario!, y acaso no a darle, sino al aire, para asustarlo, para dejarlo seco del miedo, ponerlo preso, patearlo en los cojones espirituales de tenerlo acojonado con las amenazas, a veces un simple ceño, porque todo esto se puede hacer, y se hace, con unas palabras de no levantar la voz o con el procedimiento de meterle la cabeza a un hombre entero dentro del agua escasa y grotesca de un barreño, porque hasta a una palangana con flores azules y forma de poceta le cabe la poquita de agua que hace falta para ahogarle la palabra (que es su vida) a un hombre, y aunque a este hombre le haya nacido la palabra de antes de cuajársele el verbo, ¡firme!, que sirva para mandar en la ciudad a los reclutas y a los borregos, y aunque la palabra que se le va a ahogar a este hombre del pueblo, no en el mar de siempre, sino en el agua sucia de una palangana con flores azules donde se ha lavado sus cosas la mujer del policía, y esta palabra del hombre de este pueblo, digo, esté cargada de razón... (¡se oyen voces de Sixto abajo!)... y Salomé se está moviendo en esta oscuridad suya con el gato... (acaso quiere hablar Sixto con ella y la está esperando abajo)... y Salomé va bajando ahora las voces de madera mientras continúa Romancio en la comodidad de estar sentado junto al velador y mientras continúa, rebelde, con la hoja clandestina sobre las rodillas, y pensando en cómo se llenan los periódicos, las revistas, con los cuentos de lo que no pasa y de lo que hacen los hombres sagrados, cuándo se bañan, cuándo se casan, cuándo tienen un hijo y hablar de él y de la moda, porque no hay otra cosa de qué hablar en la paz, y porque es más digestivo reseñar el bautizo de

uno de estos niños sagrados, ¡becerritos de oro!, que contar las incidencias de una huelga; y si aún queda sitio en las revistas y tiempo en la radio y las dos dimensiones de decir y ver lo que quieren en el invento exclusivo para Eulogio que es la televisión, hablan de todo menos de lo que dijo el Hombre que se abrazó (aunque siempre en Su Santo Nombre) a la Cruz y le ahogaron las palabras en el agua de una palangana puesta por los pilatos de hace dos mil años, que son los mismos pilatos de hoy (¡brujas de Sorjín!); ahí están, si no, los artistas de cine y de teatro que hacen los papeles por dinero y con las palabras medidas por la ciudad para hablar en nombre de la opinión pública en la comodidad muy fácil de no ser de nadie en particular y decirla en nombre de todos porque el portavoz es un ministro, un director de departamento o de gabinete y ahí están ellos para saber lo que se piensa, lo que piensa el pueblo, sin recurrir al trabajo engorroso y caro de preguntar uno a uno, o a nadie, porque ya es hora de Romancio (parece decirle Eulogio todos los días), de que el que manda, manda en la ciudad (¡y por algo está mandando!), y se sabe muy bien cómo piensa el público; ¿para qué perder un tiempo precioso preguntando?; y así, este público con la opinión del que manda dice, claro: "muy bien, todo va muy bien"; y el resto del pueblo, aún el pueblo de la ciudad, ¡y éste de Sorjín, que es poco, se calla!; y ya se sabe que el que calla, otorga.

Así se han ganado muy limpiamente las elecciones.

Como en Rusia.

Así es la verdad de la ciudad en Sorjín: viejas y nuevas maneras de hacer las mismas cosas en este mundo que creó Dios, dicen, así; lo cree Eulogio a su manera, y yo a la mía, y cree Salomé... ¡qué hace ella desde el rato largo que bajó las escaleras hablando sola y con su gata!...

Sixto, callado; no se le oye; esperando seguramente el refuerzo que es la ciega para abrirle de noche la puerta a su propia casa...

Y Romancio, yo, volviendo a lo que estábamos hablando el otro día los dos primos carnales; las pajas que usamos a menudo los dos para no decirnos nada: de Algarrobo y de más allá, la cosa de irse lejos de donde se encuentra uno con sus patas y su estómago... y sigo pensando (no lo puedo evitar) que alguna vez pasa que sí dicen alguna verdad los periódicos y ya nadie la cree; como cuando dan el parte meteorológico, que se da el caso de que la gente ya no le tiene fe; sobre todo que uno no sabe cuándo va a llover aquí, cuándo va a hacer sol o va a nevar en Sorjín, porque no lo mencionan nunca por su nombre; uno tiene que figurársele por alguna alusión de aproximaciones por el norte, por los mares, por alguna cadena de montañas; cuando Sorjín no es ninguna novedad de haberla inventado las boinas en estos días, sino un pueblo antiguo de miles de años venerables y todo el mundo lo conoce; sin embargo, hay la consigna de que no hay que hablar de este pueblo...

No me lo acabo de entender.

Parece, Sorjín, un secreto militar; acaso Eulogio lo tiene archivado en este índice que guarda en clave en la jaula de cajones en que tiene preso, uno por uno, a todo Sorjín. ¡Ah, si pudiesen guardar así a los hombres que dicen esas fichas!

Sería un invento (diría Eulogio): "cojonudo".

Y así no es sorpresa que la gente de este pueblo ya no crea ni en los partes que dan del tiempo.

Ni en las esquelas.

Ni en esos anuncios encenefados de negro muy respetable de los muertos cree ya el pueblo, porque se ha dado el caso de gentes que han muerto sin la esquela y esquelas que han aparecido sin que tenga este respaldo elemental y la garantía de haber un muerto. He discutido yo, Romancio, este asunto con mi mujer; ella, que vive de quién muere, le gusta que Jesús le lea las esquelas del periódico, y Jesús le dice los nombres de los muertos; ¡se pone, ¡se ponía!!, Salomé contenta, porque los apellidos son siempre de Sorjín, y en cambio no aparecen nombres de la ciudad que se mueran, o tan pocos que apenas cuentan; ella, que cree en los maleficios como en lo bien que hace a los niños el aceite de hígado de bacalao, dice que no quedará pronto nadie que sea de este pueblo; "¡sólo nosotros!"... y entonces piensa ella que no serán sólo de la ciudad el gobernador, el presidente de la diputación, los secretarios, los maestros, los directores de periódico, los alcaldes, los guardias, los policías, los empleados de correos y telégrafos y teléfonos y los porteros... la maquinaria y las llaves que manejan Sorjín, sino hasta el pueblo, todo el pueblo... Hasta que le dijo una vez Jesús, y me sorprendió lo bruscamente que le dijo su hijo, que también se mueren los emigrantes de la ciudad que llegan a Sorjín, y tanto o más que los del pueblo, pero que no tienen aquí a nadie a quien comunicar la muerte y los entierran solos y con la caja, y que a los que sí tienen amigos aquí y quieren avisarles que ha muerto un paisano les falta el dinero para poner las esquelas.

Desde entonces Salomé ha dejado de pedir que se las lean...

¡¡Un tiro!!...

¡¡Salta Romancio los escalones, y por el susto escondido de un tiro, en zancadas de a cuatro, a cinco!!...

"¡¡Han matado a Sixto!!", dice Salomé, quien está ya inclinada sobre Sixto echado de bruces y quieto delante de la puerta, todavía con los pies dentro del portal, Salomé viéndole al muerto con los dedos que tocan y tocan y no le siente el aliento.

La gata ha sentido la muerte y lo está diciendo en el maullido de silencio de la plazoleta a media noche de Sorjín y con luna llena frente a la iglesia.

¡Y será brujería, porque Pelusita se va a quedar por ahora con sus pendientes!

33

"¡Un tiro!"...

Lo ha dicho, y como si de alguna manera tuviese esta noche que decir esta voz del arma, Estibalitz... Y piensan los tres que a pesar del viento que sopla del sur no hay duda de que el disparo de pistola ha sido arriba y dentro del recinto de la muralla; Leontxio ha detenido el coche pegado a las acacias gigantes que bordean el camino, ha sacado un pie del coche al que le acaba de abrir la puerta y se ha puesto a escuchar; se encuentran a un tiro de piedra de los pedazos derruidos de la muralla que están (y quién sabe por la intercesión de qué bruja) reparando para las fiestas del pueblo y los alardes todos los años desde hace al menos treinta, y hay luz de noche bastante para verla caída, rota todavía, y mira Leontxio en su reloj: son las doce menos ocho minutos.

Nadie habla, y Leontxio cierra la puerta sin cuidarse del golpe como un hachazo en la noche y se está dirigiendo ahora en la dirección del Matadero; el dos caballos le está entrando al pueblo por "Txistoki" y no continúa pueblo adentro sino que toma a su derecha, cruza el puente sobre el río, toma hacia "Allurralde" y tuerce inmediatamente a su derecha otra vez y da contra el degolladero, que está callado, desierto, parece, y reflejando la luz muerta de la luna en los muros que no enseñan ahora las nubes de sucio y los salpicones de la sangre que tienen las paredes del Matadero que está viendo por un ojo de vidrio redondo y ciclópeo de ventana que da en esa dirección de Belkoain recién plantado de pinos; dejan el coche debajo de los chopos que viven de los olores de espuma sucia que bajan de los molinos de papel y la sangre muerta de las reses que apuntillan en la orilla del río, y se meten los tres a la *txabola*: un galpón sin puerta donde ven, y por la luna, sacos vacíos plegados como bacalaos, dos balas de paja, un balde con restaños de sangre y unos maderos tirados y con manchas de cal reciente, por lo olorosas; los muros son altos con sucios rojos de las manos y unos ganchos siniestramente vacíos con las puntas corvas afiladas como anzuelos y brillantes de esperar todos los días carnes desangradas y frescas y muchas, algunas muy pesadas; huele esto ahora que se ha estado un rato a sangre lavada con lejía, y a coagulones comidos por moscas azules y brillantes de lo gordas y lo hartas que están de no ser estorbadas por nadie en este almacén donde cuelgan y pesan y cargan las carnes que se comen los hombres luego con los manteles limpios y tenedor y cuchillo, a veces hechos de plata, sin saber (estos hombres, ¡hay así ignorancias voluntarias que son profundamente humanas y necesarias y hasta tiernas!... una anciana escrupulosa que se está comiendo un hígado de ternera para mejorar su metabolismo) por qué caminos de matar animales que no han hecho nada a nadie y los pasan a cuchillo y los cuelgan en esta *txabola* como por un breve purgatorio sin dolor que es esta morgue para que vivan los hombres de Sorjín y las moscardas y tengan comida los barbos y las anguilas en el río, todo este laberinto hecho por Dios en el que están desde tiempos muy anteriores a los de haber nacido Leontxio, Gaxpar y también Estibalitz con su Jesús...

"Gaxpar", dice Leontxio, cortante, mientras está viendo Belkoain alumbrado con los pinos jóvenes desde la puerta, "vigila el puente; Estibalitz: sigue tú bajando por la orilla de manera que llegues a ver bien el paso de "Sasi-errot" y espera pegada a un chopo y de manera que no te dé la luz... si ves que alguien cruza el puente colgante mira bien si es Sixto que va a su casa o si habla con alguien que viene detrás, aunque sea con señas, si se preocupa de que lo vean, cualquier señal... o si es alguien nuestro que quiere evitar el puente del Matadero, ¡o si es alguien que no conoces!, ¡claro!..., ¡cuidado con que sea un desconocido!... tú me haces las señales, y vete"; y Leontxio regresa a su hermano, que está en el ángulo de sombra de un muro sobre unas latas, unos vidrios y huele mal, pero no importa porque está guardado de la luna y se ve el puente, que queda a quince metros: "tienes la pistola"...; "sí, la cargamos todos", dice Leontxio; "¿Estibalitz?"...; "también"...; "pueden venir hasta aquí...", se dice Leontxio; Gaxpar se calla un rato y luego dice: "si vienen, ¿qué?"; "si vienen por el puente, bajaremos río abajo y lo cruzaremos por el molino"...; "¿por donde Sixto?", le interrumpe Gaxpar; "Sí"... dice pensativamente Leontxio, "no te preocupes, hasta nos podríamos quedar entre los sacos de harina, ¡no te preocupes de Sixto!..., pero si el que viene no es Sixto sino otro que

puede ser Carrotero o alguno de los nuevos que le han llegado de refuerzo estos días a Eulogio, dejamos el coche; "ahora sólo necesitamos saber lo que dijo ese tiro"... (y a Leontxio se le oye, y en medio de ese olor a podre, un silencio cargado); "los viejos", dice seguidamente Gaxpar, con dolor; "'Intsusain' está condenado hace años", dice Leontxio, "es una arteria de nuestro pueblo que se está secando, ¿entiendes?..."; "sí"... reflexiona Gaxpar sin dejar de mirar más allá, al otro lado del pequeño puente con asamanos de hierro pintado de rojo hay como un remanso de agua y tripas de res y peces dormidos de hartura, algunos muertos panza arriba de los venenos y no se le oye correr el agua, sino sólo el salto ociosos del molino de Sixto (¡de su mujer!) que ahora, ya a esta hora en que duerme la molinera (¡acaso con el alguacil!) no está trabajando... "pero son nuestros propios viejos"; y Gaxpar piensa que el pueblo no termina en "Intsusain", sino que lo que cuenta es el futuro de este pueblo que ha sabido adaptarse a todos los tiempos, y mejor que otros menos viejos que ya han muerto en la lengua y en los cojones que son los fueros de la ley que garantiza la libertad.

Hasta a pesar de ser más jóvenes que Sorjín.

34

Todavía están Joxe Mari y don Inocencio de pie y con la precaución de siempre de no encender la luz, en el comedor.

Auxtiña se acaba de ir a la cama, cansada de mirar más allá de la nube que tiene montada en un ojo y para empeñarse, como Joxe Mari, en lo turbio de las cosas y oírle y sentirle algo especial al desvelo en esta noche cuando le está diciendo don Inocencio a Joxe Mari:

– *Ni ere ohera niak...* (yo también me voy a la cama), eso ha sido un tiro al aire para asustar a un ladrón o acaso algún borracho que ha metido un petardo hecho con la cabeza de un cohete en el hueco de una pared; el tiro ha sonado así, como ahogado.

– ¡¿Y la radio?! –le pregunta Joxe Mari desafiante, en esta su desnudez de las largas piernas que le están bajando de los calzoncillos; a don Inocencio no se le ven, las zancas, porque le queda (tiene siempre, y Joxe Mari se imagina a don Inocencio metiéndose en la cama con su sotana) la dignidad de su ropa negra, la que, aun a esta luz de leche de la luna que le entra a la casa cural en ruinas por el balcón abierto, apenas se le ven los brillos, las tersuras viejas y lustrosas de las ropas venerables del sacerdote, y le dice con cierta brusquedad:

– ¡Déjate de esos chismes de la radio, que dicen más mentiras que las de aquí!..

Joxe Mari deja de asomarse al balcón oloroso a geranios y al eucalipto que tienen en su huerta los Mentxaka, y se vuelve nerviosamente al cura, que se acaba de sentar en su sillón frente a la ventana mágica que está apagada, la prende, por si alguien habla de algo, aunque ya no hay programas, y le dice:

– ¿Y el que viste ¡tú mismo! correr calle abajo arrimándose a las paredes?...

– Eso fue un muchacho –dice don Inocencio y mientras le apaga los ruidos de lija y la luz a la ventana de la televisión que no dice nada– ¡y no ha podido él ni nadie que sea

más grande que ese crío que corría calle abajo volar el depósito de agua de Artikutza con ese tiritito...

– ¡Un tiritito parecía aquí, a la distancia! –se defiende Joxe Mari– ¡y con el viento en contra!... ¡¿no comprendes?!...

– Sí, ¡y ha llegado al pueblo desde esa distancia que hay desde el depósito de Artikutza, en dos minutos!...; ¡porque yo estaba leyendo y despierto cuando sonó el tiro, ¡y tú dormido!... –y lo dice don Inocencio triunfalmente– ¿no comprendes tú eso?... –el sacerdote se levanta y se le acerca a Joxe Mari a la puerta del balcón y le dice: –Aquí no hay voladuras, ni revoluciones, ni resistencias... esos son sueños tuyos, Joxe Mari, que vives de la esperanza de que se derrumbe esto con papelitos y con un tiro al aire... vete a dormir...

– No puedo dormir –le dice Joxe Mari sin moverse de entre las puertas del balcón, que están entornadas.

– Ya te comprendo... Te he dicho que podemos ir a ver a Pedro esta noche, que está a dos pasos, tu hijo y... así, además, sales de esta cárcel, se aclara lo tuyo de una vez, puedes irte a América con tu hija Anttoni (¡ya no te queda nadie más!) si quieres, o sigues viviendo conmigo y con el trato ya abierto a las muchas amistades buenas que aún te quedan vivas en Sorjín... en este pueblo te quieren todavía: hasta después de treinta años de muerto siguen hablando de ti... ¡ya sé!... no quieres; me lo has dicho cien veces... pero el hombre que manda en la ciudad y en Sorjín no se va a morir así como así... ¡antes te vas a morir tú si te dejas coger una pulmonía, desnudo como andas!... Anda, Joxe Mari, vete a acostarte...

– No –dice el anciano tercamente, y no se mueve.

– Ponte una chaqueta encima... yo te la traigo... –y don Inocencio se va a su cuarto, que es el único alumbrado en la casa, y cuando regresa está Joxe Mari viendo todavía por entre las dos hojas entreabiertas del balcón, y deja que le vistan silenciosamente la ropa que le trae su amigo, que es una txamarra grande y de punto, antigua, negra y del mismo don Inocencio, y cuando ha terminado de ayudarle el sacerdote a atarse los botones le dice –sientate en la silla al menos...– y es él mismo, el cura, el que le arrastra lentamente la silla de obispo hasta la puerta del balcón, lo sienta, le hace sentar, y se va a acostar él diciendo: *biar arte, Joxe Mari...* (hasta mañana).

– *Biar arte* –contesta el viejo, y se cruza los dedos largos y afilados y muy queridos de la madera, hasta de haberse hecho él mismo, Joxe Mari, y a la medida, un ataúd de pino barato para su entierro con todo y madera desde antes de que reventaran la guerra sobre sus espaldas y que él pidió a don Inocencio desde el primero día que pudo hablar que se lo trajesen y se lo guardase, el *il-kutxa* (la caja de morir) en su sótano; ahí, aquí, está, desde cuando lo pudo traer y con la excusa de que sería para él, don Inocencio, cerca de él, abajo de donde está sentado ahora y desde donde puede oír los ruidos de la explosión prometida y de cualquier estampida de los funcionarios de la ciudad, y dice (y si está don Inocencio aquí se lo oye): "Han dicho que van a volar el depósito de agua y lo van a hacer"...

"Viene Estibalitz", dice Gaxpar por debajo del rumor inevitable de la hojarasca, y ya Leontxio está avanzando en la dirección del molino (el agua inacabable que no puede dar con las paletas porque se las han retirado para que descansa la rueda de moler en la noche) mientras dice Leontxio la confidencia a su hermano: "No dejes de vigilar el puente"... y se vuelve a Estibalitz, que ya está cerca: "¿qué hay?"... "Viene *Bixki*", dice ella, "y no por el puente, sino que está cruzando el río por debajo, lo he visto bajando por el terraplén y meterse en el agua"... "¿Solo?"... "Sí", dice Estibalitz. "Vuelve a tu puesto, a que tú estés segura de que viene solo, y dile que venga; tú vas a quedarte en el puesto... puede haber algo..." Camina luego Leontxio en la dirección en que se está yendo Estibalitz, que es la misma que lleva la espuma amarilla y maloliente que baja despaciosamente a lomos de las espesas aguas del río, un hedor a ácidos muertos que camina muy despacio, a la manera en que baja de su peso una cloaca, y ve (presiente, más que lo ve, entre la sombra con agujeros de luna que conforman monstruos con cabezas gigantescas, brujas saltando en las copas de los árboles y sacudiendo las ramas y soltando como pelos secos las hojas...) y ve llegar en medio de este akelarre a *Bixki*, lo sisea y lo está viendo acercarse y lo toca en un hombro: "*Bixki*", y *Bixki* da un brinco, y la mano que está sobre su hombro lo siente temblando de frío, será... "¿qué pasa?", le pregunta Leontxio.

"¡Ya he matado a Sixto!"...

"¡¡A Sixto Aranburu!!"... ¡¿Por qué?!..."

"Fue la orden... ¿no?", dice *Bixki* chorreando aun el agua sucia del río sobre la hojarasca y con una pistola abultándole la camisa más abajo del vientre, se la puede ver Leontxio hasta en esta oscuridad protegida y silenciosa del hilo gordo de agua que se está perdiendo el gozo de darle a las paletas del molino debajo de los chopos, y le está diciendo: "siéntate"... "¿Aquí?"... "Sí, en el suelo, y tranquilízate, respira hondo, cálmate, y cuéntame: ¿que ha pasado?"... "Yo estaba vigilando la casa de don Romancio desde el atrio de la iglesia, detrás de la columna"... "¿Y *Erruna*?"... "*Erruna* estaba pegado al frontón, en el rincón; lo podía ver porque sabía que estaba allá; estábamos bien escondidos, cada uno en su puesto"... "¿Y que pasó?"... "Salió primero el Comisario"... "¿A qué hora?". "Poco después de dar las once y media en el reloj de la iglesia, a los minutos"... "¿Cuántos minutos?", le pregunta Leontxio, y es el tono de un interrogatorio. "Pues no se... cinco, acaso menos"... "¿Y luego?... *Erruna*, ¿lo siguió?". "Sí, pero regresó a los minutos, acaso cinco o seis, y me lo dijo, me dio la orden"... "¿Qué orden?"... *Ik emana... orain ez adarrik jo!!* (¡la que le diste tú, ¡no vengas a joder ahora!!), y se ha levantado *Bixki* de un bote y ha comenzado a dar los pasos inútiles de no poder quedarse quieto, una impaciencia habitual en él cuando se le descomponen las cosas, y acaso por este movimiento y el peso del agua que se le está escurriendo todavía por las ropas se le va haciendo la bolsa de la pistola debajo del vientre más y más grande, y Leontxio piensa, y no le dice en este momento el regaño de haberse dejado mojar la pistola...; a *Bixki* le castañean los dientes cuando dice: "¡¡No me vas a decir ahora que no distes la orden!!"... Leontxio está todavía sentado frente a *Bixki* y viéndole en lo oscuro con sus piernas abiertas y la mano derecha en el bolsillo chupadas las ropas contra su cuerpo y la pistola, ¡siempre la pistola!, con la boca para abajo, en su dirección de

romper esta camisa, será marrón, y pensando Leontxio en este momento en eso y en que se le ha mojado el alma que tienen estos huecos de cañón aunque sean pequeños y pueden disparar un plomo fatal, a veces irremediable, irreversible, que no puede regresar del churro y la tontería de matar a un hombre que, aunque sea a su modo, sirve lo que cualquiera y dar a la película marcha atrás y comenzar la bala su viaje de vuelta al cargador por la misma boca y la misma recámara y asentarse otra vez en su cápsula y evaporarse el humito que hace el mixto cuando se dispara con la percusión el gatillo al que aprieta un dedo de hombre... ¡a veces menos que un hombre!, renovándose la cápsula con su plomo como el hombre cuando va a resucitar en su carne y devolverle también, y en esta misma tierra de Sorjín, la vida, el soplo (por poco que sea este aliento de Sixto) a una viuda y a más de media docena de huérfanos... ¡se levanta Leontxio de este coraje de no ser Dios a veces, le arranca de un manotazo al *Bixki*, que está tiritando, los botones de la camisa y le coge la pistola y se la echa lejos, con un esfuerzo de mandarla hasta el centro de la corriente lenta de espuma y esperando que llegue hasta el fondo de los peces... ¡pluf!... que queden en esta corriente de retrete que es el río que se bebe la sangre de las reses y lo que haga el pueblo, que a veces es esa misma sangre... y están ya así los dos, el uno frente al otro y los dos sorprendidos (cada uno por su lado y no se sabe de cuál lado todavía) cuando le dice Leontxio: "No levantes la voz, ni me digas nada más todavía", y lo está sujetando por los hombros con las dos manos; ya Estibalitz y Gaxpar están acercándose; "cada uno a su puesto", dice Leontxio al aire, y cada uno agarra el decreto en esta oscuridad como puede y los dos regresan sus pasos de hoja muerta y Leontxio presiona con sus dos manos poderosas sobre los hombros duros de *Bixki*, quien se está dejando sentar ahora sin poder ocultar más el llanto del muchacho que es todavía y le dice la voz de Leontxio, y más tranquila de la que él mismo espera: "No es este el momento de ponernos nerviosos; al contrario, necesitamos ahora de esta serenidad que vamos a tener tú y yo y todos nosotros... la pistola está en el agua para siempre, descansa tú ahora ese dedo, y... dime sin prisas lo que pasó: el Comisario, ¿salió solo?"... "Sí"... Ya está sentado Leontxio y hace sentar a *Bixki* otra vez cuando se lo está diciendo: "Pero en este momento de salir el Comisario, ¿te advirtió *Erruna* algo al irse... en una señal, o la orden te la dio antes de salir el Comisario"... "No; *Erruna* se fue detrás del Comisario sin decir nada". "No entiendo cómo se te dio la orden", dice Leontxio"... "vistes cómo se iba *Erruna* detrás de Eulogio?"... "Sí que lo vi, claro"... "¿Y qué pasó luego?"... "Yo quedé viendo la puerta de 'Aranburu' para seguir a Sixto". "¿Para seguirlo?... ¿dónde lo mataste?"... "¡¡Espera, espera!!", y el chico está llorando; Leontxio tiene que hacerse el esfuerzo de calmarse, de no asustarse él y de no espantar todavía más de lo que está despavorido este muchacho, y le dice: "muy bien, sigue"... "Al rato", continúa *Bixki*, volvió *Erruna* pegado a la pared izquierda del frontón, lo vi entrar en la sombra, y se me acercó detrás del pilar, en los arcos, y me dijo... eso...". "¿Qué te dijo exacta mente?"... "Me dijo: *Leontxioren agindua: Sixto ateratzen denean tiro bat jo akiok* (orden de Leontxio: cuando sale Sixto le pegas un tiro)... "¿Estas fueron sus palabras?"... "Sí... ¡y son verdad, ¿no?!"... "Ya va", dice Leontxio ya más que impaciente, pero frenándose la indignación como puede, ¡y tú, ¿qué le dijistes?"... "Me sorprendió una orden así, y hasta pensé, la verdad, en la advertencia que me hizo Gaxpar de avisarle cualquier movimiento que estuviese... fuera de lugar, ¿pero cómo voy a ponerme a darle

esa vuelta a una orden tuya y cómo dejo mi puesto frente a la puerta de donde iba a salir Sixto..., además uno lleva, ¡me lo has dado tú!... un arma para eso si hace falta y hemos aprendido a obedecer, que no hay eficacia sin disciplina... ¡esto nos lo has dicho tú mismo y los demás *burukides* (jefes) en los cursillos!"... *Bixki* tiembla hablando y acaso es también el frío de estar mojado, aunque sea al sol de esta brisa que viene de Africa... y como no le oye a Leontxio una sola palabra, habla *Bixki* otra vez...: "ya se iba a ir *Erruna* cuando le dije: *i, baño jotzera?* (oye, ¿pero a dar?) y me contestó: "*bai, bai*"; me lo dijo dos veces. "Así es que *Erruna* se fue"..., toma ahora Leontxio el hilo de hablar y con esa ya lenta que tiene cuando se pone solemne. "Sí". "¿A dónde?". "No sé, pensé que a seguir al Comisario"... cómo, y si me dijistes que lo había perdido?!..." "Lo sé, porque me dijo *Erruna* que había tenido que dejar de seguir al Comisario porque éste había montado en el coche que tenía dejado, y con alguien dentro, cerca del cuartel de la Guardia Civil..." "¿Y por qué no se quedó entonces contigo?"... "¿Y yo qué sé?", responde *Bixki* con razón, "pensé que tenía alguna orden para esta emergencia; acaso venir aquí"... "Aquí no ha venido"... "O a 'Intsusain', o a otra parte, ¿qué voy a saber yo, ni preguntar?... ¡¿para qué ensayamos entonces los teatros que nos haces hacer?!", y *Bixki* está ya rebelde frente a Leontxio, quien sabe que lo que está diciendo el chico es verdad, pero así y todo ha matado a Sixto.. "¿Y para dónde cogió *Erruna* al despedirse de ti luego de esta orden?" "Bajó por la calle Mayor en la dirección de la puerta grande de la muralla...; ¡pero dime qué pasa!"... nada, tú te quedas tranquilo ahora... ¿cómo disparaste a Sixto, dónde le diste?"... "Bueno, abrieron, tardaron en abrir, la puerta, empujando y hablando como si Sixto estuviese con la bruja... doña Salomé, en el portal todavía, y hasta pensé que estaba observando, y desde la oscuridad del portal, el atrio de la iglesia, y estaba yo... asustado, porque podía Sixto hasta no estar solo, tener alguien detrás, un policía que lo acompañase, cualquier cosa... tardó, pues, bastante"... "Pero cuánto?"... "No sé, a mí me pareció mucho, mucho tiempo... y cuando me dio la cara no me atrevía, la verdad, pero tenía que cumplir y le disparé"... y *Bixki* se agarra la cabeza con sus dos manos. "Tranquilo... ¿te vio él?". "Creo que no..., estaba hablando con la vieja... vi, cuando salía, que era ella, y no estaba Sixto mirando hacia la plaza ni la iglesia, sino a sus pies para pasar uno de ellos por encima de la bajera del portillo..." "¿Y dónde le diste?"... "No sé, en el cuerpo"... "¿Cómo cayó?"... "Se le fueron las dos manos al pecho y a la barriga, no le llegaron a ninguna parte, no estoy seguro de nada ahora, y yo salí lo mas despacio que pude por el atrio que da hacia la pared del cementerio y seguí la senda, que estaba protegida por la sombra del muro, y luego cogí, no hacia Bazkardo, que es un cruce de mucha gente, sino por la parte alta de la muralla, por todo lo oscuro, y bajé luego por donde está la casa vieja que fue de don Inocencio para llegarle por detrás a Txistoki"... "¿No te ha visto nadie?" "Creo que no... me he detenido a ratos: cuando pasaba un coche (han pasado dos), cuando alguien ha abierto una ventana"... "¿Han abierto ventanas?"... "¡¿Y qué querías que abriese un tiro en la noche?!" "pero no te han visto correr, nadie te ha seguido hasta aquí"... "No, estoy seguro". "Ahora serénate", le dice Leontxio, "quítate esa camisa y ponte esta cazadora"... (se la está quitando él)... "dentro de un rato nos iremos 'al otro lado' y estaremos juntos"... "Y mis padres, mis hermanos!"... Leontxio se calla un rato, y luego dice: "acaso no has matado a nadie, ¿por qué supones que Sixto ha muerto?... no todo el mundo muere de un tiro". "No sé... ¡me duele a mí este tiro!, y no

por Sixto... ¡y ni sé por qué lo estás excusando ahora que ha muerto!, pero... ¿qué pasa con sus hijos, su mujer?"... "Calma, calma, que este mundo, ni las desgracias de Sorjin, que está comido entre dos ciudades, lo hemos hecho nosotros; ¡nosotros, *Bixki*, somos las víctimas!; ten siempre presente esto: ¡somos unas víctimas que se defienden!, ¡tenemos que defendernos!... y no solamente de los que son de la ciudad y están parapeteados con el hombre detrás de su ventana de más allá de nuestras montañas, sino de los traidores paridos aquí en Sorjin, algunos "amigos", hasta "compañeros de lucha"...; *Erruna*, por ejemplo!". "¿¡Por qué *Erruna*?!"... "¡Yo, y ya es hora de que lo sepas, no he dado nunca la orden de disparar contra Sixto"... y Leontxio se calla dramáticamente, acaso adrede, para que suene en los oídos de *Bixki* este silencio impresionante y diga algo... "¿¡No!!?... ¿¡entonces?!". dice la voz delgada de *Bixki* preguntando. "Supongo", le dice Leontxio con esa dureza que le sale a veces, sobre todo cuando cree que tiene toda, completa, la razón, en las palabras, "que el hijo de puta que está vendido al Comisario es él"... "¿*Erruna* chivato?"... "No lo estoy diciendo yo, lo estás diciendo tú, porque te ha dicho que yo le dije algo que no he dicho, y no una bobada de pegar papeles en las paredes, sino pegar un tiro a un hombre"... y se está levantando Leontxio y va y viene un rato sin alejarse nunca de *Bixki* que está todavía derrumbado sobre la hierba y la hojarasca crujiente en las manos de descansar las posturas, y luego le dice Leontxio: *etorri adi* (ven), y lo está llevando con su mano sobre el hombro de su propia cazadora sobre otros huesos (estos que han disparado a Sixto d noche) hasta donde está Gaxpar, y le cuenta en dos palabras lo que está ocurriendo; Gaxpar, y frente a un *Bixki* que no mira sino al suelo, está de piedra, y dice: "¿Has avisado a Estibalitz?"... "No, ¿para qué ahora mismo?, déjala un rato y pensamos nosotros antes, rápidamente, en lo que viene: si *Erruna* está con el Comisario, como está, traerá a Eulogio aquí en cualquier momento con sus hombres... (y piensa, y no dice, que el traidor es testigo ocular valioso para condenar al garrote o al pelotón, según sea el juicio civil o militar, y que en este instante estarán vigilando el río y la carretera...), pero no están los policías aquí, esta es la verdad que no entiendo..." "¿Tienes alguna salida prevista?"... "Este punto de reunión de emergencias no ha sido fijado al azar, como supondrás; es más seguro de lo que parece; y habrá sorpresa para los que esperen ahí, si están esperando..." "¿Cuál sorpresa?", pregunta a Leontxio su hermano, y este hermano Leontxio le contesta: "También la será para ti y tu grupo, que está menos solo de lo que tú y los demás creen, y así tiene que ser... y esa sorpresa la oirás a su tiempo, y por ahora tranquilos, en silencio y oyendo... y si llega la necesidad de hacer uso de las armas, se hace, y se lo dices también ahora a Estibalitz, y no usaremos este coche, claro, sino que subiremos maizal arriba, pinos arriba, y en quince minutos estamos en el mar y a minutos del otro lado del río que es todavía, ¡y hasta que las rompamos todas!, la frontera de nuestro pueblo partido en dos"... pero cómo vamos a dejar aquí a *Beltza*, a *Eztena* y a *Maixu*?", se preocupa Gaxpar, sobre todo pensando en Estibalitz. "¡No me plantees ahora problemas de cinco incógnitas, sino soluciones de a minuto, ¡joder!!", dice Leontxio con brusquedad, y ve a *Bixki* y añade: "esperaremos un rato más, ¿qué hora es?"... se pregunta Leontxio, y es él mismo, como hace a menudo, el que se contesta: las doce y veintiséis; esperaremos hasta que sea y media, y acaso nos salvemos de este cerco entonces"... Y Gaxpar, que no es su hermano sólo porque llevan el mismo apellido, le ha escuchado una revuelta cuando ha

dicho Leontxio lo que ha dicho, y viene a añadir a lo dicho lo siguiente: "...y entretanto, y con un muerto que no merecía eso..., hemos descubierto dónde estaba el daño". "Erruna" dice Gaxpar, "...no lo hubiese creído nunca"... "No podíamos actuar en el depósito de agua sin saberle la roña, la avería por un codo podrido de tu grupo, ¿comprendes ahora?... ¿nos hubiesen agarrado a todos con la dinamita en la mano!... ¡eso quería Eulogio!... ha caído Sixto, y lo siento por sus hijos"... "Acaso está sólo herido", interviene Gaxpar y sin saber cómo aceptar la compasión de su hermano por Sixto y los cabos que está atando y pensando en el dedo ciego de un hombre, ¡su hermano en la causa, *Bixki!*, quien ha matado a otro sin la necesidad y oyendo el silencio del viento sur que está soplando entre las ramas de los chopos y entre negros y ruidos de bruja para que se les vayan cayendo a los árboles que han cumplido otro año las hojas que se están muriendo y se vaya derramando el agua inútil del molino que también tiene que dormir y él, Gaxpar, que no tiene sueño, y aunque lo tuviese no podría dejar de mirar hacia el puente y seguir pensando que ha dicho las palabras para tranquilizar a *Bixki*, "y además", añade, y para lo mismo, para agrietar la conciencia del jovencito que es este mellizo (*bixki*) que nació partido en dos y se le murió del parto la otra mitad de los Xuxtarra, un sobrenombre como muchos, infinitos, que hay en Sorjín, y también lo está diciendo para hurgarle algo escondido a Leontxio: "además, ¡para lo que sirve este parásito a su mujer y a sus hijos, y al pueblo!"... "Vamos a partir", dice Leontxio, del hecho real de que *Bixki* no ha matado (aunque haya muerto Sixto de su tiro) a nadie, sino que ha sido *Erruna*, el *salatzaille* maldito, ¡el delator!"... "Ha sido él, desde luego", remacha Gaxpar el clavo que es exactamente esta preocupación de los tres; "él", dice Leontxio con una mano en el hombro de *Bixki*, que está ahora recostado en esta pared del matadero que siempre ha olido a pis, a sobras de comer, a todo ese muerto y que hoy y por esta tiesura sensorial de otros resortes ocultos y vivos como el alma del hombre en peligro, no se sienten porque es verdad que no hay tiempo de olerle al aire las tripas de las reses muertas a puntillazos y la sangre y los orines que se escapan del miedo y sin las ganas de los muertos y sólo porque se les han quedado quietos y para siempre los órganos de retenerlos a voluntad... se va en esa podre eso mismo, la voluntad, no se le huele nada de esto ahora a esta casa vieja por donde va pasando la carne que come todo el pueblo y alimenta la maquinaria con tracción de sangre que está montado en Sorjín desde hace años en la oscuridad, el silencio, el miedo, el recelo, la delación, la coacción, la injusticia, los silencios, las mentiras que se dicen, las que se escriben y las que se señalan con el dedo con sólo suponer que existen junto con otras que son, las que pueden ser a pesar de todo, porque todo, cualquier cosa, cualquier Sixto, cualquier dedo, cualquier tiro, puede salir por el codo torcido de un *Erruna* cualquiera que aprieta el gatillo a cualquiera que está buscando la luz, ¡no esa muerte!, de un codazo... por eso está diciendo ahora a viva voz Leontxio: "No eres tú, *Bixki*, el que ha matado a Sixto, estate tranquilo"... "¡No puedo estar tranquilo, porque si me agarran me van a matar!"... "No te van a..." "Chist...", interrumpe Gaxpar a su hermano... "viene alguien por el puente... ¡es Erruna!... ¡¿No?!", y quiere que se lo confirmen sus camaradas, pero como no están diciendo nada sino que están viéndolo venir como si nada... Gaxpar dice: "¿qué hacemos, Leontxio?"... Y, efectivamente, es *Erruna* y viene al paso, como si nada, parece, cruzando el puente hacia el matadero: "Tú, *Bixki*, cúbrete detrás de este árbol", y hace

Leontxio ese gesto de empujarlo, y Leontxio y Gaxpar (¡y también *Bixki!*) dejan venir a *Erruna* por el puente como si lo estuviesen viendo a cámara lenta y ya con su pistola del nueve largo en la mano y pensando que acaso es un cebo... "Puede ser una trampa", dice Leontxio... "¿Cuál?"... Pero ya está llegando *Erruna*, ¡y como si tal cosa!... está bajando el declive hasta el matadero, y sisea Leontxio, y *Erruna* le está llegando en este momento y diciendo: "¿Llegó *Bixki* ya?". "No", le dice Leontxio. "Me ha costado llegar hasta aquí... el Comisario se ha metido en su coche, que lo tenía en la calle ciega de la muralla, cerca del cuartelillo, y ha estado hablando un rato con alguien que estaba dentro, y luego se ha subido él, ha bajado el que estaba dentro, en el volante, y Eulogio ha salido con el coche; no podía seguirlo, claro"... "¿Quién era el policía?"... "Era nuevo, no lo conozco... uno bajito y gordo"... "Bueno", dice Leontxio, "¿qué fue de él?". "Se metió en el portal de la casa que está cerca del cuartel y que está vacía, la que dicen que han comprado para hacer un edificio, cerca de la carpintería, y yo esperé un rato, viendo, y no salía, no salía, y..." "¿Qué?", ya está Leontxio impaciente. "...No salía, y pensé venir aquí y para decirte que es posible que usen esa entrada por la casa en ruinas para entrarle al cuartelillo por detrás, y acaso no se fue este hombre sino a dormir, y pensé así cumpliendo la orden que me dio Gaxpar mismo de reportar cualquier anormalidad..., pero pensé inmediatamente que sería mejor, claro, volver donde estaba *Bixki* y advertirle de lo de este hombre, y cubrirlo por si salía el policía hacia la plaza, y ya estaba llegando a la iglesia cuando le oí el tiro"... "¿El tiro de quién?", le está diciendo friamente Leontxio. "De *Bixki* a Sixto, porque lo vi caer"... "Y a pesar de esto tú tardas y tardas en venir, y cuando llegas, llegas tranquilamente paseando por Txistoki y por este puente que trae al matadero... ¿Cómo?", pregunta con la voz erizada Leontxio. Gaxpar le ha sentido las púas a la voz de su hermano y se ha puesto detrás de *Erruna*, una precaución elemental. Pero *Erruna* no trata de sacar su pistola ni hace el menor gesto, sino que se muestra más que tranquilo y dice: "No venía yo despacio porque no me importase el tiro de *Bixki* a Sixto, sino porque he tenido que frenar de correr, es una de nuestras normas, ¿no?... y con tanta ventana de Sorjín abierta con el tiro... eso de ir a más que el andar de la manera en que uno regresa de la bodega de Iñaxio a su casa es un peligro"... Pero Gaxpar está a punto de saltarle al bolsillo donde le está viendo el bulto del revólver Smith pulido que le conoce, y Leontxio pregunta: "*Bixki* ¿qué hizo entonces?"... "Salió disparado, lo vi, hacia el cementerio". "¿Por qué no te uniste a él?"... "¿Y por qué estar dos juntos en el momento de huir y cuando no hay nadie que viene detrás?"... y la pregunta de esta respuesta es lógica. "¿Dónde estuvistes en esa cachaza de venir tan tarde?"... "Ya ves, *Bixki* tampoco ha llegado aún, y salió antes que yo y venía de prisa"... "*Bixki* ha tirado a Sixto, ¿por qué?...", y se lo ha dicho interrumpiéndole la explicación y agarrándole a *Erruna* por el cuello con sus dos manos grandes, y Gaxpar está desarmando al recién llegado. "Sí"..., dice el chico asfixiándose, y sin defenderse siquiera, y cuando cede la presión de sus manos es cuando le oye hablar Leontxio: "sí que le tiró, y será por orden tuya, y pensé, y ahora más, la verdad, que sería para asustarlo, pero Sixto cayó como un saco, lo vi..." "Y tú, dice Leontxio sin dejar de sujetarle el cuello y con *Erruna* aún quieto, ¿qué hiciste?"... Gaxpar no se ha retirado de su puesto detrás de *Erruna* y con su atención fija en el árbol tras el que se esconde *Bixki*. "¡Pero qué pasa!", dice *Erruna*. Leontxio no le dice nada, sino que le da un golpe de kárate como una puntilla y no le previene del golpe de su

caída sobre los vidrios rotos y las piedras, sino que llama a *Bixki*; y como siente también las pisadas de Estibalitz acercándose con la señal, seguramente inquieta por las voces y los ruidos muertos debajo de los chopos, dice Leontxio: "Estibalitz: tú sigues muy pendiente del paso del molino, ¡y cuidado!, si tienes la menor necesidad de usar tu arma, úsala"... y regresando la voz hacia *Bixki*, que ya está a su lado, dice: "*hemen duk ire laguna*" (aquí tienes a tu camarada)... "aquí lo tienes", insiste dándole una patada al caído. *Bixki* se ha quedado mirando el bulto de *Erruna* y piensa, seguramente (lo está viendo Leontxio así), que también está muerto *Erruna* y por eso le castañean a *Bixki* los dientes, acaso también de la rabia... Es cuando Leontxio agarra a *Erruna* por los sobacos, lo sienta contra el muro del matadero y le da dos sopapos que suenan como dos pelotazos en un frontón y le dice: "espabila, que te queda poco... habla... aquí está *Bixki*, míralo, y empieza a rezar"... "Yo no he hecho nada", dice, por fin, *Erruna*. "Háblale *Bixki*"... -"Sí", dice éste, "tú me dijistes que disparase sobre Sixto"... "¡¿Yo?!"... y *Erruna* está tratando de levantarse. "Sí", insiste *Bixki*. "Leontxio", dice el hombre que está todavía, y aunque sentado contra el muro, tumbado en el suelo, "tú me conoces, y que venga también Gaxpar... esto no es verdad!... *Bixki* está mintiendo, y no sé por qué, pero está mintiendo, ¡¿por qué estás diciendo lo que no es?!"... Leontxio agarra sorpresivamente a *Bixki* de los hombros y le dice: "¡Ahora habla tú, ¡contéstale!"... lo está levantando, *exeri adi honen ondoan* (siéntate a su lado) y cuando tiene a los dos sentados contra el muro, el uno al lado del otro, y sobre los mismos cascos de botella que no huelen y las cagadas de carnicero que no cortan, ¡ya no existen!, y dice Leontxio, y aunque cansado, tranquilamente, porque está llegando al final de un largo camino... "aquí sabré quién de los dos está mintiendo, y el traidor quedará esta noche en el Matadero... ya basta de la traición de cualquiera de los dos que sea... ¡el cerdo!..." *Erruna* se queda callado. *Bixki* comienza a llorar. Gaxpar, que está oyéndole al ruido todos los puentes y viéndole la noche al rumor tenso de sentirse ya loco de estas brujas de estarle viendo al silencio los pies y los brazos y los ojos en la sombra de los árboles, de las ratas que saltan al río, el misterio de un simple ladrido, el sigilo a una hoja seca que mueve el viento en el canalón del alero del Matadero. Gaxpar, que está así, partido en tres, cuatro, cinco pedazos que no casan, que no pueden coincidir, no sabe qué hacer sino esperar que pase algo de alguna de sus partes, y siente ahora a Leontxio callado... y lo presente, como es verdad, mirando a los dos hombres sentados en la semioscuridad tenebrosa de la sospecha... "Yo", dice de pronto *Erruna*, y es Gaxpar el que lo está oyendo ahora como si estuviese en los oídos de su hermano Leontxio, "si soy el chivato, ¿para qué voy a venir?"... *Bixki* trata de serenarse, se le siente en la angustia de no poder hacer otra cosa que llorar los suspiros que le salen, y piensa Gaxpar que es natural, ¡porque ha matado a un hombre!, y al fin, después de la espera, también logra decir otro tanto: "¿Y yo?"... Leontxio está en cuclillas frente a los dos sospechosos pesándolos en las bolas, y las dos parecen verdades; están callados, y vigilados por Gaxpar (a esa distancia de los seis o siete metros) un buen rato, y se oye, y sólo ahora en toda la noche, un grillo solitario, y habla entonces, ahora, Leontxio: "los dos sois sospechosos, y los dos tenéis excusas, pero entre los dos hay uno que miente... miente *Bixki* si tú, *Erruna*, no le has dicho nada, o mientes, tú, *Erruna*, si le has pasado mentirosamente mi 'orden'"... Cada uno estará calculando lo suyo, y así es este silencio de un rato, como de estar hecho y no vacío,

cuando continúa Leontxio: "...Y de los dos... tú, *Bixki*, has venido primero, y si eres culpable, acaso has creído que habían detenido a *Erruna* cuando ha ido detrás del Comisario, y también es posible (y yo que conozco muy bien al Torturador pienso que es hasta probable) que tú te has venido aquí con su palabra, ¡la palabra del Comisario!, de que *Erruna* está ya detenido y lejos de la posibilidad de atravesarse en tu camino... eso puede ocurrir perfectamente; pero también tú, *Erruna*, has podido pensar en lo mismo: en que *Bixki* ha sido detenido después de contarle tú al Comisario que estaba dada la orden de que disparase, y por conveniencia de Eulogio de que callar a un Sixto que se estaba vaciando por las dos puntas de su pellejo y de que esta eliminación cayese sobre las espaldas de los "rebeldes", de nosotros, las víctimas de Sorjín"... "En este caso", dice *Erruna* con tranquilidad, y con razón: "yo hubiese estado con el Comisario esperando que disparase *Bixki*, y lo hubiésemos agarrado para echar a tu grupo esta culpa con mayor claridad, ¿no?"... Leontxio descubre la posibilidad de que sea ésta la más verdad de las dos posibles verdades, y se ensaña con *Bixki*: "¡tú vinistes para que te sacase corriendo de aquí, te enseñase el paso del río... te llevase al otro lado y te introdujese en nuestro sistema, ¿no?!"... "¡No!", dice *Bixki*, y se calla un rato, pero corto, y dice luego: "...esa posibilidad vale también para *Erruna*: engañó el Comisario a *Erruna* diciéndole que me habían detenido al disparar y que podía acercarse al Matadero para huir contigo y con Gaxpar y buscarse el mismo camino de los pasos del río y del monte"... y luego de esta debilidad de argumentar sin convicción se calla; se le queda viendo, callado como un indio, Leontxio: tiene la boina como un tejado sobre sus ojos (no se quita esta prenda negra y flexible y caliente y práctica más que para dormir). Y al fin dice *Bixki*, y no sin temblarle la voz todavía: "acaso no les convenía agarrarme sino cargarle esta culpa del muerto a alguien como tú por ejemplo, Leontxio, porque le sirve más al Comisario para desacreditarte y para quemarte con una muerte inútil como la de Sixto..., y, piénsalo, de qué me hubiese valido eso que dices si mañana os enteráis vosotros que es mentira, que *Erruna* dice como ahora, que no"... "No podría decir él eso", dice Leontxio friamente, (porque no he oído nunca que hable un muerto... y no suponiendo que lo agarro yo aquí sino que lo coge el Comisario, el Torturador, como podía estar en tus cálculos, *Erruna* en manos de la policía no tiene voz, no se la oye nadie por años sin juicio o mandado fusilar con un sumarísimo a puerta cerrada... y es muy posible que tú antes de venir aquí lo hayas creído preso por Eulogio!...", le salta ahora la voz a Leontxio, que está viendo ahora a *Erruna*, está siguiendo la huella delgada de los dos hilos de niebla en la noche de Sorjín y en lo oscuro del matadero, pero se inclina más, ahora, hacia este hilo de *Bixki*, y le dice, pero como hablándose, y rápidamente, él mismo las cosas: "y mientras pasan los días de *Erruna* en la cárcel tú conoces el paso, los pasos, nuestros contactos en la frontera, dónde estamos, dónde tenemos la emisora escondida... en la montaña o en una ganbara de cualquier parte... hasta de la ciudad, y saber quiénes y cuántos estamos trabajando... y hubiese podido dejarnos a placer, en un ridículo salto de frontera sobre el no para regresar aquí, a cobrar del Comisario... ¡no hables todavía!...", interrumpe a *Bixki* que quiere hablar, "y, claro, estarías ya marcado para siempre, pero hay gente que se deja marcar así y de por vida y creyéndose que ese hombre que está mirándonos desde la ventana con miles de ojos pagados es eterno, es inmortal... hipotecarse un hijo de por vida y por la de sus hijos y sus nietos por hacerle un daño al pueblo y ¡por

dinero!... ¡¡mierda!!...", y Leontxio ha subido más el tono: "y el Comisario, un dedo más del hombre de la ventana, tiene mucha de esa mierda y la reparte a paladas entre los chivatos... ¡a ti te ha fallado *Erruna!*"..., le dice, ..."que *Erruna*, y por la mierda de suerte que sea, no se ha dejado coger, sino que ha llegado... ¿no es así?!"... Y es cuando le llega Gaxpar y lo tira un poco aparte por un brazo y le dice al oído: "Bueno, pero como te explicas que ese policía bobo se haya metido en la casa muerta, en "Sasienea" y no sale, y *Erruna* se va como un tonto..." "He estado pensando en eso", dice Leontxio en la misma confianza, y los dos sentados no los pueden oír aunque los están viendo con los oídos en lo que da la noche de luna debajo de unos chopos, y Leontxio hablando otra vez: "pero a esa casa sin puertas se le puede salir por detrás y cortarle el camino de llegar hasta la plaza"... "¡Sí!", dice Gaxpar, "también"... "Entonces", le está diciendo Leontxio su opinión, "entonces hasta ha podido llegar una orden nueva a *Bixki* o protegerlo de *Erruna*... ¡cualquier cosa!"... ¡Y esta posibilidad es válida para Gaxpar también, ahora que se la ha enseñado su hermano. "Pero", le dice a Leontxio: "si es así, si sabe dónde estamos y nos estarán vigilando desde hace un rato largo, ¿por qué, entonces, no agarran a *Erruna* cuando viene tranquilamente por la mitad del puente?"... Y esta malicia de Gaxpar es lógica, ¡todo es lógico!... "Pero", le dice Leontxio al oído a su hermano en ese hilo delgado de voz que está llegando a los dos sospechosos con puntadas sueltas de palabras que cada quién está engranando a sus cosas del modo que puede, "acaso les interesa, no nosotros mismos ahora, que ya estamos marcados y no nos tienen todavía un gramo de plástico y sólo la carga de un muerto que él quiere que quede en la oscuridad de atribuírsela a los rebeldes y no exponerse a que pueda uno demostrar que no lo ha matado... y no le interesamos en este trance sino le interesa lo gordo de saber que espera Eulogio de cualquiera de estos dos que están sentados como dos cerdos... ¡y cerdo no hay más que uno!..., pero uno de estos dos puede pasarle el cómo entramos y salimos a esta parte de Sorjín que está del lado del río y saber cómo pasamos las armas, los papeles, las máquinas de imprimir... (y los dos sentados oyéndole a esas cuerdas de voz muy delgadas con nudos la amenaza...) "Y ¿crees a *Bixki*", pregunta Gaxpar, "capaz de estos cojones de meterse en lo que se ha hundido sabiendo que somos capaces de colgarlo de un gancho del matadero?"..., y está Gaxpar, sorprendido, indignado. "¡¡Lo voy a matar!!"... dice Leontxio. Gaxpar se calla y se aleja de su hermano viendo hacia el puente que no ha dejado de mirar, y piensa que acaso están ya todos cercados, están jugando con ellos... eso lo debe saber el chivato, que aún puede ser cualquiera de los dos... acaso *Bixki*, y por eso se ha atrevido... puede ser, y llama a Leontxio otra vez, y comienza a hablarle... ¡¡cuando se levanta *Bixki* y huye entre los chopos río abajo dando los gritos en la lengua de la ciudad:

"¡¡Aquí, aquí!!"...

Y que no son más estridentes, más de tapar el ruido de castañuelas rotas de cascabel que hacen las hojas muertas cuando las pisa y las espanta con el viento de sus pisadas gordas de agua todavía que resuenan en el río de espuma... que no son los gritos más agudos, más... gritos, porque no le sale más aire a ese susto de ir colgándole por última vez, lo sabe, las bolas entre sus piernas...

"¡¡Aquí, aquí, pronto!!"...

Ya sabe que tiene detrás a *Erruna*, que ha sido el primero en echarle la zarpa cuando se le ha levantado de su lado y se le ha escurrido la manga marrón de la cazadora de Leontxio, y Leontxio mismo en camisa que está corriendo y Gaxpar no, porque hay que guardar el puente, ¡sobre todo ahora!... y son los ruidos que corren y las sombras que suenan en las ramas, en un chapoteo de rata, acaso, en el agua, debajo del puente... y un tiro... ¡un tiro!... que suena a Gaxpar, que está aún quieto y sin saber si ha sido de alguien que es hombre de Eulogio que ha tirado a su hermano, a cualquiera de los tres hermanos que se han enfrentado al cerdo que ha huído, y que debe ser *Bixki* por lo que ha visto, la forma de correr y el hilo de voz que le ha salido... y aún, esta voz, esa diciendo muy bajito...: *ama, ama...* (madre, madre) encogiéndose con las rodillas en la barriga, y Estibalitz llorando a su lado y con su pistola caliente del tiro todavía, ella, que no ha tirado sino a un blanco y sólo tres veces en un entrenamiento que estuvo con Jesús, y está Leontxio y está *Erruna* mirando lo mismo en la sombra y sin pensar que puede venir alguien a socorrer al chivato... Y no es ahora (sorprendentemente) Leontxio el que dice algo, sino Gaxpar el que manda: "Leontxio... *Erruna*"... y cogen entre los tres este fardo de hombre que es un chivato muriéndose, y Gaxpar tira, tira, hacia la txabola... nos van a coger", dice *Erruna*; "vienen por el puente", grita Estibalitz... Pero ya están los tres hombres y *Bixki* dentro del galpón, y Gaxpar lo agarra ahora por la cabeza, lo levanta con la ayuda de sus compañeros que le están subiendo el cuerpo sin decir nada y sin casi hacer nada más que seguir a Gaxpar, sujetando al muerto por las piernas y el culo, y Gaxpar está con las manos a la altura del gancho colgado y reluciente del uso y dice a los dos que están debajo: "soltarlo"... y el cuerpo queda colgado, como de pie, y sin más señal de haber estado vivo hace un minuto que la sangre aún caliente que le va resbalando por el cuello mismo y las ropas, la cazadora marrón de un Leontxio que no puede ver, no le dan los ojos sino para regresar detrás de Gaxpar y *Erruna*, hasta que le agarra Estibalitz del brazo y lo está empujando dentro del galpón otra vez (*lagundu akidak, Leontxio, ator!!...* (ven, ayúdame, Leontxio)... y no se va Leontxio, ni Estibalitz, quien le está ayudando a descolgar a *Bixki* sacando el gancho torvo de entre la sangre caliente del cuello de *Bixki* mientras le están izando, subiendo el cuerpo muerto para eso las manos y los brazos poderosos de Leontxio, y entre los dos lo dejan en el suelo, al muerto, lo más derecho que pueden, y salen, ¡tienen que salir corriendo, la mano de ella (mojada del muerto) en la mano de él que la está aliviando del peso de correr cuesta arriba... (*azkar, ba zetoztin!!...*) unidos los dos por esta sangre para siempre..., cree Leontxio, "¡¡pronto, que ya vienen!!"... y Gaxpar y *Erruna* está gritando eso y no corren hasta seguirlos cuesta arriba porque no saben por dónde se puede salvar un pequeño grupo de cuatro pistolas contra un cerco de hombres armados... y sin ver a ninguna parte, porque ya no hay tiempo, y es verdad que los hombres de Eulogio están llegando en los pasos de hojarasca detrás de los fugitivos, pero con cuidado, parece, porque no saben quién, ni cuántos son en realidad y con qué armas, seguramente, piensa Leontxio cuando está arrastrando los pies de Estibalitz en los taludes que ella no ve ni puede trepar como él, y los hombres de Eulogio que los persiguen estarán avanzando cautamente y rodeando el matadero cuando ya los cuatro están subiendo por entre los pinos jóvenes de Belkoain y ya la cabeza de Leontxio, a pesar de estar subiendo dos cuerpos por aquella pendiente, está en los estratos inclinados, impresionantemente

afilados apuntando en la dirección del mar, que se bate inútilmente siglo tras siglo contra los rompientes de un acantilado que siempre tiene piedra en qué quedarse siendo más y más alta que el mar que le lame los pies y donde, en lo alto, donde no puede llegar el hombre más que con la vista desde el mar, en los huecos de una pared vertical de cien metros, o más, regresan a dormir todas las gaviotas de esta costa de Sorjín y donde, entre unas rocas con lampernas que cortan como cuchillos, hay esperando una motora pequeña, suficiente para llevar a ocho, o diez, y hasta a catorce hombres si hace falta ir colgados los hombres como racimos sobre las aguas del mar (y a veces han ido) al otro lado del río, y por el mar (por donde le entra el mar al río todos los días dos veces) en menos de diez minutos... Pero no están los cuatro fugitivos donde está la cabeza de Leontxio sino en el esfuerzo de correr todavía para alcanzar la cima cuando se oye... ¡un enorme estallido, una explosión!... y se detienen los cuatro, jadeantes, mirando por primera vez, porque no han podido dejar de perder estos instantes de estar viendo todavía el resplandor de lo que ha debido estallar allá abajo, en Sorjín, hace diez o doce segundos... *Egin diagu, egin diagu!!* (¡¡ya está, ya lo hemos hecho!!) grita Leontxio con voz entrecortada por el jadeo, y regresando otra vez a tirar de Estibalitz, quien lo siente en la mano pegada a la suya con la sangre coagulada y como si la quisiese sellar una unión para siempre... "¿Qué ha sido?", pregunta Gaxpar mientras sube a su altura en la pendiente, "¡se han apagado todas las luces!"... "¡Hemos volado la central eléctrica!", dice Leontxio, quien vuelve a detener la carrera y pueden ver los cuatro que Sorjín no es sino un pueblo alumbrado por la luz blanca y muerta de la luna grande, y tan ciega y bruja como Salomé mirando desde lejos, y piensa Leontxio mientras siguen subiendo todavía, que ya, la cima, está a unos pasos, que Sorjín se ha llenado de más brujas por esta oscuridad, y que sólo, y a la manera en que han ido espantando los duendes de los castillos hasta en Escocia las bombillas eléctricas, llegarán a verse claras las cosas, un nombre para una cosa, una cosa para un nombre, cuando se logre encender la luz, el incendio, de la libertad... "¡Y Jesús!"..., le oye Leontxio el tirón de la voz en su brazo de halar la mano ligera y ya soldada su mano a la de Estibalitz con la sangre seca de un muerto y pensando, Leontxio, que acaso no ha sido justo con Jesús, con *Maixu*, pero tampoco es verdad que quiso perderlo, como pueden maliciar, y malician, Gaxpar y Estibalitz, sino que las cosas salen así en los riesgos de actuar de esta manera... ¡y ojalá pudiesen morir las malicias que nacen torcidas al sólo brotar!... Lo cierto es que ni Leontxio ni Gaxpar pueden saber en este instante lo que ha sido de los demás que han ido de misión, entre ellos el ingeniero Koldo Olazarán... porque estamos más divididos de lo que queremos en Sorjín, pero mucho menos de lo que quisieran en la ciudad..., es posible que todos ellos estén ya presos ahora; lo piensa Leontxio y lo piensa Gaxpar; y Gaxpar piensa a pesar suyo que no puede dejar de hacer sitio en su cabeza al por qué tuvo que exponer Leontxio esta noche tres hombres más de los dos que ya faltaban en "Galardi", y entre estos tres a *Maixu*, el novio de Estibalitz... ¿para qué..?, cuando ya están llegando a la cima en estos trances de comenzar a sentir el peso de su cuerpo cansado sobre los pies como una carga ajena... tiene Leontxio el alma de como si se estuviese liberando de un peso y estuviese yéndose más allá de estar solo en el exilio; y así se engaña muchas veces el hombre cuando se siente en la cumbre de algo, porque lo que tiene Leontxio entre sus manos, Estibalitz, su compañía, está pensando que no

habrá pasado nada a Jesús, y que lo traerá alguien por este mismo camino cualquier día de los que va a venir y acaso de la mano de Gaxpar, o del mismo Leontxio que la está sujetando para que no se caiga en la pendiente de bajar, porque Leontxio es muy fuerte y muy valiente, y en cambio, y aquí está arropado y temeroso un pesar escondido de Estibalitz, aunque quiere mucho a Leontxio como a un hermano de sangre y de leche y de ideales, este instante de la mujer está lleno, y para siempre, de Jesús. de *Maixu*.

36

– *Inoxentxio!!!*... –entra Joxe Mari en la habitación– *entzun ahal duk!!?* (¿has oído?)...

Auxtiña se ha quedado fuera; no se ha atrevido a entrar al cuarto del sacerdote a esta hora y aunque sea con este motivo extraordinario de ir detrás de Joxe Mari.

– *Zer da?!* (¿qué pasa?!) –le pregunta don Inocencio despertándose con este susto y sin nadie que le encienda la luz, y está con su mano en la perilla de la lámpara...

– ¡Una explosión! –dice Auxtiña desde más allá de la puerta.

– *Artikutza lehertu dutela!!* (¿Que han volado el depósito de agua!!)... ¡tal como te lo dijo la radio clandestina, *Inoxentxio!* –dice victorioso Joxe Mari– y esto se derrumba, cualquier día cae el hombre desde su ventana y tumban al gobierno...

Don Inocencio está dándole a la perilla y nada, y ya se está incorporando en su cama y diciendo:

– ¿Otro tiro?...

– ¡¡Que no!!... ¡¡una explosión como un terremoto!!...

– ¡Sí, sí!, confirma Auxtiña, quien está tan dentro como Joxe Mari en el cuarto del sacerdote, y éste ha comenzado a vislumbrar la silueta de su amigo a la media luz blanca de la luna, y está insistiendo aún con la perilla de la luz, y dice: –¿no hay luz?...

– ¡¡¿Qué luz?! –dice triunfalmente Joxe Mari– ¡¡si han volado todo!!...

– ¿Qué van a volar esos muchachos –reacciona con terquedad don Inocencio...–. Auxtiña, mira si está fundido el plomo...

– La fuente, la fuente –dice Joxe Mari de pronto y empujando con la voz a Auxtiña– abre las fuentes, todas, y se irá el agua, se vaciará el depósito... ¡vas a ver!... –y mientras sale corriendo Auxtiña a la cocina, se está dirigiendo a don Inocencio: –no es la luz de aquí sólo, sino que falta en todo Sorjín... ¡¡ha sido un golpe estupendo!!...

– Te quedarás sin agua tú también –le dice el cura.

Joxe Mari está ya sentado en su cama, en la de don Inocencio, y le dice beatíficamente.

– A mí, que ya estoy muerto, no me importa... ¡allá los curas de tu iglesia, que no tendrán agua ni para bautizar!...

– ¡Auxtiña! –llama don Inocencio; pero con el agua que cae de las dos fuentes, la del fregadero y la del retrete, no le oye–, y dice Joxe Mari: –dile a esa mujer que recoja el agua que pueda en el barreño, en la palancana, en los pucheros...

Joxe Mari sale corriendo hacia la cocina mientras piensa riéndose: "ahora tú también sabes que esta gente te ha volado el depósito, que lo que hacen estos chicos con

barba no es cuento"... y cuando regresa al cuarto todavía está don Inocencio sentado en la cama: se ve una camisa blanca y un gorro como un bonete, pero éste de dormir es blanco, y le dice Joxe Mari "Naparra" derecho como un huso y con la *txamarra* negra de punto muy holgada sobre los calzoncillos y las piernas, y con esta solemnidad de quien ha cumplido una orden: –¡ya está!...– y sin poder esconder su alegría de muchacho añade: –¿qué te parece?... ¡eh!...

"No seas niño", piensa don Inocencio, y no se lo dice sino que se queda callado sentado en su cama y alumbrado sólo por una luna que entra por la ventana, "que tienes el único hijo que te quedaba muerto a tres manzanas de aquí y lo entierran mañana"... no se lo dice, ¡no se lo puede decir!, y le habla:

– Sí, y no sé qué van a adelantar con eso; gobierno es gobierno aunque le revienten un depósito de agua, ¿no lo comprendes?... pero si quieres soñar, sueña, y no haces daño a nadie con eso, y amanecerá mañana el pueblo sin una gota de agua para lavarse la cara y preparar el café con leche para ir a trabajar... "te parece eso bien?...

– La revolución se hace como se puede; si no nos dejan hablar, ponemos bombas...

Don Inocencio sabe que hablar en cualquier parte (y aquí también) con un fanático es cosa inútil, y le dice:

– ¿Por qué no te vas a la cama?...

– Yo no me acuesto hasta que se le vaya todo el agua a ese depósito...

– Si no te importa, yo quiero dormir...

Joxe Mari "Naparra" no se enfada aunque le haya echado el cura con este desplante, porque sabe que ni en la cama va a dormir don Inocencio esta noche, y se dice por dentro (¡ja, ja!) y le desea las buenas noches; llega a la cocina y se asegura de que todos los recipientes están rebosando agua, y le dice a Auxtiña, quien esta sentada frente al fregadero y ya dormitando: –ahora vete a dormir.

Auxtiña cierra la fuente.

– ¡¡No!! –le dice Joxe Mari– ¡deja las dos fuentes abiertas hasta que se vacíe lo poco que queda en el depósito y lo que queda todavía en las tuberías de Sorjín... tú te vas a la cama, ¡eso se vacía solo!... Y, además, yo me voy a quedar aquí...

Luego, cuando ya Auxtiña esta en su cama, llega Joxe Mari hasta el balcón, saca descaradamente medio cuerpo, ¡lo que nunca! y ve que no hay todavía ni una sola luz prendida en el pueblo; hay algunas ventanas abiertas en la vecindad, se oyen rumores... "¡¡Acaso cogen Sorjín, y se hace libre este pueblo!!"... y ya se suelta a hablar solo, aunque en la confidencia de estar diciéndoselo a sus barbas: "¡¿qué creían, que estos muchachos no saben volar un depósito de agua, que la radio clandestina es pura bola?...; cualquier día amanece Sorjín libre de pensar y decir y hacer la libertad, porque también la libertad hay que irla haciendo todos los días"... Y se sienta en su sillón episcopal dispuesto frente al balcón para tomar el fresco, poco, y oír el ruido... ¡¡musica!!... de los dos chorros de agua que están terminando de vaciar el depósito de agua de Sorjín... y se levanta, llega hasta el retrete, donde está abierto el grifo del lavamanos, y tira de la bomba y se dice, para que le oiga, ¡y se lo ha oído!, Inoxentxio: "unos litros menos para el depósito"...

Luego regresa a su sillón, se cruza las manos largas bajo su barba blanca, y ya, la verdad, cansado, ¡bastante!, de las emociones de este día, de esta noche, y se sienta a esperar beatíficamente a que se vayan adelgazando, adelgazando, los dos chorros de

agua que aún salpican sobre el fregadero y el lavamanos, y ya está claro que están yendo a menos, a menos...

37

Cuando tocaron a la puerta eran las dos y diez; oyó los tres golpes metálicos de aldaba el mismo don Pello todavía despierto en su cama; pero no se levantó, porque cuando hay un viático de emergencia es siempre Miren Argi la que se levanta, es una costumbre, y oye don Pello a Ainara, la más pequeña de sus dos hermanas cuando está diciendo:

– *Miren Argi... atea* (la puerta)

Y Miren Argi dice:

– *Ba nian* (ya voy)...

Sería alguien pidiendo el sacramento, se repitió don Pello; a veces ocurren todas las cosas en un solo rato, y corto: había tenido las palabras con don Rosendo, había pasado a ver a Juankrutz, porque le dijeron que estaba ya en las últimas y no es verdad..., se iba a acostar... ¡cuando le llegó Euxebio!, y ésta sí fue una sorpresa: por él se enteró de otra mayor, el embarazo de Igone...; tuvo que llevar a Euxebio por no dejarlo abandonado en su pueblo, y le habló luego la prueba de cómo la maledicencia de Sorjín colmado ya de brujas puede empujar a un hombre a la delincuencia, ¡un contrabando de drogas!... ¡¡y que andaba con don Rosendo, el sacerdote, en las juergas!!... ¡¡y el escándalo de ese hijo suyo por venir!!!... todo esto es alucinante, para volverse uno, yo, Pello, ¡loco!...; y luego llego ¡a un pueblo sin luz y como embrujado por una luna que se reía (que todavía debe estar riéndose) llena y blanca, y mis hermanas con una vela y sin acostarse para decirme que había habido una explosión!, algún accidente, y que el toque había sido para Pedro Orradre, el hijo de uno que fusilaron en la guerra, y me fui a rezar un padrenuestro: una escena triste con los vecinos sentados en torno al muerto acostado en su cama y sin más luz que la de las dos velas alquiladas a la funeraria (antes a estos muertos se les despedía con más ternura... ¡todo en Sorjín se está enfriando!) y no hago sino acostarme (casi por segunda vez en esta noche) hace un rato cuando ya están aquí otra vez... estoy escuchando la voz de mi hermana mayor y otra que es de hombre y que está respondiendo con algún enfado... me parece!... ya me estoy poniendo los pantalones cuando se ha abierto la puerta de mi habitación y veo el contraluz de un hombre alto que se ha adelantado a la vela de mi hermana y oigo que me dice, ¡y es Carrotero!...: "buenas noches, don Pedro"...; "¿qué pasa?!", me sale en esta indignación de ver entrar a un policía en mi cuarto y a esta hora de verlo como un aparecido, alumbrado como está por la vela que está entrando con Miren Argi, y oigo que me dice: "nada, a ver si nos puede acompañar, por favor"...; "¿a dónde?", le digo; "a la Comisaría"; "¡y por qué no han esperado en la puerta de mi casa o en la sala!", me indigno ahora hasta en la voz, y más por mi hermana que está asustada con la vela en la mano que por mí, "¿qué es esto de entrarle a uno un policía al cuarto sin darle tiempo de levantarse siquiera, y vengo de acostarme, precisamente?!"...; "ya, ya lo sabemos"... dice Carrotero mientras termino de ponerme la camisa y yo voy a buscar mi chaqueta al perchero y pensando ahora en que estará pensando en este instante el Comisario... en el viaje de Euxebio, ¡las drogas!..., y le

pregunto al policía, no por las drogas, claro, sino por mi hora de acostarme: "¿cómo lo sabe?"...; "acaba de decirnos eso su hermana: que se acaba usted de acostar"....; "pues sí, así es... ¿qué pasa ahí?", pregunto, y es que oigo el ruido de abrir cajones y vislumbro otra luz movable en el comedor...; "están registrando", me dice la voz temblorosa de Miren Argi; "¡¿qué es esto?!"; digo a Carrotero encarándomelo, ya vestido yo para salir; "órdenes", me contesta; "...¡y a esta hora, ¿¡por qué tanta prisa?!... esto es un allanamiento de morada"... y pienso en las palabras tenidas con el Comisario y le digo: "¡¿dónde están las garantías del fuero, el Concordato?!"...; "lo que usted quiera", me responde el policía correctamente cuando ya lo estoy empujando en la puerta para que salga delante mío de mi habitación..., y tengo que consolar a mis hermanas, que ya me están abrazando y en una congoja y yo trato de consolarlas apretándolas contra mi pecho, ¡qué más!, y decirles, mientras oigo que están revisando ahora mi habitación, que vuelvo en un minuto... "¿de qué se trata?", pregunto volviéndome donde Carrotero, Agustín, otra vez le sé su nombre completo; "ya le he dicho, don Pedro, que es una orden, que es cosa del señor Comisario", repite el policía, ¡el loro que es siempre un policía!... cuando habla, si sabe hablar, y salgo, voy saliendo, detrás de otro que no conozco y que sé que está cuidando mucho de no tropezar en la oscuridad y delante de Carrotero, y atormentado por los sollozos inevitables de mis dos hermanas en los oídos y por encima de los ruidos de los tres pares de pies (¡y dos de ellos no le conocen lo gastado de algunas esquinas a los peldaños de las escaleras de Sorjín!) pisando los viejos escalones de madera de esta antigua casa del puerto a esta hora de la madrugada...; voy caminando entre estos dos policías subiendo ahora por el empedrado de adoquines de cuando cazaban en este pueblo las escobas con las mil brujerías de perseguir alimañas, y pensando que... ¡Dios sabe lo que puede ser!: las drogas de Euxebio... o algo que viene de don Rosendo para intimidarme y que no saque yo a relucir su hijo por nacer...; en esto estoy pensando mientras subo y subo entre los dos policías y a esta hora y como un criminal...; lástima que no haya, para el escándalo que a veces hace falta, más luz que ésta de la luna... "¿qué pasó con la luz?", le digo a Agustín Carrotero, que es al que conozco y, aparte de llegarme a esta hora, ha sido correcto, y él me dice: "no sé nada"...; eso tan corto y la voz áspera me dicen que ha pasado algo, y que acaso el pueblo no está tan dormido en la noche sin luz como parece... antes oí un ruido de ventana y unas voces sordas que podían haber sido, como pensadas por mí o también dichas por el viento sur que sopla esta noche, pero que ahora que tengo despiertos, ¡afilados!, los sentidos con la sospecha de los akelarres a luna llena oigo las cabezas que se esconden y veo rumores en las sombras,, el perfil del que ha venido con Carrotero es el de un chato pequeño y fornido, abarrilado, que no he visto nunca, y no habla; Carrotero tampoco habla... estamos llegando al portal de la Comisaría cuando veo una luz en su ventana que no es de vela, por lo fija; cuando subimos las pisadas en la madera y entro yo... ¡me empuja el policía chato dentro!..., veo que la luz es de una de esas linternas que usan en las estaciones de tren y serán de carburo (aunque no huele aquí a eso) o acaso aceite, y esta luz casi fija que está colocada sobre un cajón semi-abierto del archivo de madera está alumbrando la mesa del Comisario, quien está sin hacer nada y con los diez dedos peludos de sus manos de hueso entrelazados, y no depositados para una conversación sino inquietos... sobre la carpeta del papel secante viejo de las dos tintas que rodean en formación militar

del tapón con los sellos redondos, cuadrados, colgados y en corro como en un tio vivo minúsculo, y el tintero de cristal para rojo de un lado y azul del otro (¡cada uno cuidadosamente en su sitio!), y yo lo saludo friamente y le digo que qué quiere de mí a estas horas; "cálmese, don Pedro", me dice, "esto se ha hecho así porque ha sido necesario... tome asiento, por favor"...; lo estoy observando, y no sé si será por la luz que le está dando, que es la que refleja la superficie de la mesa y es de un color amarillo-blanco, y los ojos irritados, saltones, y veo, siento ahora claramente, que pasa algo que acaso no sé, porque me parece esto, no un teatro montado con tiempo por don Rosendo (sería darme mucha importancia) sino una emergencia... me parece a mí...; el Comisario está fumando y no mira sino a su cigarro, y me viene, ahora que estoy sentado en el mismo asiento de paja del otro día (aquí no hay imaginación para cambiar nada en tantos años), el símbolo de paz con que me hizo fumar con él y el café que me preparó, todo eso que ahora falta, aunque esté aún (y eso será hasta la muerte de este imperio de la ciudad donde antes no se ponía el sol y ahora apenas le quedan pueblos pequeños como Sorjín) el hombre mirándome desde la ventana apagada, en sombras, pero siempre abierta y vigilante desde lo más oscuro de la intención que está por sobre la cabeza de Eulogio y también, a pesar de la tensión indignada que estoy viviendo, este olor a polvo, a papeles viejos, a... orín, parece mentira que se meen en estos cuartos oficiales, en todos, que sólo son solemnes por lo pobres, como si viviesen el espíritu del Medioevo; esto del olor a pis en estos cuartelillos es absolutamente verdad... "¿puedo fumar?", le pregunto por romper este silencio de pensar y para hacer que alguien tome la iniciativa en esta sorprendente reunión de dos que no se hablan en una cita tan presagiosa hecha al amanecer..., aunque sea fumar, sencillamente... y ya llevo hoy más de dos cajetillas; ésta con que le estoy ofreciendo a Eulogio me la regaló en casa de Pedro Orradre "Naparra" uno de sus hijos, Alejandro, cuando se dio cuenta que me faltaba el cigarro que necesitaba encender después del rezo y mi paquete estaba vacío... y veo que el Comisario se da cuenta de su... descortesía, porque hace un gesto nervioso de sacar una cajetilla del bolsillo de su chaqueta y acepta, al fin, de la mía y me dice: "perdone que no le haya ofrecido antes"...; "no se preocupe", le digo, y estoy tan sereno en mi curiosidad que hasta me doy cuenta que he dicho una tontería.

Le enciendo su cigarro con mi cerilla y le veo a esta cara que me está mirando ahora por primera vez, que está llena, rellena, de cosas que acaso está pensando en cómo decir, o en cómo no decirme todo, seguramente, y pienso ahora que debo adoptar y desde este mismo instante la posición, una actitud digamos... filosófica de comportarse en este accidente... no sé por dónde me va a salir embistiendo este toro sin casta, pero me han contado los chicos que han estado aquí, han pasado por esas manos, de las tácticas que usa "El Torturador", y es curioso y no tengo miedo; acaso porque estoy abrigado, protegido, por el manto de la Iglesia; siento vergüenza en este instante por esta ventaja que tengo sobre los demás hermanos de Sorjín y las demás víctimas de la ciudad también, porque las zarpas de este sistema alcanza a todos, y, estoy pensando que algunos de estos chicos que han pasado por aquí no sólo sin las ropas del cura sino desnudos... "usted sabe lo que pasó"... me interrumpe el hilo de pensar el Comisario con una voz calmada, y deduzco, por como está sonándole la palabra a Eulogio en esta habitación, que estamos los dos solos; es por la forma de resonar que tiene la voz en el

cuarto, y por un instinto que está más allá del simple oído, y pienso inmediatamente que me están grabando, y calculo también ahora que todo esto: la pausa, la voz afectada, son parte de la hinchazón de saberse el Comisario ante las cámaras de toda la televisión que puede alcanzar él: una máquina de grabar sonido; o puede también ser este tono parte de la técnica policíaca de preguntar, y yo digo con el menor compromiso que puedo: "no sé, la verdad, a qué se puede referir usted"...; "ya"... me dice, "usted no sabe que ha habido un muerto.."; ha quedado la frase del policía en el aire y observo que Eulogio me está viendo con un aire de decirme: "¡no lo sabes, ¿no?!", y yo le digo: "eso sí sé"... pero no le veo venir todavía al policía cuando siento, y de pronto, ¡por un relámpago en su ojo izquierdo!, que he dado en algo... y se le abre inmediatamente a esa cara amarilla de los ojos como bombillas encendidas una media sonrisa y me dice: "¡ah!..., al menos sabe eso, y es bueno que comencemos entendiéndonos"...; "usted dirá"... digo yo mientras pienso que qué tendrá que ver la muerte de Pedro Orradre "Naparra" con lo de hacerme venir a mí a esta hora de la madrugada... y ya estoy prevenido ahora de que ha pasado algo de un muerto que no sé... ¿y quién puede ser el muerto del Torturador... ¡caso Iker!..., y es cuando él me dice: "usted conocía bien a Sixto Aranburu", y el tono es conciliador; ¡pero yo, la verdad, no sé nada de lo que ha podido pasar a Sixto!... y se lo digo, pero ya nervioso, es verdad: "veo que estamos hablando de dos muertos diferentes"...; "¡ah!, ¡pero yo no lo suponía a usted tan enterado!..., ¡¿y quién es ese otro muerto?!", y el Comisario no ha podido menos que levantarse de su asiento, fulminándome con la mirada y las manos grandes con los pelos pegadas abiertas al secante que parece multicolor, pero que solo está manchada de dos colores; "Pedro Orradre", le digo..., y veo que tampoco es de Pedro del que me quiere hablar, ¡y ya otro muerto esta noche sería demasiado!... ¿Juankutx?, ¡y acaso es por las reuniones!... porque me pone Eulogio una cara mitad tonto, mitad malicia, y no me dice nada, sino que se sienta y se me queda viendo, y pienso en este momento que debe estar viéndome casi tan amarillo como lo estoy viendo yo a él, y estamos los dos sin un cigarro en la boca ni en ninguna otra parte donde mirarnos sin malicia: él con las manos enlazadas como siempre, por los dedos, y yo con los brazos cruzados de la costumbre que me dura desde el Seminario, y le digo: "...sí, Pedro Orradre... es un linternero que ha fallecido esta noche"...; "¡bueno, vamos a ver!", me dice desafiante, "¡¿que sabe de la muerte de Sixto Aranburu?!"...; y qué fácil es negar lo que no se sabe: "nada... absolutamente nada", le digo, y soy yo el que con esa fuerza de haber dicho la verdad le pregunto ahora a esos ojos inyectados en sangre: "¿qué... le ha pasado a Sixto para morirse?"; "entonces usted ya sabe que Sixto *está muerto*"..., me dice sin levantar la voz; "me lo acaba de decir usted", le digo; "bueno, bueno... ¡¡ya está bien!!", y se levanta en la voz aunque él no se mueve: "¡¿dónde estuvo usted esta noche!!?", y parece mentira la rapidez con que puede situarse uno a veces en los planos de actuar, porque yo sé, de sólo pensarlo un segundo hace un ratito, que he de adoptar ante la policía la actitud de no saber nada de nada por un cuadro, un esquema, muy sencillo que acaso tengo hecho para estos peligros desde hace años, pero que, la verdad, no lo he pensado con esta claridad hasta este instante en que me siento crecido por dentro ante un peligro: éste es un régimen de injusticia, y, por tanto, decir la verdad en un régimen basado en la injusticia de la guerra que se ha ganado a la fuerza es caer en la trampa de ir, y como por su mano, contra la justicia,

alimentarla; hay veces en que uno tiene que admitir cosas, aunque estas cosas vayan en contra de los que están buscando, sacrificándose, precisamente, por la justicia, porque resulta una tontería negar la verdad que uno sabe que el enemigo de la libertad ya conoce, y esto resta, naturalmente, fuerzas a uno para negarse cuando uno sabe que la policía sólo anda a tientas y queriendo apoyarse en un dato que acaso conoce por casualidad... ¿habrán dicho mis hermanas a los dos policías que yo he ido a llevar a Euxebio Garaigordóbil a la ciudad?... y ya no hay más tiempo para quedarse mudo delante del Comisario, y le digo: "estuve confesando", y mientras tanto estoy haciendo tiempo para pensar...; "¡luego!"..., me interrumpe Eulogio groseramente; "después de eso... estuve hablando un rato con don Rosendo al salir de la iglesia"... y pienso que esto lo debe saber y dará mayor verosimilitud a lo que le estoy diciendo, y también estoy pensando que acaso puede saber algo de nuestras reuniones en casa del moribundo, tengo que decir que pasé por allá, y se lo digo: "luego pasé a hacer una visita a Juan Cruz Dorronsoro"...; "¿quién es ése?"..., me dice curioso, y con voz más queda, acaso sólo sospechándole a este nombre alguna clave, alguna otra coincidencia, y me quiere hacer hablar, y le digo: "un enfermo"...; "¿dónde vive?"; le digo dónde, en la subida a la plaza, y veo que eso no le interesa, ¡un alivio!, y vuelve a insistir: "¡luego!"...; "después he venido a mi casa a cenar"...; "¿a qué hora?"..., y la pregunta tiene un tono gris; "alrededor de las diez... antes"; "¡y está usted seguro que no ha vuelto a salir, no es así?!..." y ya no me mira el Comisario con el respeto de Comisario a sacerdote, de don Eulogio a don Pedro, con que me ha venido hablando, a pesar de todas las asperezas del tono, hasta ahora, sino de juez a reo, y ya aquí me estoy encontrando en la encrucijada en que he venido pensando desde que comenzó este interrogatorio, y le digo por intuición: "sí salí, cuando supe que había muerto Pedro Orradre, y fui a decir un Padrenuestro"...; "¡¡qué padrenuestro ni qué hostias!!", se me encabrita el Comisario, y yo lo veo con un puño sobre la mesa y de pie y sin hacer caso de la tinta que ha salpicado y una pluma caída al suelo, en un solo instante, y hay alguien que abre la puerta, le siento el aire en mi espalda a esa puerta y hasta suena el silencio diferente... y observo que el Comisario la está mirando, la puerta abierta, y le dice: "no, ya te llamaré"...; mientras le siento el ruido de cerrarse (¿sola?) a la puerta y mirándome Eulogio a mí otra vez y todavía de pie, tratando de calmarse, con las palmas de las dos manos sobre la mesa de nuevo y con más sombra que luz en la cara, por el nuevo ángulo, me dice bajando de nuevo la voz: "vamos, padre, no me hables chorradas y dime si no salistes a llevar a Euxebio Garaigordóbil a la ciudad,,,...; y yo digo otra vez, y como por instinto (un proceso oculto a la ciencia todavía, pero que es de verdadera computadora humana, y por eso da también a veces resultados sorprendentes): "no"; "¿no?!"...; "no señor"... y estoy razonando ahora, después del resultado de la contestación sobre la cara y el tono autoritario del Comisario que aunque se lo haya contado alguien que nos ha visto en la noche no podrá estar tan seguro, y que mis hermanas habrán tenido seso bastante para no hablar a la policía de mi viaje con Euxebio, y repito ante los ojos redondos y brillantes y rojos del Comisario, quien está otra vez sentado (no sé cuándo se ha sentado en la silla): "no, señor Comisario, yo no he llevado a Euxebio Garaigordóbil a ninguna parte esta noche"; "¿me lo vas a decir a mí?!"..., me mira desafiante, y pienso, de pronto, ¡son relámpagos!, que acaso me ha engañado Euxebio con sus cosas y le ha dicho él mismo por el simple hilo de un teléfono

lo del viaje!..., pero no hay tiempo para regresar (lo peor en una declaración política es regresar, ¡porque entonces no le cree la policía a uno ni lo que es verdad y le supone todas las cosas que han podido pasar o han pasado y uno ignora... ¡y comienza a bailar el palo!) y le digo: "sí, señor Comisario, le repito que no he llevado a ese muchacho a la ciudad en mi moto"... ¡por qué habré mencionado yo "moto", me recrimino, pero miro derechamente al Comisario para que no me note la debilidad, y él, a pesar de eso, me dice: "con que la moto, ¡eh!, ¿quién ha dicho a usted que yo le estaba acusando de llevárselo en su moto?"...; y me sale un aire de respirar de algún lado y digo: "¿en qué otra cosa podía haberlo llevado yo?"...; "¡en hombros, en carretilla!... ¡lo que quieras!, pero yo no he dicho la palabra "moto", y tú sí... ¡¿tendrás la cara de decirme ahora que no sacastes la moto anoche?!"...; y yo estoy pensando en este instante de decir él la ironía si habrá tenido tiempo de enfriarse el motor, acaso sí, y acaso ni siquiera se da cuenta este Comisario que una moto tiene motor...; "¿dónde guarda usted su moto, señor cura?", me dice medio jodido y medio conciliador otra vez; "en la entrada", se lo digo porque es otra de las evidencias, "en el portal"....; "dígame ahora solemnemente, como sacerdote que es, si usted salió con esa moto a algún lado esta noche"... (ya está usando el Comisario la voz suave de estar afilando un cuchillo, pero yo sostengo lo dicho a pesar del riesgo):... "no señor, no lo saqué"; "¡¿y si se lo pruebo?!"; "pruébemelo", le digo descaradamente, a la manera en que ellos cuentan todos los días sus mentiras sin el peligro de que nadie se atreva a cantarles las cuarenta de la verdad; la cabeza redonda del Comisario sonrío y baja una mano debajo de la mesa, y oigo el milagro de un timbrazo lejano, en otra habitación, y se me vuelve a abrir misteriosamente la puerta que siento en mi espalda como una herida y que dice con la voz de Carrotero, Agustín: "dígame, señor comisario"....; "entren, le dice Eulogio, y yo no me vuelvo donde está el recién llegado sino que miro por encima de la cabeza del Comisario y apenas puedo ver al hombre de la ventana; se que está, porque está siempre (poco menos que a eso de ser dios lo han puesto en todas partes), pero la ventana desde donde me está mirando ese hombre está ahora más oscura que hace un rato, y han debido apuntar con la luz más en mis ojos en este mismo instante, y no sé cómo, porque estoy cegado...; "usted fue a pedir al padre Unceta que le acompañase hasta aquí, ¿verdad?", dice el Comisario a un Carrotero al que le estoy viendo las botas negras manchadas de barro y es que está de pie y firme (por lo junto de las botas y la voz) a mi lado derecho, y pienso que ha podido sacar algo a Miren Argi (a Ainara no, ¡es una viva!) que es una ingenua...; "sí, señor comisario", dice el policía con la formalidad de saber que lo están grabando también; "dígame si cuando llegó usted a la casa del padre... ¿qué hora sería... las dos?"...; "sí, señor Comisario, ahora son las dos y media, más o menos a las dos y minutos"; "...cuando llegó usted a esa hora a su casa, ¿estaba el motor de la moto del *padre* todavía *caliente*?"...; "sí, señor comisario"; "¿de haber sido usado recientemente?"...; "sí, señor Comisario, una hora antes, o poco más..."; "¿está bien", dice el Comisario; "¿algo más?", pregunta servilmente Carrotero (Agustín, porque no se me puede ir de la cabeza que le conozco a este policía su nombre de pila, ¡una tontería!): "no", le dice el Comisario mientras me mira insistentemente, "se puede retirar"...; y sigue mirándome, lo veo venir embistiéndome con esos ojos de buey que han visto tantas cosas, torturas a amigos míos, a feligreses que son casi unos niños, y me acuerdo de los nombres, uno a uno, y algunos muertos, todos venidos como en un

relámpago trazado con el mango de escoba encendida de una bruja... ¡tan lejos me parece en este momento Dios de todo esto!, y sin embargo no me asusta esta mirada fija de buitre, sino que me infunde coraje, fuerza, como si yo fuese capaz de transformar la fuerza negativa, agresiva, con que me está fulminando el policía que se sabe dueño de la ley de la fuerza, en otra afirmación y de buscar los caminos rectos del Señor (ahora me parece verlo) a través de estas curvas de mentir que tengo que dar...; "¿qué me dice usted ahora?!"..., y se pone a esperar a que le hable, y ya voy a decírselo cuando me interrumpe: "no, no me hable aún, no se apesure, se puede equivocar, *padre*", y me da coraje el énfasis que pone al decirlo, ¡me recuerda don Rosendo!..., pero al mismo tiempo pienso que si detrás de todo esto no está Euxebio... ¡ya no lo sé... ¡El hombre ¿qué clase de mierda es?!..., "ha visto usted que no he querido ponerlo en evidencia ante uno de mis hombres, que ha sido una atención que he tenido con usted, y le invito a que sea franco, me diga la verdad, y nos vamos a evitar los dos muchas pérdidas de tiempo y muchas molestias; ya ve usted, estamos los dos sin dormir, los dos cansados, dígame la verdad: ¿a qué vino Garaigordóbil aquí y a dónde y por qué lo llevo usted a la ciudad en su motocicleta?"...; "le repito", mantengo el tono a pesar de todo, y ahora con la malicia de que me habla de Euxebio en un supuesto que no es el de confidente de Eulogio, ¡sino todo lo contrario!... ¡así, Euxebio sigue siendo Euxebio para Sorjín otra vez!, y se me ocurre otra solución para llenar el hueco que tiene el Comisario en la cabeza: "yo no he usado esa moto esta noche"; "¿entonces, ¿quién?!... ¡¿acaso alguna de sus hermanas?!"; y el Comisario me está sonriendo y esperándome en la bajada...; "no", digo lo más tranquilamente, lo más ingenuamente que puedo, "mis hermanas no saben manejar una moto y no la pueden usar"; "¿entonces, ¿quién?... ¡¿algún vecino?!"; ya sé que no debo meter en esto a ningún vecino en particular, pero me brinda el Comisario mismo esta idea que yo me apresuro a decir: "a veces la han usado"..., "no siga por ahí: ya sé que no tiene candado, ¿pero no vas a tener los santos cojones de implicar a un vecino tuyo en un asesinato, ¿no?!"... y está otra vez de pie, y yo aturdido de que pueda aparecer alguna conexión entre Sixto y mi moto, y me repite con ademanes bruscos de las dos manos: "¿quieres cargar tú, un *padre*, este muerto a un vecino tuyo?"; "no", le digo sin convicción, porque no la tengo, y pienso y pienso...; "entonces, habla, y dime que has hecho con esa moto hace dos horas, dónde fuiste, a quién llevaste... te lo dejo todo a tu cuenta, dímelo de la manera que te parezca, pero dime *la verdad*... así te evitarás muchas cosas...", y hay un gesto de los dedos de su mano derecha como de estrujar una panocha de maíz, una imagen muy tonta que se me ha quedado grabada y para siempre a pesar de que esa mano, la diestra, ya hace ratos de segundo que está otra vez descansando sus huesos sobre la mesa y acariciando ahora la otra mano, la izquierda, que no he terminado de ver lo que hacía en ese momento en que me dijo el Comisario su gesto con la otra: "¡verás lo que te espera!" o algo así...; "pues no le puedo decir lo que no sé, señor Comisario, y es muy posible"... otro relámpago... "que se la haya llevado alguien, acaso alguna persona que ni conozco, que lo haya usado algún chico para dar una vuelta"..., "¿de qué vuelta me estás hablando, idiota?!"; está furioso, "¿y quién que no te conoce va a salir a dar una vuelta con tu motocicleta y te la va a devolver y te la va a dejar otra vez donde estaba?, ¿no comprendes que no hace falta ni ser policía para darse cuenta que estás mintiendo a sabiendas?"; "no", le digo automáticamente; "¿no, que...

padre?!"...; "¡no me llame usted padre en ese tono y con esa insistencia!", le digo sin darme cuenta que lo he dicho hasta este instante en que he terminado de decirlo, y ¡ha sido una buena manera de salirme del hueco por el que me había encajonado este hombre que sabe más de lo que uno se imagina, ¡coño!... y él, ¡el policía veterano, el Comisario!, se deja encarrilar ahora por mí... bien, muy bien, porque me dice con esta trastienda y todo: "perdone usted, don Pedro, si le llamo *padre* en este tono, y la verdad es que no tengo, de que eres padre, las pruebas que tengo de que la moto estaba *caliente*, ¡porque eso es muy difícil de probar!"... ha dado un salto brusco la voz del Comisario, "¡pero dime de qué otro que está caliente, o estuvo alguna vez caliente, es el hijo que tiene la *señorita* Igone Yarza en su vientre... ¡Jesús!... a quien vas a visitar con tanta solicitud paternal!"...; ¡este hombre está loco, me digo, y lo veo abrazado a don Rosendo en este momento y riéndose los dos de mí debajo de la ventana por donde me están viendo el hombre y Eulogio ahora, y también Rosendo, bajo su protección, aunque no se le vea la cara a ese hombre que está en la ventana, pero se le presiente a la manera como ocurre con la protección de los santos, de Dios, que se sienten y no se les ve la mirada misma, como si este hombre de la ventana fuese en verdad algo del cielo... "¡haga el favor!", le digo, por fin, conteniéndome, queriendo devolver esta bofetada, no como se le enfrenta uno a la mentira de un hombre, sino a la de alguien que está loco o está borracho: "no ofenda a Igone Yarza, primero porque a pesar de lo que aparenta por este desliz, es tan mujer, tan persona y tan honesta como puede ser su mujer"... ¡el Comisario da un brinco en el músculo de su mejilla!, "...o mis hermanas"..., termino, y le sorprende el giro y se repliega el policía, cambia el tono otra vez (que es a menudo, como se ve) y me dice: "usted se tiene que defender, yo comprendo", y es en el tono menor que se me hace tan insufrible, "y defiéndase, tiene el derecho, pero ya no soy yo sólo, sino es Sorjín entero, su propio pueblo, don Pello, el que habla de la frecuencia con que se ve usted con otra moza muy... bien, digamos que está buena, ¡qué muy buena!... la Jone Mentxaka... ¿qué me dice?, y no lo ha dicho cualquiera, sino Euxebio Garaigordóbil, el mismo que llevó usted en su moto esta noche a la ciudad, donde sea, y me tiene que decir exactamente a dónde, y a hacer qué... ¡lo hacen pasar ustedes mismos por chivato, lo crucifican delante del pueblo, sólo para introducirlo mejor entre nosotros, para infiltrar nuestros servicios... (¡qué alegría saberle a Euxebio tan enemigo del Comisario!)... pero nosotros, *padre* Unceta, no somos tontos, y sabemos cuándo conviene que corra un bulo y lo dejamos ir y lo usamos a nuestra manera"..., "claro", le digo para escaparme de la moto: "es la única manera de hacer pública y oficialmente las cosas: la suya, la tiranía"..., "¡no me levante la voz y siéntese!", me dice, y yo me siento, y vuelve a hablar el Comisario y con las maneras del hombre de la ventana, calcado: "yo no sé nada de faldas, nada de nada más: se me calla de acusar de lo mismo a su compañero en el sacerdocio y querido amigo mío, me honro de ello, don Rosendo, y se me pone, y ahora mismo, a decir lo que pasó anoche con su moto, usted y Euxebio Garaigordóbil... ¡piénselo antes, tome su tiempo!"..., y añade: "yo espero"; "no tengo necesidad de pensar", le digo... y en realidad sí que estoy pensando, ¡y apurado!, "y le digo que yo no saqué mi moto anoche ni vi a euxebio Garaigordóbil"; "entonces", me dice como si fuese él quien fabrica de sus manos la paciencia que usa, la tolerancia, y llevándoselas, las manos, a la cabeza para rascarse...; y le digo: "estuve en mi casa"; "¡en su casa!"... se le

encabrita la voz otra vez, "¡y su señora hermana, ¡y usted mismo! han dicho a Carrotero que usted estaba llegando de la calle, que se estaba acostando cuando llegó él" ...; "ya dije que venía de estar en la casa de Pedro Orradre, el linternerero que ha muerto anoche", le digo con el mayor descaro que puedo... (es una lucha de resistencia); "¿cuánto tiempo estuvo usted allá?... mejor dicho: ¿a qué hora se fue a hacer esa visita al muerto?" ...; y yo pensando, rápidamente..., "un poco después de la una" ..., no podía mentir en algo que habían comprobado o podían comprobar fácilmente por teléfono (Pedro tenía, tiene, teléfono, porque el teléfono ha quedado vivo en la linternería); "entonces, ¿qué hizo usted entre la hora en que llegó a su casa?... ¿que hora fue?...", me pregunta; también pueden comprobar cuándo salí de casa de Juankrutx... me digo, y no vacilo: "hacia las diez, acaso un poco antes" ...; "bueno, ¿y qué hizo usted, don Pello, hasta la una?"; cené, hablé con mis hermanas y me puse a leer" ...; "¿y hasta qué hora estuvo usted leyendo?... más o menos...", me dice, y como si estuviese conversando con un compañero de oficina; "hasta que fui a hacer la visita al muerto", digo; "¿y no oyó usted la explosión?"; y ¡esto que me está diciendo el Comisario sin énfasis, ¡seguramente adrede!, me ha cogido en la falta!... y digo, demasiado apresuradamente: "sí, claro" ...; "¿a qué hora ocurrió?"; "¿a qué hora... ¡que!?" ..., estoy buscando tiempo para pensar en si me dijeron mis hermanas a qué hora ocurrió eso, y digo: "no se exactamente" ...; "no le estoy diciendo que me diga exactamente, le pido que me diga más o menos... ¿a las once y media, a las doce?" ...; "no recuerdo la hora", le digo, pero ya estoy confundido.

"¿No se acuerda usted si estaba cenando, si estaba hablando con sus hermanas, si estaba leyendo, si está acostado?" ..., y en esta voz sin color del Comisario que está muy muy cansado siento, sin embargo, su fuerza, la tiene, y me está viendo a mí, sin duda, la debilidad, la angustia y el agotamiento de andar caminos que conducen siempre al mismo callejón sin salida, pero tengo que decir algo, no puedo quedarme callado de este mal, y digo: "estaba leyendo" ...; "¿a qué hora comenzó usted a leer?", y veo que también el Comisario está cansado, tiene la frente brillante de unas gotas pequeñas y se ha restregado dos veces los ojos; estoy haciendo un cálculo rápido de cuando cené, de cuánto tiempo pude haber estado hablando con Miren Argi y Ainara y de cuando pude haberme acostado, como otras veces, y dije: "a las once y media, más o menos" ...; "¿y la explosión?" ... (¡todavía con la explosión!)... "¿se produjo inmediatamente, poco después o mucho después de comenzar usted a leer?... ¡y cuando lo avisaron de la muerte?!" ..., está muy nervioso el Comisario..., "¡dígame todo esto sin preguntárselo yo otra vez" ...; "pues me avisaron", me hago yo el zonzó y como muy cansado de todo esto, aunque siento que está mi genio y mi nervio todavía vivo, "hacia la una, que es cuando salí"; "¡y la explosión fue... ¿cuándo?!...: "poco o mucho más tarde de ponerse usted a leer?" ...; "al rato" ...; "¿a qué rato?", me dice otra vez, y como más resignado, "¡¡hora, minutos, más o menos!" ...; "las doce" ...; "¡¡mentira!" ..., se levanta y viene hasta cerca de mi silla y ya no sé qué cara poner aparte del gesto que hago de no poderlo ver bien, que es verdad que tengo los ojos irritados de la lámpara, y le pregunto yo mismo, acaso ingenuamente: "¿y qué hora sería?" ...; "¡muy bien!", pero esta vez hasta se ríe y camina de un lado a otro de la habitación, "¡ahora quiere que yo mismo le ayude a saber cuándo ocurrió la explosión!", y se para delante otra vez, y me dice: "¡muy bueno!...", entonces: ¿qué le parece las doce y media?" ...; "¡no!", le digo sin pensarlo, porque un policía no me va a

poner las cosas tan fáciles, me digo; "¿antes?"..., me dice el jodido, ¡y ya estas gotas de preguntar que a él le están fatigando tanto me están abriendo a mí la cabeza y haciendo poco a poco un hueco que me está dañando el seso, me duele!..., y le digo, por hacerlo al revés: "no, ¡después!", y con un énfasis excesivo, me parece, porque lo veo contento y diciendo: "después, sí, después, pero cuándo, más o menos..."; este cabrón me tiene completamente descarriado, pero digo: "casi a la una", y para que la cosa sea más verosímil: "poco antes de salir yo a la casa del difunto"..., "¡¡mentira!!... ¡¡porque la explosión se produjo a las doce en punto!!"..., he quedado aturdido, la verdad, y reventado, y no digo nada, sino que la luz me molesta más y más... "oígame, *padre*"..., me da el Comisario en la espalda con la mano, como tocándomela, no más fuerte, "si todas sus verdades son como ésta, usted se va al infierno derecho", y se me ríe; yo me vuelvo a él y le digo que estoy cansado, que... (iba a decirle que, efectivamente, ésa sería la hora, pero recuerdo los interrogatorios hechos a amigos míos, algunos sacerdotes como yo, y sé de la técnica que utiliza la policía de sacar verdades de mentiras, y le digo solamente): "estoy tan cansado y tan aturdido de las preguntas, que no sé si, efectivamente, sonó la explosión entonces, no sé"..., "está bien, tozudo", y ya está sentado otra vez en su mesa, "¡coño!, ¡y qué cura!... ¡¡buen cura!!, y el curita se atreve a denunciar a un sacerdote por los mismos pecados que está cometiendo él... muy bien, muy bien... quédese aquí, que regreso en un rato"... y se levanta diciéndome: "y piense bien en todo esto, que yo puedo probar que usted estuvo llevando a Euxebio Garaigordóbil a la ciudad esta noche después de las once... piénselo bien, porque una mentira más y tiene cárcel para un buen rato... ¡cabrón!"..., y oigo que se está moviendo y lo veo en el resplandor y luego le oigo caminar detrás mío y que abre la puerta y sale, porque la cierra y estoy solo, lo sé; saco mi pañuelo y me quito el sudor y cambio de postura en el asiento para que no me dé el sol salvaje de esta linterna... y sólo ahora me doy cuenta que no he fumado un cigarro en más de una hora; veo dificultosamente en mi reloj que son casi las tres y media; no tengo sueño; y comienzo a sacar un cigarro para pensar mejor cuando oigo que se me abre otra vez la herida de la puerta a mis espaldas y entra... ¡don Fernando!..., policía, sí, pero retirado, y que habla conmigo a menudo (yo siempre con la reserva) y me dice: "buenas noches, don Pello, ¿qué le pasa a usted?"..., y me da la mano, me la estrecha con fuerza, con cariño, y yo se lo agradezco eso de veras, y me dice: "siéntese, y si me da uno de esos cigarros lo acompañe también"..., y no se sienta en la silla del Comisario, sino que coge otra de la habitación y luego va hasta donde está la lámpara sobre el cajón de madera del fichero y lo pone mirando a otra parte y se sienta a mi lado y acepta el fuego que le doy y me dice: "he oído la explosión y he venido, y me encuentro aquí con que lo han hecho llamar, y para nada grave, supongo", y me está mirando como puede mirar un abuelo a su nieto que está en apuros; este hombre hasta se ha confesado conmigo y oye mis sermones... pero retirado y todo, le tengo el filtro de la reserva puesto a un policía... ¡y que se me aparezca ahora aquí, así, como un amigo!... (como me ha hablado siempre: con mucha comprensión, y hasta bondad, de los problemas que estamos viviendo en Sorjín): "¿cuál es el problema, don Pello?", me pregunta; "pues que me están hablando de una explosión que yo no sé..." ; "no", me dice, "no creo que nadie esté pensando aquí que usted haya puesto una bomba, ¡por Dios!, pero: ese viaje suyo en moto, ¿lo hizo?"..., ¡ah!, me digo, ¡este hombre ha oído toda nuestra conversación, y viene a ablandarme, y como

hacen con los demás: entreverando un blando con un duro, y un duro con un blando... y le digo: "¡policía otra vez, don Fernando!"; "bueno, yo no lo vengo a engañar con mi amistad, nos conocemos... y usted a mí más íntimamente que yo a usted, y usted sabe por qué" ..., se refiere sin duda a las confesiones... ¿y si son falsas, para engañarme?!..., lo que no puede ser, ¡no puedo pensarlo dos veces!, y le sonrío, porque merece este hombre que yo le pague el mal que le acabo de hacer pensando que puede ser un sacrílego, él, don Fernando, con su esposa también muy devota, doña Isabel, y con sus hijos buenos que viven en la ciudad y vienen a visitarlos los veranos y con sus nietos, muchos, y los quiere don Fernando, lo sé, porque los he visto jugar con él..., y le digo: "sí, don Fernando, pero hay cosas que me impiden hablar"; "¿cuáles?", me dice paternalmente (tiene el pelo blanco, los ojos azules y limpios, la cara redonda y rosada, y él, tan pulcro siempre, tiene su barba sin afeitarse cuando me está hablando ahora); "primero", le digo, "y entiéndame usted, que ha oído mis sermones: ésta es una situación de fuerza; hay esta ciudad-policía que tiene incorporado y sujeto al pueblo de Sorjín contra la Ley de Dios, que lo hizo pueblo, y la del hombre, de la que se hizo respetar, ¡y lo respetaron durante miles de años hasta que comenzaron a sojuzgarlo desde hace algo más de cien años, a rebajarlo a ser menos de lo que es por su naturaleza y por su derecho, y luego a irrespetar la voluntad del pueblo mismo, que la quieren anular como si fuese esta voluntad la de un eunuco, y le tienen cerrada la boca hasta la asfixia" ...; "no tanto, don Pello" ...; "sí", le digo, "está el pueblo asfixiado todavía por un atropello que está durando más de treinta años, inhumano, ¡no hay cuartel!, ¡no se restablece el derecho legítimo de este pueblo ni el derecho simple de ser hombres a los ciudadanos, a todos, a los de la ciudad, y en eso estamos también con ellos porque somos todos hombres y nos une a los hombres libres de todos los pueblos el respeto a la voluntad y la fraternidad humana y el amor de Dios... ¡y Sorjín, ¡especialmente para el que es de aquí!, es una cárcel..." ; "¿le parece tan duro esto?", me dice bondadosamente don Fernando, "¿y por qué especialmente para los que son de aquí?"; "es evidente: el crimen de genocidio contra nuestra cultura, arrumbada la de este pueblo al rincón de los trastos viejos y de las antiguallas sin escuela ni Universidad que le ayude a vivir en la civilización en que está inmersa, y con ella, a su paso" ...; "siga, siga", me dice aún, y yo continúo: "no tiene la lengua de Sorjín acceso a la prensa, a la radio, y mucho menos a la televisión como necesita para vivir, y no nos dejan reunarnos, ni elegir siquiera la simple administración de nuestros alcaldes y nuestros gobernadores, estamos sujetos a un régimen el mas infantil, el más humillante, que se puede imponer a un hombre maduro como es el de este pueblo... ¿no le parece toda esta situación contraria a las leyes más elementales de decencia humana, contraria a la justicia proclamada en todas las organizaciones internacionales de derecho, en las encíclicas..." ; "no es para tanto, don Pello, y es comprensible que usted, hijo de Sorjín, tenga cariño a todo eso que se nos está yendo" ...; "que se nos están yendo a los hijos de Sorjín particular mente", le interrumpo; "bueno, también hay cosas que se nos está yendo a todos..." ; "pero a cualquiera que sea de la ciudad, y a pesar de la limitación que ponga su régimen a su libertad, habla naturalmente en su lengua, que la ve atendida, cultivada por su presupuesto, y se siente de la ciudad con la naturalidad que da la convicción de que uno le pertenece, a la ciudad, pero que en nuestro caso nos están negando, cortando, mochando, como si no nos

tuviesen que doler estos dedos, estos brazos, estos pies... y hasta estos testículos... y le pido perdón, que nos están cortando además de la asfixia de la palabra y el derecho a ser hombres que compartimos con el hombre de la ciudad... ¿no me comprende usted esto que es tan sencillo, don Fernando?!"...; " y sí, ya se lo he dicho alguna vez antes que ahora, yo lo comprendo, no crea que no, pero... hay hechos concretos que conviene aclarar a la justicia pequeña de todos los días... ¿porque hay que vivir todos los días, no se olvide de esta verdad, don Pello!, y ésta, no otra, es la misión de esta Comisaría de Policía, compréndalo usted también, mi amigo, que ha habido una explosión grave y ha habido muertos"...; "¡ha muerto alguien más que Sixto!"..., exclamo alarmado; "sí, y a mí no me toca decir más de lo que le estoy diciendo, y le ruego que no me haga las preguntas que no le puedo responder, don Pello... Ha habido muertos, y yo sé que usted no es culpable de nada de eso, pero hay un viaje que parece que usted hizo para llevarse a alguien, de quien la policía esta sospechando mucho desde hace tiempo... a la ciudad esta noche... ¿por qué no dice usted la verdad, desvanece las dudas y queda todo claro?"...; parece que don Fernando habla de buena fe, y pienso en quién sera el otro muerto, ¿alguno de los chicos!... (¿lker!?... y me vuelve el recuerdo del encuentro con su madre y Antton su padre y sus hermanos Itziar y el pequeño Iñaki...) y qué tiene que ver esto con Euxebio... "hay veces", digo a don Fernando, quien está fumando y esperando que le conteste, "en que un sacerdote debe guardar un secreto que es como de confesión"... y pienso que fue ciertamente una confesión la que me hizo Euxebio y que ésta a que me está forzando la policía debo retrasar para dar a Euxebio el tiempo necesario para que se vaya al otro lado del río...; "¿es un secreto de confesión?", me pregunta el policía retirado solemnemente, y como preocupado; "casi", le digo, porque en esto no puedo mentir; "pero no es de confesión solemne", insiste, "y lo mejor es que usted diga a dónde lo llevó"...; "¡nada, no hace falta!"..., ha entrado el Comisario, triunfalmente, y no se dirige a mí sino que dice a don Fernando: "gracias, Fernando, no hace falta que te diga este cura nada más porque sabemos que lo llevó: acabo de saberlo por otra confidencia que estuvieron los dos en un café de la ciudad hasta la media noche"...; "bueno", dice don Fernando un poco avergonzado de quedar su papel tan al descubierto, y dirigiéndose especialmente a mí: "¡ojalá que se aclare todo y sea con bien para usted, don Pello, se lo deseo de veras"..., y me da la mano, me la estrecha con fuerza, con sentimiento, parece verdad, y sale el hombre sin decir nada al Comisario que acaso lo ha sacado de la cama para este favor, y el Comisario, quien ya está sentado frente a mí, en su sitio y bajo la custodia ahora visible del hombre de la ventana, y me dice, como si viniese fresquecito, ¿como viene!, de haberse lavado la cara con agua fresca y haberse bebido una taza de café, o dos, y cosas ambas que me apetecen en este momento en que hace calor y me siento fatigado, caído... "no hace falta más; ya está; tienen a Euxebio Garaigordóbil en la Comisaría de la ciudad, y hay un testigo, un camarero que es agente del café cerca de donde está la pensión de Garaigordóbil también... ¿para qué todo este trabajo suyo de negarse por sistema, ¿por qué!?"...; yo no hablo, porque no tengo ganas, y porque no tengo nada más que decir; "ahora bien"..., dice el Comisario como si amenazase con un juicio nuevo, fresco él como una lechuga recién cortada en la huerta y pasada por agua... tengo sed, me bebería un vaso, y me está volviendo la lámpara hacia donde tengo yo mis ojos, y se sienta luego Eulogio, y

comienza a fumar, sólo él... "¿por qué este empeño suyo de ocultar que tuvo a Garaigordóbil en su casa y que usted lo llevó hasta la ciudad?... ¿qué tiene que esconder?!... ¿¿en qué está usted complicado, un sacerdote, con Garaigordóbil?!"...; yo no digo nada y me siento contento por Euxebio otra vez, porque si lo han cogido es la rehabilitación frente al pueblo de Sorjín, lo más precioso a que puede aspirar un hijo de este pueblo...; "espero", me dice con calma, como si estuviese él, Eulogio, lleno de un tiempo infinito para esperar y yo no, porque no puedo... y es verdad que no puedo...; "¡bien!"... insiste, "antes al menos hablabas; decías mentiras, pero hablabas algo, pero ahora te haces el mudo... ¡muy bien!"... y veo que toca debajo de la mesa otra vez y suena el timbre odioso que ha traído a Carrotero antes, y entra Carrotero (Agustín) al instante: lo siento en la voz de la puerta y el aire que me da en la espalda, una corriente, y es el Comisario que está aureolado por la luz que le presta la linterna hace señal de que tres, con los dedos, no sé qué necesita aquí este policía ahora que me está torturando desde hace más de dos horas y ya lo sabe todo; y ya ¡ni tengo fuerzas para mirar al reloj!, y pienso con gusto, a pesar de todo, que Euxebio no es, ¡no era!, chivato, ¡bendito sea Dios!, y rezo, comienzo a rezar y me enfoca la luz del tren más todavía, más derecho a los ojos, y no veo sino un reflejo blanco en la cara de Carrotero, que es quien me está apuntando con la luz sin sacar la linterna del mismo cajón salido de antes y ya tan centrado y quieto ese resplandor en mis ojos que se me ha ido ya el Comisario de la vista, aunque está, lo siento, sentado en su sitio de siempre cuando me dice: "aquí lo tienen, un curita mentiroso... Troncoso, pregúntale tú ahora, que sabes más que yo, lo que te dijeron por teléfono": "usted estuvo en el Café Imperial casi una hora con Eusebio... hasta después de la media noche", la voz me está sonando gorda y viene desde mi derecha, de donde ha debido irse Carrotero (¡Agustín!) un poco como detrás de mí, y trato de mirar y siento dos zarpas de cinco dedos en mis hombros y cierro los ojos... sospecho que es el pequeño y fornido que ha venido con Carrotero a buscarme; yo no digo nada; "¿no me oyes?!", me dice gritando; "sí, le oigo", le digo... "¡y no me grite!"... me ha subido el tono de voz de todo mi cuerpo, y ha bastado esta reacción casi ciega de mi alma para sentirme hombre otra vez y con fuerza en el cuerpo y no un trapo, y hay, me digo, sangre en mi cuerpo todavía, y me enderezo en mi asiento cuando alguien, ¡será la mano gorda del policía!, me da un sopapo que hace tambalear la silla y no caigo porque me han agarrado las manos duras del que está ahora a mi izquierda, acaso Carrotero, aunque no habla, y yo, entonces, me pongo de pie y abro los ojos, pero no puedo ver todavía y habla el que se ha quedado delante, de donde ha salido el sopapo: "¡sientate, cura de mierda!"..., y acierto a ver el chato y moreno y chaparro que ha venido a mi casa y siento al mismo tiempo en mis hombros las dos manos que me sientan: "¡séntese!", habla el Comisario, "tú", se dirige a alguien que debe ser Troncoso, "no hagas más de lo que te he dicho..., sigue"; y yo no sé si se lo ha dicho para mis oídos o en serio para pararle sus manos al monigote de chimpancé que es este criminal...; "usted salió del café", continúa el mono, "después de la media noche, ¿a dónde se fue?"...; "a mi casa"..., "¡sigue con tus mentiras, sigue, *padre*... y vas a terminar de joderte!", dice impaciente ahora el mismo Comisario; "¿a dónde?!", me agarra del brazo derecho la voz del chato como una garra y yo me deshago de un gesto y repito: "a mi casa, se lo pueden preguntar a mis hermanas"..., "¿a las dos zorras?!"..., ¡y no sé cómo ha podido dar la vuelta mi

cuerpo soltándome de las amarras del Carrotero y acertar con mi codo en la cara redonda del que ha dicho la obscenidad y se ha caído con ruido de sillas y luego un golpe contra la pared y a mí me ha caído por mi izquierda el manotazo doble de Carrotero en el cuello y luego alguien me ha dado un mazazo en mi nariz que me está sangrando en este instante... ¡mucho!..., saco mi pañuelo, estoy en esto en medio de un dolor de tener la cara partida en tres pedazos, cuando oigo: "¡hijo de la puta, este curita con genio, ¡maricón!!"....; y no pasa nada más al menos en un par de segundos; tengo cerrados los ojos, por la luz, y sólo entreveo lo rojo de mi pañuelo y mi ropa, y al fin le suena la voz a Eulogio: "así son los curas de este pueblo, se creen más listos que los demás... se hacen los valientes hasta que se encuentran con alguien que los pone en su sitio... ¡estos curitas no creen ni en su madre!... ¡y si uno ha perdido la fe, y te lo digo a ti, don Pello de este pueblo, es por este ejemplo que me estáis dando vosotros"; "por poco se ha dejado perder usted la fe", le digo por entre el pañuelo que tengo en la nariz, que me duele como de tener rotos unos huesos, un dolor que está creciendo...; "ustedes aquí no están con el Evangelio, ¡eso les importa un pito!... sólo están haciendo separatismo, queriendo liberar este pueblo aldeano que ni sabe hablar del progreso de la ciudad y puyando al pueblo para que se salga de los canales de la ley, incitándole a la subversión"....; "sólo estamos aplicando", le interrumpo con la voz de pañuelo que puedo y no veo nada, "las encíclicas, la ley de la Iglesia, y aplicándolas con el sentido político y social natural de la justicia y la caridad!..."; "¡bueno, basta!", me interrumpe el Comisario, "¡no lo hemos traído aquí para que nos suelte un mitin político!"....; "¡¡la caridad, la justicia, las encíclicas, ¿son política?!!!", me indigno y abro los ojos, pero no veo a nadie, estoy solo y en una oscuridad blanca en que se están moviendo los pasos de tres, cuatro (no estoy seguro) hombres, y sé que delante está el Comisario, porque está escribiendo algo con una pluma antigua de metal, y siento que está saliendo uno, por la puerta, claro que no sé quién de ellos y no me gustaría que fuese Carrotero (¡Agustín!) el que me parece más benigno, y ahora, ¡me habla Carrotero!: "¿por qué no nos dice usted las cosas y no pasa nada?"....; "no tengo nada más que decir", le contesto; "sí, todavía sí... usted llevó a Eusebio Garai... ¡ése!... a la ciudad, estuvo hablando largamente y en secreto con él... qué le dijo usted al Garai... para que se haya ido de la pensión sin siquiera recoger su ropa?"....; ¡¡me alegro de esto, de que no hayan agarrado a Euxebio, ¡coño!, al menos se salvó él y se sabrán las cosas!!...; "no le digas mentiras", dice una voz forzada del Comisario a la que se le siente la indignación interior en ese tono contenido y seguramente porque Carrotero, ¿y por qué?, ha dicho demasiado... ¡mejor, mejor, ¡más verdad!...; "pero al Eusebio lo hemos agarrado en otra parte"...., me está diciendo como continuando, pero en realidad para corregir el error a Carrotero, y yo no se lo creo, claro... "lo agarramos, sí, y lo sabemos todo... quiero decirle, don Pello, que es mejor que nos hable ahora mismo"; "¿de qué?", hago como si no me entendiese las palabras, y estoy pensando que ésta es la táctica: hacerme el distraído, el cansado, aunque estoy ¡y desde el cacharrazo en la nariz!, más despierto que nunca, y hago el gesto de que estoy poniendo atención a cada ruido de pasos que se produce detrás mío, al lado, una silla que se mueve o cruje, todo ese mundo sonoro y aterrador de sentirme abandonado en una guarida de lobos que me rodean desde que estoy cegado por la luz...; "no se me haga el tonto", me dice el chato, y me quita la mano de la nariz de un manotazo... "y abra los

ojos, ¡ábralos!"..., yo hago un esfuerzo, menos del que puedo, y hago que no veo, aunque sitúo al Comisario en mi dirección de ver las cosas como nimbado en la luz sin que llegue a alumbrarlo, lo veo reflejado en mis ojos como en un vidrio, y me repite: "¡y a qué volvió usted a Sorjín a esa hora de la explosión!... ¿qué sabe usted de uno que llaman Leoncio?!"...; "¿de Leontxio?", repito por ganar tiempo, porque ésta es también una novedad, ¡me van a volver loco esta noche!...; "sí, lo conoce, ¿no?"...; "si es el chico del caserío 'Intsusain' que se fue al otro lado del río, a la parte de Sorjín que queda en la otra ciudad"...; "¿qué división del pueblo en las ciudades es esa que hace con el río?!", me interrumpe el Comisario, "¡qué mierda de geografía es ésa!"; y yo hago que no entiendo su pregunta y continúo hablando...: "sí, conozco a ese Leontxio, ¿y qué hay de él?"...; "¡¡coño con este curita que viene aquí ¡y a preguntar!!!", dice bruscamente Eulogio, y se ríe un poco ridículamente, porque eso no es risa, pero se ha querido reír..., y vuelve la otra voz: "¡que está aquí ese Leoncio, le digo, y usted lo sabe, y que ha matado a un chico... de los suyos también, de los que usted conoce, ¡y tú también lo sabes, cabrón!"... y ha sido un golpe en todo el oído derecho del que pega siempre así, el chato (¡Carrotero, Agustín, no me lo haría nunca así!...) quien tiene, el chaparro, la mano de hierro cuando yo estoy sentado y mirando en la ceguera de estar sin poder ver nada... ¡este cobarde no ha nacido de madre!... ¡ni una perra pare un perro así!..., y me estoy levantando y no encuentro la silla cuando digo: "yo no sé nada"..., y digo verdad, y ya estoy más que intrigado, angustiado, y a pesar del dolor, de lo que ha podido pasar a los muchachos, me rehago del golpe cuando me sientan las manos de Carrotero, no pueden ser estas manos fuertes pero leales de otro que no sea él, y oigo: "no sabe usted", y me lo está diciendo ahora, sorpresivamente, la voz de Carrotero que me baja por la cabeza, y acaso para congraciarse con Eulogio de los cuidados que tiene conmigo, no sé...: "que el Leoncio ese ha matado a un chico Antón... Arburua..., que es uno de sus feligreses, ¿no?"...; yo ya estoy de pie antes de que termine de decirme las últimas palabras, y esta vez nadie me ha obligado a sentarme de nuevo sino que me dejan hacer y no sé qué locura es ésta que no veo bien y no puedo distinguir la verdad de la mentira, una voz de otra... ¿cómo va a matar Leontxio a Antton, ¡por qué!?, ¡¡será, tiene que ser, mentira!!; y ya estoy sintiendo la rigidez costrosa de mi cara por la sangre que se me ha coagulado, aunque ya no estoy sangrando de la nariz, y me veo ahora mejor la camisa y mi chaqueta y ¡mi pantalón!... rojos... "llévale un momento al retrete", dice el Comisario, y por la manera de caminar sé que el que me está acompañando es Carrotero, pero hay alguien más que le está siguiendo los pasos por el pasillo, hasta que se me abre una puerta a mi derecha, Carrotero siempre, y me ayuda a encontrar a tientas (no hay ni una luz de rendija) el lavamanos, y me lavo lentamente, como puedo, mientras pienso... ¡qué voy a pensar!, ¡¡mientras siento!! que hay dos personas hablando en la puerta... que he querido cerrar por dentro y uno de ellos, el chato, la ha dejado en el ruido y el aire de estar ahora entreabierta... ¿no habrá aquí una ventana?, y tanteo, mientras dejo correr el agua todavía, por las paredes, pero no encuentro sino eso: muro de cal, y tropiezo con el urinario, un balde, ¡no hay salida!..., cierro la fuente y orino un poco, aunque me cuesta, no sé por qué si si tengo ganas... y ya me están diciendo desde la puerta de este retrete estrecho que tiene respiradero, parece, por el aire que no corre, aunque no le pueda sentir el olor...: "ya está bien, vámonos"..., es el chato; yo, cura y todo, ¡como hay Dios!...

y que me perdone El... ¡ya me está empujando por el pasillo como si no fuese yo suficientemente a prisa todavía... ha dejado a Carrotero detrás ahora, y yo estoy de nuevo frente a la luz, y me siento sin que nadie me lo diga, porque, además, ya estoy muy-muy cansado!... "Bueno", la voz del Comisario otra vez: "ahora que se ha refrescado un poco"...; "y ha meado!", se ríe el chato, a quien le estoy viendo ahora que he podido observarlo unos dientes pequeños y amarillos como los de un animal enfermo, y no le digo nada ni con los ojos...; "ahora que está mas descansado, don Pello, dígame la verdad, y le prometo dejarlo ir a casa, se pega una ducha y se acuesta, y mañana..., ¡no, hoy!..., que ya son las cinco y cuarto... se despierta esta tarde, come algo y se siente como nuevo"...; "la verdad es que yo no sé nada de lo que me están diciendo ahora"...; "si se empeña en esta terquedad puede durarle esto días y noches sin parar; nosotros nos relevamos, ya ve, y usted no tiene quien lo releve"... dice el Comisario desde su mesa pobre de oficinista de cuarta; y yo le digo, porque lo sé muy bien: "yo tengo muchos que me pueden relevar en esta silla, somos más que ustedes..., me pueden matar y no me importa, vendrá otro que será cura o no y será el mismo hijo de Sorjín al que no le importa que le den una torta por la espalda por tener la hombría de defender lo suyo"...; "lo suyo, ¿de quién?" pregunta riéndose; "de cualquier hombre con dignidad, y no uno vendido por una sopa como ustedes... porque nosotros somos más, muchos más, que todos los policías juntos, aunque sean muchos los chivatos que estén vendidos y estén vendiendo a su madre por mil pesetas"... y estoy esperando que me peguen y no me pegan... sino que siento que me caigo y no recuerdo nada más hasta que me encuentro ahora sentado y sin sentir nada especial en ningún sitio, como si no hubiese venido aquí esta madrugada, y entreveo siempre, eso sí, la luz, y pienso, porque eso en la cabeza está despierto siempre: es curioso que haya hombres así, como don Fernando, que parecen, y acaso hasta son, buenos, naturalmente saludables de intención, pero que actúan por oficio, por cumplir las órdenes que llegan desde arriba, desde más arriba que su conciencia, y como dictadas por una máquina montada por el hombre de la ventana y con todo su poder, con toda su fuerza armada como un cepo en toda la ciudad y los pueblos que ha ido ocupando con coacciones y guerras hechas por la fuerza, como se hacen todas las guerras, como en el caso de Sorjín: que está partido en dos, y el de este lado, el más pisado por estos hombres que no tienen ningún resorte malo montado por Dios al nacer... ¡o acaso sí!... ¡acaso ya vienen con la inclinación y son ellos los que se acercan al amo para que los mande!; ellos, los siervos, son los que hacen al jefe..., y no hace falta que los llame él y les ofrezca la sopa... es curioso que pueda pensar yo bien pero ver poco... siento los ojos hinchados, ¡no veo la luz!, y apenas oigo sino ruidos de pasos, de voces, por algún golpe y no sé dónde ni cuándo me ha dado el chato, un pedacito de hombre con el que me gustaría tropezar, yo cura y todo, en un callejón y los dos solos y con las mismas armas, cualquier cosa en la mano, o desnuda, para que le vea yo a este gusano de hombre las tripas... he oído cosas de otros que han pasado por esta silla donde estoy sentado yo, parece... no le siento ahora la paja, pero nunca pensé que podría ser como en las películas, ¡más que en las películas!, con el alma y el cuerpo torturados por hombres que no tienen más razón que la fuerza de aire que les da sentirse amparados por el simple hombre que se ha subido con una guerra, ¡y cree que para siempre dios!, a la ventana; el ser humano habla fácilmente de las cosas que ocurren a

los demás... ¡demasiado fácilmente se sienten los dolores del prójimo, sus hambres, sus injusticias!..., debería haber en el hombre algo más próximo a su dolor, a su angustia, un timbre de alarma más sensible que le avisase de lo que está ocurriendo a su hermano en la sangre o en la simple vecindad o en la más ancha calidad de ser también el otro un hombre, como él, y algunos se sienten, y por un lazo espiritual, divino, hermanos de todos los hombres, para que todos se puedan levantar a la vez frente a la injusticia y no pueda darse más el caso de un hombre que manda desde una ventana mientras se va muriendo el pueblo en la paz de un cementerio... Siento que alguien me está levantando, ¡¿de dónde?!..., del suelo... ¡estoy tumbado en el suelo y no sentado en la silla frente al Comisario que habrá tomado otro café!.. ¡me bebería un barril de agua!...: "bueno... ¿cómo se siente?", me dice Eulogio; yo no digo nada, ni podría hablar si quisiera; sólo le veo a la luz el resplandor, y sé que estoy más vivo que hace un rato; oigo también bastante bien del oído izquierdo; "le voy a leer algo". Me dice sorprendentemente el Comisario; yo no le hago caso, porque no puedo; "sólo un párrafo", continúa, "es de un periódico norteamericano... yo no sé inglés, pero me lo han traducido, ¿quiere oírlo?"...; yo no le hago el menor caso; "dice así este párrafo: 'La actitud de los intelectuales de Sorjín tiene raíces más profundas. Saben por experiencia histórica que cuantas veces su país se ha visto invadido, el ocupante ha pretendido –como ahora sucede– destruir su cultura nacional, borrar las tradiciones y reducir a cenizas la herencia de los siglos. Para defender el patrimonio sorjín', yo quisiera saber qué patrimonio, y éste es un comentario de su Comisario de Policía aquí, en Sorjín, don Pello... y sigo: 'contra la presión de la ciudad se planteará una batalla subterránea'... ¿ya me está oyendo, don Pello?... esto lo ha escrito, no Vicente Gallego en el ABC hablando de Checoslovaquia el 19 de agosto de 1970, sino un tal John Gary hablando estas ridículas pretensiones de Sorjín en el *New York Times*... ¿recuerda, padre, a este periodista?"...; ¡qué bueno, me digo yo por dentro, que todo es miel ahora porque no me importa ni si me duele el pellejo, me digo en lo que me queda de vida dentro, y no sonrío ni nada, y acaso ni puedo, para que me siga leyendo eso, si hay más de eso... ¡y sí hay!...: "oigame, oigame lo que viene", me dice Eulogio: "En todo el país dominado por la violencia, el sentimiento patriótico se mezcla con las aspiraciones liberalizadoras que pueden restaurar el ser nacional'..., ¿oyó eso, el *ser nacional*... ¿qué nacional tiene este pueblo de mierda?... esto se lo escribió usted, por lo menos, porque un norteamericano no tiene imaginación para inventarse esto... todos estos soplos del Espíritu Santo juntos, y sigo:... 'La invasión actual es más grave porque un grupo de fanáticos depurados selecciona en todos los ámbitos a los más sumisos y humillados; los demás quedan en la cárcel o a merced de la policía como presuntos *parásitos sociales*'... esto lo escribiste tú mismo, ¿no, padre Unceta?... te vas a terminar de joder con todo esto... y aquí otra perlita: 'La misión de los intelectuales es meditar sobre los valores creados por la nación en los tiempos pasados y los que tienen que seguir creando'... ¿quiénes son estos sabios de que habla Gary aquí, ¡usted, padre Unceta!... ¿Koldo Olazarán, que está a dos pasos de usted y preso con unos cuantos comunistas más?"...; y me duele que esto pueda ser cierto, ¡todo puede ser verdad!... hasta puede ser cierto que no estoy vivo, porque no siento nada más que estas palabras que le estoy leyendo acaso yo mismo al Comisario desde el otro lado de la vida... no siento nada, sino oigo: "...y termina el gringo: 'el poder amordaza hoy a los intelectuales; ya no se puede

hablar más de socialismo de rostro humano... en la hirviente Sorjín los vientos del noroeste que soplan desde la tierra del hombre de la ventana pueden matar, pero no convencer'... ¿qué te parece lo bien que ha tomado tus palabras este John Gary que vino aquella tarde a conversar, y tú aprovechaste de la libertad de que gozas para vender el país a los norteamericanos, contar cuentos de hadas como si fuesen verdades... ¡hijo de la gran puta!", oigo... y no sé más hasta ahora, que estoy con ese recuerdo de haber oído, grabado, las palabras, y sordo otra vez, acaso tumbado en el suelo, ni puedo tantear nada con mis ojos, que están cerrados; sólo pienso que ha sido hermoso el homenaje que ha hecho John Gary a su abuelo Garay, que, por cierto, era hijo natural y no tenía por qué decírselo a John este dolor inútil; esto es lo que podían, y pueden, hacer otros nietos de este pueblo regados por América y no lo hacen, no le saben la historia a sus abuelos... Y Gary dice verdad: un pueblo pequeño, por pequeño que sea un pueblo, puede convivir con una ciudad, sin por eso tener que dejarse matar, asesinar, en su espíritu, en su cultura, en su lengua, por muchas más personas que vivan en esa ciudad que manda al hombre desde su múltiple ventana de estar atisbando cada gesto de hombre o de mujer en todas partes donde hay un chivato (que hay muchos, ¡rebaños!) dispuesto a servirlo... Si esto de que el pueblo grande se puede comer al pequeño, como en la selva y en el mar, fuese verdad en el Hombre... ¡mierda de mundo el que creó Dios!..., y por eso, porque sé que no puede haber hecho cosa semejante, tengo confianza en Su justicia y también en la del hombre, porque por este camino del animal no iría quedando en este mundo más dueño que uno: el pueblo, ¡el animal!, más grande..., y esto, esta ciudad mecánica o animal y de todas maneras tan fuera de la medida, del módulo, del hombre, repele hasta a la razón, y cuánto más al espíritu del hombre, soplo de Dios... Y yo he tenido que cometer aquí, en esta selva pequeña, el pecado de mentir, tengo que mentir... esta es una deformación de la conciencia colectiva de la que la Iglesia, ¡mi Iglesia!, ¡la Iglesia de todos los Cristianos!, debería saber discernir, al menos sentirle en el alma tanto como la preocupación de otros mandamientos puestos por el mismo Dios que ha dicho de las fuentes de la sabiduría del hombre, y antes, que mentir es pecado... Pecado es esta ciudad y este pueblo; todo esto es una mentira desde arriba hasta abajo, pasando por todos los medios pequeños de medir la gasolina, de pesar el pan, de hacer las escrituras de compra-venta ¡ante notario! a precios que no son, el aumento de los sueldos que ya se han comido los que venden las cosas de comer, las medallas que se ponen los unos a los otros y viceversa, las palabras vacías que se dicen en los discursos, los gritos de "viva la libertad" que se castigan con diez años de cárcel cada uno, los cuatro o cinco puestos para unos que veranean en el extranjero y los que se mueren sin tener dónde conseguir un lugar en este suelo para trabajar, el embudo ancho de gozar para unos pocos y el estrecho túnel de la muerte para los muchos que están de más aquí o en el exilio viejo de más de treinta años como siglos, las noticias que no corren y se dicen y las cosas que pasan y no se saben nunca porque no hay nadie que se atreva a decirlas..., o sí, y se muere, como me estoy muriendo yo en estos momentos de los golpes y de la vergüenza de sentir que toda esta mentira anda bajo palio...

38

Se despierta Joxe Mari Orradre "Naparra" temprano, cuando le da la luz frente al balcón abierto donde se quedó dormido... ¡y aún las dos fuentes están cantando que hay agua en el depósito de agua de Sorjín!...

Joxe Mari no se ha muerto de la sorpresa (¡de la vergüenza de tener que enfrentarse a don Inocencio!) porque hace más de treinta años que está muerto por fuera.

Ondarribi (Fuenterrabía), agosto de 1972

Indice

Bat
Bi
Iru
Lau
Bost